

GABINETE

¿de crisis?

Yanira García



**GABINETE
¿DE CRISIS?**

YANIRA GARCÍA

Edición en formato digital: Febrero de 2018.

Título original: Gabinete, ¿de crisis?

Copyright @ Yanira García, 2018

Diseño de portada: Alexia Jorques.

Corrector: Carmen Cayuela.

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

*«A veces solo necesitamos
que alguien nos quiera
mientras nos arreglamos
nosotros mismos»
Julio Cortázar*

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1: NO ESTABA PREPARADA

CAPÍTULO 2: UN PASEO POR MONTJUIC

CAPÍTULO 3: TENEMOS TODA LA NOCHE

CAPÍTULO 4: LA PRIMERA, DE LAS PRIMERAS VECES

CAPÍTULO 5: GABINETE ¿DE CRISIS?

CAPÍTULO 6: HOLA, ¿EN QUÉ PUEDO AYUDARTE?

CAPÍTULO 7: LA NOCHE DE LAS CONFESIONES

CAPÍTULO 8: LA PRIMERA, EL SEGUNDO Y LAS MAGDALENAS

CAPÍTULO 9: LA VIDA TE DA SORPRESAS, SORPRESAS TE DA LA VIDA

CAPÍTULO 10: SI LOS ÁRBOLES HABLASEN

CAPÍTULO 11: ENCAJANDO PIEZAS EN EL PUZLE

CAPÍTULO 12: PALABRAS EN LA BOCA

CAPÍTULO 13: CONCIENCIA, ¿PARA QUÉ TE QUIERO?

CAPÍTULO 14: LO QUE MAL EMPIEZA, BIEN ACABA

CAPÍTULO 15: ECUACIONES MATEMÁTICAS

CAPÍTULO 16: JUGANDO CON FUEGO

CAPÍTULO 17: NUESTRO VIAJE NO ESTÁ ESCRITO

CAPÍTULO 18: ¿LA VILA VELLA O LA VIDA ES BELLA?

CAPÍTULO 19: SOMOS LO QUE QUERAMOS SER

CAPÍTULO 20: ASUNTOS DE ESTADO

CAPÍTULO 21: PUNTO Y FINAL

CAPÍTULO 22: TENGO UN PRESENTIMIENTO

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

PRÓLOGO

—Pues tampoco es nada del otro mundo —digo con la vista fija en el edificio que se encuentra frente a mí.

—Nadie dijo que fuera a ser un edificio increíble, lo que sí te dije, es que vivir en la misma ciudad que yo lo sería —contesta Melissa de lo más burlesca.

He llegado hace escasamente unas horas a Barcelona. Mi vida dio un giro de ciento ochenta grados en el momento en el que él decidió que yo no era lo que buscaba, pero sí mi compañera de trabajo. Estuve varias semanas llorando por las esquinas y lamentándome, hasta que mi padre y mi querida Melissa tomaron el control de la situación y me plantearon un cambio de vida, que comenzaba por un cambio de ciudad. Dejé atrás Madrid, de mi vida y de mi corazón, metí en la maleta todo eso que creí que me podía hacer falta —a quién voy a engañar, en realidad llené maletas y bolsas de viaje por doquier— y me planté en esta nueva ciudad, deseando descubrir que me depara esta nueva aventura y dejando atrás los amargos desazones del pasado.

Mi mejor amiga, Melissa, se encargó de buscarme un piso que estuviera cerca del suyo. Es organizadora de eventos, y el orden le corre por las venas. Nos conocimos en la facultad. Ambas nos matriculamos en la misma carrera: psicología, pero al cabo de tres años, se dio cuenta de que la mente humana no era lo suyo. Cambió radicalmente de vida y se embarcó en un proyecto que finaliza con su propia empresa, su propia clientela y un hueco en el mundo de los eventos catalanes —y a veces de otras ciudades—. No es que en Madrid no le fuese bien, ni mucho menos, pero digamos, que hasta en eso somos amigas; ella salió huyendo de una relación tormentosa y yo decidí poner tierra de por medio en mi propio tormento.

—Verás cuando veas lo espacioso que es el loft por dentro —está más emocionada que yo, lo noto en los pequeños saltos que da en la acera y las interminables palmadas que suceden a sus brincos—. Vamos, Vega —me apremia desde el portal.

—¡Qué pesada eres, Melissa! Tenía que haberme quedado en Madrid

—la pico.

—¿Qué? ¿Estás loca? ¿Y perderte todo lo que nos tiene preparado esta ciudad? ¡Ja! ¡No te lo crees ni tú, bonita!

—¡Reconócelo, Melissa! ¡No puedes vivir sin mí!

—Más quisieras, chata. Mas quisieras...

A pesar de que nos separamos cuando ella se vino a vivir a Barcelona, no dejamos que la distancia nos alejara. Hablábamos constantemente, como si no hubiese un mañana, nos contábamos los chismes más truculentos y llorábamos de lo lindo cuando tocaba. Somos pura dinamita, un coctel explosivo, amigas del alma.

Tras terminar la carrera y hacer un Máster en Terapia Familiar y de Pareja, abrí mi propia consulta y me fue realmente bien. Comencé poco a poco. Es cierto que no fue sencillo, el que crea que es abrir un negocio —sea cual sea— y los clientes estarán afuera haciendo cola para que les prestes tus servicios, está más que equivocado.

Mi negocio, como muchos otros, funciona muy bien por el boca a boca, «cliente satisfecho, cliente que te recomienda» y a mí me gustaba tanto mi trabajo, que daba el cien por cien con cada paciente, y pretendo seguir haciéndolo. Solo cuando pones pasión y entusiasmo en lo que haces, puedes recoger frutos.

—Marc me ha dicho que este edificio es increíble —Melissa interrumpe mis cavilaciones—. Está muy cerca de la parada del autobús y del metro. No necesitarás usar ese medio de transporte que tanto te gusta conducir.

—Noto cierta ironía en tu tono, Melissa —pronuncio sarcástica.

—Vega, bonita —se para frente a mí y me sonrío cariñosa— tú y yo sabemos, que lo tuyo no es conducir, aún me pregunto qué harías para que te dieran el carné.

—Melissa, nena —repito sus palabras—, te puedo asegurar que lo que hice fue conducir, nada de lo otro que se te puede estar pasando por la cabecita loca que tienes.

Creo que el secreto de nuestra amistad, es que ambas tenemos caracteres muy parecidos, somos igual de analíticas, reflexivas, sarcásticas y por encima de todo, igual de directas y burlonas. ¡Ahh! y que no se me

olvide: malhabladas. Lo dicho, un coctel explosivo.

—Inciso —me dice—, cerca de este edificio hay varios locales que se alquilan, quizás podríamos dar una vuelta para que los veas y tomes nota por si te interesa alguno y así puedas comenzar de cero.

Cuando tomé la decisión de mudarme, uno de los aspectos que más miedo e incertidumbre me creaban, era el de tener que dejar mi gabinete psicológico, pero sobre todo, dejar a mis pacientes, esos que durante tanto tiempo confiaron en mí y en mi trabajo. Evidentemente, el gabinete no cerraba, ni mucho menos, pero yo ya no podía seguir ejerciendo como socia de Yéssica —mi compañera de trabajo, ahora apodada como: «la zorra, perra, asquerosa sin escrúpulos» —nótese el tono de cariño en mi voz—. Era una situación insoportable para mí, porque me sentía profundamente traicionada por ella y por él, que no le quito culpa, y además dolida, porque ella me sonreía victoriosa y me corroía por dentro las ganas de agarrarla por el pelo y arrastrarla por la calle sin pararme a mirar siquiera si tropezaba contra las farolas. Sí, despecho lo llaman, no voy a negarlo, pero es que...hay que entender cómo me siento, la traición fue brutal.

Fran y yo, llevábamos saliendo varios años, y al igual que a Melissa, lo conocí en la Facultad y fue un flechazo en toda regla. Desde que nos vimos saltaron las chispas. Yo suponía que más temprano que tarde, llegaría ese día en el que él hincaría una rodilla en el suelo y me pidiese matrimonio. Para ser más exactos, yo fantaseaba con eso día sí y día también. Cada San Valentín que pasaba, me levantaba y se encendía un letrero luminoso digno de Las Vegas, en el que se leía perfectamente: «este año sí, Vega».

¡Un poco estúpida sí que soy! A todos esos adjetivos que antes mencioné que compartía con Melissa, debo añadir que creía en el amor. Ahora, llevo tatuado en la frente ese... «a mí no me cogen más».

—Me parece una idea perfecta —finalizo—. Por cierto, ¿quién es Marc?

—Marc es un amigo. Lo conocí al llegar a Barcelona porque participó como fotógrafo en uno de los primeros eventos que organicé...es una larga historia. Él fue quien me recomendó esta zona. Vive en este edificio y cuando le comenté que tenía una amiga que quería venirse a vivir aquí, me dijo que su vecino de enfrente se había ido hacía unos días y que el loft estaba libre. Tiene buena relación con el casero así que habló con él y lo

convenció para que lo reservara hasta tu llegada. Piensa la suerte que tienes, encima vas a contar con un vecino conocido y macizo como él solo.

—Lo de macizo te lo puedes ahorrar, ya sabes que yo lo que menos busco en este momento son líos con hombres —puntualizo.

—Eso es porque no conoces a Marc pero se te caerán las bragas nada más verlo, es mejor que lo vayas asumiendo, Vega —contrataca Melissa.

—Entiendo que eso lo dices porque fue lo que te pasó a ti, ¿verdad? —toma pullita.

Melissa niega con la cabeza.

—¿Estás loca o qué? Donde tienes la olla no metas la polla, ¿nadie te ha enseñado eso?

—¿Trabaja contigo? —pregunto curiosa.

Melissa vuelve a negar.

—No, es fotógrafo. Bueno, lo es, pero no profesionalmente. Se dedica a ello de manera esporádica, digamos que es su *hobby* aunque debo reconocer, y ya te darás cuenta por ti misma, que es buenísimo y que podría vivir de ello perfectamente. En realidad, es programador en una empresa de software.

—Vaya. Entiendo que sea fotógrafo entonces porque en su día a día no debe ser demasiado creativo.

—Jamás le digas eso a Marc porque tendréis tema de discusión durante horas. Él afirma y reafirma que su trabajo lo es. Es crear algo de la nada...

—Debe ser un friki de cojones —declaro rotunda—. Todos los informáticos son feos, gordos, sucios y con el pelo graso.

—Nada más lejos de la realidad, querida amiga.

Melissa me tiende las llaves de mi nuevo hogar. Las coloco en la cerradura y abro con sumo cuidado. Estoy nerviosa, lo reconozco.

Abro la puerta y lo primero en lo que me fijo es en que es un espacio totalmente diáfano. La pared del frente es de cristal.

—La luz aquí no faltará —le digo a Melissa embobada.

—Piensa en lo que ahorrarás en la factura.

El suelo es de parqué oscuro, perfectamente cuidado y pulido. A mano izquierda hay una estantería.

—Aquí hace falta un mueble para dejar las llaves.

—Pones una repisa y listo —mi amiga tiene respuesta para todo.

A mano derecha veo un biombo. Camino hacia él y veo un pequeño sofá cama. Y un armario frente a él.

—¡Mira! Para cuando te vengas a quedar —bromeo.

—Cuando duerma en esta casa, será en tu cama, contigo. Incluso, te dejaré abrazarme —se mofa Mel.

—Paso, que seguro que te tiras pedos —me burlo.

—Y tú roncas como una cerda y no te digo nada.

—Como Peggy —me cachondeo.

—Tú como siempre, una *basta* pija —finaliza Melissa.

—Sí claro, porque tú —le digo mientras la señalo con el dedo índice —, eres muy *cuqui*.

Mel me enseña la lengua mientras se ríe.

Camino unos pasos y llego hasta un pequeño sillón biplaza de color beis y un sillón orejero del mismo tono. Entre ambos hay una mesa negra. Bajo los ventanales se encuentra un televisor. El aparato de la calefacción está tras la mesa.

—No me gusta mucho la disposición del televisor —añado.

—Lo cambias y listo.

Al ser un espacio abierto, la cocina se encuentra al lado del pequeño salón. Debo reconocer que me encanta. La pared frontal está llena de electrodomésticos y muebles de almacenaje. En colores blancos y negros. La lavadora y la secadora se encuentran metidos dentro del mueble. Tiene una isla central enorme, con varias butacas negras que dan al salón. Hay una pared que separa la cocina del baño y está decorada con un papel pintado a juego con el resto de muebles de la estancia. Frente a esta pared, hay una mesa que da justo a la ventana, con dos butacas iguales a las que hay en la isla. Los desayunos con las vistas a la ciudad deben ser especiales.

—Me encanta la cocina —comento fascinada.

—La de Martinis que vamos a preparar aquí.

Vuelvo sobre mis pasos y veo que tras la pared de la cocina hay una de cerámica transparente. La puerta es blanca, corredera. Accedo al espacio y me encuentro una porcelana gris preciosa, muy delicada. Al fondo de la estancia hay un váter y varias estanterías, supongo que para colocar toallas y demás utensilios para el aseo. La ducha se encuentra dentro del espacio, como si de una habitación más se tratase. Es amplia y la cerámica que la separa del resto del baño es también transparente. En un lateral, hay otro aparato de calefacción.

—¡Cada vez me gusta más esta casa! —exclamo encantada.

Salgo a la estancia principal y observo que hay unas escaleras que suben a lo que parece, una segunda planta. Asciendo por ellas, y observo que el espacio que corresponde a la segunda planta, no es más que el suficiente para poner una cama. El cabecero de la misma es negro, y el somier es bajo. El colchón prácticamente está pegado al suelo.

—Me pido el lado derecho —se adelanta Melissa.

—Dormirás en el lado que yo quiera, ¡bonita! —le enseño la lengua risueña.

Las luces de esta casa están todas incrustadas en el techo.

—Definitivamente me va a encantar vivir aquí.

No es que sea un piso muy grande. Según me ha explicado Melissa, tiene unos ochenta metros cuadrados, pero para mí es más que suficiente ¡tampoco quiero un palacio!

—Marc me ha contado que hay solo ocho vecinos en este edificio, dos por planta.

Mi loft está en el último piso, por eso tengo unas vistas tan estupendas.

—Sin duda, me lo quedo —afirmo rotunda.

—Ya contaba con ello, es más, le había dicho a Marc que le dijera al casero que no hacía falta que lo mantuviera reservado porque cerrábamos el trato. El contrato lo tiene Marc, vendrá a traértelo más tarde.

—¿Pero...?

—¡Shhhh! —me chista—. No seas pesada. Subamos las maletas, que

mi pobre coche desea recuperar su espacio. Eso de que traías cuatro cosas era broma, ¿no?

—Irónico. Cómo tu tonito antes.

—Bicha —escupe rabiosa.

—Boba —respondo.

—No empieces una guerra de insultos conmigo, bonita, te enseñé todo lo que sabes, ¡no lo olvides!

—Más quisieras tú... —inquiero.

—Mueve ese precioso culo que tienes, y bajemos a buscar la maleta.

Después de subir las maletas y de agradecer a todos los dioses de las diferentes religiones habidas y por haber que este edificio cuente con un ascensor, Melissa se despide y me deja sola en mi nuevo hogar.

Decido colocar en el armario que hay en la planta baja todas mis cosas. Los libros en la estantería de la entrada. Con la ropa, me detengo y cuidadosamente la coloco. Estoy convencida de que ésta será la única vez que veré mi armario acomodado a la perfección, el orden no es una de mis mejores cualidades, de Melissa sí, ¿pero mía? No, gracias. Yo soy bastante más desastre que ella. Recuerdo como Fran siempre me decía que debía ser más ordenada porque nuestra casa parecía una leonera. Leonera su puta su madre. Si es que... el premio a la más estúpida me tenían que haber dado, ¿cómo me lo creí todo? ¿Yo? Ironías de la vida...trabajo, mejor dicho, trabajaba, en un gabinete psicológico donde me encargaba de resolver conflictos de pareja y no supe ver los problemas de la mía.

Decido coger una chaqueta y salir a la calle en busca de un supermercado donde poder comprar algo de comer. La cocina no es mi punto fuerte pero comer sí, así que necesito cosas que poder llevarme a la boca cuando apriete el hambre o cuando tenga «mono» de algo dulce.

Melissa siempre me dice que tengo suerte porque puedo comer lo que quiera, que nunca se me acumula en ninguno de esos sitios de los que luego no se van jamás. Y no le quito razón pero es cierto que también me cuido bastante y me gusta salir a correr o ir al gimnasio, el sedentarismo no va conmigo ni ahora ni nunca.

Estamos en pleno mes de marzo, y aún hace frío. Esta mañana cuando pisé tierra catalana, estaba lloviendo, ¡vaya recibimiento! Ahora

parece que el tiempo ha mejorado, aunque las nubes negras que cubren el cielo se resisten a partir.

Decido comprar varias cosas básicas. La chica del supermercado me dice que hacen entrega a domicilio y que, si quiero, puedo hacerles una lista con lo que necesito comprar y ellos se encargan del resto.

Vuelvo a casa con varias bolsas: agua, gel, champú, pan y chacina, refresco, ginebra y vermut. Lo que se dice, artículos indispensables en la casa de una chica soltera, con 35 años, joven —porque soy joven— y con penas que ahogar en alcohol.

Saco las llaves de la chaqueta justo cuando esas nubes que amenazaban con descargar, comienzan a soltar algunas tímidas gotas.

Entro en el ascensor y pulso el número cuatro, y al mismo tiempo, veo a alguien que abre la puerta que da a la calle. Creo que prefiero subir sola. Me gusta relacionarme con las personas pero las relaciones sociales con los vecinos no son mi fuerte. Me conformo con esos saludos por educación y poco más. La confianza da asco, y soy defensora de ese dicho, «si le das la mano, te cogen el brazo». Mejor marcar distancia y como decía mi madre: «cada uno en su casa, y Dios en la de todos». Tenía que haber seguido este consejo cuando la vecina de abajo me contaba sus fantasías sexuales, muchas de ellas, hechas realidad.

Llego al descansillo y suelto la bolsa, introduzco la llave en la cerradura y entro. Justo cuando voy a cerrar la puerta, me doy cuenta de que el ascensor se vuelve a abrir y que de él sale un chico ¿Marc? Será ese mi vecino. No me permito curiosear, sino que cierro la puerta antes de poder analizar con detenimiento a ese chico del que tanto me ha hablado Melissa.

Sin duda, debería ser amable con él; me ha conseguido un buen piso y se ha preocupado porque el casero me lo reservara hasta mi llegada. Quizás, otro día toque en su puerta y se lo agradezca.

Conforme dejo la bolsa con la compra encima de la isla de la cocina, oigo mi teléfono sonar dentro del bolso. La ventaja de este piso es que no tengo que sortear muebles para llegar a las cosas. El espacio está abierto y tiene lo justo y necesario, ni más ni menos.

—Mery, ¿qué pasa? ¿cómo estás? ¿llegaste a Barcelona? ¿hay muchos maromos sueltos?

—¿Qué pasa, Leo? ¿me echabas de menos?

—Ya sabes que yo no puedo vivir sin mi amiga favorita.

Leonardo, Leo para los amigos —que son muchos—, es un amigo que hice cuando trabajaba en el gabinete en Madrid. Regenta una cafetería monísima, al lado de nuestro local, por lo que muchas veces iba a desayunar allí. El desayuno, dio paso a los picoteos del almuerzo y cuando cogimos confianza, terminábamos quedando para hacer cosas; salir, pasear, o nuestra mejor afición: criticar a Yéssica, «la zorra, perra, asquerosa sin escrúpulos». Leo fue un gran apoyo en mi ruptura, me fui a pasar unos días con él tras la separación, porque Fran y yo compartíamos casa. Al final, no volví. Recogí mis cosas y me instalé con Leo hasta hoy, que Iberia me trajo hasta aquí.

—Parece que no fue suficiente todas las semanas que vivimos juntas.

—Mery, la única pena, es que no pude tirar de la *chorbiagenda* esos días. Ahora que he calmado mis ansias sexuales...

—Hasta esta noche —le interrumpo.

—¡Cómo me conoces, Mery! Sigo. Ahora que he matado mis ansias sexuales y que vuelvo a ser yo, pensé «tengo que llamar a mi Mery para decirle que la echo de menos y que quiero que vuelva a casa». Nadie hace la salsa carbonara como tú, ni siquiera el del italiano de abajo, y eso que tú cocinas de pena. Mery, ¡cómo está el italiano! Por Dios bendito.

Se me olvidó decirlo; Leo es gay, pero gay, gay. Loca total, vamos.

—No hace falta que te diga, que cuando quieras venir a verme puedes hacerlo.

—Lo haré, eso no lo dudes. Primero conoce sitios de ambiente a los que llevarme y cuando tengas todo controlado, voy para allá —me suelta.

—Si tanto me echas de menos, el interés de la visita debo ser yo, no los locales que puedan haber.

—A ver, Mery, que yo te quiero mucho, pero tú sabes que tengo unas necesidades, y por muy buena que tú estés, no puedes satisfacerme.

—Maricón —me burlo.

Leo rompe a reír. Esa palabra entre nosotros nunca ha sido nada despectiva. Yo respeto su identidad sexual y él respeta la mía. Es más, «Mery» viene de ahí, es nuestra cariñosa abreviatura.

—*Comepenes* —me rebate.

—¡Le dice el cazo a la sartén! —exclamo riéndome—. Mery, deberías montar una cafetería de esas aquí, y venirte a mi lado —el chantaje con Leo funciona, así que lo suelto a ver si cuele.

—Pues no creas que es mala idea. Me lo voy a pensar. Mi hermana puede continuar con esta de aquí y yo ampliar el negocio...

Aplaudo animada.

—Con que te lo pienses me basta y me sobra —finalizo.

Terminamos de hablar. La verdad es que le voy a echar mucho de menos, porque, además del apoyo que me ha brindado durante mi ruptura, siempre ha estado para mí cada vez que lo he necesitado, sin preguntar siquiera el motivo. Es como Melissa pero en chico. Además, compartimos los mismos gustos, a los tres nos gustan los... bueno, ¡ya sabes!

Una vez cortamos la comunicación, vuelvo a la cocina, decido prepararme un bocadillo para cenar. Sí, vale, no es la mejor cena del mundo, pero tenía que matar el hambre con algo, y por lo pronto, con esto voy bien.

Enciendo la calefacción, porque comienzo a notar frío. Me meto en la ducha. Tras pelearme con el grifo, y ganar él, me envuelvo en una toalla y me pongo un pijama sencillo; camiseta de asillas y pantalón largo de algodón. Me dirijo de nuevo a la cocina para coger mi bocadillo, un refresco y ver algo de tele. Mañana saldré a ver los locales que me dijo Melissa. Con el dinero que me pagó Yéssica por la parte que me correspondía del negocio pretendo abrir un gabinete aquí.

Me tiro en el sofá, me hago un moño alto y me dispongo a cenar. El ruido del timbre me asusta y me hace dar un brinco en el sillón.

Me levanto, dispuesta a abrir.

Creo que no estaba preparada para lo que me iba a encontrar tras esa puerta.

CAPÍTULO 1

NO ESTABA PREPARADA

¡La madre del cordero!

—¡Buenas noches, vecina!

¿Vecina?

—Bue... Buenas... Buenas noches —tartamudeo, y con razón, porque vaya elemento.

Mi supuesto vecino, el cual debo confesar desde ya que es el mejor vecino que he tenido jamás —pues no hay más que verlo—, habla con total normalidad y yo probablemente acabo de parecer una retrasada mental.

—¿Puedo pasar? —me pregunta con la misma naturalidad con la que pronunció el saludo.

—¿Para qué? —contesto adoptando un tono un tanto borde y seco.

Me enseña unos papeles que trae en la mano y los agita arriba y abajo. Mi mirada se clava en ellos y sigo el recorrido, como una lela —lo que yo digo, retrasada mental—. Dejo de mirar los papeles y más allá veo unos poderosos músculos bajo su camiseta blanca de deporte. No babeas, no babeas...

—Traigo tu contrato. Melissa te dijo que lo tenía yo, ¿verdad? Hablamos antes por teléfono y me comentó que ya estabas instalada y que viniera a hacerte una visita y ver si estaba todo bien. Supongo que se siente un tanto culpable porque es tu primer día en la ciudad y ella no puede estar aquí contigo —finaliza alzando los hombros.

Me hago a un lado y le dejo pasar. Entra con paso firme y yo creo que estoy a punto de salivar. Por delante es todo un portento, pero ¿por detrás? Ese culito debería estar prohibido por ley.

Muevo la cabeza, definitivamente debo quitarme este tipo de ideas. Es mi vecino, soy una señora respetable que no se permite tener líos amorosos, escauceos de ningún tipo, ni coqueteos inocentes con mis vecinos,

además de ser amigo de mi mejor amiga. De uno al diez ¿cuál sería la pena que me impondría un tribunal si incumpliera esos principios básicos? Si el jurado ve a este chico, probablemente estaría absuelta a la primera de cambio, es más, me invitarían a un Martini por pretender dejar pasar la oportunidad.

—Parece que tu casa es cómo la mía. Salvo la decoración y las vistas —hace una pausa mientras observa detenidamente la estantería dónde están todos mis libros de psicología y terapia—. Soy Marc, y tú debes ser Vega.

—La misma —respondo sonriendo.

Marc se acerca y me da dos besos. ¡Súbete las bragas, Vega! Por Dios, no solo es guapo como un condenado, sino que además huele que te mueres.

Sin duda alguna, se me acaba de caer un mito, ¿Quién dijo que los informáticos son todos feos, frikis, sucios y casposos? ¿Fui yo? ¡Qué va...!

—¿En qué trabajas? —me formula la pregunta mirando nuevamente mi estantería repleta de libros.

—Trabajaba. Soy psicóloga, especialista en terapia familiar y de pareja. Hice un máster en ello, aunque puedo atender a cualquier tipo de paciente.

—¿También a un informático estresado? —pregunta socarrón.

—Especialmente —respondo coqueta.

Me rependo mentalmente cuando veo asomar su sonrisa más seductora, pero es que es inevitable. ¡Joder! No estoy diciendo que me quiera casar con él ni mucho menos, pero es que no hay más que verlo. Es un portento: moreno, alto, muy, muy marcado —no tengo rayos X pero se ve perfectamente bajo ese pantalón de deporte y esa camiseta blanca ajustada—, moreno de piel. Pelo castaño, sonrisa perfecta, mentón marcado, nariz recta y unos preciosos ojos de color miel. Lleva el pelo de manera muy casual; despeinado y una barba de tres días que le da ese punto malote y fanfarrón.

—¿Has terminado? —me pregunta.

—¿Qué? —no entiendo nada.

—Que si has terminado de hacerme el repaso. ¿Es de tu agrado?

Lo retiro. No es la barba lo que le da ese punto de malote y fanfarrón. ¡Es un malote y fanfarrón! Un enorme letrero de alerta se enciende.

Definitivamente no, no me conviene tener nada, de nada, de nada, con un chico como este. Es de los que hacen daño. Seguro.

—Sí —afirmo rotunda—, he terminado. Y sí. Está todo en su lugar.

Ahora es él quien me observa detenidamente. Está haciendo exactamente lo mismo que yo hice. Me pongo roja al instante. Me doy cuenta de ello por el calor que comienzo a notar en mis mejillas —y lo que no son las mejillas—. No soy una persona excesivamente vergonzosa pero la manera en la que me mira —probablemente como hice yo antes con él—, muestra que yo soy un muffin y él sólo piensa en comerme. Mmmmm, comerme... ¡Basta!

Me cruzo de brazos y apoyo todo el peso sobre mi pierna derecha.

—¿Has terminado? —formulo la misma frase que él.

—Sí.

—Pues déjame firmar mi contrato —prosigo.

—¿No quieres saber si está todo en su lugar? —pregunta chulo.

Bajo la mirada hacia mi cuerpo y lo recorro.

—No hace falta, está todo en su lugar —respondo con cierta soberbia.

Recorro la distancia que nos separa y cojo los papeles que aún tiene en la mano. Cojo un bolígrafo de la mesilla del salón y me dirijo a la isla de la cocina a leer y firmar el contrato. Lo he dejado en la entrada, con cara de sorpresa y disimulando una sonrisa.

—Estuve mirando el acuerdo antes y me pareció que todo estaba perfecto, pero échale un vistazo a ver qué te parece a ti. Tienes contrato por seis meses, prorrogables si lo deseas.

Levanto la cabeza y lo observo de nuevo. Ha recorrido la distancia que nos separaba y está frente a mí en la isla, tiene los codos apoyados en la encimera y la cabeza descansa sobre sus manos. En esa posición está bastante inclinado hacia mí, lo que me permite observar con más detenimiento los perfectos ojos color miel que tiene. Poseen un puntito muy claro.

—Si no te importa, prefiero leerlo yo.

Asiente sin cambiar de posición y yo vuelvo a bajar la vista hacia los papeles.

—¿Pensabas cenar eso? —me interrumpe señalando a la mesa del salón.

—¿Qué tiene de malo eso? —respondo fijando mi vista en el triste bocadillo que hay en la mesilla.

—No es que sea la mejor cena del mundo —me rebate.

—No lo es, pero acabo de llegar y tampoco es que haya tenido tiempo de ir a hacer la compra. En el súper que está un poco más abajo por esta calle me han dicho que si les hago una lista, ellos me traen las cosas.

—Es mejor que la hagas *on line*. Yo la hago así siempre, si quieres, te paso la página. Es más barato que este supermercado y mucho más rápido.

—Vale —asiento convencida—. Gracias.

—Déjame tu teléfono, yo te dejaré el mío. Por si necesitas algo, o por si te apetece que hagamos algo...

Alzo una ceja y me quedo mirándolo ¿hacer algo? Se me ocurren algunas cosas que hacer, pero no creo que sea correcto.

—¿De qué te ríes? —me pregunta.

No me había dado cuenta de que estaba sonriendo mientras me imaginaba a este pedazo de hombre haciéndome cosas guarras.

—De nada —sonrío disimulando.

Marc me devuelve la sonrisa, pero no pregunta nada más. Por suerte.

Termino de leer todo y firmo.

—¿Dónde debo entregar el contrato?

—Yo tengo que pasar esta semana a firmar la renovación del mío. Si quieres te entrego el tuyo —me dice disciplente.

—No quiero molestar...

—No es molestia, ahora somos vecinos y los vecinos estamos para eso.

—Y yo que pensaba que los vecinos eran esas personas que molestan a todas horas pidiendo sal y azúcar —bromeo.

—Lo tendré en cuenta. No olvidarme de tener siempre en casa sal y azúcar —hace como que escribe en el aire—. A la vecina del cuarto B no le gusta que le pidan esas cosas.

—Capullo —le suelto sin pensar.

Marc estalla en carcajadas y termina contagiándome.

—Lo siento —me disculpo—, a veces soy un tanto impulsiva.

—No te preocupes, me alegra que no seas la típica vecina que tiene un palo metido por el culo y que saluda por compromiso.

¡Toma ya!

—Pues no, no soy así. Aunque si me haces enfadar...

—¡Cómo todas! No me cuentas nada que no sepa ya.

—Vaya, por lo que veo, no soy la única psicóloga que hay en esta casa. Según parece tienes un gran conocimiento en cuanto a la mente femenina se refiere —me burlo.

Marc parece pensativo.

—Algo sé, y puedo decir que las mujeres, en general, os parecéis mucho. Al principio todas sois súper simpáticas y súper participativas, pero en cuanto nos conquistáis, ¡zas! Al carajo todo, y sale a la luz, y en todo su esplendor vuestra verdadera personalidad. Por eso me gusta mi soltería.

¿Qué? ¿En serio? Os juro que hace bien el papel de psicólogo...

—Vaya. Me sorprende que hables así de las mujeres, teniendo en cuenta que tienes a una delante. ¿Quieres que te diga mi teoría acerca del género masculino, pollito?

—¿Pollito? —me pregunta asombrado.

—Interpretaré eso como un sí. Pues resulta que los hombres sois esa clase de personas que no piensan más que con la polla, que se creen que las mujeres somos de usar y tirar y que, también mienten porque muchas veces dicen te quiero y lo que realmente quieren decir es te voy a follar hasta que me canse. ¿Te ha gustado, pollito?

—Así que te gustan los debates...

—Mira, Marc, no me conoces y no te conozco, y puede que quizás tengas un poco de razón en que al principio las mujeres somos un poco raras, pero los hombres también lo sois. Cada uno tiene lo suyo. Yo soy así, tal y cómo me ves, si algo me gusta lo digo y si no me gusta, lo digo también, ¿entiendes? Y sí, me gustan los debates y te advierto —le digo mientras le

señalo con el bolígrafo—, que me encanta ganar, ¿te queda claro?

—Alto y claro, vecina. Y para tu información, yo también soy lo que ves. No me escondo. No busco relaciones serias y lo digo abiertamente. No engaño a las chicas con las que salgo o me acuesto, no les prometo finales felices, ni nada por el estilo. Y si a ti te gusta ganar, yo soy el rey de las victorias, nena...

—Parece que eres un rompecorazones. Has dado con la horma de tu zapato, pollito —le digo chula.

—Soy un chico joven que vive y deja vivir.

—*Carpe Diem* —añado.

—Exacto. Venga, vente a cenar a mi casa, yo prepararé algo mejor que eso que tienes encima de la mesa.

¿Me está invitando a cenar?

—No me pienso acostar contigo, no creas que voy a caer rendida a tus encantos.

—Estás afirmando que tengo encantos...

Mierda, me ha pillado pero bien.

—No te lo creas tanto.

Soy perfectamente consciente de que estamos coqueteando, pero a lo bestia, nada de sutilmente. Y debo repetirme una y mil veces, que es mi vecino y no mi ligue. No busco nada serio y en eso, tenemos ambos el mismo pensamiento, pero... ¿qué pasaría si resulta que el tonto va a más y yo acabo loca por sus huesos? Y lo peor de todo, ¿yo acabo loca por sus huesos y él no por los míos?

Otra vez caer y levantarme...

No sé si me gusta mucho esa opción.

—Vamos, vecina, deja de comerme con la mirada y vayamos a cenar.

—Capullo —suelto de nuevo.

No me cambio de ropa, sino que me pongo una chaqueta de deporte y lo sigo hasta su casa. Está claro, que será muy interesante tener un vecino así, aunque sólo sea para alegrarme la vista.

Voy tras él mientras observo de manera más que descarada su culo.

¡Cómo está el tío! Continúo caminando, sin apartar la vista de ese perfecto trasero, hasta que choco contra algo. Upsss.

—¿Me estabas mirando el culo? —pregunta incrédulo.

—¿Yo? ¡No! ¡Qué va! —disimulo mirándome las uñas, como si en ellas fuera a encontrar una excusa mucho mejor y a Marc le convenciera.

—Te he pillado *in fraganti*, me estabas mirando el culo, sin disimulo, además.

—Me parece a mí que te lo tienes demasiado creído —susurro restándole importancia—. Aparta.

Me siento muy cómoda con Marc. Lo conozco desde hace cuánto, ¿cinco minutos? Casi, es verdad, pero me gusta ese buen rollo que tenemos. Yo coqueteo sutilmente, y él reacciona a ese pequeño descaro con el que actúo, además de que participa en él. No hay nada malo en coquetear ¿verdad? No, claro que no, y menos cuando no tengo intención de pasar de ahí, ni dejarlo a él pasar. Reconozco que está muy bueno y que un par de favores le hacía, pero no quiero que la cosa se complique. Bastante quemada estoy ya. Mi vida amorosa ha sido un desastre, con lo cual, una retirada a tiempo, en mi caso es una victoria.

Entro en su loft. Es igual al mío. Lo que lo diferencia es la decoración, tal y como él había dicho. Está pintando de blanco, pero se encuentra decorado en tonos tierra. El parqué es más oscuro que el mío.

—Me gusta más tu suelo —le comento mientras observo detenidamente la estancia.

—Cuando llegué estaba bastante deteriorado, así que le pedí al casero que me dejara cambiarlo. Según me comentó, había vivido aquí una pareja con un niño pequeño, se mudaron por falta de espacio y dejaron el suelo echo un desastre. Coloqué el linóleo a mi gusto.

—Vaya, fotógrafo, informático y, además, manitas —me burlo mientras enumero cada una de sus cualidades con los dedos de mi mano derecha.

—Y cocinero —susurra pasando por mi lado.

Se hace con la cocina en un santiamén. Yo me siento en una de las butacas marrones que hay en la barra americana y lo veo moverse con soltura.

—¿Qué vas a cocinar?

—No estaba preparado para cocinar nada especial, así que haré algo rápido y sencillo; un par de filetes y unas patatas al ajillo.

—¡Joder! —exclamo—, para mí eso es como si comiera un verdadero manjar, no quiero menospreciar mi bocadillo, pero está mucho mejor tu oferta.

Marc sonríe mientras sigue pelando y cortando en dados unas patatas y unos ajos.

—Háblame de ti —me pide.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué te trae por aquí? —alza la vista y me mira directamente a los ojos mientras formula la pregunta.

Yo agacho la mirada. No sé si responder y ser sincera, o simplemente echar balones fuera.

—El desamor —finalmente decido ser sincera.

—¡Vaya! —exclama asombrado—, de todas las respuestas posibles esa era la que menos me esperaba.

—Y exactamente, ¿cuál era la respuesta que esperabas?

—Pues lo típico —dice mientras corta los ajos en cuadraditos diminutos—, trabajo, cambiar de aires, amistades...

—En realidad, todas esas opciones son viables; el desamor me ha llevado a todas ellas —y dejo la frase en el aire, Marc parece darse cuenta porque vuelve a levantar la vista y me mira fijamente.

—No tienes por qué contármelo, tampoco te lo estoy pidiendo. Si llego a saber que era un tema un tanto delicado, probablemente te habría preguntado por otras cosas.

—No tenías ni idea. Pero es un poco reciente y aún estoy uniendo trozos.

—Por ese tipo de cosas, es mejor mantenerse lejos del amor —saca una botella de vino de la nevera, quita el corcho y sirve dos copas mientras yo lo veo moverse y pensar en su última afirmación—. Brindemos —me pide tendiéndome una copa—. Por tu nuevo comienzo.

Chocamos las copas y damos un trago.

—Por nuestra nueva amistad —propongo yo.

Asiente y da un sorbo a su copa sin apartarme la mirada.

Una vez está lista la cena, le ayudo a poner los platos.

—Al final vas a hacerte con mi cocina antes que con la tuya — bromea.

—Luego me pedirás que venga a limpiarla y a eso sí que me niego, ¡estás advertido!

—Pues muy mal —me reprocha—. En esta casa hay una norma, el que cocina, no recoge ni friega.

—A buen árbol te has venido arrimar, porque a mí no me gusta cocinar y tampoco recoger, pero como buena invitada haré un esfuerzo por ti —finalizo.

Terminamos de cenar y meto las sobras en la nevera y los platos en el lavavajillas.

—Listo —susurro.

Cojo mi copa y me acerco al sofá en el que está sentado Marc.

—Ya que somos vecinos y eres ahora el responsable de que jamás falte sal y azúcar en mi casa, ¿podrías decirme dónde puedo salir a correr?

—¿No me digas que eres deportista? —pregunta asombrado.

—A ver —le freno— deportista, deportista, no, pero me gusta salir a correr temprano.

—No te pareces en nada a Melissa.

—Eso es evidente —le digo señalándome.

Melissa es de esas chicas preciosas que allá donde va, triunfa. Es muy guapa, muy rubia y muy tía buena. Tiene todos los «muy» que puedan existir. No es que yo sea un adefesio, pero somos bastante distintas, a Melissa le encanta llamar la atención, viste de manera muy sensual y no le importa enseñar todos sus encantos. Yo soy bastante más sencilla en ese aspecto; me gusta vestir bien pero sin necesidad de mostrar todos los atributos a la mínima de cambio. Me arreglo cuando es necesario pero me gusta la comodidad. También es cierto que paso muchísimo tiempo con el uniforme

del trabajo.

—No me refería al físico —Marc interrumpe mis pensamientos y vuelvo a centrarme en la conversación.

—Digamos que Melissa es mucho más sensual que yo —finalizo.

Y no lo digo buscando un cumplido, lo digo con sinceridad, porque es lo que realmente pienso.

—No diría yo exactamente eso. Creo que Melissa es más provocadora, pero tú, sin duda, eres mucho más sensual que ella. Lo eres y ni siquiera te das cuenta de ello.

Me he quedado con la bebida a medio camino. Estaba a punto de tomar un sorbo y no he podido hacerlo, porque esa afirmación tan rotunda, me ha convertido en estatua.

Marc sonríe y me ayuda a finalizar el recorrido de la copa, empujando la base y acercándola a mis labios.

—Yo suelo ir a correr por las mañanas a Montjuic, si te apetece venir, acepto compañía.

Asiento, aunque aún estoy recuperándome de sus palabras de antes.

—Creo que es tarde y debería irme ya a casa.

Marc mira su reloj y asiente.

—No es que sea especialmente tarde, pero entiendo que acabas de llegar y aún tienes que instalarte.

Me acompaña hasta la puerta. Le tiendo una mano para despedirme y él la sujeta y tira de mí haciéndome chocar contra su pecho.

—No hace falta que seas tan formal conmigo —me susurra en el oído antes de depositar un beso en la comisura de mis labios.

Mis piernas parecen gelatina en este momento. No me preguntéis exactamente qué tiene este hombre que me hace sentir bien, como si lo conociera de siempre, como si tuviera esa capacidad de hacerme levitar.

—Buenas noches —susurro.

Me doy la vuelta, abro la puerta de mi casa y antes de entrar se despide.

—Buenas noches, nena...

Cierro y me dirijo al baño, necesito recuperarme y volver a tomar conciencia de mí misma. Oigo mi teléfono mientras estoy refrescándome la cara y la nuca.

Me meto en la cama y ojeo antes el teléfono.

MARC:

Mañana a las 8 en mi casa.

Veo su foto de perfil y la presiono para que se amplíe; sale él, en una mesa de oficina sentado, con unas gafas de pasta negra, mirando a la cámara y mostrando su perfecta sonrisa. ¡Está como un maldito queso!

VEGA:

Ok.

Respondo escueta. No puedo decirle lo que de verdad pienso.

Vega, debes mantenerte en tu sitio. No te conviene un chico así y tampoco estás en el mejor momento para pensar en nadie que no seas tú.

Con este último pensamiento, cierro los ojos y decido sumergirme en un sueño reparador, donde yo soy la protagonista de mi vida y no hay cabida para los rompecorazones.

CAPÍTULO 2

UN PASEO POR MONTJUIC

Un sonido seco me hace abrir los ojos. Me incorporo como un resorte y observo la estancia. Vale, estoy en casa. En Barcelona.

Duermo como una marmota. Muchas mañanas al levantarme, ya sea con el sonido del despertador o porque interrumpe mis sueños algún otro ruido estridente, me despierto desorientada, como si estuviera durmiendo en un tejado en vez de en mi comfortable cama.

El sonido vuelve a hacerse eco en la estancia. Reacciono y me doy cuenta de que es la puerta. Son las... ¡Mierda! Me he dormido...

Bajo las escaleras de dos en dos y en un santiamén estoy en la puerta.

—Buenos días dormilona... dime, ¿te has dejado dormir o es que no quieres salir a correr...conmigo?

Marc deja ese «conmigo» en el aire.

—Si tú supieras lo que haría yo contigo... —le espeto dándome la vuelta para dirigirme al baño.

El silencio ensordecedor nos envuelve a los dos y freno en seco antes de entrar en el aseo.

—¡Joder! Dime que no lo he dicho en voz alta, por favor —mi voz suena a ruego y es que, en realidad, le estoy rogando.

—¿Te miento o te digo la verdad? —pregunta burlón.

Le oigo cerrar la puerta y recorrer la distancia que nos separa.

—Llegados a este punto, donde la vergüenza me come, casi que mejor ¡miénteme!

—No lo has dicho en voz alta, nena...

—Gracias por el consuelo, vecino, pero mientes fatal.

—Y dime, ¿qué es lo que harías conmigo?

Vega, o paras esto o vas a salir mal parada. La estás liando gorda, no

filtras y así te va.

—Salir a correr —grito desde el baño—, habíamos quedado en eso, ¿no?

—Vaya, así que eres de esas que tira la piedra y esconde la mano — replica.

¿Qué? ¿En serio?

—Para tu información —le digo asomándome al salón y señalándole con el cepillo de dientes—, no soy de esas, pero tengo que aprender a filtrar, a veces me cuesta mucho.

—Conmigo no hace falta que filtres, a mí me gusta que seas así de espontánea.

Termino de cepillarme los dientes y me dirijo a coger la ropa de deporte. Me hago una coleta alta, para sujetar mi morena melena, y cojo las zapatillas y me siento a su lado. ¡Joder! Es que hasta recién levantado huele como todos los dioses. Esto debe ser un castigo divino.

—Ser espontánea está muy bien, pero no es bueno en determinadas ocasiones, como en esta. Apenas nos conocemos...

—Pero no me negarás que parece como si fuéramos amigos de toda la vida —me interrumpe Marc.

Niego con la cabeza.

—Apenas nos conocemos —prosigo—, aunque parezca que llevemos toda la vida siendo amigos, vecinos o colegas, como quieras llamarlo. Lo que no quiero es que te hagas una idea equivocada de mí.

—¿Y qué idea equivocada se supone que me haré?

—No voy a ser una de tus conquistas, no voy a caer rendida a tus pies, no me gustan los tíos así, como tú.

—Vaya, ¿me juzgas?

Marc se pone de pie y me observa fijamente.

—No, no te juzgo —niego con la cabeza—, es que los tíos como tú son los que hacen daño. Soy psicóloga, sé de lo que hablo, eres de esos que hacen que se te caigan las putas bragas al suelo con una simple sonrisa y si, además, chasqueas los dedos, ya te abres de piernas y te dejan pasar.

Lo digo, porque es lo que me pasaría a mí. No soy estúpida. Le dejaría pasar a la primera de cambio, ¡si es que no hay más que verlo!

—No hay nada de malo en eso. Cada uno juega sus cartas, yo no miento, no prometo, ya te lo dije, soy claro. Si estás de acuerdo, bien y si no, también.

—Y me parece fantástico, solo que yo, no funciona así.

—¿Tu eres de las que quiere flores y velas? Te tenía por alguien más moderna —se burla.

—Eres exasperante. No, no quiero flores, ni velas, ni bombones, ni globos. Pero quiere ser importante, no quiero ser un polvo y si te he visto no me acuerdo.

—Las personas tenemos determinadas necesidades —me rebate—, ¿qué hay de malo en disfrutar del sexo?

—No hay nada de malo —me pongo en pie y le señalo la puerta—, pero yo no soy así. En cambio, tú... tú si lo eres, ¿o me equivoco?

—Yo solo me dejo llevar, no me pregunto qué sucederá mañana, vivo el presente.

—Marc —me detengo en el rellano—, estás muy bueno y todo eso que ya sabes, pero créeme, no soy tu tipo, no soy a lo que tú estás acostumbrado.

—Y por lo visto, yo tampoco soy a lo que estás acostumbrada tú.

—No —finalizo contundente.

La brisa fresca de la mañana me estremece cuando salimos a la calle.

—Hagamos un par de estiramientos, nena.

Decidimos calentar un poco antes de comenzar a correr; tobillos, rodillas, hombros, muñecas...

—Espero que puedas seguirme el ritmo —me dice con tono jocoso.

—A ver si va a resultar que el ritmo me lo tienes que seguir tú a mí, pollito —matizo mientras termino de calentar el cuello.

Mi vecino arquea una ceja y me da un repaso de arriba abajo. Con esa mirada que me echa es imposible no entrar en calor. Me estoy arrepintiéndome de haberle dicho que conmigo no tiene nada que hacer, porque realmente lo

que quiero hacerle son muchas cosas y a cada cual, más guarra.

Comenzamos caminando.

—Hay bastante distancia desde nuestra calle hasta Montjuic. Yo lo suelo hacer todas las mañanas, me despeja y me gusta mucho el trayecto.

—¿Es el único deporte que haces? —las palabras salen de mi boca sin control y me castigo mentalmente por haberlas dicho en alto—. Lo digo porque se te ve fuerte —intento arreglarlo sin que así sea.

Marc arquea la ceja ante mi frase, que muy ingeniosa no es que sea.

—La verdad es que sí. Me gusta mucho correr, el después, la adrenalina y la energía con la que me encuentro el resto del día. Hay noches, cuando me cuesta conciliar el sueño, que vuelvo a salir, me despeja y hace que luego, cuando llegue a casa, me dé una ducha y esté más relajado.

—¿Te estresa tu trabajo? —indago.

—Señorita Vega, ¿estás haciendo de psicóloga conmigo?

Me sorprende la carcajada que suelta tras ver mi cara, a la que me uno poco después.

—La verdad es que no es mi intención pero tengo esa curiosidad innata. Hagamos un trato —comienzo—, cuando veas que me pongo pesada o que excedo el límite, simplemente me frenas, ¿vale?

—Trato hecho —responde sonriente.

¡Dios!, esas sonrisas tan sinceras me desarman, ¿será así con todas? Tengo que reprenderme mentalmente, me estoy contradiciendo constantemente. Anoche, hace un rato sin ir más lejos, decía que no me gustan los chicos como él, que no estoy preparada para nada, que odio el amor y el estado de enamoramiento, y ¿a los dos minutos, estoy pensando en la exclusividad de su sonrisa? Si es que al final la que necesita un profesional soy yo. Trastorno de personalidad, creo que lo llaman.

—A simple vista —Marc comienza a hablar interrumpiendo mis cavilaciones—, parece un trabajo sencillo. Las personas creen que un informático es ese que arregla los ordenadores averiados, que instala programas y que el resto del tiempo se lo pasa jugando al *Worl of Warcraft*, y nada más lejos de la realidad. Estudiamos una carrera, que nos cuesta lo nuestro y nadie nos la regala. Trabajamos muchas horas frente al ordenador

y, en muchos casos, tenemos que estar en constante tensión, creando desde cero, para suplir carencias y necesidades, no es solo colocar una pieza, es innovar, mejorar y ayudar en la evolución tecnológica.

—Vamos, que un mono entrenado no podría hacerlo —bromeo.

—¿Crees que un mono entrenado podría ayudar a tus pacientes?

Niego con la cabeza.

—Yo trabajo con personas, la mente humana es muy difícil, donde tú ves soluciones otros ven problemas —afirmo.

—Yo trabajo creando, donde unos ven a unos frikis tocándose las pelotas, yo veo ingenio y creatividad. Por eso odio que nos llamen informáticos, porque somos más que eso. No es una simple jornada de ocho horas. Terminamos llevándonos los problemas a casa, no hay desconexión. Muchas veces me reprendo a mí mismo, por estar dándole vueltas a un problema que no pude solucionar, incluso he soñado con las posibles soluciones para resolver esa incógnita. Es más difícil de lo que se ve desde fuera.

Y no deja de tener razón. A veces, caemos en los tópicos sobre las profesiones. Los psicólogos somos loqueros; los informáticos, frikis de los ordenadores; los trabajadores sociales, los que ayudan a los drogadictos; los maestros, esos que estudian esa carrera porque cogen la vía fácil. Y en determinadas ocasiones, cometemos ese error tan común de creer que hay profesiones que tienen más valía que otras, que están mejor vistas y valoradas, e incluso remuneradas. Pero al final, es una cadena, porque sin unos, los otros no somos nada.

—A mí me sucede lo mismo —le explico—. Intento tener una jornada concreta, con horarios fijos. Cada día cerraba la puerta de mi consulta repasando mentalmente mi principio básico «el trabajo se queda aquí, tras esta puerta, porque es sólo eso, trabajo». Ese ha sido mi mantra durante muchísimo tiempo, la teoría me la sé, pero ¿dónde dejo la empatía de ser persona? No puedo evitar que no me afecte, no rememorar historias y ver las distintas variables y posibles soluciones.

—La empatía es buena, siempre y cuando entiendas que son personas, pero también pacientes.

Y así es.

—¿No trabajas hoy? —acabo de caer en la cuenta de que estamos haciendo deporte, cuando se supone que a mi lado tengo a alguien con horario y trabajo.

—Sí, por supuesto. Tengo la suerte de trabajar en una empresa que nos permite determinadas libertades en cuanto a horario. Mientras cumplamos, podemos organizarnos nuestro tiempo. Normalmente entro más tarde. ¿Y tú? ¿Cuál es tu idea?

—Melissa me dijo ayer que hay unos locales muy cerca de nuestro edificio que se alquilan, iré a verlos luego y decidiré si alguno cumple mis expectativas y si está dentro de mis posibilidades económicas.

—Es decir, vas a abrir otra consulta.

—Por supuesto —afirmo rotunda—, no tengo la menor duda.

—¿En Madrid trabajabas en una?

Hemos empezado a trotar, y me paro en seco cuando me pregunta.

—¿Cómo sabes lo de Madrid?

—Melissa me contó que venías. Sé un poco vuestra historia, por encima, no te asustes —me pide cuando ve mi cara de horror—, ¿qué pasó para que vinieras?

Marc me anima a continuar trotando y le sigo.

—Mi ex novio me engañó con mi socia —escupo con rabia.

—Ahora lo entiendo todo —susurra con un tono frío.

—De ahí mi animadversión hacia el amor, los estados de enamoramiento y todo lo que tenga que ver con la locura transitoria provocada por el sexo opuesto.

—¿Sabes? A mí me pasó algo parecido. Y cambié, me convertí un poco en quien soy hoy.

—¿Y quién eres hoy? —pregunto.

—Es el momento de parar —me pide.

Respeto su petición y comenzamos a coger el ritmo. Corremos con ganas, él con la intención de descargar y yo, con la de dejar atrás mi pasado, como si en esta carrera pudiera conseguir que deje de dolerme.

De vuelta a casa, paramos en Starbucks.

—Está muy bien que hagamos deporte, pero hay que reponer fuerzas y desayunar —me anima—, ¿qué te apetece?

—Café frapucchino y un muffin de arándanos —pido sin pensar—, ¿qué? —pregunto al ver la mirada burlona que Marc dibuja en su rostro.

—¡Nada! —exclama—, simplemente te he visto muy segura al pedirlo.

—Son mis favoritos. Soy de ideas fijas y claras —o eso espero, pero esto último no lo digo en voz alta.

Marc se dirige con paso seguro hacia la cola para pedir nuestro desayuno mientras yo no aparto de mis pensamientos el buen rollo que tenemos y la conexión tan grande que hemos establecido en tan poco tiempo.

No puedo negar lo evidente, y es que entre nosotros hay chispa. En ningún momento se ha dado esos silencios tan incómodos que suelen estar presentes entre las personas que se acaban de conocer, además de que compartimos muchas ideas en nuestra forma de vida. Cuando le cuente a Melissa va a flipar en colores, estoy segura.

Es la misma conexión que tuve con Leo cuando lo conocí años atrás. Entré por casualidad en su cafetería, no tenían frapucchinos, de esos que tanto me gustan y que solo encuentro en Starbucks, pero tenían unos capuchinos deliciosos, Melissa me había nombrado el lugar en reiteradas ocasiones. Me decía «ese lugar te va a encantar», era de esas librerías-cafeterías-pastelerías con encanto. Siempre he sido una persona ávida a la lectura, de las que se sumerge en un buen libro, sea del género que sea, y hasta que termina no puede respirar con tranquilidad. Y haciendo caso a mi mejor amiga, decidí parar un día y descubrir por mí misma si era cierto que ese lugar era tan mágico como ella misma me relataba o era su entusiasmo porque ella creía que podría serlo.

Entré allí, y al momento me asaltaron sensaciones de paz y de calma. Los olores a café y bollos recién hechos, me transportaron a deliciosos aromas caseros, como los que se respiraban en casa de mi abuela Lola, los domingos, el día de reunión familiar por excelencia.

Recuerdo perfectamente cómo se acercó a mí un chico no muy alto, moreno, de ojos marrones y con un cuerpo bastante fibroso. Me sonrió muy cálidamente cuando se plantó a mi lado, le pedí que me recomendara algo, y acertó al traerme ese capucchino y un bollo recién horneado, relleno de

manzana caramelizada. Recuerdo suspirar de puro deleite al dar el primer bocado.

Las casualidades de la vida, hicieron que poco después montara al lado de la cafetería de Leo, junto a la perra mala de Yéssica, nuestra consulta, y así fue como me hice su clienta más asidua; a sus bollos de manzana y a sus interminables conversaciones. Muchas veces terminamos compartiendo penas, él por su amor imposible, pues se había enamorado locamente de un chico heterosexual, para ser más exactos, el panadero-pastelero; y yo, porque cada día que pasaba notaba a Fran más distante y lejano a mí. Hoy sabemos el motivo.

—Aquí tienes tu bebida rara y tu magdalena —sonríó ante sus palabras, volviendo a pisar la tierra, dejando de lado mis recuerdos y el sentimiento de anhelo que me produce pensar en Leo y tenerlo lejos.

—Café frapucchino y muffin, por favor, hay que ser correcto con los términos —bromeo—, ¿qué has pedido tú?

—Café americano y otra magdalena —arqueó una ceja y él sonríe como un jodido dios griego—, perdón, muffin.

Asiento satisfecha y sonríó en respuesta a su corrección. Lamentablemente, la sonrisa se borra de mi cara cuando observo a Marc clavar su mirada fijamente en mis labios. De manera instintiva paso la lengua por ellos, ahora mismo los noto bastante secos. Su mirada se posa en el recorrido de mi lengua y lo veo tragar.

—Deja de mirarme como si el muffin fuera yo —ruego.

—¡Joder, Vega! Esto va a ser un suplicio para mí —responde.

Ahora la que traga nudos soy yo, pero decido que lo mejor es no indagar, no preguntar y no saber. Cuanto menos sepa, más feliz seré.

—He estado pensando que podríamos establecer una rutina de entrenamiento, ¿no crees?

—En realidad, me has sorprendido, no pensé que tuvieras tanto aguante y consiguieras seguir mi ritmo.

—Perdona, ¿insinúas que tenía pinta de floja?

—Afirmo. Siento decirte que no apostaba un duro por ti.

—Capullo.

Mi vecino se ríe con ganas.

—No esperes que te ponga una alfombra después de haberme llamado floja.

Oigo como chasquea la lengua contra el paladar antes de volver a clavar la mirada en mis labios.

—Me gusta que me sorprendan. Hacía tiempo que no conocía a nadie que lograra eso.

—No sé si tomármelo como un cumplido...

—Sin duda, como un cumplido —me interrumpe— y debes saber que yo no hago cumplidos porque sí.

¿Puede alguien explicarme como una frase cualquiera puede decirse de manera tan sensual y sexi? ¿Me podéis explicar qué hago ahora yo con la humedad que siento entre mis piernas?

—¿Sabes? ¡Creo que hubiera sido mejor que me tocara como vecino un informático sucio, friki, casoso y gordo!

—Analista programador —me rectifica.

Pongo los ojos en blanco por su corrección.

—Por favor, no me castigues por haberte llamado informático —suplico uniendo mis manos como si rezara una plegaria.

Marc se acerca sigiloso, cubriendo la distancia que hay entre nuestros asientos y se coloca justo frente a mí. Clavo mis ojos en su boca y él saca la lengua tal y como hice yo antes, para, posteriormente, pasarla de manera sensual y provocadora, recorriendo cada centímetro sin pararse a pensar en lo que suscita en mí, en la excitación que me corre por el cuerpo. El calor me embriaga y me siento borracha de deseo.

—Créeme, Vega, si algún día decidiera castigarte por algo, lo disfrutarías tú y lo disfrutaría yo, puede que incluso te conviertas en una provocadora, por el simple deseo de que te dé unas nalgadas. Porque querrás más, te lo aseguro.

¡Maldito bastardo!

—No te lo creas tanto. Eres demasiado presuntuoso. No soy de esa clase de mujeres.

Quizás es una afirmación demasiado rotunda. Mi vida sexual no tuvo especial relevancia nunca —y eso si es una afirmación rotunda—, con Fran era muy normal. Practicábamos sexo cuando surgía, y era bastante monótono. Nunca hubo ese estallido de fuegos artificiales que me describen algunas pacientes, o que la propia Melissa me narra. A veces llegaba al orgasmo, y a veces no llegaba.

Leo y Melissa siempre me decían que eso era por culpa del novio tan insulso que tenía, pero yo muchas veces creía que era por mi propia culpa porque no sabía dejarme llevar o porque no provocaba en él ese deseo.

Fran tampoco fue el único hombre con el que me he acostado, pero el resto —unos cuantos, no os vayáis a pensar que tengo una larga lista de machos deseosos de empotrarme—, tampoco resultaron ser experiencias dignas de enmarcar. Estuvo bien, unos más que otros.

—¿Qué clase de mujer se supone que eres? Porque entiendo que lo que quieres decir es que no te gusta que te den unas nalgadas, ¿es eso?

Niego con la cabeza. A mí nunca me han dado un par de nalgadas mientras practicaba sexo con alguien, probablemente me cortarían el poco rollo que tuviera.

—Son cosas mías ¿o este es un tema demasiado íntimo para dos personas que acaban de conocerse? No sé tú, pero yo no suelo hablar de mi vida sexual con desconocidos.

Marc se lleva una mano al pecho.

—Nena, me has partido el corazón. Yo ya no soy un desconocido, te he visto recién levantada y sin maquillar y además jadeando como una perra mientras intentabas seguir mi ritmo. Es más que probable que ninguna persona, por mucho tiempo que la conozcas, te haya visto en esa guisa.

—Vale, puede que tengas razón —cedo—, pero entenderás que es un tanto raro la conexión que tenemos y que así, sin más, nos llevemos tan bien como amigos de muchos años.

—Pero, ¿por qué darle vueltas a eso? Nos lo pasamos bien, nos llevamos bien y podemos hablar con total naturalidad, ¿qué más da el resto?

A veces suceden esas cosas, ¿no? Que aparecen personas en determinados momentos de tu vida que rompen por completo tus esquemas y te hacen cuestionar algunas amistades. El tiempo no es indicativo de una

amistad. Si bien es cierto que dicen que esas amistades que permanecen más de ocho años en tu vida, perdurarán en el tiempo. Nadie es capaz de afirmar que una persona que acabas de conocer no puede entrar con premura en tu vida y convertirse en alguien importante, que se une a ti de manera inesperada y que tambalea las amistades tradicionales.

—Tienes razón —concedo.

—¡Pues ya está! Entonces, ¿no te gustan las nalgadas?

—¡Y dale con el tema! ¿Te haces una idea de la vergüenza que me supone tener que responderte este tipo de preguntas? —pregunto abochornada.

—Eso es un no —responde.

—No, probablemente no.

—Pues no sabes lo que te pierdes —fanfarronea.

—¿Siempre hablas así de todo?

—¿Así como? ¿Abiertamente?

—Sí, sin tapujos.

—Si. ¿No es lo mejor? Conmigo sabes a qué atenerte. Quizás deberías ser tú también un poco así, ¿no eres psicóloga? No deberías ser directa y sincera.

—A ver, lo soy, pero no es lo mismo formular preguntas a unos pacientes que responderlas sobre tu vida —explico.

—Pues de esta manera, entiendes un poco más lo que se siente estando en el diván.

¡Joder con mi vecino! De todas las personas que he conocido nadie se asemeja a él en nada. Me plantea una serie de cuestiones directas que me hacen recapacitar sobre mí misma. ¿He estado siempre encasillada? Puede que sí. Me encanta mi trabajo, me encantaba mi vida —aunque a veces pienso si era una mera ilusión y no me llenaba tanto como creía— y me gustaba mi forma de comportarme; soy una persona abierta, extrovertida y que a veces, no pone freno ni filtro en la forma de actuar o de hablar, pero Marc, con sus preguntas directas, sin quererlo, me da otro punto de vista, uno más loco y a su vez, más sensato.

—Dicho esto, ¿follamos?

¿Qué?

—¿Qu...? ¿q...? ¿qué? —balbuceo.

—Tenías cara de estar cavilando, creí que era el mejor momento para tirarte los trastos y lograr llevarte a mi cama —sonríe—, veo que eres de las difíciles y a mí me van los retos.

—Conmigo no tienes nada que hacer —miento, a él y a mí misma.

—Lástima —responde acercándose—, porque te aseguro que mis nalgadas están a un paso de ser reconocidas como las mejores del mundo. ¿Ves estas manos? —pregunta tendiéndomelas—, las van a hacer Patrimonio de la Humanidad.

—¡Capullo! —exclamo sorprendida.

He decidido que lo mejor era cortar por lo sano, pero no puedo negar que la humedad que tengo entre las piernas y la manera en la que he observado sus manos y las he imaginado sobre mi piel, sujetándome por las caderas y presionándome contra su erección, no han aparecido en mi mente e incluso he deseado que así fuera.

—Será mejor que nos vayamos —interrumpo el silencio—. Melissa debe estar a punto de llegar y tú tienes que ir a cumplir tu jornada laboral.

Caminamos la distancia que nos separa de la cafetería a casa prácticamente en silencio. Yo sigo dándole vueltas a las sensaciones que me abruman estando a su lado y ¿él? Pues exactamente no sé qué estará pensando pero tiene una sonrisa de lo más mona adornando su cara.

Nos despedimos en la puerta; alzo la mano en modo de saludo y Marc, tira de ella y me acerca de nuevo a él de un solo tirón. Aproxima su cara a la mía y cuando cierro los ojos, pensando que me va a besar, se limita a poner sus labios sobre la comisura de los míos, muy cerca, peligrosamente cerca, pero sin llegar a rozarlos ¡es exasperante! Y de nuevo, debo reprenderme mentalmente porque me repito de manera constante, que no es mi tipo, que no quiero nada y que los juegos como éste, siempre terminan quemándote, pero...confieso que he sentido necesidad, más que necesidad, ansias, de recibir un beso, de sentir esos labios que parecen hechos para pecar, sobre los míos.

—Los amigos se despiden con un beso...o dos —susurra con una voz cargada de sensualidad, logrando que me estremezca por el simple hecho de

notar su cálido aliento cerca de mi oído.

Se da la vuelta y entra en su piso, dejándome clavada en el suelo. Como si mis pies en este momento fueran dos losas de cemento.

Tras recomponerme, entro en casa y me dirijo a la ducha. Preparo unos vaqueros, una blusa de flores rojas y azules y dejo una chaqueta en el respaldo del sofá.

Me meto en la ducha, enumerando todas las cosas que quiero hacer hoy. Mi prioridad, sin duda, es la de encontrar un sitio donde poner en marcha mi negocio. Esta vez tengo bastante claro que no quiero socios, esa opción está descartada. Y ya no es por el desengaño sufrido por «la zorra, perra, asquerosa sin escrúpulos», es porque en un negocio conformado por varias personas, si la relación no es lo suficientemente sólida, siempre se dan pequeñas rencillas, que acaban en disputas mucho más profundas.

Termino de acicalarme. Me seco el pelo, para posteriormente trenzarlo. El sonido de la puerta me sobresalta, y por un instante deseo que sea Marc quien esté tras ella. Apuro el paso, con la trenza a medio hacer, y abro rápidamente. La imagen de mi *rubiamiga* me hace sonreír de alegría y suspirar de decepción, vaya una contradicción de sentimientos, ¿verdad? Pues así soy yo muchas veces.

—¿Estás lista? —comienza mi amiga.

Deposita dos besos en mis mejillas y me abraza suavemente. Los besos de Melissa, sí que son de amiga, nada de comisura de labios, nada de calor corporal ni deseo sexual contenido.

—¿Tienes frío?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Acabas de estremecerte, pensé que era porque tenías frío.

Estoy peor de lo que creía. Si es lo que yo digo, al final la que va a necesitar un psicólogo soy yo.

—No tengo frío, estaba pensando... —termino por dejar la frase en el aire.

—¿Y en qué se supone que estabas pensando para estremecerte de esa manera? No será...en algún hombre, ¿no?

Es mala, pero mala, mala. No, espera, que la mala soy yo por no

saber disimular.

—¿Qué cosas tienes, Mel! Cada vez estás más chiflada. Conozco a una psicóloga...

Mi amiga se ríe con ganas y se acerca a la cocina en busca de algo de comer. Siempre he envidiado eso de ella, por más «basura» que coma siempre está increíble. Aunque ella me dice que yo soy igual.

—¿Qué tal con Marc? —pregunta dándose la vuelta y metiéndose en la boca un trozo de pan—¡Joder, este pan está más duro que una piedra! —se queja mientras lo escupe.

—Bien —termino de hacerme la trenza y me coloco unas argollas. Me dirijo al neceser de maquillaje y me pongo rímel y me hago una fina raya en el párpado inferior.

—¿Solo bien? —inquire señalando el bocadillo que dejé la noche anterior y que aún no he recogido.

—Me invitó a cenar en su casa —suelto atropelladamente—, y esta mañana salimos a correr.

Veo a mi amiga entrecerrar los ojos, fruncir el ceño y mirarme fijamente. Todo al mismo tiempo.

—Te dije que estaba buenísimo. Caerás en sus redes. A ver, que no te culpo, hasta yo lo he pensado miles de veces porque no hay más que verlo para saber que es todo un dios griego y que debe follar como un condenado, pero es de esa clase de hombres de los que no te puedes enamorar porque él huye del amor, esa palabra no entra en su diccionario, en el suyo solo hay sexo y más sexo. Del sucio y salvaje, de ese que hace que te corras en cadena una y otra vez porque tiene que tener entre las piernas una anaconda, pero cielo —dicen centrando su mirada de nuevo en mí—, ese chico no te conviene. Aléjate mientras estés a tiempo.

Mi respuesta es la de abrir la boca y formar una perfecta O en ella. Mi mejor amiga acaba de soltar una perorata sobre el sexo con mi vecino, que ha estado muy lejos de ahuyentarme y que ha acrecentado las ganas de comprobar por mí misma la clase de «anaconda» que esconde bajo su ropa.

—No te he convencido, ¿verdad? —suspira abatida.

—No, lo siento —respondo sincera.

—Haz con él todo lo que te dé la gana y más, si surge la oportunidad ¡claro!, pero no te enamores porque no solo te dejará el coño escaldado —no puedo evitar agriar el gesto ante la palabra tan soez que utiliza Mel para dirigirse a nuestras partes íntimas, pero ella parece no darse ni cuenta—, además te dejará el corazón hecho trizas. Y ahora, termina de arreglarte —lo dice porque tengo un ojo maquillado y el otro no— y vamos en busca de este maravilloso lugar donde vas a montar tu nuevo gabinete y atenderás a cientos de personas, que digo cientos, miles de personas locas y deschavetadas, esperando que una persona sensata y con mucha cordura como tú las atienda.

—Hoy estás que lo bordas —bromeo mientras termino de pasar el delineador por el ojo izquierdo.

Me agarra de la mano y tira de mí. Cojo las llaves de la puerta y nos metemos en el ascensor, dispuestas a comenzar a recorrer las calles.

Vemos varios locales que se alquilan, apuntamos teléfonos y los observamos con atención desde fuera. Paramos en uno en el que, por suerte, nos damos cuenta de que hay una chica dentro mostrándole las instalaciones a un hombre.

Miro con atención; las paredes están bien cuidadas. Hay varias divisiones en ellas, como si antes hubieran sido oficinas. La pared izquierda que cubre el espacio designado a la sala de espera y que atraviesa todo el pasillo está pintada en un tono azul turquesa que me recuerda a la inmensidad del mar. Me acerco más hasta que me doy cuenta de que, de manera involuntaria, he entrado y observo todo apreciando cada detalle. El techo está perfecto, blanco e impoluto. Tiene muchos halógenos, aportando a ese lugar los detalles minimalistas que necesita, dándole ese toque moderno. Al minuto, me doy cuenta de que mentalmente he situado la recepción y que he colocado un mostrador del mismo tono azul que la pared. Las sillas serán blancas y las flores que van a decorar la mesa principal serán azules.

—¿Desea algo?

Mientras yo dejaba volar mi imaginación, la joven que explicaba con mimo las ventajas e inconvenientes del local al señor que se encuentra a su lado, me sorprende.

—Disculpe mi atrevimiento —me justifico—, pero hemos estado buscando durante la mañana un local para mi negocio —Melissa se ha situado a mi lado y me observa risueña, creo que es tan consciente como yo

de que este lugar tiene, por ahora, todo lo que busco—. Lo he visto desde la calle y no he podido evitar entrar.

La joven entorna los ojos y dibuja una sonrisa de victoria en su cara, es tan consciente como Melissa de mi satisfacción y sabe que, bien por el señor que la acompaña y que no deja de mirarme con atención, o bien por mi oportuno interés, se llevará una comisión por este inmueble.

—Si lo desea, cuando termine con el señor, puedo mostrarle a usted el local.

—Sería fantástico —la emoción hace acto de presencia y ya puedo verme allí trabajando.

—Mi nombre es Sandra Azcón —dice tendiéndome la mano a modo de saludo.

—Vega, Vega Sanz —respondo escueta.

El caballero que la acompaña deposita la mirada sobre mi amiga Melissa y en sus ojos veo un brillo conocido: deseo. En el más puro de los estados. Mi amiga Melissa, allá donde va, triunfa, como la cerveza, vamos.

—Yo ya he terminado —se apresura a responder sin apartar la mirada de mi acompañante—, si lo desea puedo esperar con su amiga —dice señalando a Melissa, la cual debo aclarar, casi no ha reparado en su presencia —, mientras usted observa el inmueble.

Melissa me mira con cara de circunstancia y yo me limito a alzar los hombros. Mel, más por camaradería y buenos modales, que por placer se queda con el susodicho, mientras yo me dejo llevar por el entusiasmo y la euforia.

—Como puede observar, la entrada principal está en inmejorables condiciones, si lo desea, podemos cambiar el color de la pared...

—No, no haría falta —la interrumpo—, así tal cual está es perfecta —lo está.

Asiente satisfecha.

—Si continuamos por el pasillo —me anima a seguirla—, encontramos dos despachos. Uno mucho más amplio que otro.

El primer despacho en el que entro es bastante grande, tendrá alrededor de 25 metros cuadrados. La pared del fondo está pintada del mismo

azul que decora las paredes del exterior. Me abrumba la sensación de estar cerca del mar, del olor a sal, de las gotas recorriendo mi piel bañadas por él.

Mentalmente, coloco dentro de esa habitación un sillón blanco muy cómodo, una mesa de cristal, con flores azules, y un diván precioso de piel blanca. Una estantería de libros, de esos que me cuentan historias maravillosas cuando leo uno y aspiro su olor, culminaría el despacho.

—El despacho de al lado es mucho más pequeño. Antes trabajaba aquí un abogado de renombre, pero se ha jubilado y ha tenido que dejar el local puesto que su socio prefirió cambiar la ubicación del despacho.

Tiene razón, es bastante más pequeño, pero yo no necesito más. Una mesa blanca, dos sillas azules y una encimera del mismo color que las sillas terminan de amueblar ese pequeño espacio que a partir de hoy se convertirá en mi office particular.

—El baño se encuentra aquí enfrente. Me señala una puerta que da acceso a una pequeña habitación con un wáter, un lavabo azul y un plato de ducha. Los azulejos que la decoran son azules y blancos.

Todos los colores en perfecta concordancia. Y todo se amolda de manera sublime a mis ideas.

—Hay otro pequeño aseo al principio del pasillo —me indica Sandra—, es el baño reservado para las posibles visitas.

Está completamente amueblado y se ve que en condiciones inmejorables.

—¡Es perfecto! —Melissa se ha situado a mi lado y yo la animo a que vaya a verlo con sus propios ojos.

El señor que la acompañaba ya no está.

—Se encuentra en una buena zona y en muy buen estado de conservación así que no tardaremos en alquilarlo —me comenta restándole importancia Sandra.

Evidentemente, no soy estúpida, y es una de las maneras que tiene para decirme de manera sutil que debo darme prisa.

—¡Me lo quedo! —exclamo enardecida.

Melissa asiente satisfecha, de la misma manera que lo hace la agente inmobiliaria.

—Creo que primero deberíamos hablar de dinero —me advierte Mel, que pone mis pies en el suelo.

—Tienes razón.

Sandra me explica los pormenores del inmueble. No es precisamente barato, pero es lógico teniendo en cuenta el estado en el que se encuentra, la ubicación y las posibilidades del mismo. Con eso y todo, decido que quiero quedármelo.

Salgo satisfecha. Mañana viernes, iré a firmar el contrato de alquiler. Melissa, en sus dotes de negociadora, ha logrado convencer a Sandra, quien tras una llamada ha dado el visto bueno, para que no pague alquiler durante una semana, tiempo más que suficiente para poder amueblar, dar de alta el negocio, y comenzar de cero.

De vuelta a mi piso, Melissa me indica que tiene una fiesta mañana por la noche. Me ruega que la acompañe, así haré bulto y podré beber Martinis gratis.

—Lo de los Martinis me ha convencido —le suelto.

—Marc también vendrá —lo dice mirándome fijamente, intentando medir mis reacciones—, vuelve a ser mi fotógrafo.

Marc.

Me limito a asentir, intentando no darle nada en lo que pensar, ni conclusiones precipitadas que sacar.

Tras darme un abrazo y un par de besos, se marcha pues tiene que ultimar los detalles y yo me pongo en contacto con mi antiguo asesor, para ver si puede hacerme las gestiones oportunas. Decido coger el metro y bajar a la playa de la Barceloneta. A disfrutar de lo que queda de día y comenzar a sentirme como en casa, al fin y al cabo, esta es mi nueva casa.

CAPÍTULO 3

TENEMOS TODA LA NOCHE

Al llegar a la playa me sorprende el ambiente tan agradable que hay. En cuestión de minutos me veo rodeada de personas que han salido en busca de calma, de respirar aire puro, perros que corren tras la pelota que ha lanzado su dueño, y, además, muchas parejas dándose arrumacos.

No puedo evitar recordar cómo fue mi día a día con Fran. Las comparaciones son odiosas, es cierto, pero quizás, conforme pasan los días, soy cada vez más consciente de que esta ruptura, tarde o temprano era de esperar. Hasta mi padre me lo decía «cariño, ese hombre es muy soso para ti, no te conviene, necesita más... no sé, más sangre en las venas».

Mi padre fue mi paño de lágrimas. Para ser más exactos, creo que lo ha sido en muchísimas ocasiones. Mi madre falleció hace dieciséis años, cuando yo acababa de cumplir la mayoría de edad. Fue muy duro para nosotros. Para mí, porque yo era muy joven para perderla y la necesitaba a mi lado, sus consejos, sus abrazos, sus palabras de ánimo, la calidez de sus caricias.

Para mi padre fue como morir con ella. Jamás había visto una relación como la que tenía mi padre, Alfredo, y mi madre, Leticia. Eran de esas parejas todo amor y devoción. Yo disfrutaba viéndolos; se escribían mensajes en la mampara de la ducha, dejaban post it en la nevera con frases de amor, o se dibujaban corazones en el espejo que estaba en la entrada de nuestro piso en Madrid.

Mi padre tuvo que luchar contra el dolor que lo ahogaba y sacar fuerzas de dentro para poder aplacar mi llanto. Yo sabía que él necesitaba de mi cariño, que me necesitaba fuerte porque no estaba en mejores condiciones que yo. Pero no pude, no fui capaz de sacar mi carácter más luchador y ser su salvavidas. Me dejé ir, me sumí en una tristeza constante y él me ayudó a salir a flote. Hoy, es todo lo que tengo y no podría estar más feliz, no podría ser más afortunada. Fue mi padre quien llamó a Melissa y le dijo lo que había sucedido, quien le pidió que me ayudara y que me abriera las puertas de su

casa, quien buscó mi destino en otra parte, y gracias a él estoy aquí.

De la misma manera, que, gracias a él, estudié psicología. Quise seguir su camino, ayudar a las personas que se sentían perdidas, que necesitaban una guía o unas pautas simples. Quise convertirme en la salvación de alguien, como mi padre se convirtió en la mía tras la partida de mi madre.

—Papá.

La simple necesidad de escuchar su voz me ha hecho que coja el teléfono y lo llame, necesito escuchar su voz al otro lado.

—Mi niña preciosa, ¿cómo estás? No he querido molestarte.

Ayer cuando llegué le envié un mensaje para decirle que estaba bien y que todo resultaba ser perfecto. Y así es.

—Estoy perfectamente, ¿y tú? ¿y el trabajo?

—Todo bien, pequeña, nada que no sea lo habitual.

—¿Eso quiere decir que tu jefe no deja de darte la lata?

Mi padre trabaja desde hace muchos años en una multinacional. Se encarga del departamento de recursos humanos y tiene que soportar a un jefe necio que cree ser el ombligo del mundo y saber más que nadie de todo lo que se cuece allí dentro. La realidad, como en muchas empresas, es que cuanto más crees saber, menos sabes.

Yo siempre digo, y esto ya no es porque sea psicóloga sino porque estoy rodeada de personas, interactúo con ellas y sé cómo se manejan en su entorno; que cuanto más pretendes alardear, es cuanto más inseguridades, más miedos y terrores a la humillación tienes. No es necesario pasar por encima de nadie ni menospreciar al prójimo, para que tu autoestima se vea reforzada. En otras palabras, «si estás vacío por dentro, no hay aire que te complete».

—Hay personas que no cambian. Yo he aprendido a vivir con ello, en realidad, creo que he aprendido a que me resulte gracioso.

Mi padre es un ejemplo a seguir, eso lo tengo claro.

—Haces bien. Oye, papa...

—¿Si, pequeña mía?

—Te quiero —le digo con total sinceridad.

—Lo sé, pequeña, lo sé. Y yo a ti también. Y ahora, cuéntame las novedades, ¿ya te has vuelto tan agarrada como todos esos catalanes?

—¡No! —respondo divertida—. En realidad, creo que es un mito. Papá —corto la broma y me pongo seria—, creo que he encontrado el sitio perfecto para mi nuevo gabinete.

Procedo a relatarle detenidamente cómo encontramos el lugar, los pormenores y lo que me hizo sentir.

—Ese es sin duda el lugar idóneo. No hay más que escucharte hablar de él para entender la ilusión que despierta en ti.

—Melissa dice que en breve estará todo Barcelona haciendo cola para que les atienda.

—No te quepa duda, pequeña, todo Barcelona y estoy seguro que el resto de provincias también —asegura mi padre.

Estas cosas son las que me hacen darme cuenta de que él supo envolver de manera muy sublime la ausencia de mi madre. Nunca jamás ha tenido una palabra negativa que decirme, al contrario, por muy loca que sea la propuesta, siempre su «adelante» finalizaba nuestra conversación.

No es que no eche de menos a mi madre, porque pienso en ella siempre, de manera constante, porque aún hoy, dieciséis años después, la sigo necesitando pero es cierto, que con un padre como el mío esa ausencia ha reforzado nuestra unión. Y hasta ahora, mi padre siempre me ha ayudado y me ha dejado caerme para que yo solita me dé cuenta de cuál era el camino correcto.

—Papá...

—¿Sí, pequeña?

—¡Tengo un vecino cañón! —exclamo.

—Vega, admiro la capacidad que tienes de hablarme de trabajo con ilusión y confianza para posteriormente hablarme de un hombre y de lo bueno que puede estar.

—Tendrías que verlo para entenderme —contraataco.

—Puede que me vaya un fin de semana a Barcelona y tenga el gusto de conocerlo.

—Estoy segura de que te caería bien, es súper simpático y agradable.

—Además de estar cañón —añade jocoso.

—Además —afirmo con la cabeza, a pesar de que no me puede ver.

—Pequeña —me interrumpe—, tienes que volver a encontrarte. Tienes que volver a ser tú misma. Lo de Fran ya pasó, no permitas que su recuerdo te frene ante nada porque tú eres capaz de conseguir lo que te propongas.

Suspiro al otro lado y mi padre se da cuenta, sin siquiera verme, que me ha dado justo en la llaga.

—Te quiero —me susurra.

—Y yo también te quiero, papá. Te llamo pronto —me despido.

—Un beso.

Cortamos la comunicación y me quedo observando cómo se apaga de manera paulatina la luz del aparato.

Fran consiguió destrozarme, sí, es cierto. Pero no solo por su traición, sino porque él no creía en mí.

Cuando empezamos a salir, cuando lo nuestro comenzó a ser algo más que encuentros esporádicos, yo tenía la esperanza de que fuera algo «perfecto», pero jamás lo fue. Me conformé, antepuse sus prioridades a las mías y poco a poco fueron mermando. Sus constantes negativas, su poco apoyo o entusiasmo antes mis propuestas hicieron que dejara de ser lo que era porque al final consiguió intoxicarme.

Parece mentira, ¿verdad? El cazador, cazado.

La realidad de la vida es que, hasta que no te chocas contra el muro, no compruebas lo duro que está.

Y el primer paso del cambio es reconocer los errores y aprender de ellos. Puede que esta sea la primera vez que lo reconozca, la primera vez que admita que me equivoqué y que mi vida con él no era más que una farsa, aunque aún hoy me cueste creer que valgo mucho, que soy suficiente para mí y para los demás.

Vuelvo en metro a mi apartamento. En el trayecto me doy cuenta de que no he hecho la compra. Marc me aconsejó hacerla *on line*, pero es cierto que no le pedí la dirección.

Decido que pasar por su casa un momento es la mejor de las opciones. Una parte de mi conciencia me dice, que además de hacer la compra puedo volver a verlo.

Entro en casa y dejo la chaqueta que tenía puesta en el respaldo del sofá, voy al baño, y de manera inconsciente me sorprende a mí misma observándome, valorando cuán perfecta estoy.

Salgo al rellano y llamo a su puerta. Dentro oigo ruido. Oigo a Marc reír y me parece escuchar una voz femenina dentro. Unos pasos acercándose me hacen separarme de la madera y mi dios griego hace acto de presencia, más guapo que nunca con un pantalón corto de deporte, descalzo y sin camisa.

La boca se me seca al instante mientras él se queda plantado en la puerta mirándome fijamente. La sonrisa se le borra cuando me ve allí parada.

—Vega —me dice—, pensé que eras el repartidor de pizza.

—No... ya ves... no soy el... —titubeo sin poder apartar mis ojos de su perfecto, esculpido, macizo y moreno pecho.

—Ya veo, ya —bromea.

Cuando logro apartar la mirada de su perfecto, esculpido, macizo y moreno pecho —si, si, debo repetirlo porque lo que tengo frente a mí es para repetir, y repetir y repetir... ya me entendéis, ejem, ejem—, y centro mi atención en sus facciones se me vuelve a secar la boca ¡maldita sea! ¡es un jodido Adonis!

—Yo...yo... yo venía... —las palabras no me salen de la boca.

—Marc, cariño, ¿vienes?, tengo una cosita que enseñarte —escucho la sensual voz de una mujer llamarlo y entonces caigo en la cuenta de que no está solo.

Esas carcajadas que escuchaba no eran del televisor, eran indicativo de que está acompañado y yo he venido en el peor de los momentos.

—¡Mierda! —exclamo—. Perdona, yo...pensé que estabas solo.

Marc gira la cabeza y veo a una morena con muy poca ropa, sentada sobre el reposabrazos de su sillón.

—Vega... —comienza.

No le dejo terminar, me giro sin despedirme y oigo como cierra la

puerta tras de mí y sus pasos acercándose.

Abro la puerta un tanto nerviosa y me doy prisa por entrar.

—Vega, espera —Marc me sujeta por el brazo y me gira—. ¿Estás bien?

—Sí —afirmo—. Perfectamente.

Y si es así, ¿por qué me encuentro tan rara?

—¿Qué querías?

—Solo la dirección para hacer la compra *on line* —mi voz suena entrecortada.

Decido omitir mi ilusión por contarle lo del local.

—Luego te la paso, como ves, ahora tengo que resolver otro asuntillo —bromea.

Asiento y me giro para entrar.

—¿De verdad estás bien? —vuelve a preguntarme.

—Sí —finalizo.

No sé si me cree o no, pero parece que no le queda más remedio. Como es costumbre en él, deposita un beso en la comisura de mis labios y se gira, dejándome con la magnífica visión de su espalda que tampoco tiene desperdicio.

Entro en casa, sin darme tiempo a pensar mucho más. Me acerco al sillón y me dejo caer, al «estilo peso muerto». Si de verdad estoy bien, ¿por qué no lo parece?

Anoche, antes de dormir, recibí un WhatsApp de Marc, en él me explicaba el proceso en sí de cómo hacer la compra y la web por la que navegar. Le respondí un escueto «gracias» y me dejé dormir.

Hoy me he despertado como si me hubiese pegado toda la noche en vela; tuve sueños revueltos en los que Marc me dejaba plantada por la morena que lo llamaba, de la misma manera que Fran me dejaba plantada por Yéssica. No fue lo que se dice un sueño... revelador. Fue una pesadilla en toda regla.

No hemos concretado los días en los que vamos a salir a hacer deporte, pero yo he decidido salir sola hoy. Necesito esas endorfinas que me

despierta correr hasta que la sensación de ardor que experimento en todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo.

Cojo mi teléfono, busco mi lista de reproducción en Spotify y tras ponerme unos leggins con estampado de constelaciones y un top negro, comienzo a hacer mis estiramientos. Hoy mi ruta será la calle, no he decidido cuál será mi destino ni tampoco los kilómetros, simplemente quiero dejarme llevar.

—Buenos días, vecina —la voz de Marc me saca de mis cavilaciones, que ahora mismo eran la de buscar una canción rítmica que me anime—. Parece que hoy vas a salir a correr sin mí —sonríe.

«Tú anoche estuviste corriendo-te, sin mí» y yo no digo nada. Frase ingeniosa, pero mejor guardármela para mí misma.

Me dedica una de esas sonrisas encantadoras. Va vestido con un vaquero oscuro y una camisa de botones. Probablemente vaya a trabajar.

—Buenos días —pretendo que mi saludo suene amigable, pero fracaso estrepitosamente—. Necesito salir y descargar tensión.

—Vaya. ¿Tensión? —lo veo cavilando.

Mi parte más perversa me dice que está pensando en la tensión sexual que nos ha envuelto estos días y que, en mi caso, no ha sido resuelta con nadie. Mi parte sensata me dice que no, que es por el estrés de la mudanza y de emprender el nuevo negocio.

—Ya sabes... tengo mucho tiempo libre, por ahora —matizo—, y quiero aprovecharlo en hacer algo de deporte. Es eso, o quedarme en casa y atiborrarme a donuts y toda esa bollería que se va directo a aquí —le señalo mis caderas, que todo sea dicho, con este leggin son dignas de admiración.

Veo que Marc reacciona y coloca su mirada sobre la zona que le he indicado. El calor me envuelve, ¡y es solo una mirada! Qué pasaría si... ¿Otra vez? ¡Basta!

—Buena idea —se apresura a añadir.

Nos metemos en el ascensor, y mi vecino me cede el paso para que entre yo primero. Decido mover las caderas de manera coqueta y fastidiarlo un poco. Total... más fastidiada que yo anoche, no creo que vaya a estar.

Quizás a él le dé absolutamente igual. Quizás él sea así con todas.

En realidad, no ha hecho nada malo. Es libre, igual que yo, además que es normal. Tendrá unas necesidades. «Como yo...», me digo a mí misma.

El silencio en el ascensor es ensordecedor, cada uno sumido en sus pensamientos. Yo intento mirar hacia adelante, pero nuestro reflejo en el aluminio del habitáculo me devuelve nuestra imagen. Ambos simulamos mirar nuestra propia silueta, pero la realidad es que la vista la tenemos fija en nuestro acompañante.

—Que tengas buen día —me apresuro a añadir al salir.

—Igualmente —responde.

Pero cuando lo hace, yo casi he salido por la puerta mientras comienzo a trotar sin parar. Cualquiera que hubiera presenciado la escena diría que huyo como alma que lleva el diablo. Pero para mí, ese trayecto con ese hombre, ha sido como estar en el mismo infierno. No sé explicar qué tiene, pero me hace arder y estremecer.

Varias horas después, y tras parar a desayunar, regreso a mi apartamento.

Por el camino me ha llamado mi asesor y me ha dicho que los papeles están listos y que en una semana podré comenzar a trabajar.

El resto de la mañana la dedico a visitar varias tiendas de mobiliario. Encuentro una perfecta, en la Avenida Diagonal, tiene muebles modernos y de diseño. Justamente lo que busco.

Saco mi teléfono y llamo a Leo.

—¿Qué te pica, Mery? —siempre me llama igual.

No recuerdo la manera exacta en la que comenzamos a llamarnos así, supongo que es una abreviatura cariñosa, y ambos nos llamamos de la misma manera, tanto por teléfono, como cuando nos vemos.

—Mery...tengo novedades frescas que contarte.

—¡Dime que has encontrado a un maromo cachas para mí! — exclama Leo entusiasmado.

—¡Ah, sí! ¡Claro! No tengo nada mejor que hacer que ponerme a buscarte un hombre, como si no supieras buscar tu solito —bromeo—. No es eso Mery, es que he encontrado el local perfecto para mi nueva consulta.

Le oigo aplaudir al otro lado del teléfono y gritar como una niña

pequeña a la que le acaban de regalar la Barbie Malibú que llevaba deseando meses.

—Mery, ¿estás ahí?

—Perdona Mery, pero ya sabes que soy de emoción fácil y me ha hecho mucha ilusión saber que por fin las cosas vuelven a su cauce.

—Lo que no sé, y ahí es donde tu juegas un papel importante es: ¿cómo me promociono y qué nombre le pongo? Y por favor, no me digas que el pene rosa, porque te cuelgo el teléfono.

Las carcajadas de mi amigo me hacen sonreír a mí también.

—¿Melissa qué te dice?

Evidentemente, cuando conocí a Leo y comenzó a formar parte de mi vida de una manera tan importante para mí, decidí que tenía que unir ambos frentes; por un lado, a Melissa que no tiene pelos en la lengua y es muy directa, y, por otro lado, a Leo, que es una chica más. No hace falta que lo diga, pero hicieron buenas migas pronto, y ahora somos inseparables —a pesar de los kilómetros—.

—Pues no lo he hablado con ella, la verdad —confieso—. Me apetecía hablar contigo, esta noche la veré. Tenemos un evento de esos pijos que ella organiza.

—Ponte guapa Mery, mira que Melissa es bastante seria con la presencia y más en esos actos, ya sabes que allí sólo van ricachones.

—Tranquilo, tengo un vestido rojo monísimo preparado.

—Esa es mi Mery. Ahora, volviendo al nombre del local —lo oigo dudar al otro lado—, qué te parece: «Gabinete ¿de crisis?» Es sencillo y práctico.

—Me recuerda a nosotros —ríe—, cada vez que sucedía algo corríamos rápido a tu cafetería o a tu casa con el lema «tenemos gabinete de crisis».

Y cuando eso sucedía, cuando a alguno de los tres le pasaba algo, o cuando Mel se fue y nos quedamos nosotros y ella nos llamaba, nos uníamos y nos hacíamos inseparables, se montaba el gabinete de crisis y llorábamos las penas en brazos del otro. Cuando el gabinete terminaba, éramos personas renovadas, habíamos echado todo lo que teníamos dentro y lo habíamos

sustituido por cantidades indecentes de Martinis y chocolate Nestlé.

—Pues por eso Mery, porque es muy «nosotros» y muy tú.

—Me gusta —finalizo decidida.

—En cuanto a la publicidad, yo te diría que pusieras anuncios en el periódico de los domingos, que es cuando más lectores hay, que hagas buzoneo; por lo menos al principio, un Facebook también está genial, hoy en día las redes sociales hacen maravillas, ya sabes que luego el boca a boca funciona muy bien. Eso es lo que te paso con la consulta que tenías aquí con Yéssica.

—Ni la nombres...

—Mery, hablando de ese tema —mi amigo guarda silencio al otro lado, señal inequívoca de que tiene alguna bomba que soltarme, porque él, Leo, jamás se queda en silencio—, ayer vino Fran por aquí.

¡Mierda!

—¿Se puede saber para qué demonios fue?

—Me preguntó por ti.

Tengo que sentarme en el sillón. Mis piernas ahora mismo no aguantan el peso de mi cuerpo.

—Mery, ¿estás bien?

Un escueto «sí» sale de mi boca en un tono tan bajo que ni yo misma soy consciente de si lo he pronunciado o ha muerto en mis labios antes de salir.

—Mery creo que metí la pata, porque le dije que te habías ido a Barcelona. Mery, en realidad, se lo dije porque quería que se jodiera, que sintiera frustración, que viera que te daba igual y que tú seguías adelante.

Con Fran, me sentí como la mujer más feliz del mundo, pero también como la mayor mierda que hay en la tierra. Durante los años dulces, quizás es mejor especificar y decir «meses», fue todo perfecto y precioso. Como en muchas de las parejas; las que conozco y las que ayudo como profesional. En las relaciones, se pasan por varios estados: los primeros años, son «la luna de miel»; todo es magia, novedad, pasión y romanticismo. Salvo en mi caso, porque la pasión siempre brilló por su ausencia. Y siempre pensé que era yo la culpable, la que no sabía darle lo que él necesitaba. Aún hoy en día tengo

mis dudas.

No es que Fran fuera el primer hombre con el que tuve experiencias sexuales, pero sí fue con el que más tiempo salí, por lo tanto, es el referente en mi vida amorosa —y sexual, ya puestos—.

A partir de los primeros años llega la «realidad» donde el deseo sexual no es el mismo, el romanticismo deja paso a la cotidianidad, y las cosas tan sencillas que antes daban igual, ahora empiezan a hacer mella y a fastidiar más de lo que pensabas.

Con Fran me pasó así, salvo porque a él le disgustaban muchas de las cosas que yo hacía o decía. No tenía paciencia y muchas veces terminaba diciéndome lo mala que era o lo insoportable que estaba. ¿Y yo?, pues yo a pesar de todo le quería. En ocasiones pienso que, aunque haya abierto los ojos y no derrame lágrimas, creo que jamás querré a alguien como a él. Lástima que me perdiera yo por el camino, y que dejara de sonreír con naturalidad o de contar mis historias y batallitas porque a él le molestaban. «Ten un poco de educación, que para eso tu padre se ha esforzado en pagártela» me decía cuando bromeaba sobre algún paciente. Lo peor de todo es que le creí. Y durante cinco años, me hice cada vez más pequeña, menos yo y más él.

—No pasa nada Mery, no te martirices, tampoco estoy escondiéndome de él —porque no es así, ¿verdad?—. No hiciste nada malo, pero no le des más detalles, ¿vale?

—¿Ha intentado contactar contigo? —el tono de guasa de mi amigo Leo ha desaparecido, y ha sido sustituido por un tono de preocupación.

—No, no que yo sepa. Ya sabes que lo he bloqueado del WhatsApp y de las redes sociales. Lo que no entiendo es qué quiere, Mery.

—Ya no está con Yéssica —suelta a bocajarro.

—Mery, ¿vas a ir contándome todo por fascículos o qué?

—Ya sabes que la consulta está al lado de mi cafetería. El otro día vino Yéssica por aquí y se lo contó a mi hermana, y ella a mí. No le di mayor importancia, no creo que hablar de ellos sea necesario, además Mery, tú ya has pasado página, ¿verdad?

Ya no están juntos...

—Sí, sí, claro que sí —respondo no muy convencida.

—Mery, no suenas muy persuasiva —el tono de desazón de mi amigo ha aumentado en la escala de tonos poco convincentes.

—Mery, no sé qué me pasa con él. No sé por qué demonios tiene tanto poder sobre mí.

—¿Es que hace falta que te lo diga? Hizo contigo lo que le dio la real gana, Vega, por favor, espabila de una vez ya. No dejes que esto siga marcando tus pasos. Durante muchísimo tiempo Fran decidía sobre ti: tu forma de hablar, de vestir, de comer...él era tu Dios supremo. ¡Basta ya, Vega! ¡Se acabó! Ese hombre no es nada en tu vida.

—Él decía que yo no era nada sin él... —finalizo abatida.

—Y durante un tiempo le creíste, ¿aún le crees? —mi mejor amigo está muy enfadado.

—Ya no sé lo que creer, Mery —las lágrimas han comenzado a descender por mis mejillas, sin siquiera haberme dado cuenta.

—Mery, la última vez que hablamos estabas más fuerte, eras más tu misma, ¿qué ha cambiado? ¿te ha hecho cambiar él? Si lo sé no te cuento nada.

—No. No puedes ocultarme cosas.

—No debo, pero sí puedo. Ese chico, es pasado. Eres una tía fuerte, valiente, muy capaz, con iniciativa, con un carácter increíble, espontánea, guapísima y divertida. No permitas que nadie te arrebate eso. Solo la gente que suma, solo los que aportan. El resto...el resto se debe quedar en el camino.

Yo me limito a asentir y aunque Leo no lo pueda ver, me conoce lo suficiente para saber cómo me siento. Ahora solo tengo que creérmelo.

—Acabo de decidir que el próximo fin de semana voy a verte. Hazme un hueco en tu casa porque me pienso plantar ahí desde el viernes.

—Gracias, Mery —susurro.

—Para eso estamos los amigos —el tono cariñoso de Leo me reconforta.

—Mery, necesitas a alguien que te ayude a salir de esa mierda en la que estás metida, y ¡ese soy yo! Tengo que dejarte, empieza a llegar gente a la cafetería. Hablamos pronto.

—Te quiero, Mery.

—Te quiero, Vega.

Hacía mucho tiempo que Leo no me llamaba por mi nombre de pila. Solo lo ha hecho cuando habla muy en serio, cuando está desesperado y quiere conseguir que reaccione. Lo hizo hace tres meses, cuando Fran se fue con Yéssica, y lo hace ahora, cuando Fran vuelve a apoderarse de parte de mi cordura.

Esta conversación me ha hecho darme cuenta de que sigo sin estar preparada para pasar página. Mis heridas siguen abiertas y no soy capaz de cerrarlas. Espero que el pasado se quede ahí, en el pasado y que mi futuro, sea mucho más prometedor.

Paso el resto del día tumbada en el sofá, viendo series, leyendo y comiendo, esperando a que se acerque la hora de ir al evento organizado por mi amiga.

Sobre las tres de la tarde me mandó un escueto WhatsApp para decirme la dirección y la hora de comienzo.

Decido que lo primero debe ser una ducha antes de comenzar a prepararme. Mi intención es la de beber, ahogar las penas y pasármelo bien.

Me he planchado mi melena castaña. El vestido rojo que le comenté a Leo, me sienta como un guante. He decidido ponerme unos *stiletos* color *nude*, a juego con mi cartera de mano. Para la sombra de ojos he utilizados colores tierra y los labios rojos. Me veo muy favorecida con esta combinación.

Decido coger un taxi. Tras veinte minutos de carrera, me encuentro delante del Hotel Royal Passeig de Gràcia. El evento se celebra en la terraza 83,3 de este hotel de renombre de la ciudad.

Al llegar a ella, muestro mi invitación a la ayudante de mi amiga Mel, que muy amablemente me deja pasar.

Antes de buscar con la mirada a mi amiga, me quedo fascinada ante las vistas de esta maravillosa terraza. La impresionante vista de trescientos grados es, sin duda, uno de los atractivos de dicho espacio. La noche además nos acompaña porque el cielo está completamente despejado y las luces de la ciudad nos envuelven de manera majestuosa. Sin duda, este debe ser uno de los mejores miradores del skyline de Barcelona, a cielo abierto.

Un «clic» me hace despertar del embrujo de las vistas y me giro para ver de dónde procede.

Marc, haciendo gala de su escultural cuerpo, sujeta entre sus manos una cámara de fotos enorme.

—No pude resistirme a sacarte una. Tenías una pose de lo más relajada y natural.

—Déjame verla —le pido.

—No —me dice retirando su cámara—. Por ahora, es mía y solo mía.

Sabía que estaría aquí, pero encontrármelo, tan guapo, tan natural, tan él mismo después de nuestro pequeño distanciamiento de anoche y de esta mañana me hace estremecer.

—Estás guapísima, Vega —el brillo de su mirada me dice que es completamente sincero.

—Tú también —respondo nerviosa.

Por un momento, simplemente nos mantenemos en silencio, contemplándonos y estudiándonos con la mirada. Buscando más allá de la piel.

Otro «clic», me hace sonreír.

—¡Para ya! —le pido—. No estoy dentro de la categoría de famosos que esta noche requiere. Soy una más.

—Puede que no estés entre la jet set de Barcelona y que no seas abogada como todos los que esta noche están aquí, pero tienes más brillo y personalidad que ninguno.

Hay cosas para las que una mujer jamás estará preparada, una de ellas es para conocer a un hombre como Marc. Desprende carisma por todos los poros de su piel, seguro de sí mismo, con las ideas claras y honesto. Estas cualidades me las ha ido demostrando en el poco tiempo que nos conocemos. Ahora, solo tendré que descubrir si es real o solo una máscara.

—¿Vega? —mi *rubiamiga* se acerca a nosotros con paso firme. La cara de sorpresa es inevitable.

—La misma —respondo.

Marc sigue haciendo «clic» tras «clic».

—Para ya —le suplico—, vas a hacer que me avergüence y no venga más.

—Mejor ahora, que cuando estés medio pedo —añade Melissa—. Estás preciosa Vega, hacía mucho tiempo que no te veía tan guapa, desde... desde antes de Fran.

Marc está allí con nosotras. Al oír el nombre de Fran me examina con la mirada.

—¿Quién es Fran? —pregunta abiertamente.

—Su ex. La dejó por su socia.

Pongo los ojos en blanco mientras Melissa lo cuenta como si yo no estuviera delante, como si no formara parte de mi pasado, e incluso de mi presente, como si fuera ajeno a nosotras.

Me siento abochornada. Agacho la cabeza y me sumo en mis pensamientos, siempre negativos y nefastos.

—Ahora vuelvo —se disculpa Mel, dándose la vuelta y dejándome a solas con mi vecino.

—¿En serio te hizo eso? —pregunta Marc asombrado.

Me limito a asentir.

—Yo estuve saliendo con una chica hace años —me cuenta—. La conocí tras un accidente de tráfico en el cual rompí la rodilla derecha. Ella era mi fisioterapeuta y me daba varias sesiones a la semana de rehabilitación. Comenzamos con un leve tonto. Era muy guapa y muy simpática, me hacía sentir bien. Al mes de empezar, una noche la invité a tomar algo, y así comenzamos a vernos, además de en la clínica, fuera de ella. Nuestra relación fue muy intensa desde el principio. Pasábamos todo el tiempo libre juntos y era maravilloso y así fue como me enamoré —caminamos hacia la barra, en busca de algo que nos alivie la sequedad de la garganta—. Al cabo de dos meses, se vino a vivir a mi piso, yo aún no vivía aquí.

Durante unas semanas vivimos una relación muy intensa y me di cuenta de que estaba enamorado de ella. No podía huir de mis sentimientos porque habían llegado sin darme cuenta. Pero nos duró poco, ella empezó a distanciarse de mí. Cada vez pasaba más tiempo fuera de casa, con sus amigas y simplemente sucedió.

Decidí no rendirme y fui a buscarla a su consulta, llevaba unas entradas para un concierto al que sabía que quería ir. La chica que atendía la recepción me dijo que estaba libre, y entré. Cuando abrí la puerta, la encontré en la camilla, sin nada que cubriera su pecho, besándose con un médico que trabajaba allí.

Me fui, sin mirar atrás. Recogí mis cosas y me fui a casa de mi hermano Jordi. Dejé las entradas a la chica de la recepción y escribí tras ellas un escueto mensaje: «espero que te dure más que conmigo». Hablé con la inmobiliaria, dejé el piso y a la semana me vine a vivir aquí. No he vuelto a saber nada de ella, tampoco quiero. Y desde entonces soy así.

—Esa es tu historia —le he agarrado la mano, intentando infundirle calma y sosiego.

—Esa es una de mis historias —finaliza sonriendo—. Ahora huyo de los compromisos serios, tengo amigas, pero son conscientes de que no busco nada. Si en algún momento una quiere más, corto radicalmente.

—¿Qué pasará cuando tú quieras más? —casi sin darme cuenta me he bebido el Martini que pedimos cuando llegamos a la barra. Marc se limita a beber su coca cola.

—Eso no pasará, soy anti relaciones. Soy un hombre solitario. No quiero que me vuelvan a romper el corazón.

Lo dice de manera tan convincente que hasta yo misma termino creyéndole.

—Quizás algún día llegue alguien.

—Eso no pasará, me he vuelto demasiado exigente. He cerrado mi corazón, y tiré la llave. No estoy hecho para el amor. Creo que soy de esos que cuando se enamoran una vez, ya no pueden volver a hacerlo.

—Pero... —titubeo ante lo que voy a preguntarle— ¿sigues enamorado de ella?

Marc sonrío antes de tomar otro sorbo de su refresco.

—No. Pero aún recuerdo el dolor provocado por la fractura de mi corazón, lo recuerdo mejor que el de mi rodilla —matiza con sinceridad—. Y tú, Vega, ¿sigues enamorado de él?

Esa es la pregunta clave, ¿sigo enamorada de Fran? ¿le sigo

queriendo?

—No lo sé. No sé qué quiero, he llegado a un punto en el que tampoco sé que es lo que no quiero. Ya no sé nada. Mi historia es complicada.

—Tenemos toda la noche.

Un chico igual de moreno que Marc, de la misma estatura pero con los ojos verdes, se aproxima hasta nosotros.

—Marc —el timbre de su voz es muy similar al de mi vecino.

—Jordi —Marc choca la mano con el chico y comienzan a hablar en catalán.

Continúo bebiendo de mi copa, y decido aprovechar para pedir otra.

—Jordi, esta es Vega, mi nueva vecina.

Me levanto para darle dos besos y me doy cuenta de que el chico me contempla con excesivo detenimiento

—Encantada.

—El placer es mío —dice Jordi.

Marc lo sujeta por el brazo y Jordi le devuelve la mirada. Tras esto marca distancias. No sé exactamente qué ha sucedido entre ellos ahora mismo.

—Es mi hermano, Vega.

La bombilla se me enciende y me doy cuenta de que de ahí el parecido de ambos. Es más, caigo en la cuenta de que antes lo mencionó, cuando estaba contando la historia de su separación.

—¿Jordi?

Melissa se ha acercado a nosotros y el gesto de asombro nubla su vista.

—¿Mel?

Yo he comenzado a beberme mi segundo Martini, mientras observo sonriente la escena, ¡vaya! ¡vaya!

—¿Qué haces aquí? —pregunta mi amiga.

—Trabajo en este bufete, es muy reciente, pero estoy haciendo

méritos para que en breve me hagan socio. ¿Y tú?

—Organizo eventos, y este en particular lo estoy llevando a cabo yo.

—Te felicito —responde Jordi—. Veo que al final lo hiciste, lo lograste...

Mel y yo intercambiamos una mirada y veo la duda reflejada en su gesto, ¿qué me he perdido?

—Sí, al final lo hice. Aposté por mí.

—No sabía que vosotros os conocierais —interviene Marc.

—Es una larga historia —responde su hermano.

—Mel —comienzo yo—, creo que ni yo misma sabía nada, a mí me sonsacas todo, pero tú te callas lo que te interesa.

El alcohol me está haciendo perder el norte.

—Deberías dejar de beber —interviene mi amiga, la cual tiene las mejillas rojas, no sé si por mi puya, por el chico que no le suelta la mano o por el alboroto de la noche.

—Acabo de empezar. No te olvides que me invitaste tú, ahora no te quejes.

—Recuérdame que no vuelva a invitarte más —bromea.

—Probablemente mañana no me acuerde, así que, más vale que lo apuntes en tu agenda.

Mel y Jordi se sumergen en una conversación y yo me doy la vuelta dándoles intimidad. Aquí se cuece algo y yo no me he enterado de nada.

—¿De qué se conocen? —le pregunto a Marc.

—No tengo ni idea. Sé lo mismo que tú —sentencia—. Voy a dar una vuelta por aquí y a sacar un par de fotos, en un rato vuelvo.

Me centro en mi copa, mientras veo a Marc recorrer la terraza con la cámara en mano. Es tan sexi verlo con ella, sonriendo antes de que salte el flash.

—Te gusta.

La voz de Melissa hace que aparte la vista del Adonis fotógrafo y la centre en ella.

—¿Has bebido? —le pregunto intentando quitarle hierro al asunto.

—No, no he bebido y lo sabes.

—«Si trabajas no bebas» —pronuncio repitiendo una de sus tantas frases míticas.

—Exacto, pero ese no es el tema. Te gusta —me dice señalando a mi vecino.

—¡Coño! ¿y a quién no? ¿tú lo has visto bien? —ahora la que lo señala soy yo.

—No me refiero a eso, me refiero a que te gustaría conocerlo más. No solo follar con él, sino ahondar un poco en su corazón.

—¿Estás intentando sonsacarme algo ahora que estoy medio piripi? Hablamos de él ayer, e intentabas convencerme de que me mantuviera alejada de hombres así. Puedes estar tranquila, ni quiero nada con ese dios griego, ni voy a tener nada con él.

—¿Estás segura? —inquiére mi amiga—. No te creo nada, ¡qué poco convincente suenas ahora!

—¡Claro! ¡No te jode! Si estoy medio pedo. Este camarero ha puesto demasiada ginebra.

—Eso, y que no tienes demasiado aguante.

—Fran no me dejaba beber —lo suelto casi sin ser consciente de ello.

—Otra vez el puto Fran —mi amiga está enfadada—. Odio lo que ha hecho contigo ese miserable.

Yo clavo la vista en el cielo y suspiro profundamente.

—Hoy he hablado con Leo —le cuento— y me ha dicho que estuvo en la cafetería y que preguntó por mí.

—Niño —le grita al camarero—, ponme otro de estos —le dice señalando mi copa— bien cargadito.

El camarero se sonroja ante la mirada de mi amiga. Mel toma asiento a mi lado y observa a Jordi.

—Te gusta —le suelto ahora yo a ella.

—Es una larga historia —me responde.

—Tenemos toda la noche.

CAPÍTULO 4

LA PRIMERA, DE LAS PRIMERAS VECES

Copa en mano, le narro con detalle todos los pormenores de la conversación con Leo.

—Es un hijo de puta —le insulta mi amiga sin compasión—. No entiendo a qué viene ahora esto, ¿por qué no te deja en paz?

—Estoy lejos Mel, no va a venir a buscarme, supongo que al dejar a Yéssica pensaría que yo iba a estar allí, esperándole con los brazos abiertos, y no aquí, comenzando una nueva vida.

—¡Que se joda!

—Creo que la que debería dejar de beber eres tú —las letras comienzan a trabarse en mi lengua.

—Ya puestos a romper uno de mis principios, lo hago bien. Que sepas Vega, que si no vuelven a contratarme para otro evento y tengo que volver a estudiar en la universidad y terminar mi carrera como psicóloga, será por tu culpa.

—¿Por mi culpa? ¿Estás loca? Por la tuya, que estabas deseando beberte un Martini pero estar rodeada de la *jet set* de Barcelona te hace parecer tan estirada como ellos —le suelto mi repertorio casi sin darme cuenta de si es coherente o no lo que le he dicho.

—Brindemos —me pide alzando su copa—, por los nuevos comienzos. Por las primeras veces y por las nuevas oportunidades.

Mel centra su atención en Jordi, que no le quita los ojos de encima. Mi amiga alza la copa brindando por él. Éste le devuelve el gesto con su vaso de whisky. Yo imito el gesto cambiando de hermano, esta vez es Marc quien brinda en la distancia, mientras con la otra mano me saca una foto.

—¿Mel?

—¿Sí?

—Estoy muy pedo, pero como los niños y los borrachos dicen la

verdad, es hora de que te confiese que ese fotógrafo de ahí, con su perfecto, esculpido, macizo y moreno pecho me tiene loca.

—Ya puestos a confesar —comienza mi amiga—, ese tiarrón de ojos verdes que ves allí, me tiene loca.

Brindamos por nuestras confesiones y terminamos riéndonos abiertamente. Es más que probable que todos los presentes nos estén mirando, pero en realidad, nos da igual. Ahora solo estamos ella y yo, como hace años, como siempre ha sido.

—Espero no acordarme de nada mañana —bromeo.

—Si sigues bebiendo a ese ritmo será más que probable.

Mi Adonis se acerca con paso decidido, y yo no puedo contener la risa. Estoy más que pirirpi.

—Melissa, creo que lo mejor será que me lleve a tu amiga a casa porque si continúa con los Martinis posiblemente, tras acabar con la ginebra comience con el agua de los jarrones.

Yo me río a carcajadas, pero de repente me doy cuenta de algo.

—¿Me acabas de llamar borracha?

—¿Yo? —Marc se hace el inocente—. No entiendo cómo en un cuerpo tan pequeño puede haber tanto alcohol.

—Me caben muchas más cosas —le susurro al oído, mientras intenta ponerme en pie.

Mi mano recorre suavemente su pecho, ese que me tiene loca desde que lo vi por primera vez y que ayer, tras verlo sin camisa, no puedo apartar de mis pensamientos.

—Vega...no sigas.

—¿Por qué? —respondo coqueta.

—Porque estás borracha y no soy de piedra.

—No tuviste suficiente anoche con esa morena operada.

Marc se detiene y me sujeta con fuerza del brazo. Le ha sorprendido el veneno con el que he soltado la frase.

—No me dio ni para empezar —finaliza.

Un estremecimiento me recorre desde los pies hasta la cabeza y me

dejo llevar en sus brazos.

Abajo está esperándonos un taxi que nos llevará de camino a casa.

—Sube —me apremia.

Como puedo me meto dentro del coche y oigo a Marc darle la dirección al conductor. Tras un rato de trayecto, en el que no se si soy consciente o no, para el vehículo. Marc se baja, coge mi bolso y me ayuda.

—La próxima vez esconderemos la ginebra. Es más, en casa jamás volveré a comprarla.

—Me encantan los Marrrrrrtinissss

Estoy fatal, lo sé.

—¿Dónde tienes las llaves de tu casa?

—Aquí —le contesto señalándome las tetas—. Busca, que seguro encuentras algo.

—Vega —me reprende.

—Vega, ¿qué? —inquiero.

Estoy borracha, sí, pero es que la necesidad que siento de que sus manos recorran mi cuerpo son increíbles. No me reconozco. Le echo la culpa al alcohol. Es quien me hace estar tan desinhibida, pero la realidad es que es lo que deseo constantemente, pero por culpa de Fran, no soy capaz de decirlo con naturalidad. Me ha robado hasta la espontaneidad que solía ser tan característica de mí.

—Dime que no te mueres por tocarme, de la misma manera que yo me muerdo por recorrer tu cuerpo con mi lengua —prosigo.

Las pupilas de Marc se dilatan y el gesto le cambia por completo, me empuja con fuerza contra la puerta de mi casa y pega su cuerpo al mío. Siento cada músculo tensarse y mis piernas comienzan a tornarse de gelatina.

—¡Maldita sea, Vega! ¡No me lo pongas más difícil! —ruge cerca de mi boca.

Su cálido aliento me embriaga y me hace gemir de puro placer contenido.

—Bésame —suplico—. Bésame como llevo días queriendo que hagas.

Marc empuja su erección contra mi estómago, haciéndome consciente de su excitación y presionando mi cuerpo de nuevo contra la madera. Lástima que él no pueda saber lo que provoca en mí.

—Vega, así no.

—Así no, ¿qué?

—El día que suceda algo entre nosotros quiero que seas perfectamente consciente de ello, quiero que notes mi lengua recorriendo tu boca, repasando cada centímetro de tu cuerpo. Quiero que notes como mi polla te vuelve loca de placer.

Un jadeo se escapa de entre mis labios y el calor se hace cada vez más intenso. Le deseo, le deseo como no he deseado jamás a nadie.

—Marc...

Mi gesto se contrae y todo ese calor que sentía momentos antes comienza a convertirse en frío. El sudor desciende por mi pecho y me hace sentir frágil.

—¿Estás bien?

La preocupación se hace palpable y Marc se da cuenta de que mi estado no es el mismo de antes.

—Vega...

—Necesito vomitar.

Me llevo las manos a la boca, intentando contener las arcadas que comienzan a asolarme. Mi Adonis particular, saca las llaves de su casa, me alza y abre la puerta, como si pesara una pluma entre sus cálidos brazos. Se dirige raudo al baño y me deposita delante de su váter.

Las arcadas dan paso a los vómitos, mientras me sujeta el pelo y me ayuda con las náuseas.

—Shhhh, tranquila, no pasa nada.

Me acaricia la cabeza suavemente. Vaya final para esta noche.

Veo como se comienza a desnudar, y yo estoy tan perdida en el malestar que tengo que no me puedo recrear con su perfecto cuerpo. Tras quedarse en calzoncillos, me sienta en el wc y me quita los zapatos, me desabrocha la cremallera del vestido y me deja en ropa interior.

Abre el grifo del agua caliente y deja que corra hasta que coja la temperatura ideal.

Me ayuda a meterme bajo el chorro de agua y entra conmigo. No le importa mojarse.

—Aquí no tengo champú de señoritas —bromea.

Mete mi cabeza bajo el chorro y tras verificar que mi melena está mojada me enjabona, con sumo cuidado. Me permito gemir de placer, con lo que me está haciendo.

Termina por quitarme los restos de champú del pelo, mientras extiende por mi cuerpo un jabón que desprende un delicioso olor a lavanda. Su calzoncillo blanco, poco esconde, por lo que puedo comprobar que efectivamente nuestras elucubraciones eran ciertas, lo que encierra bajo esa tela es una verdadera anaconda.

Comienzo a reírme porque en mi cabeza la broma es bastante divertida, igual que el resto de la noche; mi nuevo vecino, el que hace que me sienta como si lo conociera desde hace años, me ha traído a casa, le he pedido que me bese, me ha ayudado a no vomitarme encima, me ha lavado el pelo y me está enjabonando el cuerpo, mientras su erección pelea por escapar de la tela que lo tiene aprisionada, buscando consuelo en mi cuerpo.

—¿De qué te ríes?

Señalo su erección.

—No soy de piedra, Vega.

Me deshago del sujetador, dejándolo caer en el plato de ducha y su mirada se centra en mis pechos, pero no dirige sus manos hacia ellos.

Como si despertara de un embrujo, se enjuaga las manos y sale de la ducha. Un terrible sentimiento de soledad me envuelve. Me gustaba sentir sus atenciones, sus mimos y sus cuidados. Por lo menos tengo claro algo, no es inmune a mí y a mis encantos. Estamos en igualdad de condiciones, Adonis.

—Te dejo una camiseta mía y un cepillo de dientes sin usar. Si necesitas ayuda, estaré fuera, preparando un té.

Me deshago de mi minúsculo tanga y termino de enjabonarme. Estoy empapada.

Tras lavarme los dientes y ponerme su camiseta, salgo fuera. Se ha

cambiado. Tiene una camisa de esas que se ciñen a su perfecto, esculpido, macizo y moreno pecho, unos pantalones de pijama y está descalzo.

—Lo siento —me atrevo a decirle.

A pesar de haberme cepillado los dientes, noto el sabor amargo del alcohol en mi boca.

—No pasa nada. Con no dejarte beber nunca más tengo suficiente.

Me tiende una taza de té y me pide que me siente a su lado en el sofá. Tomo un sorbo y dejo que el calor de la bebida me devuelva algo de razón.

—Debería irme a casa.

Rompo el silencio, tras acabar con la bebida que ambos hemos disfrutado en paz.

—No... —responde—, será mejor que te quedes conmigo.

—No quiero molestar más. Probablemente mañana no me acuerde de nada de lo que ha sucedido.

Se incorpora y me tira de la mano, me ayuda a subir las escaleras que dan a su cama y me tiende en ella con suma delicadeza. Yo simplemente me dejo hacer.

—No te aproveches de mí —bromeo.

—Por más que quiera, no lo haré, Vega.

Y me reprendo a mí misma por ser una inconsciente y haber bebido tanto, puesto que voy a dormir en su cama, con él a mi lado, y mañana no me acordaré de nada de lo que haya pasado aquí. Por suerte, me despertaré con él y ese mínimo dulzor tendrá que bastarme para hacerme soñar con miles de noches así.

Marc se acuesta a mi lado y me atrae hacia él. En el calor de sus brazos, me dejo llevar por Morfeo, que viene en mi busca.

La claridad de la habitación se cuela entre mis párpados, haciéndome consciente de que ya es de día. Abro los ojos, y un intenso dolor de cabeza me hace contraer el gesto. Me llevo la mano a la frente y me doy suaves masajes por la sien, como si con ello, lograrse que el dolor que siento mengüe o se disipe por completo.

Abro mi campo de visión y me detengo en el hueco vacío que hay a

mi lado. No hay nadie. Comienzo a darme cuenta de que esta no es mi cama y que, por las arrugas que hay en la sábana, no he dormido sola. Vagos recuerdos de la noche anterior se agolpan en mi cabeza.

Me incorporo y pongo los pies en el suelo. Es agradable, cálido. Me levanto y el olor del café me cautiva. Cierro los ojos e inspiro con fuerza.

Sigo su rastro y comienzo a bajar las escaleras. Le veo sentado en una de las butacas que hay en la isla de la cocina. Tomando pequeños sorbos de una taza de Mr. Wonderful y leyendo con atención el periódico.

—Buenos días —carraspeo al notar mi garganta seca y rasposa.

Marc se gira, sin camisa, dejando a la vista ese pecho que me trae de cabeza, y me sonrío de una manera tan dulce que me hace sonrojar.

—Buenos días, nena. ¿Cómo te encuentras?

Su sonrisa se torna burlona, junto con su pose despreocupada. No es consciente del efecto que tiene en mí. Lo que me produce su cercanía.

—Tengo la garganta algo acartonada —mis manos intentando masajear la zona, de la misma manera que hice antes con mi sien—. Y me duele mucho la cabeza —añado.

—Básicamente —dice ampliando la sonrisa haciendo que asomen sus perfectos dientes—, lo que tienes es resaca.

Me ruborizo. Lo noto en el calor que envuelve mis mejillas, y uno mis piernas avergonzada, porque él tenga que verme de esta guisa.

—No me acuerdo de mucho, lo siento. No sé si habré metido la pata o si me convertí en una de esas locas de atar que sueltan por la boca lo primero que se le viene a la cabeza.

—Te puedo hacer un resumen —la socarronería toma fuerza y comienza a enumerar mis locuras—. Te saqué unas fotos, te conté mi historia, te presenté a mi hermano, te arrastré medio borracha hasta tu apartamento, me dijiste que las llaves del mismo estaban en tus tetas — cuando pronuncia la palabra «tetas» mi nivel de vergüenza ha adquirido límites insospechados, provocando que me tape los ojos con las manos—, me pediste que te besara justo antes de echar hasta la primera papilla y casi te follo en ese baño, por provocadora —lo suelta tal cual, sin anestesia.

Mis ojos, antes tapados con las palmas de mis manos, se abren como

platos y mi boca les acompaña.

—Tal cual, Vega. Tal cual.

—¡Dios! Fue peor de lo que pensaba.

No me muevo del sitio, no puedo siquiera caminar de la vergüenza que siento, lo único que me apetece es meter la cabeza en un hueco y correr un tupido velo.

—Ven, siéntate a mi lado.

Marc me señala la butaca que está colocada junto a la de él y me acerco. Se incorpora y saca otra taza.

—¿Solo o con leche?

—Con leche, por favor.

Acerca una bandeja de croissants, mientras calienta el contenido de mi taza en el microondas.

—Toma.

Me tiende la taza, añado unas cucharadas de azúcar y me la llevo a la boca.

—Esto también te hará falta —susurra en mi oído haciéndome temblar.

No sé si será consciente de lo que provoca en mí, pero el estremecimiento que me recorre debe haberlo notado.

Cojo el ibuprofeno que acaba de darme y lo trago como si fuera mi única salvación.

—Lo siento —me vuelvo a disculpar.

—En realidad, fuiste muy divertida.

—Hace tiempo que no bebía tanto. Fran no era muy amigo de salir a tomar algo, y en casa, beber sola no es divertido.

—Lo que no es divertido es que te priven de hacer lo que tu deseas —afirma con total rotundidad.

No sé qué responder. Tiene razón, es así, pero a veces cuesta mucho salir de determinadas costumbres. Cuando llegas a ese punto en el que crees que no tienes razón y que los que te rodean sí la tienen, ahí estás perdido.

—Ya tengo local para mi nuevo negocio —decido cambiar el tema y contarle lo que tan emocionada me tiene—. Estaba pensando en poner un anuncio en el periódico para darme un poco a conocer. El lunes me traen los muebles y, con suerte, la próxima semana quizás ya pueda abrir las puertas. Es perfecto. ¡Tienes que venir a verlo! —lo digo con tanta determinación que casi no me doy cuenta de que Marc me mira con cierto asombro.

—Si tú quieres que vaya...iré.

—Cuando quieras, está al final de esta calle.

—¿Vas a hacer una fiesta de inauguración?

—Pues no lo había pensado —me quedo meditando sus palabras un momento y me sorprende ilusionada—, pero quizás es buena idea. Hablaré con Mel a ver si podemos organizar algo el próximo finde, además viene Leo a verme, así que sería estupendo.

—¿Leo? ¿Quién es Leo? —su tono de voz se vuelve más frío y distante y el brillo de su mirada deja paso a algo que no consigo distinguir.

—Es mi mejor amigo —le explico—. Nos conocimos hace unos años, regenta una cafetería cerca de donde yo tenía mi gabinete con «la zorra, perra, asquerosa sin escrúpulos».

—Vaya, entiendo que esa es la chica con la que se fue tu ex novio, ¿no?

—Entiendes bien, sí.

—Y a mí, ¿cómo me llamas?

De nuevo ese magnetismo y ese coqueteo constante que hay entre nosotros siempre —salvo anoche, que estaba demasiado pedo y me sirve como excusa— hace acto de presencia.

—Marc, ¿cómo te voy a llamar si no? Ni siquiera sé si tienes un segundo nombre, o tus apellidos, no te he preguntado ni la edad.

Tampoco es momento para confesarle que lo suelo llamar «Adonis» o «dios griego».

—Mi nombre es Marc Agramunt Balaguer. No tengo segundo nombre, soy solo Marc. Y tengo 36 años. Te toca.

—Esto parece una cita express —me burlo.

Le doy un último trago a mi café con leche y cojo otro croissant de la bandeja.

—Soy Vega Sanz Prieto. No hay segundo nombre, gracias a Dios. Y tengo veinte años.

La ceja alzada de mi vecino me da a entender que no me cree.

—Vale. Tengo treinta y cinco. Tenía que intentarlo —confieso—. ¿Por qué programador y fotógrafo?

—Ahora sí que parece una cita express —se ríe—. Siempre me gustaron ambas cosas. A la hora de decidirme, cuando ya comienzas a ser algo más maduro, todo lo maduro que se puede ser con 17 años, me dije que la mejor opción era ser ingeniero de profesión, y fotógrafo de corazón. Son cosas distintas, pero ambas me gustan y me aportan algo. Me hacen sentir bien. ¿Por qué psicóloga?

Oírlo hablar con naturalidad, contándome su vida es agradable

—Cuando iba a cumplir la mayoría de edad, una enfermedad terminal se llevó a mi madre de nuestro lado. Mi padre tuvo que recomponer sus trozos y salir adelante, sacarme de la oscuridad que me consumía y volver a dar normalidad a nuestras vidas. Iba a estudiar Derecho, convencida de ello, además. Pero esa ausencia me hizo replantearme mi existencia, mi yo. Quería ayudar, quería saber guiar los pasos de las personas, como hizo mi padre conmigo, quería tener respuestas o quizás hacer preguntas que hicieran que tú mismo encontraras el camino. Me matriculé, terminé y me sentí realizada.

—Lo siento. No sabía nada —dice refiriéndose al tema de mi madre.

—No tenías por qué saberlo —me dispongo a restarle importancia—. Es decir, acabamos de conocernos, es imposible que sepas mucho de mi vida. Al igual que yo sé poco de la tuya. Además, ya hace tiempo. Como dice Estopa: «dicen que el tiempo, y el olvido son como hermanos gemelos, que vas echando de más, lo que un día echaste de menos».

—Eres increíble.

Posa su mano sobre mi muslo desnudo y pierdo por completo la razón. Me olvido de mi lucidez y me centro en su caricia, suave y delicada, pero que en mí tiene un efecto completamente distinto. Abro las piernas de forma involuntaria y agacho la cabeza, saboreando su tacto, la ductilidad de su piel, el ardor que deja el paso de su mano, la necesidad que me despierta.

Abro los ojos y me centro en su rictus. Sus ojos brillan de deseo, su mandíbula está tensa y soy consciente de la lucha interna, entre lo que quiere hacer y lo que debe.

Se levanta y se coloca entre mis piernas. En esta posición es mucho más alto que yo. Su mano libre, se sitúa en mi barbilla, y la alza, provocando de nuevo esa conexión interestelar que tenemos cuando estamos juntos. Cuando nos miramos.

—Eres increíble —repite.

El eco de sus palabras me llegan amortiguadas por el deseo que me nubla los sentidos.

Me paso la lengua por los labios, tratando de menguar el ansia que sienten porque sean los suyos los que me proporcionen el alivio.

—Vega...

Parte de mi conciencia vuelve. Estamos ambos en el mismo punto.

La imagen de Fran pasa por delante de mis ojos, como si de un mal recuerdo se tratase, intentando hacerme entrar en razón.

—No quiero que te enamores de mí —me dice.

Y estas siete palabras, rompen el hechizo en el que estaba sumida. «No es para ti» me repito una y otra vez.

Coloco mis manos en su pecho y le empujo.

—No...

Es todo lo que le digo mientras cojo mi bolso y salgo en dirección a mi apartamento. No pienso siquiera en la ropa que anoche deje tirada en su baño. Ya me la devolverá, o se la pediré, o simplemente haré como que no dejé nada aquí. Ahora mismo lo importante es salir huyendo.

Cuando cruzo el umbral de la misma, cierro y me pego a la madera, intentando que mi respiración se relaje y el resto de mi cuerpo también.

Me dirijo a la ducha, abro el grifo y me meto dentro. El agua fría me hace reaccionar.

—¡Dios! ¿qué ha pasado ahí?

Repaso una y otra vez la escena. Su mano en mi muslo, su mirada, su pose, sus palabras...

—No puedo...

Me pongo un pantalón de pijama y una camisa blanca. Un moño alto hace que mi pelo quede sujeto, cojo las llaves y no me molesto en ponerme los zapatos. El sonido de la puerta al cerrarse me sobresalta, pero mis pies no pueden parar.

Me planto frente a la puerta de mi vecino y llamo con fuerza.

Un desconcertado Marc aparece tras ella al abrir, y yo, como si mi cuerpo no fuera mío y mi alma ahora le perteneciera a él, le empujo y de un salto enredo mis piernas en su cintura. Su reacción es inmediata, porque me sujeta por las nalgas y me aprieta contra él.

—Me vuelves loca.

Es lo único que digo antes de tomar su boca.

Normalmente no soy así de impulsiva pero con Marc, todo mi autocontrol, todo mi dominio, pierde sentido.

—¡Maldita sea, Vega!

Retrocede unos pasos con mis piernas enrolladas en su cintura y mi espalda choca contra la madera de su puerta. La fuerza con la que me sujeta y la posesión con la que me aprieta contra la madera me hace gemir de puro placer.

Mis jadeos mueren en su boca, porque ahora mismo se encuentra poseída por Marc. Es increíble la electricidad que nos envuelve y la pasión que nos embriaga. Lo necesito como jamás he necesitado a nadie.

A nadie.

Echo la cabeza hacia atrás y dejo a la vista mi cuello, que no tarda en ser recorrido con su lengua. Estoy completamente desatada. La humedad cubre el centro de mi deseo y la excitación de Marc es cada vez más notoria. Es pura dinamita.

Le agarro por el pelo y tiro de él, despegando su boca de mi cuello para ocupar con ansias sus labios. Recorro con mi lengua su cavidad y ahora es él quien gime en mi boca. Vuelvo a tirarle del pelo y otro jadeo ahogado me anima a continuar con mi danza.

Rompo el contacto y nuestras respiraciones se unen, ambas perdidas en la vorágine de pasión que hemos creado.

Marc me lleva hasta el sillón y se deja caer en él sin soltar mi cuerpo. El roce de mi sexo con el suyo me provoca una descarga eléctrica. No lleva camiseta, pero yo sí. Lee mi pensamiento, porque la sujeta por el bajo y tira de ella dejando a la vista mis pechos, redondos y llenos. Mis pezones, duros por la fogosidad de cada uno de nuestros gestos, le dan la bienvenida. Marc, con sumo cuidado, coge uno entre sus manos. Mi blanca piel contrasta con el moreno de sus dedos. Me alzo, rompiendo el contacto de mi sexo y el suyo y le animo en silencio a que juegue con mis pezones. Quiero que, sin salir de la habitación, me lleve al cielo.

Sin apartar sus ojos de mí, se introduce en la boca uno de mis pezones cubriendo mi otro pecho con su mano derecha. Lo masajea. Su boca se alterna entre cada uno de ellos. Y yo, he perdido por completo el control.

Vuelvo a dejar caer mi cuerpo sobre su erección y me rozo de manera primitiva contra ella, mientras nuestras bocas vuelven a unirse. Sabe a mí. Sabe a él. Sabe a gloria.

Me pongo en pie y le coloco las manos en el elástico de mi pantalón de pijama. No hace falta decir nada. De un seco tirón, lo baja y yo salgo de él, mientras centro mi mirada en la única prenda que lleva puesta, y que sobra en demasía.

Elevando la comisura de sus labios, tira del elástico, sin levantarse del sillón, y deja a la vista su magnífica erección.

Es la perfección hecho hombre.

—Marc... —baluceo su nombre, que suena a ruego.

Se levanta y se dirige al baño. Al regresar trae un paquetito plateado, no hace falta saber más. Coloca el preservativo rápido y vuelve a sentarse. Tiende su mano y me apremia a entregarle la mía. Lo hago inmediatamente.

Me coloco a horcajadas sobre él. Una de sus manos se pasea por mis pliegues y un ronco gemido sale de su garganta al saber que estoy más que preparada. Probablemente estaba preparada desde hace dos días.

—Vega, vas a acabar conmigo.

—Eso es lo que quiero.

Sin más dilación, llevo su erección hasta mi sexo y me dejo caer sobre ella. Disfrutando de su contacto, de la manera en la que se acopla a mí y de la forma en la que me expando para recibirlo por completo. Una vez está

dentro, dejo caer mi cabeza hacia atrás.

—¡Oh! ¡Joder!

Sus manos se anclan en mis caderas y me presionan para llegar más adentro. Me muevo en respuesta, buscando más contacto, que la fricción entre nuestros sexos sea mayor. Llevo el control, pero no me permite que sea total, puesto que cuando me dejo caer, presiona para clavarse más en mí, volviéndome loca y haciéndome perder la razón.

—¡Dios! ¡Vega! ¡Fóllame!

La palabra sale de su boca como una súplica, pero en mi cerebro suena como una orden.

Los movimientos comienzan a hacerse más frenéticos, más duros, la pasión se ha apoderado de nosotros y nos dejamos llevar por ella de manera ardorosa.

—Marc...

Toma mi pezón entre sus labios y tira de él.

—No puedo más.

No sé si lo he dicho en alto o no, pero Marc empuja dentro de mí de manera irracional.

—Vamos, nena. ¡Córrete para mí! ¡Dámelo!

Un gemido se apodera de la habitación, las pequeñas mariposas que minutos antes se formaban en mi estómago en este momento han cubierto el resto de mi cuerpo, desde los dedos de mis pies hasta el vello de mi cabeza. Me estremezco de puro placer y no dejo de moverme, aumentando la intensidad del orgasmo que me acaba de asolar. Los gemidos de Marc, cada vez más fuertes, me indican que es su hora y ahora soy yo la que lo anima a él.

—¡Córrete! ¡Lléname de ti! ¡Ahora!

Le agarro del pelo y le obligo a mirarme, sus ojos se nublan de pasión y se vacía dentro de mí.

Tras unos últimos movimientos más suaves, caigo en sus brazos. Apoyo el mentón en su hombro e intento que el ritmo agitado de mi corazón vuelva a tornarse calmado. Tarea ardua, teniendo a Marc dentro de mí y habiendo disfrutado del más intenso de los orgasmos que jamás se puede

soñar.

Y es ahora, cuando lo que ambos queríamos hacer y debíamos hacer, se convierte en lo mismo.

CAPÍTULO 5

GABINETE ¿DE CRISIS?

Después de compartir ese momento de mágica intimidad, regresé a mi apartamento cavilando sobre lo sucedido. Lo que pasó es de ese tipo de cosas que sabes que no puedes frenar, por la constante atracción que existe entre nosotros, pero a su vez, eres consciente de que no puede volver a suceder, porque ir más allá es tan peligroso para nuestra nueva amistad, como para nosotros mismos.

Marc fue muy sincero conmigo en todo momento, desde el «no te enamores» con el que comenzó todo, hasta el «no esperes de mí más que esto que acaba de suceder» con el que nos despedimos en su apartamento.

Melissa tenía razón en varias cosas; una de ellas es que Marc no es de esos hombres que buscan más, por el motivo que sea. Tampoco es que pretenda psicoanalizar su pasado y lo que le ha llevado a ser como es hoy. Ni siquiera soy capaz de analizar el mío en profundidad. Simplemente, él es así y es su forma de ver la vida.

Por otra parte, nos encontramos con mi forma de ser, yo sí que soy de esas que creen en los finales felices y en los cuentos de hadas, donde siempre aparece un príncipe con su armadura medio resquebrajada por haberse enfrentado a un dragón para llegar a mi alcoba. Allí simplemente me pedirá matrimonio y luego seremos felices para siempre.

Y ahí es donde entra en juego la nueva Vega. Es inútil que niegue que creo en los finales felices, pero cada día me convengo más de que ese no será mi destino. Quizás son todos los errores que he cometido, o todos los tropiezos que he dado, las caídas, unas tras otras y a cada cual peor. Todo esto me ha hecho entender la vida de otra manera. A veces, los finales felices no siempre lo son. A veces, vives historias con mucha fuerza y sentimiento, donde te dejas el corazón y la piel, donde el sentimiento es indescriptible, donde apuestas hasta el final aun sabiendo que existe la posibilidad de que no acabe bien, pero aun así, te entregas, y eso me sucedió con Fran. Aposté por él, por nosotros, porque le quería, porque en realidad, creía que él era lo

mejor para mí; me conocía, sabía mis gustos y me daba estabilidad. Luego todo se fue al traste y volví a comenzar, recogiendo pedazos de mi corazón, porque la traición se clavó en mí de manera profunda.

Intento pensar que sí, que he pasado página, que estoy lista para quererme a mí misma, para concederme mi tiempo, pero la realidad, como bien he dicho, es muy distinta; y es que a veces no es lo que uno quiere, a veces es lo que te toca.

—Mel, te necesito.

Mi amiga está al otro lado de la línea. Su voz somnolienta me indica que estaba durmiendo y que quizás hace bastante poco que se acostó teniendo en cuenta que era su evento y que tenía que cumplir hasta que finalizara.

—¿Vega? Te hacía medio borracha aún.

Me la puedo imaginar acostada en su cama, boca abajo y con media melena en su boca.

—¿Puedes venir?

Espero pacientemente la respuesta de mi amiga que se mantiene en silencio al otro lado de la línea.

—¿Mel?

Agudizo el oído y escucho una voz al otro lado.

—Ya voy, Vega.

—No estás sola, ¿verdad?

—No —es su última respuesta.

Parece ser que no soy la única que ha tenido una noche de lo más agitada.

—Voy en un rato.

—Tranquila, puedes echar otro.

Escucho como comienza a soltar tacos, pero no le doy tiempo a profundizar en su excelente vocabulario de la calle puesto que corto la comunicación.

Me vuelvo a la ducha, esa de hace un rato me sirvió de mucho, porque después de retozar con el Adonis de vecino que tengo y ya sea dicho, haber disfrutado al cien por cien con él —o él conmigo— y su cuerpo de

infarto, el sudor se ha acumulado en zonas que no sé ni cómo se llaman.

Mientras espero a que mi amiga venga, me tumbo en el sofá y comienzo un nuevo libro. Han pasado varios días desde mi última lectura y la resaca literaria ya ha pasado, estoy preparada para el siguiente.

Tal y como prometió Melissa, al rato suena la puerta y me levanto rauda y veloz a abrirle.

—¿Qué sucede? Me has hecho abandonar la cama, a horas demasiado tempranas, teniendo en cuenta que casi me acuesto cuando comenzaba a salir el sol.

—Hay gabinete...

—¿De crisis? —me interrumpe.

Asiento efusivamente.

—Desembucha.

La invito a pasar, no quiero tentar a la suerte y que Marc esté al otro lado de la puerta esperando a que le relate cómo me llevó al séptimo cielo con sus increíbles acometidas.

—Marc tiene una anaconda —le suelto nada más tomar asiento.

La boca de mi amiga se abre de tal manera que me da la sensación de que le cabría, por lo menos, un aeropuerto en ella.

—¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo?

Asiento de nuevo.

—¿Te ha seducido? Sabía que estabas demasiado pedo y que Marc puede resultar muy —la veo llevarse la mano a los labios y pensar la palabra adecuada—, ¿convinciente? Le voy a patear el culo —finaliza seria—, está muy feo aprovecharse de una jovencita indefensa y borracha como tú.

—Ha sido mi culpa —confieso—, él no ha hecho nada, fui yo la que le saltó encima.

Le cuento lo sucedido, omitiendo los detalles que ella no tiene por qué saber, que es mi amiga, pero es una cotilla de mucho cuidado, y hay cosas que debe guardarse una misma y disfrutar en silencio. En silencio y quizás con una mano dentro de mis braguitas, para qué mentir.

—Hola, ¿qué has hecho con mi amiga?

—Te juro que intenté parar, le dije que no, volví a casa y me metí en la ducha con la intención de pasar del tema y no pensar en ello.

—Pero estabas más cachonda que una perra en celo y no pudiste mantenerte firme.

—Es por su culpa. Está demasiado bueno y me siento demasiado cómoda estando con él.

Melissa me observa con atención, valorando las posibilidades.

—¿Y ahora qué? —me pregunta.

—¿Qué de qué? —pregunto yo a su vez.

—¿Que qué vas a hacer?

—¿Yo? Pues nada. Seguir como si nada de esto hubiera pasado — respondo intentando sonar convincente.

Mi amiga, que es más lista que el hambre, frunce el ceño y entrecierra los ojos, posando su mirada felina en mí y analizando mis gestos y como muevo inquieta las manos.

—Sí. Viéndote así, la verdad es que pareces de lo más persuasiva.

—¡Joder Mel! ¿qué quieres que haga?

—No soy la más indicada para dar consejos, pero me imagino que lo mejor en este caso es seguir adelante, pensar que estuvo muy bien y dejar que cada cosa vuelva a su lugar por sí mismo.

—Estoy de acuerdo contigo. Por mucha anaconda que tenga, y por muy bien que la sepa usar, todo debe quedar aquí. No me conviene un tipo como él, es muy majo y tal, pero es un picaflor. Apuesto que esta noche vendrá otra de sus conquistas a calentarle la cama y lo que no es la cama.

Pensar en esa imagen y ser consciente de que eso pueda ser cierto me mata, ¿qué coño me pasa? Fue un polvo, nos llevamos muy bien y conectamos, pero ya está. Él tiene su vida y yo la mía, y en ninguna de los dos hay hueco para nadie. *«Y si es así... ¿por qué te enfada la idea de que pueda seguir con su vida y que solo hayas sido una muesca más en ella?»* Puñetera conciencia, ¿no tienes nada mejor que hacer?

—Te toca.

Ahora es mi amiga la que está abochornada, puedo vislumbrar un

atisbo de rojez en sus mejillas, señal inequívoca de que está avergonzada. Lo que me faltaba...

—Me acosté con Jordi.

Vale. Ahora es a mí a la que la mandíbula le llega al suelo.

—Más te vale que empieces por el principio porque ni yo misma entiendo qué sucede. Hasta anoche, ni siquiera sabía que existía ese hombre.

Melissa toma aire, se insufla fuerza para contarme lo que sucede.

—Al poco de llegar a Barcelona, decidí que salir y recorrer la ciudad me vendría bien, ya sabes, para conocerla y hacerme un poco más a ella, saber que se cuece —afirmo y le indico que prosiga—. El caso es que una noche lo conocí en un local, se acercó a mí, me invitó a una copa y conectamos. Fue todo de una manera asombrosa, como si nos conociéramos de toda la vida...

—Como me sucede con Marc.

—Exacto. Nos vimos un par de veces más. Por supuesto nos acostamos en varias ocasiones y fue... fue brutal. Lamentablemente, ni él quería más, ni yo tampoco, por lo que cada uno siguió su vida y su camino. Ayer nos vimos de casualidad, ni siquiera sabía que trabajaba en ese bufete y que asistiría. Me llevé una sorpresa al verlo allí después de tantos meses sin saber nada el uno del otro. Ni siquiera sabía que Marc y él eran hermanos. El resto ya te lo imaginas, acabamos juntos en mi casa. Nos acostamos y listo. Cada uno por su lado, como siempre.

El gesto sombrío de mi amiga me hace reaccionar al momento.

—¡Te gusta!

—No, no me gusta. Está muy bueno, es decir, ya lo viste, pero...no es lo que yo busco.

—¿Y qué es exactamente lo que tú buscas? —inquiero rabiosa.

—No sé lo que busco. ¿Sabes qué? —extiendo mi mano para coger la suya, porque sé que lo que va decir le nace desde lo más profundo de su ser —, yo estoy bien así, no quiero líos, quiero ser mi prioridad, no quiero ser la de nadie más. Si no encuentro a alguien que me quiera más de lo que yo me quiero, es porque ahí fuera no hay nadie para mí.

—Muy cierto, pero ¿sabes lo que creo yo? Que si no te arriesgas,

jamás sabrás si ahí fuera estaba esa persona. Y tú, Melissa, no te arriesgas.

—Puñetera psicóloga. No pienso recomendarte jamás.

—Yo también te quiero, Melissa. Yo también te quiero.

Pasamos el resto del día juntas. Salimos a pasear, vamos a almorzar a un lugar increíble donde hacen las mejores hamburguesas de todo Barcelona, y regresamos a casa con la intención de beber hasta olvidarnos de todo lo que nos rodea. Mañana es domingo, así que podemos dormir la mona, tranquilas.

—Melissa, estaba pensando en organizar una inauguración para el gabinete. Ayer hablé con Leo y me dijo que iba a venirse este fin de semana. Sería un buen momento para organizar algo en el local. En realidad, la idea fue de Marc, pero me gustó y la hice mía.

Mi amiga me escucha con atención mientras prepara nuestros Martinis. Hemos comprado en el chino de la calle una caja de copas monísimas que nos hagan sentir verdaderas estrellas de Hollywood mientras las bebamos.

—El lunes me traerán los muebles con lo que para el fin de semana habré terminado de montar todo y dejarlo en condiciones. Solo me falta buscar unos cuadros, pero sin eso puedo comenzar.

—Este finde no tengo nada que organizar, así que, si quieres, soy toda tuya.

—Brindemos pues... Por mi nuevo gabinete. Por el gabinete ¿de crisis?

—¿En serio?

—Hablando con Leo surgió el nombre, así que, no hay más que decir.

—Es muy nosotras —añade Melissa.

—Muchísimo. Esas llamadas de «corre, ven, hay gabinete de crisis», nos han acompañado estos años.

—Y los que vendrán —alzo la copa.

La semana pasa casi sin darme cuenta. El domingo nos levantamos muy tarde, después de pasar la noche bebiendo y cantando canciones de los años ochenta a pleno pulmón. Marc, todo un caballero después de esa noche, no llamó a la policía para decirles que la loca de su vecina y la amiga tarada, estaban allí dándolo todo, creyéndose Mecano, Nacha Pop o Radio futura.

El lunes salí de casa con renovadas ilusiones porque era el primer día en el que comenzaba a tomar forma mi clínica. Los muebles que elegí eran exquisitos, aunque no tanto lo fue bajarlos y que los dejaran en la entrada apilados. Me esmeré a fondo en limpiar y dejar aquel espacio, que a partir de ahora sería mi segunda casa —aunque quizás y con suerte, en breve sería la primera, porque si todo iba bien, pasaría muchas horas allí dentro—, como los chorros del oro.

Limpié habitación por habitación y coloqué cada cosa en su lugar. Aun así, sentía que faltaba algo de vida en las paredes, pero esa no era la prioridad.

Mientras terminaba de poner unas preciosas rosas, que amablemente me había teñido Anna, la dueña de la floristería que estaba en frente de mi local, un chico muy guapo me montaba un rótulo, que iba a ser mi carta de presentación. Varias personas se pararon y entraron a preguntar, más movidas por la curiosidad que porque necesitaran mis servicios. Pero a pesar de ello, les atendí gustosa y les respondí a todas y cada una de las preguntas que me hicieron, algunas ni siquiera tenían que ver con lo que allí dentro se pretendía conseguir, pero ser amable, abre puertas, y yo no tengo intención de cerrar ninguna.

La fiesta de esta noche iba a ser bastante sencilla, mi amiga había invitado a varios conocidos y por supuesto a Jordi. Parece que después de nuestra conversación estaba decidida a dar pequeños pasos al frente, en vez de quedarse quieta viéndolas pasar.

Otra de las maravillosas ideas que tuvo mi amiga, fue la de poner una nota en la prensa nacional y local para que el negocio se conociera, o por lo menos, se intentara. Como bien dije, la mejor carta de presentación que se puede tener es aquella que está reforzada por un buen trabajo.

Leo está a punto de llegar. Melissa decidió ir a recogerlo a la estación de trenes mientras yo terminaba de prepararme. He estado liada ultimando detalles y buscando un uniforme, puesto que el lunes comienza mi nueva aventura.

Le dejé un sobre con una invitación a Marc en su buzón. No he sabido nada de él esta semana, quizás haya decidido marcar distancias después de nuestro encuentro sexual. Quizás está muy arrepentido de lo que sucedió y cree que, de esta manera, entenderé que fue lo que fue y no hay que

buscar más. Evidentemente, para mí fue sexo, sí, pero no he podido sacarlo de la cabeza todos estos días, debería confesar que en más de una ocasión he sentido la necesidad de tocar su puerta y asaltarlo como si no hubiese un mañana, pero mi cordura y sentido común, me lo han impedido. ¡Ole por ellos! Eso sí, he tenido que matar el calentón constante al que he estado sometida, y en todas y cada una de mis fantasías sexuales aparecía él.

Termino de dar los últimos retoques al local. Melissa ha decidido que la tarta y los postres sean de color azul. También ha colocado un *photocall* en la entrada, con un jarrón lleno de complementos para colocarnos en la cara: bigotes, labios enormes, burbujas con mensajes, cejas llenas de purpurina y brillos, pestañas gigantes... Sin duda, va a ser una fiesta fantástica. El servicio de catering está terminando de colocar los canapés y yo, revisando y ultimando los detalles.

Me he puesto un precioso vestido corto con cuello de pico y falda tulip, de color azul marino. Lleva incorporado un cinturón en el que solo se ve el rectángulo plateado que hace la función de hebilla. A juego con el vestido, unas preciosas sandalias del mismo color y me he maquillado muy suavemente, con colores tierra.

—Nena...

Un escalofrío me recorre sin piedad. El vello de todo mi cuerpo se eriza y el estómago se me contrae.

Me giro y ahí lo veo, con esa pose tan característica suya. Lleva unos vaqueros desgastados y una chaqueta de cuero marrón. Insisto en que es la perfección hecha hombre.

—Hola Marc. Dichosos los ojos —sin filtro. Así me ha salido esta frase.

—Como recibimiento no está mal —responde resuelto—, pero hubiera preferido que me dijeras que me has echado de menos. —Una carcajada se me escapa sin poder ser contenida—. Esta noche he traído la cámara de fotos, además tengo un regalo para ti.

Recorre la distancia que nos separa y se coloca muy, muy cerca de mí. Tanto, que el olor a su perfume me embriaga y me hace suspirar de puro deleite.

Me coloca la mano en la mejilla, abarcándola por completo, mientras

que su pulgar me proporciona suaves caricias, allá por donde pasa.

—Espera aquí. No te muevas —me susurra al oído, depositando un suave beso bajo el lóbulo de la oreja.

Sale a la calle, y la pérdida de su contacto me hace sentirme incompleta. Permanezco en el sitio, siguiendo sus órdenes, tal y como me había pedido, esperando ver su porte de nuevo entrar. Cuando llega a mi altura, veo que trae algo entre los brazos. Es bastante grande, por lo que los tiene extendidos para poder abarcar toda la longitud del mismo.

—Esto es para ti —lo apoya en el suelo con mucho cuidado.

Nuevamente, nuestros ojos se encuentran como siempre que estamos juntos. Haciendo realidad esa frase que dice que «los ojos son el espejo del alma».

Un lazo enorme de color azul le da el toque final a ese increíble paquete blanco.

Sonríó entusiasmada ante la expectativa de saber qué se esconde bajo el papel.

Deshago el lazo con delicadeza y rasgo el envoltorio. Una vez lo he abierto, aparece ante mí un precioso lienzo en tonos grises. Mi imagen aparece en primer plano, con la cabeza ligeramente girada hacia la izquierda observando fascinada la imagen de la noche barcelonesa repleta de luces, aunque aquí, con el tono gris del cuadro, no se aprecien. La única nota de color la pone mi vestido rojo, que resalta de sobremanera en ella.

—Es precioso —declaro.

Con la mano recorro el contorno de mi silueta, fascinada.

—Lo es —afirma Marc—. Como tú, nena.

Lo dice en un tono tan bajo que suena más bien a un susurro, como si en vez de decírmelo a mí, lo hiciera para él mismo.

—Pensé que podría quedarte perfecto en esa pared de ahí.

Señala la amplia pared vacía, donde ahora mismo se encuentra el *photocall*.

—Eres increíble —pronuncio las mismas palabras que me dijo hace ya casi una semana.

La emoción que siento ahora mismo es infinita.

—No es para tanto —me dice.

Esa conexión que teníamos, esa magia que nos envolvía, se disipa por completo. Marc vuelve a marcar distancias, como si con ello de nuevo quisiera hacerme entender que esto no tiene importancia. Quizás para él no la tenga —cosa que dudo—, pero para mí, para mí sí que la tiene.

—¿Mery?

La entrada en tromba de mi amigo Leo nos sorprende a los dos. Mi amigo acorta la distancia en un par de zancadas y me alza entre sus brazos.

—No hace tanto que nos vimos, Mery, pero agradezco que me eches tanto de menos —respondo ilusionada.

Marc nos deja un poco de espacio, mientras saluda a Jordi, que al parecer ha venido junto a Leo y Melissa.

—¡Estás guapísima, Mery! Radiante es la mejor palabra que te define.

Una vez me deposita en el suelo me coge de la mano y me da una vuelta sobre mí misma, analizando mi silueta. Me sonrojo ante su escrutinio.

—¿El viaje bien?

—Con muchas ganas de llegar —especifica Leo.

—¿Y la cafetería?

Marc habla con su hermano, pero lo veo mirar de reojo, como si quisiera atender a nuestra conversación.

—Mi hermana se quedó montando guardia en el fuerte. En cuanto a lo del otro día...

No lo dejo continuar. Pongo mi dedo índice en su boca intentando acallar lo que quiera que vaya a decirme.

—No pasa nada y no te sientas mal —sentencio—. Pasado, pisado.

—Ha vuelto a buscarte —me suelta a bocajarro.

Me llevo una mano al pecho y me apoyo en el mostrador.

—No le digas nada, Leo. No sabes nada de mí, ¿entendido?

—Alto y claro.

Me vuelvo a abrazar a él, permitiendo que sus brazos me reconforten.

—Vamos a hacernos unas fotos.

Saco mi móvil y se lo tiendo a Melissa. Comenzamos a sacarnos varios *selfies* y Melissa nos saca varias fotos solos. Marc, en la distancia, apunta con su cámara y nos saca alguna más, unas distraídas y otras posando. Jordi se mezcla entre nosotros como uno más, sin soltar de la mano a mi amiga, quien no deja de sonreír con cara de lela a su nuevo amigo/novio. Creo que las cosas saldrán bien, solo hay que arriesgarse.

—Muchas gracias. Disfruta de la noche —le susurro mientras me mezclo entre el resto de los invitados, que han comenzado a llegar y llenar mi nuevo local.

El lunes abriré las puertas, espero no tener que esperar mucho para poder decir abiertamente «esta vez sí, esta vez todo, va a salir bien».

CAPÍTULO 6

HOLA, ¿EN QUÉ PUEDO AYUDARTE?

La noche fue[1][Y2] fantástica, nos lo pasamos genial y al final parecía más una reunión de amigos que una fiesta de inauguración. En realidad, buscar motivos para celebrar y compartir momentos juntos es nuestra especialidad.

La llegada de Leo supuso que Marc y yo nos distanciáramos un poco. Marc pasó gran parte de la noche con Jordi, mientras que Leo y yo no nos separamos en ningún momento. Bueno...al baño sí que fuimos cada uno por su cuenta.

A pesar de ello, no dejábamos de buscarnos con la mirada e incluso sonreírnos cuando nos pillábamos el uno al otro, que todo sea dicho, fueron bastantes veces.

—Si analizo detenidamente la situación, es normal que Marc haya reaccionado así. Es su manera de decirme sin palabras, que eso simplemente fue sexo. Es como su escudo.

Leo va a pasar el fin de semana en casa, conmigo. Por supuesto, le he contado todo lo sucedido. No hay que ser muy listo para darse cuenta de que entre Marc y yo sucedía algo. Es bastante obvio, quizás no por su parte, pero Leo que me conoce perfectamente, sabe que en mi cabecita se cuece algo. Tampoco le hizo mucha falta sonsacarme, con un par de Martinis y las preguntas adecuadas —¿te has tirado a tu vecino so guarra? — solté todo por esa boquita mía que a veces me pierde. No hice ni amago de disimular. Creo que le dije algo sobre su «anaconda» y las ganas de volver a verla de cerca.

—A ver, Mery, ¿qué esperas? Ese chico es un picaflor. No puedes reprocharle nada.

—Perdona, pero sí que puedo. Follamos, ¿vale? Pero eso no es motivo para que desapareciera durante todos esos días cuando habíamos hablado de salir a correr juntos varias veces a la semana. Esta semana he tenido que ir yo sola —le explico intentando buscar un poco de apoyo moral por su parte.

—Yo creo —dice soltando la taza de café con leche que estábamos tomándonos a pesar de ser las doce de la mañana— que lo mejor es que vayamos a preguntarle directamente.

—¿Qué? ¿Pero a ti se te está yendo la bola o qué? ¿Estás fumando flores de Bach?

Salto tras él e intercepto su paso.

—Ni se te ocurra —le amenazo con los brazos estirados a lo Jesucristo.

—Pero ¿por qué?

Comenzamos un baile en el que Leo se mueve a la derecha y yo a mi izquierda para cortarle el paso. Él se mueve a la izquierda y yo a la derecha, y así un par de veces hasta que mi amigo me sujeta por ambos brazos y nos quedamos parados, uno frente al otro.

—¡Como se te ocurra ir a preguntarle nada de esto a Marc te juro que le cuento a Tony que estás coladito por él y que las cartas de amor que aparecen en su buzón de vez en cuando son tuyas!

La cara de sorpresa de mi amigo no se hace esperar.

—¡No serás capaz!

—¡Apuesta lo que quieras! —le reto.

—¡Bruja!

—¡Maricón!

Entrecerramos los ojos y nos retamos con la mirada. Finalmente termina haciéndome cosquillas y yo a él, por lo que nos revolcamos por el suelo como puercos en el barro.

La puerta se abre y entra mi amiga Melissa con Marc y Jordi. La escena que ven debe ser digna de admirar: Leo encima de mí, inmovilizándome. Mi camiseta a medio subir porque sus manos me están haciendo cosquillas en la barriga mientras yo pataleo y le grito a todo pulmón «a Tony le va a encantar saber que quieres ponerle el culo como la bandera de Japón».

Cuando somos conscientes de que hay seis ojos observándonos con cara de asombro y burla —seguramente lo segundo es debido a mi amplio repertorio en cuando al ojete de Tony se refiere—, nos quedamos

petrificados. Nos levantamos prácticamente de un salto y ponemos nuestra mejor cara de niños buenos, como si quince segundos antes no hubiésemos estado luchando como trolls.

—A Tony ni una sola palabra, bruja.

Yo me limito a asentir, más que nada porque mi tremendo vecino está en casa y no quiero que Leo se aproveche de mi debilidad para liármela. Con lo cual, chitón.

La historia de Leo y Tony trae cola —y aquí la palabra «cola» bien podría tener varios significados, ejem, ejem—, desde hace bastante tiempo. Tony es el panadero/pastelero que le suministra a mi amigo todo lo que necesita para su cafetería. Según Leo, lo tiene todo: es alegre, simpático, siempre tiene una sonrisa en la cara, atento, trabajador y guapo, a rabiar, para ser más precisos. Lamentablemente, cree que es heterosexual, y es ahí donde radica el hándicap de esta «no relación». Nunca han hablado de sus vidas privadas ni mucho menos, pero según Leo, él tiene un radar para detectar gays, y ese radar con Tony no ha saltado, por lo que, mientras tanto, se mantiene en la «friendzone» suspirando por él a todas horas y levitando cuando sabe que va a venir a su cafetería.

La idea de las cartas de amor fue, por supuesto, de Melissa. Para mí era una completa locura, yo me imaginaba a Tony yendo a la policía para decir que un perverso le estaba escribiendo cartas de amor con recortes del «Hola» y de la «Pop», porque a ver, mi amigo no es lo que se dice esa clase de personas que les encanta leer las revistas del National Geographic, ¡qué va! A él cuanto más rosa y más cuqui, más le gusta. Y claro, a todas estas, yo veía en mi cabeza un análisis de huellas dactilares y hasta del olor del papel. Para ser más exactos, veía a Horatio del CSI haciendo todas esas cosas que hacen los agentes eficaces y descubriendo el teléfono, la dirección y hasta el quiosco donde se han comprado las revistas, por lo que no quise saber el contenido de las mismas y por si las moscas, dejé de ir al quiosco de la Paca, no vaya a ser que me identificaran si estaban montando guardia con un periódico, un sombrero y un bigote falso y me metieran en la trena. Pobre de mí, llamarían a mi padre y le dirían: «hemos cogido a su hija, por cómplice de querer poner al panadero mirando para Cuenca y hacer de su ojete el pozo por donde sale la niña de la película The Ring».

Claro está, que mi padre pagaría la fianza pero todos me mirarían como si estuviese loca. Aunque bien pensado, quizás después de contaros

toda la película que me he montado en la cabeza puede que muy cuerda no esté.

—No contaré nada, pero creo que tú deberías dejar de mandarle cartitas y dedicarte a indagar más en su vida privada. Esconderse tras las letras de la Pop no es lo más maduro que te he visto hacer —le suelto una vez ocupamos el sillón.

Leo me saca la lengua y yo le devuelvo el gesto.

—¡Sí señor! Muy maduros que sois —interviene Melissa sentándose entre nosotros.

—Empezó Leo —me defiendo.

—¡Era por tu bien! —contesta el susodicho sin perder la sonrisa y mirando directamente a Marc.

—No preguntéis, siempre son así —explica mi *rubiamiga* a mi Adonis y su hermano—. Hemos venido para saber si podemos hacer algo hoy, todos juntos —aclara.

—Yo creo que Vega quiere hacer algo, ella solita, en la ducha, con alguien —especifica Leo, sin perder de vista a Marc.

¡La madre que lo parió!

—A Tony que vas —le amenazo.

Mi amigo hace la intención de cerrarse la boca con una cremallera y yo sigo estrujando con mis manos un cuello invisible para que entienda a la perfección que lo voy a ahogar en cuanto estemos solos, por bicho.

Por suerte para mí nadie pregunta nada, aunque es evidente que todos han entendido el mensaje porque sonrían, incluido mi vecino, que alza una ceja en señal de interrogación.

—Entonces, ¿qué hacemos? —decido que lo mejor es cambiar de tema.

—Turismo, como si fuéramos viajeros de paso en Barcelona —propone Jordi.

—En realidad, yo lo soy. Mañana tengo que volver a Madrid —gimotea Leo.

—Gracias a Dios —suelto sin borrar la sonrisa de mi boca.

—Bruja —responde mi amigo, de igual manera, con una sonrisa en los labios.

—¿Vosotros no paráis nunca? —interviene Marc.

—No —respondemos al unísono Leo y yo.

Finalmente pasamos el sábado de ruta por Barcelona, visitando todos esos lugares que, a pesar de ser de lo más turístico, encierran mucho encanto y deben ser conocidos por todo el mundo, aunque sea una vez en la vida. Sacamos miles de fotos y lo pasamos genial.

El domingo hacemos más de lo mismo: caminar, comer, callejear y sacar fotos y más fotos. Con algunas de ellas quiero hacer un cuadro para mi pequeña habitación, un sencillito lienzo cubierto de pequeñas cuerdas que llenaré con las imágenes de estos días y que sujetaré con pinzas de mariquitas —las he visto en el chino donde compramos las copas y ahora ya sé para qué las voy a utilizar—.

Leo se va en el último tren que sale.

—Odio las despedidas —susurro gimoteando.

—Nos veremos pronto Mery, y sabes que solo tienes que descolgar el teléfono y ahí estaré para hacerte rabiar —me consuela Leo.

—No me lo tomes muy en cuenta, pero creo que hasta eso lo voy a echar de menos —sigo cobijada entre sus brazos, sin querer separarme de su lado—. Te voy a echar mucho de menos.

—Y yo a ti, brujilla. Cuídala —le dice a Marc, cuando se sube al tren.

Parece como si se estuvieran hablando telepáticamente, porque ambos asienten tras mirarse de manera fija.

—Le gustas —me susurra Leo en su último achuchón—. Dale tiempo. Date tiempo.

Finalmente sube al tren mientras yo me quedo clavada en el sitio, de piedra, sin poder decir nada tras su última frase.

—Será mejor que volvamos a casa —me pide Marc—. Saldremos a correr un rato, ¿te apetece?

Asiento como respuesta. Leo es uno de mis mejores amigos, y me recuerda a la vida que tenía hace unas semanas antes de venir aquí. La nostalgia me embriaga y es inevitable pensar como ha cambiado todo, e

incluso, quizás, como he cambiado yo misma en este tiempo. Cómo el pasado afecta al presente y hace que seas diferente, distinta o quizás, similar a lo que fuiste hace mucho más tiempo.

Nos despedimos de Melissa y de Jordi, que se van juntos.

—¿También te has dado cuenta de que llevan todo el fin de semana juntos? —me pregunta Marc cuando salimos de casa en dirección a Montjuic.

—¿Te refieres a mi amiga y a tu hermano?

Marc asiente.

—¿Qué sabes de eso? —continuo.

—Poco —me explica—, sé que se conocieron hace tiempo una noche en un bar, que han estado liados, y que este fin de semana también lo han estado. En realidad, eso no me lo ha contado mi hermano, solo hay que verlos para saberlo.

—Melissa me ha contado lo mismo que Jordi a ti. Espero que tu hermano se comporte como un caballero y no le haga daño a mi amiga, o tendré que tomar cartas en el asunto. Se me da muy bien patear culos —le explico seria.

—Ya. Se me olvidaba que hablo con un cinturón negro de kárate.

—¿Acaso pones en duda mis habilidades como karateca? —inquiero ofendida.

—¡No! No quisiera ser yo quien despierte a la bestia.

—Noto cierto tono de burla en tus palabras —le empujo sin delicadeza.

—¿En serio? ¡Oh diosa del kárate y de las artes marciales, apiádate de un simple mortal! —se ha puesto de rodillas y me suplica como si fuera cierto que quiere que me compadezca de él.

Yo aprovecho para darle un fuerte empujón y tirarlo al suelo. Lamentablemente, me sale el tiro por la culata, porque me sujeta del brazo y caigo encima suyo. Por lo menos su «perfecto, esculpido, macizo y moreno pecho» ha amortiguado parte de la caída. Marc aprovecha para hacernos rodar y ser él, quien se encuentre encima de mí.

La arena, mi cuerpo contra ella y la humedad de la misma han pasado a un segundo plano. Lo único que siento es nuestras respiraciones agitadas,

nuestros ojos brillando de expectación, sus manos ceñidas a las mías inmovilizándome, su boca tan cerca que percibo su aliento fresco, y para nosotros, el tiempo se detiene. Quizás pasen horas, días, semanas, o simples segundos, pero esa conexión y esa sensación que lo envuelve todo con nuestros cuerpos se hace cada vez más intensa, nuestras bocas se llaman en silenciosos gritos. Alzo la cabeza, guiada por la fuerza que ejercen sobre mí sus carnosos labios, de la misma manera que los suyos responden ante mis movimientos.

Es más que probable que la gente que pase por nuestro lado, no sea capaz de observar el aura en el que nos hemos sumergido y piensen que somos un par de pervertidos que solo piensan en follar como conejos y no tenemos una casa a dónde ir, pero lo cierto, es que ahora mismo, en este instante, somos él y yo. Solo dos personas que se desean y que quizás... busquen más, pero no lo sepan, o no quieran saberlo.

No. No. No. No.

Mi conciencia hace acto de presencia justo cuando nuestros labios van a rozarse. Maldita sea, ¿no tenías otro momento para aparecer?

—Marc...No...

Como si se hubiera roto el hechizo, Marc se incorpora y me tiende su mano para que me levante, yo la cojo y con fuerza me levanto, colocando mi pierna tras la suya y haciéndolo caer al suelo. Esta vez, sin ser yo presa.

—Te dije que soy buena atacando —susurro satisfecha.

Marc se ríe abiertamente, dando por finalizado ese momento de «tensión sexual desbordante y sin límites» que se ha formado entre nosotros.

—Yo te tumbé primero.

—Tú hiciste trampas —le rebato mientras me limpio la tierra de los pantalones.

Comienzo a dar pasos hacia atrás y Marc se va incorporando, sacudiendo también la tierra que tiene en la ropa, y que yo, sin ningún tipo de remordimiento, sacudiría, solo como buenos amigos que somos. Ejem, ejem.

—¡Tonto el último! —grito antes de salir corriendo a toda velocidad.

Puede que sea muy estúpido el juego este que nos traemos, pero es de lo más divertido saber que a pesar de todo, de los momentos de tensión, de la

atracción irrefrenable que nos sacude podemos seguir siendo amigos que se divierten y que comparten momentos de lo más «chorras».

—No te piques, pollito, no tienes nada que hacer conmigo —le grito cuando he avanzado más de doscientos metros.

Lástima que no contara con que cuando me pilló —que fue más temprano que tarde— el ataque de cosquillas al que me sometió fue excesivo, como excesiva fue la conexión que sentí y que no debería haber sentido.

Llevo poco más de una semana aquí, ¿qué será de mí cuando lleve dos meses?

Finalmente, el lunes llega con fuerza y con energía, pisando fuerte, como diría Alejandro Sanz, y con toda esa bola de buenas sensaciones, me voy directa a mi primer día de trabajo. Evidentemente, no fue llegar y besar el santo, como en un principio creía —o mi fuero interno esperaba—, fue un día y una semana de recibir algún que otro curioso, responder preguntas con mi mejor sonrisa ensayada —nunca fingida— y promocionarme como la mejor psicóloga que podía haber en Barcelona. Que, a ver, no tengo abuelas, pero ellas me enseñaron que tengo que quererme —mucho— y yo recreé una y otra vez, en voz alta y adoptándolo como posible pregón, que yo lo valgo.

El resto de la semana fue más de lo mismo, esperar y esperar, y ya sabes lo que dicen, «el que espera, desespera» y yo el viernes estaba que me subía por las paredes, en más de una ocasión me pude ver suspendida en el aire, en una de las lámparas. Lástima que fueran focos incrustados en el techo porque a estas alturas casi que podría haberme colgado de una de ellas al más puro estilo del lejano oeste. Si es que yo cuando quiero, soy muy peliculera. En eso, me parezco a Leo.

—Necesito otro Martini.

Esa fue la frase más coherente que le pude decir a mi amiga el viernes por la noche.

—Vega, por favor, baja a la tierra y deja de ser melodramática, la consulta apenas lleva una semana abierta, no puedes pedir milagros. Tienes que tener paciencia —por supuesto, Mel, haciendo alarde de su cordura, me daba ánimos, pero ya a estas alturas yo había entrado en una vorágine de negatividad que me corría por las venas y era irrefrenable.

—¿Qué me has llamado? —me refería a lo de melodramática, que

por supuesto, en mi estado de embriaguez ni intentaba repetirlo porque podría salirme cualquier cosa por la boca, acompañada de babas y algún que otro escupitajo sobre mis vaqueros limpios—. Déjalo, no me lo repitas —le pedí—, los ahorros no son eternos, a este paso tendré que terminar pidiéndole a Leo que me dé un puesto de camarera en su cafetería e incluso puede que le mande mensajes al panadero con él, rivalizando por su culito.

Sí, definitivamente, estaba borracha.

La vi trastear con el teléfono, y lo puso en modo manos libres. Yo oía los tonos, pero en mi mente se reproducía una y otra vez el timbre de mi consulta al entrar gente y salir con la misma, sin cerrar ninguna cita.

—¿Qué pasa Mery?

La voz conocida al otro lado de la línea me hizo soltar un largo suspiro.

—Leo, soy Melissa, aquí estoy con la borracha de tu amiga que no para de soltar estupideces por la boca sobre lo mal que le va en su negocio «recién abierto» —pude notar el énfasis que le puso a las dos últimas palabras— y su posible vuelta a Madrid con el rabo entre las piernas.

¿Habré dicho en alto también lo del culito?

—Es decir, que hay gabinete de crisis.

—Lo hay —grité como una niña pequeña al otro lado—. Mery, voy a terminar siendo un número más en la larga lista de desempleados que hay en España. ¡Un número! ¡Yo! ¿Lo entiendes?

—Estás peor de lo que pensaba. Melissa, ¿cómo la has dejado beber tanto?

—A mí no me metas, que yo cuando llegué me la encontré en este estado. Deberías verla, los vaqueros están limpios, pero la camiseta está llena de mocos y en el pelo no quiero pensar lo que puede llegar a tener.

—Vega, ¿se puede saber cuánto has bebido?

—Mucho. Quizás si monto grupo de alcohólicos anónimos me vaya mejor. Yo sería la primera en hablar. «Hola, soy Vega, me gusta empinar el codo cuando los tíos pasan de mí y cuando mi negocio va mal, ahh y cuando la vecina del tercero me viene a contar que su vida sexual es mejor que la mía».

—¿Pero qué vecina, ni qué vecina? —pregunta Melissa aguantando la risa. Leo por el contrario se descojona sin control.

—La que vivía en Madrid, aquella que era fea como un horco y follaba más que yo que tenía novio. ¡Yo que tenía novio!

—¡Ay Dios! ¡Quítale la puñetera copa ya, Melissa!

—No... la copa eshhh mía.

Ya notaba como se me trababa la lengua y me costaba hablar coordinadamente. Pues sí que estaba pedo.

—Necesito ir al baño —les dije.

Me levanté y me mareé un poco —bastante—, pero nada que no pudiera evitar. Decidí que lo mejor era seguir una de las líneas que unían una madera con otra, así no me caería. Evidentemente, no contaba con que las maderas eran finas y las líneas se me mezclaban, con lo cual acabé en el armario del fondo.

—Mierda, estas líneas se mueven.

—Pero ¿qué dice la loca esa? —oía a Leo desde lejos preguntar.

Melissa, teléfono en mano, vino a ayudarme a llegar al baño mientras ellos seguían hablando sobre mi locura transitoria y mis ganas de meter la cabeza debajo de la almohada y morir por mi propio aliento alcoholizado. Lo que digo, si es que a veces soy muy peliculera y más aún cuando estoy borracha.

—Leo, ¿sabes qué?

—¡Ilumíname, bruja!

—El otro día estuve a punto de besar a Marc, me tumbó en el Montmeló y sentía su respiración tan cerca que casi lo beso allí mismo.

—¿Qué Montmeló? ¡Madre míaaaaa! ¡Qué pedo que tienes Vega!

—Creo que se refiere a Montjuic, que es donde salen a correr ellos —intervino mi amiga aclarando todo.

—Esshhho. Me encuentro fatal. ¿Fran ha vuelto por ahí?

El silencio sordo me sorprende.

—¿En serio me estás preguntando por Fran? ¡Lo que me faltaba por oír esta noche! Si te pregunta por mí, dile que le echo de menos.

—La madre que te parió —esos tacos fueron de mi amiga, que estaba sobria y razonaba más que yo un rato.

—Marc no me hace caso, pero Fran sí —fue mi respuesta.

—Leo, te voy a dejar, voy a meterla en la ducha y a acostarla. Mañana tendrá un resacón del quince y tendré que hacer como que nada de esto ha pasado.

—Llámame luego, por favor. ¿Vega?

—¿Shhhi?

—Todo va a salir bien.

Y eso es lo que yo esperaba, que sus palabras fueran ciertas y que en breve todo volviera a su cauce porque ahora mismo mi vida era un manojo de flores, todas distintas y sin conexión alguna, con distintos olores y colores, con distintas alturas, lo único que las relaciona son la dueña del ramo.

El domingo, como os podéis imaginar, estuve todo el día fatal. Me repetí por activa y por pasiva que jamás volvería a beber, si hubiera tenido una de esas pizarras chulas en mi cocina lo habría escrito con sangre para que no se me olvidase. Melissa, toda una amiga, no me dejó sola, a pesar de que ambas sabíamos que Jordi la esperaba para darle lo suyo, lo mío y lo de la vecina del tercero, esa que es más fea que un horco. Esa misma.

Marc se pasó por casa, yo estaba en coma, así que no me enteré, solo sé que trajo caldo y que le hizo compañía a mi amiga. Espero que no haya contado muchos detalles, más que nada, por si los podía usar en mi contra en un futuro —cercano o lejano—.

El lunes, me levanté de nuevo con muchos ánimos, con positividad, como el lunes anterior, pero con el firme propósito de que no me iría sin tener un nuevo paciente. Y resultó, que no andaba muy desencaminada. Salvo por el prototipo de paciente con el que concerté una cita.

Era mi segundo capuchino del día. Si algo había sacado en claro la semana pasada, es que haber puesto una cafetera y haber traído un bote de nata era una gran idea, quizás de las mejores, teniendo en cuenta mi ánimo. Sumado a los dos libros que había leído. A este paso, tendría un súper récord de lecturas este año. Por otra parte, también me había creado una cuenta de Facebook muy chula, con el tiempo que había tenido la semana pasada, hasta feo estaría que fuera de otra manera. Melissa me había aconsejado que lo

hiciera, puesto que las redes sociales hoy en día son una fuente de información importante. Y así lo hice.

—Buenos días.

La voz me sorprendió, mientras yo le daba el último sorbo al capuchino, apurando hasta la última gota de su contenido.

—Buenos días —lo pronuncié de una manera tan tímida que pensé que el señor que tenía frente a mí quizás no me escuchara—, ¿en qué puedo ayudarle?

—Señorita...

—Vega. Mi nombre es Vega Sanz.

—Señorita Vega, creo que tengo un problema y necesito de su ayuda.

¡Bravo! Por lo menos la decisión con la que ha pronunciado sus palabras me saca una sonrisa —interna—.

—Usted dirá —respondo escueta.

—Mi cuñada no deja de acosarme y ya no sé qué hacer para deshacerme de ella.

Observo como mira a su izquierda, incómodo, mientras frunce el ceño.

—¡Que te calles y me dejes hablar! —grita de repente.

Su clamor me sobresalta. Miro hacia el mismo lugar donde él tiene la vista clavada intentando ver lo que él ve, pero simplemente me encuentro contra la pared azul del fondo.

—Señor... —susurro.

—Perdona Vega, puedo tutearte, ¿verdad? —asiento tímida, e incluso algo temerosa por cómo están transcurriendo los acontecimientos—. Como te decía, mi cuñada no me deja en paz —señala a su izquierda, donde yo sigo viendo pared y más pared— y necesito tu ayuda para poder hacerla desaparecer.

Pero qué coño...

—¿Y dónde dice que se encuentra su cuñada?

—Aquí a mi lado. Por supuesto. Como siempre.

¡La madre del cordero! Estas cosas solo me pasan a mí.

CAPÍTULO 7

LA NOCHE DE LAS CONFESIONES

—¿Está usted seguro de que necesita mi ayuda? —Lo que en realidad quiero decirle es: «usted necesita un psiquiatra si me está diciendo que ve la figura de su cuñada y que me insinúa que ella no le deja en paz», pero obviamente eso me lo reservo para mí—. Prefiero serle sincera, señor, pero no creo que yo pueda servirle de mucha ayuda en su caso. Quizás necesite otro tipo de especialista —o una buena cantidad de ansiolíticos que le ayuden a estar un poco más cercano a la tierra que a las puertas del cielo.

—Es mi dinero, y yo elijo. ¿Me está diciendo que no me quiere ayudar? —la pregunta la formula un tanto tosco, como si se sintiera juzgado y en realidad esa no es mi intención.

—Le estoy diciendo que quizás no sepa ayudarle. Soy psicóloga, tengo un máster en mediación familiar y terapias de pareja, pero se me escapa de las manos todo lo relacionado con lo paranormal —además que no creo que haya vida después de la muerte, mucho menos voy a creer que haya una señora acosando a este hombre que tengo frente a mí—. Pero si usted está dispuesto a correr el riesgo, yo lo estaré con usted.

Puede que quizás aprenda mucho de esta nueva situación que se me plantea. Puede que incluso cambie mi forma de ver la vida, o la muerte.

—Perfecto —esta vez su tono de voz mostraba satisfacción—. Agradezco mucho tu sinceridad, pero creo que Virtudes y yo necesitamos saldar nuestras cuentas pendientes.

—¡Mmmm! ¿Virtudes?

—Mi cuñada.

—¡Ah, sí! —por un momento se me olvidaba que la cuñada entraba en el «pack terapéutico».

—¿Cuándo podemos empezar? —lo veo tan decidido que no sé si decirle que ya mismo.

Al final, yo tenía tantas ganas de sentirme útil y de ayudar, como él

las tenía de mostrarme sus inquietudes.

—¿Mañana? —cuestiono titubeante.

—Me viene mejor por la mañana, por la tarde Virtudes y yo solemos ver uno de esos programas del corazón. Mi cuñada siempre ha sido muy metiche, así que yo le hago el gusto, a cambio de que luego ella me deje ver a Carlos Arguiñano. Me gusta mucho cocinar. Fíjese que me sé perfectamente sus chistes y tarareo constantemente sus canciones. Virtudes dice que es porque estoy un poco loco, pero es que me anima tanto...

La cosa está peor de lo que yo pensaba. Sí, esto va a ser digno de contar y analizar. Por lo menos, será un caso divertido dentro de mi patética existencia, llena de dudas e incertidumbres. Por otra parte, es un primer cliente, que puede traer más —rezo para que, si es así, no sean más locos con sus espíritus, más que nada porque no me gustaría tener que llamar a los cazafantasmas y contarles esto, saldría en las noticias seguro y mi padre me tacharía de loca, de por vida—.

Cerramos una cita para mañana a las once. Una buena hora para atender a Don Gonzalo y a su cuñada Virtudes.

El resto del día lo paso en relativa calma. Después de perder los nervios el viernes, he decidido dejar que las cosas simplemente fluyan. En todos los sentidos que puedan fluir.

Cierro la consulta a las siete de la tarde y me dirijo a casa. Cojo el ascensor. Cuando llego al rellano, me debato entre llamar a Marc y salir a correr un rato, o meterme en casa, preparar algo de cena y tirarme en el sillón a leer algo sobre el más allá y la posible conexión con la vida real. Me puede la primera opción, así que, decidida llamo a su puerta y espero a que abra mientras jugueteo con uno de mis mechones. Hoy mi pelo está rebelde, como yo lo que va de mes.

Oigo sus pasos acercarse. Y con ellos la sensación de que se me encoge el estómago se hace más intensa. Abre la puerta, con un pantalón corto de deporte, sin camiseta y descalzo.

—Buenas tardes vecino, estaba pensando que quizás es buena hora para salir a correr, si te contara la locura que me pasó hoy no me creerías —le animo a que se haga a un lado y me deje pasar, pero coloca su brazo en el marco de la puerta impidiéndome la entrada.

—Vega, no es un muy buen momento —noto cierto nerviosismo en su voz.

—¿Por qué? Si no te apetece salir a correr, quizás podemos cenar algo. Prometo esforzarme y hacerte una tortilla con cebolla. Tampoco me pidas mucho más porque la cocina no es lo mío.

—Te agradezco la invitación —vuelve a titubear—, pero es que...

—¿Qué?

—No estoy solo.

—¡Ostras! Perdona —me tapo la cara con las manos.

No había barajado en ningún momento esa opción. A veces soy de lo más estúpida e ingenua. Siempre me pasa igual.

—Tranquila —me anima.

—Yo... No pensé... No sabía... —no logro terminar ninguna de las frases que comienzo.

Estoy en shock. En realidad, tengo el estómago encogido y me arde la cara de la vergüenza.

—Vega...

Marc parece querer decirme algo, pero tampoco encuentra las palabras.

Doy varios pasos hacia atrás mientras muevo las manos de forma inconexa, acercándome cada vez más a la puerta de mi apartamento dejando que la magnífica visión de su cuerpo me deslumbré y despidiéndome de él. Sé que dije que no podía volver a suceder nada entre nosotros, me lo he dicho a mí misma cientos de veces y probablemente me lo siga repitiendo otras tantas más. Pero eso no hace que deje de verlo y seguir sintiendo ese cosquilleo. Puede que sea capricho, que sea la primera persona que despierta algo en mí después de mi fatídico choque contra un muro llamado Fran. Puede que incluso sea el calentón. Puede que sea el primero después de... pero no deja de ser cierto que con Marc me siento bien, me siento muy cómoda y no hay una verdad más absoluta que la que voy a formular ahora mismo; y es que, desde que llegué a Barcelona, con todos los cambios y todas las novedades, nunca jamás me he sentido tan bien, tan yo misma. Con mi sarcasmo, mis locuras, mi desparpajo, mi serenidad y mi renacer.

Y esto, es gracias a todo lo que me rodea, y a mis conversaciones con la gente a la que aprecio; Melissa, Leo y Marc, que aunque no quiera reconocerlo, se ha clavado dentro de mí —y sí, no solo en ese sentido, que también y ¡cómo se clava! — sino en el más amplio de ellos, porque al final, sus atenciones y sus coqueteos logran despertar cosas. Quizás no sean sentimientos, quizás solo sean sensaciones, pero a mí me basta porque eso me hace sentir viva. Más cerca de la vida que de la muerte.

Me ha enseñado que sonreír es gratis y que la vida con una sonrisa, es más vida.

—¿Melissa?

—¿Qué te pasa? —el radar de mi amiga está activado y hasta en la distancia es capaz de percibir mis emociones.

Sin saber cómo, comienzo a hipar y sollozar.

—No estoy preparada para tanta emoción junta.

He decidido que llamar a Melissa es la mejor de las opciones, era eso o beber Martinis, y ahora mismo les tengo asco, además que, a este paso, me ganaré la fama de borracha.

—Vega, ¡por Dios! No me digas que de nuevo estás preocupada porque no tienes clientes. Creí que habíamos superado esa etapa y que tenías que dar un margen a todo. Hemos puesto anuncios en el periódico, creaste una cuenta de Facebook y solo ha pasado una semana, seis días laborables para ser más exactos.

—No, ¡joder! No es eso —escupo enfadada—. Es Marc.

El silencio al otro lado no me sorprende.

—Voy para allá. Dame cinco minutos. Estoy en casa.

Cuelgo casi sin despedirme. La agenda de mi móvil se abre ante mí y observo lo cerca que se encuentra el teléfono de Marc del de Melissa, y siento la tentación de enviarle un mensaje para decirle que es un cabronazo. Pero, por otra parte, y ahí sale mi raciocinio, nunca jamás dijimos que fuera algo más que amistad y sexo. Siempre ha sido sincero conmigo, en todo momento, siempre se ha comportado como un buen amigo, y también es verdad, que fui yo la que se lanzó. Pude haberlo evitado cuando volví a casa, pero no lo hice, no quise hacerlo y ahora no tengo que reprocharle absolutamente nada, por mucho que me joda —porque jode—.

Melissa tiene llave, por lo que aprovecho que no ha llegado y me meto en la ducha. Necesito poner todas mis ideas en claro. Estoy hecha un manojo de contradicciones. Entre lo que quiero, lo que siento, lo que espero y lo que deseo.

—¿Vega?

Oigo a mi amiga llamarme y le grito donde me encuentro. He dejado la puerta del baño abierta. Soy consciente de que lo oirá a la perfección, quizás hasta el vecino lo oiga. ¿Vecino? ¿Marc? ¿La zorrasca que está con Marc? Mmmm. Fin de las elucubraciones, Vega.

—¿Estás bien? —Mel asoma la cabeza en el hueco de la ducha y me observa detenidamente—. Debo decirte que estás muy pero que muy buena, Vega.

Sonrío. Más por su intento por animarme que por mi propio estado anímico.

—Estoy hecha un puñetero lío —lo suelto así, sin más, sin ningún tipo de anestesia.

—A ver, ¿por qué? Empieza por el principio.

Mi *rubiamiga* se sienta en el váter para comenzar a escuchar mi relato.

—Llegué a casa emocionada porque hoy había entrado un cliente, para quedarse, no solo para preguntar.

—¿Un cliente? ¿En serio? ¡Qué buena noticia!

—Eso después. No me interrumpas —Melissa se cierra la boca con la cremallera y yo sigo contándole—. Llegué a casa, debatiéndome entre ir a tocarle a Marc y salir a correr o encerrarme aquí.

—Te decidiste por lo primero —me corta.

—¿Me vas a dejar contarle a mí o te vas a adelantar siempre?

—Te estoy viendo el *chochete*.

—¿Y? Lo acabas de ver Mel. Cierra-la-boca —remarco cada una de las palabras a ver si con eso consigo que me deje contarle sin tener que hablar del tiempo, de las noticias y de la reproducción de la especie humana—. Cuando me abrió la puerta, con un puñetero pantalón corto que hizo que se me secara la garganta.

—Y se te mojaran las bragas —añade Mel.

—Y le propuse mi plan, me dijo que no estaba solo.

—¿Y? Vega, Vega, Vega. Estás jodida.

—Me jodió. Sí. No lo pude evitar. A ver, si es que no tenemos nada, somos vecinos y amigos. Follamos una vez.

—¿Entonces? —indaga Melissa.

—Pues entonces ¿qué? ¡Que no entiendo por qué me jode!

Mi amiga se levanta del váter y sale del baño, mientras yo termino de secarme y ponerme el pijama más ridículo que encontré en todo mi armario. Ridículo, ¿cómo yo?

En la mesa de la sala veo un plato con frutos secos y unos batidos de chocolate.

—¿Ahora ahogamos las penas con batidos de chocolate?

—Atrás quedaron los Martinis.

—Después del viernes, durante un tiempo. Hasta que se me olvide —sentencio.

Mel toca repetidamente el hueco que tiene al lado en el sillón. Se ha descalzado y ha puesto los pies encima de la mesa.

—Baja tus pezuñas de mi mesa —me burlo.

Me hace una peineta y ni se inmuta.

—Mi veredicto es que estás pillada —ahora es a mí a la que se le desencaja la mandíbula—. Estás pillada, pero acojonada. Porque no quieres estarlo.

—No estoy pillada. Lo que pasa es que... Es que... Resulta que...

Melissa bebe varios sorbos de batido mientras espera a que reaccione y deje de parecer un disco rayado que intenta soltar una frase coherente y queda en un intento de algo que no se sabe ni que es.

—Aja... —suspira tras dar un sorbo.

—Marc es mi vecino. Está muy bueno. Me lo paso muy bien con él. Pero no estoy pillada. Es un picaflor. No hay más que verlo.

Me he levantado del sillón mientras le estoy soltando todo ese rollo a

mi amiga sin siquiera respirar. Es como uno de mis mejores discursos ensayados en la facultad cuando me tocaba exponer un tema y rezaba para que el profesor de psicología comunitaria no me hiciera preguntas.

—¿Y eso lo dices por? Porque te lo niegas, porque es lo que te conviene o porque es lo que quieres creer.

Vale. Melissa no es mi profesor, es peor que la Santa Inquisición. Es Satanás hecho mujer.

—Porque ni siquiera sé si he olvidado a Fran. Porque hay noches en las que estiro la mano en busca del calor de su cuerpo, porque le odio por haberme abandonado y porque no quiero que Marc haga lo mismo conmigo. Usarme y tirarme.

El asombro en los ojos de mi amiga es indiscutible. Leo perfectamente en ellos cómo la envuelve la sorpresa ante la sinceridad de mis afirmaciones. Melissa se limita a dejar el vaso de su batido, incorporarse y abrazarme.

—Vega, todo va a salir bien. Saldremos de esta. Solo tienes que dejar que las cosas fluyan. Huir no es la solución, en ninguno de los sentidos. Desde que llegaste, he vuelto a ver a esa chica que conocí en el campus, que era borde cuando tenía que serlo, simpática cuando hacía falta. Cariñosa, alegre, emprendedora y sarcástica. Un poco borracha, pero nada que no se pueda solucionar. Bueno, melodramática y peliculera también, pero eso es algo normal en nosotras y en Leo.

—Las patas de la mesa —me río.

—Las patas de una mesa son cuatro, pero Leo vale por dos —mi amiga me acaricia el pelo, mientras me abrazo a ella sintiéndome reconfortada.

Dicen que hay abrazos que arreglan, y los de Melissa podrían reparar hasta el peor de los destrozos.

—Odio sentirme vulnerable, no controlar las cosas.

—Todos odiamos sentirnos así. Mírame a mí —bromea.

—Estás pillada por Jordi, ¿verdad?

—Hasta el tuétano. Y ya sabes que yo no quería. Que los romanticismos no iban conmigo. Huí de él cuando me di cuenta de que la

cosa podía ir a más. Cuando lo conocí encajamos a la perfección, era una sensación increíble. No había momentos de incomodidad, era perfecto. Y yo...me asusté. Levanté una barrera y corrí como alma que lleva el diablo. Ahora, cuando me he dado cuenta de que de nada vale huir del destino y de sus trampas, he tomado una decisión: dejarme llevar y ver qué pasa. Quizás el cosmos me tenga algo reservado y yo no soy quien para negarme a descubrirlo.

Hemos vuelto a tomar asiento y seguimos abrazadas.

—Me alegro muchísimo de que seas feliz. Que te des la oportunidad de serlo tras salir huyendo de Madrid con el corazón hecho trizas.

Mel mueve la mano, restándole importancia a mi última afirmación.

—No sé qué sucederá, pero sé que queremos averiguarlo.

Y en este momento, yo solo me imagino todo tipo de escenas donde mi mejor amiga y su recién estrenado novio organizan reuniones y fiestas en las que su hermano —véase también cuñado de mi amiga a partir de ahora— asistirá cada día con una nueva tía colgada del brazo y yo simplemente los veré, desde la otra parte, brindando con batido de chocolate por su felicidad y mi soltería.

—Ahora que me has soltado el bombazo sobre tu noviazgo. Y antes de que me digas que te casas —Melissa agría el gesto y yo sonrío por su inevitable expresión—, tengo que decirte que esta mañana llegó un señor a mi consulta. Quiere mi ayuda, pero me da que es un caso que no está hecho para mí.

—¿Y poff que noff? —esto es conexión y lo demás es tontería. Con la boca llena de frutos secos, logro descifrar su pregunta.

—Porque quiere deshacerse de su cuñada.

—Vaya, pues sí, lo mejor sería que directamente hable con ella, ¿no? ¿Qué pretende? Endosarte a ti el muerto.

Pues lo de muerto sí que viene al pelo, sí.

—Está muerta.

—¿Quién está muerta?

—La cuñada de la que quiere deshacerse.

—¿No me jodas? —noto como un escalofrío le recorre el cuerpo—.

¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo?

—Te estoy diciendo que el señor que quiere mi ayuda ve el fantasma de su difunta cuñada.

—Ese hombre se equivocó de puerta. Tenía que haber ido a hablar con el cura.

—Yo diría que necesita un psiquiatra. Pero está convencido de que lo puedo ayudar, y no pude ni quise negarme. Fui sincera con él en cuanto a los resultados, pero en fin...

—Creo que te lo vas a pasar super bien a partir de ahora —sentencia Melissa.

—Me dará para escribir un libro.

—¡Y para contarnos anécdotas mientras bebemos Martinis!

—Ni los nombres —bromeo.

—Chitón —sentencia Mel, volviendo a cerrar su cremallera imaginaria.

Ponemos una peli y nos hinchamos a comida basura. Un rato después de que Mel se haya ido a retozar con su nuevo novio, me meto en la cama. Aún le doy vueltas al tema de Marc, pero en cierto modo poco puedo hacer. Solo marcar distancia y verlas venir a lo lejos.

Creo que estoy en coma, cuando oigo que llaman a mi puerta. Miro el reloj y veo que son poco más de las doce de la noche. ¿Habrà pasado algo?

Me incorporo en la cama y bajo las escaleras, con un ojo cerrado y otro abierto, rascándome la nalga derecha y rezando para no tropezar y perder los dientes por el camino. Es lo que tiene estar durmiendo profundamente, que toquen tu puerta y que tengas que levantarte por si se ha desatado el apocalipsis zombi.

—¿Sí? —abro la puerta con desgana.

La figura de Marc, con algo más de ropa que antes, aparece ante mí.

—Pasa, anda.

Me hago a un lado y lo dejo entrar. No ha abierto la boca, tampoco es que haga falta. Sé a lo que viene.

Por lo pronto, aprovecharé la posición de ventaja para recrearme con

las fantásticas vistas de su prieto trasero.

Me dirijo a la cocina, cuando él toma asiento en el sofá. Saco un batido de chocolate —porque ahora se matan las penas con esto—, cojo dos vasos y me voy directa sentarme a su lado.

—Brindemos —le digo.

—¿Con batido de chocolate? —me pregunta burlón—. Veo que no te has recuperado de los Martin...

—Ni los nombres —le corto—. Estoy pasando por un momento de abstinencia.

Marc se ríe, alarga el brazo, sujetándome por mi hombro y me atrae hacia él. Deposita un beso en la sien antes de comenzar a hablar, sin soltarme.

—Vengo a disculparme por lo de antes. Me sentí fatal cuando te fuiste.

Y yo cuando te vi en esa guisa, ¡no me jodas!

—No tienes por qué disculparte. Estabas a tu rollo y llegó la plasta de la vecina a cortarte el tema y proponerte otro plan. Uno que no le llega ni a la suela de los zapatos al que tú te traías entre manos.

—Vega... no pretendo justificarme, ni creo que deba hacerlo porque lo nuestro...lo que sucedió...

—No me des explicaciones que no te he pedido. Aclaremos los términos y soy consciente de que, a pesar de que no quería ser una muesca más, terminé siéndolo.

—¡No! —el grito con el que formula la negación me sorprende de sobremanera—, no quiero que pienses eso. Vega, nos lo pasamos genial, y ninguno de los dos queremos joder lo que tenemos.

—Por mi parte, puedes estar tranquilo esta vez no volveré a caer en tu embrujo de macho alfa.

Me vuelve a abrazar, con más fuerza e ímpetu y deposita varios besos cerca de mi oreja. Instintivamente me estremezco. No puedo controlar las reacciones de mi cuerpo ante su contacto.

—No me arrepiento de nada, Vega. Pero he estado muy jodido. Cuando siento que el control escapa de mis manos, suelo cagarla y huir. Y no quiero pillarte a ti por banda. Ahora mismo, a pesar de que solo han pasado

unas semanas, me siento muy bien a tu lado.

Me desprendo de su agarre, a pesar de que Marc intenta impedírmelo acercándose con más fuerza hacia él.

—Marc, fue un error. Muy bueno, no te voy a decir que no —sonríe canalla y yo le devuelvo el gesto—, pero ni siquiera sé si estoy preparada para volver a salir en busca de... pues en busca de algo más.

Coloca su mano sobre la mía, que descansaba en mi muslo y me mira fijamente. Nuestras miradas siempre son así: intensas y profundas, de las que hablan por sí mismas.

—Te entiendo —me consuela—. No hace falta que me des más explicaciones, porque a mí me sucede lo mismo. ¿Recuerdas que hace unas semanas te decía que yo también cambié? ¿Qué hubo algo que me hizo ser el Marc que soy hoy? —me limito a asentir—. Pues ese «alguien» tiene nombre de mujer y me destrozó por completo. Las apariencias engañan, Vega, y la seguridad que ves en mí, esa vena fanfarrona que corre por mis venas, no es más que una máscara tras la cual me oculto. Es pura fachada. Los desamores, las traiciones y el dolor, aunque nos pesen, nos hacen cambiar. A día de hoy, con la perspectiva de lo que ha sucedido, sé que no era amor. Es curioso, como con el paso del tiempo, te das cuenta de que hay cosas que se magnifican por los miedos.

—Porque somos humanos y sentimos como tal.

—Exacto —dice tras coger el vaso lleno de batido de chocolate y darle un trago inmenso—. Lo que sucede, es que te ciegas y te proteges. Yo me protegí de ella, es más, la castigué por ello, porque me parecía que lo merecía por haberme hecho sentir vulnerable. Por no haber sido suficiente. La juzgué sin necesidad porque, ¿sabes qué? Que simplemente no me quería, de la misma manera que sé que yo tampoco la quise a ella.

No conozco a Marc lo suficiente, pero puedo afirmar que la manera en la que me está narrando su pasado, su dolor, esa forma de hacerme partícipe del motivo de su modo de vida es sobrecogedor porque necesita soltar esa carga, ese peso que le consume.

—Es bueno liberar las piedras que tenemos en la mochila. Muchas de las que nosotros mismos nos cargamos sin necesidad, sin querer.

Lo digo con conocimiento de causa. No hay nada más triste, más

doloroso, que guardar dentro el dolor. Tenemos que aprender a compartir las penas, a soltar la carga y a dejar que vuele. Con ello no quiero decir que debamos taparlas bajo la alfombra, porque eso no podrá suceder jamás. Lo que somos hoy es fruto de lo que vivimos ayer.

Esos cambios que se dan en nuestro interior, en nuestra forma de enfrentarnos a la vida o a los que nos rodean, no es más ni menos, que producto de nuestras piedras. De nuestras lozas. De nuestros desazones.

Es complicado vivir y experimentar con ilusión, con ansias y ganas, querer comerte el mundo y que un chasco tras otro te cambie por completo.

—No podemos desanimarnos porque algo no haya salido bien, porque cuando menos te lo esperas tu gabinete de crisis se convierte en un gabinete de oportunidad —murmullo dándole voz a todos esos pensamientos.

—Le dijo la sartén al cazo —balbucea Marc.

Lo articula serio. Dubitativo.

—Cierto. Pero ahora hablamos de ti, de tu pasado. No del mío —replico.

—Suficiente por hoy, vecina. Es hora de ir a dormir —zanja.

Levanto la vista y observo la hora en el reloj de la cocina., son casi las dos de la mañana.

—Con el sueño que me has robado, no sé cómo podré mañana atender a Virtudes —me río.

—¿Virtudes? ¿Es una cliente?

—Más o menos —le explico—, si te portas bien, mañana te lo cuento.

Me toco el pelo revuelto y me sonrojo al pensar que debe estar enmarañado. Marc se da cuenta de mi expresión porque me vuelve a apretar contra él y me besa nuevamente la sien.

—Nena, estás preciosa. Tal cual, así, natural. Más preciosa que nunca.

Le doy un beso en la mejilla y me despido de él.

—Ya sabes por dónde salir. Buenas noches.

Subo las escaleras que me llevan al dormitorio y me meto dentro de

la cama. Oigo los pasos de Marc hacer el mismo recorrido que yo. Abro los ojos tras notar como se hunde el colchón.

—¿Qué...?

—No me quiero ir. Déjame dormir contigo.

No quiero preguntar, no quiero saber. Simplemente pego mi espalda a su pecho y me dejo arrullar por su calidez. Esta noche dormiré como hace tiempo que no duermo. Dormiré como nunca.

CAPÍTULO 8

LA PRIMERA, EL SEGUNDO Y LAS MAGDALENAS

Después de esa noche, me levanté con energías renovadas. Marc no estaba a mi lado. Probablemente se había ido cuando comenzó a amanecer y la luz inundó el espacio. Yo suelo descansar mejor cuando todo está oscuro, con una buena cortina e incluso una persiana cubriendo la ventana. Pero ahora que he descubierto cuán feliz se puede ser cuando un nuevo día llega, no quiero privarme jamás de esa claridad y ese nuevo despertar.

Aún noto la sensación del cuerpo de Marc rozando el mío, abrazado a mí. Incluso cuando nos separábamos y nos girábamos, ambos buscábamos el contacto de la piel del otro en la noche; un brazo, una pierna o simplemente volver a acurrucarme contra su cuerpo.

Estiro el brazo, como si con ello fuera capaz de volver a sentir su calor, a pesar de que sé que es imposible. Un trozo de papel toca mi mano. Abro los ojos y giro la cabeza en busca de ese áspero contacto. Me giro y lo cojo entre las manos, lo abro con la mayor delicadeza del mundo y sin dejar de sonreír leo con suavidad cada una de las palabras que contiene.

Mi mochila está hoy más vacía. Gracias por ayudarme a quitar varias piedras de ella. Hacía mucho tiempo que no dormía como lo hice anoche. Hace mucho tiempo que no pertenecía a ningún lugar, como pertencí a tu cama.

Tu pollito.

¿Y ahora qué? ¿Qué se supone que debo decir yo a esta última frase? ¿Cómo debo actuar con Marc cuando vuelva a verlo? Sería estúpido decir que me sentí incómoda o que dejé que se quedara por pena. De la misma manera que sería inútil decir que me dio absolutamente igual encontrar a una mujer en su casa anoche, por más que me repita que no me gusta, que no quiero tener nada y que no me conviene alguien como él.

Bien es cierto que entiendo mucho más su estilo de vida, y no lo

juzgo tampoco, ¿quién soy yo para juzgar? No soy nadie y menos aún cuando yo tengo mi propia mochila y mis propias piedras, insalvables muchas de ellas.

Me incorporo y bajo hasta la cocina a preparar café. De camino, cojo el portátil que está encima del mueble de la entrada y me pongo a fisgonear en Facebook. Ese lugar dónde la gente cuenta sus miserias y un puñado de amigos —o personas que dicen serlo— le proporcionan consuelo. Bien pensado, ya entiendo que muchos de los psicólogos, entre los que me incluyo, ya no tengan tantos pacientes, si es que esto de las redes sociales solo nos han quitado clientela. Planteas el problema, te dan varios consejos gratis —y confieso que hay algunos muy buenos— y además, te animan muchas personas, apuesto a que incluso, personas que ni conoces ni te conocen pero que se las agradeces por cortesía, si es que...hay mucha competencia hoy en día y el mercado está fatal.

Entro en el Facebook de mi gabinete, y me salen varias notificaciones sobre mis recientes publicaciones. Ayer, me encontraba inspirada y estuve escribiendo varias cosas sobre los amigos, los de verdad, los que aparecen sin saber cómo ni de dónde y se quedan para siempre contigo. En ese momento pensé en Marc y en nuestra reciente amistad. La manera en la que me hace sentir y en lo que me aporta.

Parece utópico que una persona como él, que tiene una forma de vida tan liberal, se encuentre tan atado al mundo. Y es que así somos las personas que tenemos una máscara tras la que nos ocultamos. Sin ir más lejos, yo, que conozco a la perfección los patrones en las relaciones, me vi envuelta en una situación que trastocó toda mi existencia, que me hizo replantearme los pilares sobre los que había asentado mi forma de vida. Y mentiría si dijera que no me acuerdo de él y que en ocasiones no quisiera saber qué hace o si me echa de menos. Lo sé, me declaro culpable, pero no lo puedo evitar. Cuando Leo me dijo que había preguntado por mí, se me removió algo dentro, a pesar de que me he repetido por activa y por pasiva, que no es sano, que no le quiero, pero ¿y si le quiero? O peor aún ¿y si tengo el síndrome de Estocolmo? O soy masoquista de cojones, que bien podría ser. Probablemente, Melissa me diera dos tortas por los pensamientos que estoy teniendo. Quizás debiera dármelas yo a mí misma.

—Papá, buenos días, ¿te pillo en buen momento?

Hace unos días que no hablo con mi padre. Básicamente, porque no

quiero preocuparle. Me conoce tan bien que es imposible ocultarle todos mis miedos, para él soy un libro abierto.

—Buenos días, Vega, ¿cómo estás cielo?

—Bien papá. Estoy...

—¿Qué tal la consulta?

—Bueno...la verdad es que podría irme mejor. Ayer entró un paciente, pero creo que la cosa no es para mí —procedo a narrarle todo con lujo de detalles mientras mi padre se meía de la risa, quizás no por la situación, sino porque a veces soy un espectáculo contando mis historietas.

—No sé cómo te vas a enfrentar a esto, pero me encantaría verte por un agujerito pequeño.

—Bueno, ya te iré contando. Espero que poco a poco puedan ir mejorando las cosas. La semana pasada estuve un poco agobiada —evidentemente, omito cualquier tipo de alusión al viernes y las cantidades de alcohol que ingerí, que me llevo muy bien con mi padre, pero no dejamos de compartir un lazo de consanguinidad—, Mel y Leo me dicen que me lo tengo que tomar con calma, pero es que la paciencia no es una de mis mejores virtudes.

—En eso, saliste a tu madre, no lo puedo negar. Odiaba esperar hasta en la cola del supermercado —pues como yo. Lo bueno es que con el truco que me ha dado Marc sobre la compra *on line*, no hago colas y me lo traen a casa. Ainssss Marc...—. Oye, Vega, ya que estamos hablando, la semana pasada vino Fran a casa, dice que tiene que hablar contigo sobre unas cosas y quería saber dónde encontrarte. Le dije que estabas en Barcelona trabajando, que habías cambiado de teléfono y que no se lo iba a dar.

¡Mierda! ¿En serio?

—¿Le dijiste que estaba en Barcelona? ¡Joder, papá!

—Cariño, estás lo suficientemente lejos como para que no pueda ir a verte, ¿o es que acaso crees que va a plantarse ahí sin saber con certeza dónde estás? Ya sabes que se me da fatal mentir, no es mi estilo.

—Papá, me traicionó y aunque quiero parecer fuerte, no sé si lo estoy, no sé qué quiero o qué siento. No sé nada.

—Lo siento si metí la pata, no era mi intención, pero tampoco

deberíamos darle importancia. No creo que vaya más allá, quizás solo quiere devolverte alguna cosa, como te fuiste del piso, puede que dejaras algo atrás.

¡Sí, claro!

—O quizás, quiere regocijarse y hacerme sentir peor. Muy en su línea.

—No creo que sea para tanto. Centrémonos en lo que verdaderamente importa y es seguir adelante y disfrutar del presente y de lo que está por venir.

—¡Vaya! ¡Cuánta filosofía junta! ¿Qué pasa? —oigo la risa de mi padre al otro lado, lo que hace que aumenten mis sospechas de que algo sucede—. No es un chiste, Alfredo Sanz, dime ahora mismo que te traes entre manos para que estés tan reflexivo.

—¿Qué te hace pensar que no soy reflexivo? —contrataca.

—No es que no lo seas, es que filosofar sobre las cosas importantes de la vida no son tu fuerte, te lo digo con cariño, no te lo tomes a mal — intento suavizar la situación, porque dicho así suena como si mi padre fuese una persona sin contenido, y no es el caso, pero lo cierto es que el tono, la manera en la que se comunica conmigo últimamente y la sangre que compartimos —llamadme loca—, me hace pensar que se cuece algo en esa cabecita y yo no me he enterado.

—¡Vale! ¡Confieso! He conocido a alguien —vivan las bombas y los bombazos.

—Define «he conocido a alguien» porque conocer, conoces a muchas personas, ya sabes... —modo sarcástico *on*.

—El fin de semana pasado, salí con unos amigos, y allí nos juntamos con varios amigos más. Entre ellos había una mujer...

El tono en el que mi padre me cuenta la escena muestra el nerviosismo que tiene. Es una bellísima persona y merece lo mejor del mundo. Después de todo lo que sucedió, de dedicarse por completo a mí, de velar a mi madre año tras año, llega la hora de que siga adelante. De que sigamos los dos.

—Papá —noto como contiene el aliento debido al comienzo de mi discurso—, sabes que te quiero muchísimo. Has sido mi madre, mi padre, mi amigo y mi hermano todos estos años. Ya es hora de que te dediques a ti. Es

más, siempre ha sido la hora de ello. ¿Sabes qué es lo que más me emociona de toda esta situación?

—¿Qué? —pregunta tímido al otro lado.

—Que has sido capaz de dedicarte tiempo para esperar a la persona adecuada. Porque, no la conozco, pero sé que es adecuada para ti. Porque si no fuese especial no me estarías hablando de ella, eso sin contar tu discurso sobre el presente y sobre las maravillas del futuro. Eso no quita que quiera conocerla, que quiera saber más, eres mi padre y necesito saber con quién andas.

—Aquí falla algo, ¿no debería ser al revés? ¿no debería saber yo con quién andas?

—Por lo pronto no ando con nadie. Tengo un vecino que me tiene un poco descolocada, pero no hay nada más que una amistad —y una sesión de sexo fantástico del cual no voy a hablar por muy padre-amigo-hermano que sea Alfredo.

—Mmmmm. Esa historia tenemos que profundizarla más, si te tiene descolocada, será por algo, ¿no? —si ya lo digo yo, que bobo no es. Primero se huele lo de Fran, y ahora lo de Marc, el olfato paterno es lo suyo.

—No es el momento, cuéntame con detalle lo de esa mujer misteriosa. Pongo el manos libres que quiero ponerme el uniforme, tengo que abrir la consulta.

—Vega, es una mujer estupenda, es simpática, alegre, cercana, noble, tierna... y guapísima —esto último lo dice tan bajito que casi no le escucho.

—¿Lo haces a propósito? —inquiero divertida.

—¿El qué? —pregunta asombrado.

—Decirme que es guapa tan bajito que parece que no quisieras mostrar que mi señor padre, puede sentirse atraído por el físico de una mujer. Eres humano y eres un hombre.

—Es que yo... Vega, estoy muy verde con todos estos temas. Es decir —vuelve a ponerse nervioso, el titubeo de su voz me lo demuestra—, no quiere decir que desde que tu madre falleció, yo... yo...

—Sin detalles, papá, por favor. No hace falta más, sé lo que quieres decirme.

—Pues eso, Vega, que es fabuloso volver a sentirse así.

¿Así cómo? ¿Vivo? ¿Nervioso por ver a alguien? ¿Sentir el aleteo constante en el estómago? ¿El miedo de la decepción o del rechazo? ¿El miedo a no haber superado el pasado? ¿La incertidumbre del futuro? ¿No ser suficiente para alguien? Esto es cosa mía, no de mi padre, obvio, ¿no?

—Es fabuloso sentir que tu padre es feliz de nuevo.

—Hay esperanza para mí, pequeña.

—Por supuesto que la hay. Siempre hay esperanza. La esperanza es lo último que se pierde, ¿no? Pues eso. Ya sabes.

—No Vega, ya sabes tú, aplícate el cuento, porque de todo se sale, solo hay que querer.

He salido en dirección al gabinete mientras hablaba con mi padre. Me he puesto el uniforme y me he hecho una coleta alta. Al salir al rellano, mi guapo vecino se encuentra ahí esperando el ascensor, le guiño un ojo y me devuelve el gesto. Madre mía, si es que no puede ser más picantón este chico.

—Se supone que la psicóloga soy yo, así que...

—Pero yo te llevo años de ventaja en cuanto a la experiencia de la vida —argumenta mi padre.

—¡Ahí la has dado! Punto para ti.

Entramos en el ascensor mientras veo a Marc sonreír por mis comentarios.

—Creo que va a ser un gran año, cariño.

—Eso espero, papá.

Marc me roza la mano. Alzo la mirada y lo veo observándome. Muerde su labio inferior mientras sigue analizándome. Sus ojos color miel, se clavan en los míos, irremediabilmente se apodera de mí. Un fuerte estremecimiento me recorre, allá por donde sus preciosos ojos pasan. Mis dedos se mueven, buscando los suyos. Se encuentran y juegan, entrelazándose. Sonreímos de esa manera tan natural. Como cuando encuentras una foto antigua que te hace revivir un momento tierno que ya atesorabas con cariño. Con Marc todo es así, natural, innato.

—¿Me estás escuchando, Vega?

—Perdona, papá. Estaba pensando en otra cosa —en mi vecino, para ser exacta, que ahora mismo sonrío porque sabe que él era el objeto de distracción.

—No te preocupes. Cuéntame qué tal sale todo. Hoy va a ser un día especial.

Salimos a la calle, mientras me despido de mi padre, sin soltar nuestras manos.

—Te llamaré en unos días, papá. Cualquier avance en tu futura relación me lo cuentas, ¡prométemelo!

—Prometido. Ahora me tendrás que prometer que si tu vecino decide tocarte para pedirte café, me lo tendrás que contar también.

—Mi vecino no pide café. En realidad, no pide nunca nada, lo tengo bien enseñado.

Marc alza una ceja y aprieta mi mano.

—Auchhhh —le digo sin palabras.

—Lo tienes en el bote —se ríe mi padre.

—Más quisiera yo —suelto sin pensar.

Suelto la mano de Marc y me despido, mientras le hago un gesto con el reloj, indicándole que llego tarde. Un escueto «ok» sale de su boca, mientras me giro y me dirijo a la consulta, él hace lo mismo.

—Tengo que entrar a trabajar, papá. Hablamos en unos días. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho, cielo. Recuerda, va a ser un gran día. La actitud es fundamental. Hablamos pronto.

—Un besito.

Cuelgo tras finalizar la conversación y me dirijo a la consulta. Aún es temprano, pero me gustaría leer varios artículos antes de atender a Gonzalo y a ¿Virtudes? Es que es de risa.

Alguien me toca el hombro, me giro un poco sorprendida por haber interrumpido mis pensamientos y me encuentro a Marc con su maleta negra colgada del hombro derecho, su pelo despeinado y su pose chulesca mirándome de nuevo como hace unos minutos, con la misma intensidad que

nos envolvió en el ascensor.

Me agarra por la cintura, me acerca a él y sus labios se colocan sobre los míos en una delicada caricia que me electriza por completo. Respondo a su sutil beso, poniéndole la mano en la nuca y pegando mi cuerpo al suyo.

—Dios, Vega, no podía irme sin hacer esto. No logro sacarte de mi puta cabeza. Eres un constante martilleo, ni siquiera pude...anoche...

—¿Qué? —¿qué? ¡joder!

—Nada, déjalo —finaliza.

Le agarro nuevamente por la nuca y uno nuestros labios, esta vez en un beso ávido, cargado de necesidad y de ansia; de su contacto, de su calor, de su deseo, entremezclando nuestras sensaciones y emociones, mostrándonos tal y como somos en esta batalla de lenguas.

—¡Me vuelves loco!

—¡Y tú a mí!

Pero debo poner freno, debo marcar el límite, porque si no lo hago me va a destrozar. Lo sé.

—Adiós, Marc —me despido tras cortar el beso, sin querer sonar tan seca como parece.

—Nos vemos luego, Vega.

Odio esta sensación. Odio las contradicciones que se me plantean constantemente. El querer y no poder, el tener miedo a lo que suceda. Odio no saber cómo actuar ante determinadas situaciones y, sobre todo, ante determinadas sensaciones que surgen de repente.

No hay que tener miedo a enfrentarse a nuevos retos, a plantearse nuevas metas, pero las personas, humanas como somos, con nuestro raciocinio, no siempre actuamos como debemos sino como podemos, y eso es triste. Es funesto, no aventurarse a vivir y sentir, porque en la zona de confort en la que nos encontremos, nos sintamos seguros, rodeados de lo que conocemos, y sabiendo ante qué situaciones nos podamos encontrar. Pero la realidad, es que, más vale malo conocido que bueno por conocer. Triste, sí, pero real. Muy real.

Con toda esta maraña de pensamientos llego a la puerta de la consulta, una chica menudita me espera apoyada en la pared contigua. Desde

lejos veo que ella también lleva una mochila, y no literalmente. Su posición me lo indica.

—Buenos días —la saludo de manera cordial, no sé si me espera a mí o simplemente está apoyada esperando a que alguien la recoja. «Que sea por mí, que sea por mí, que sea por mí».

—Buenos días —me responde escueta, pero se incorpora y recorta distancias.

Giro la llave y empujo la verja a cada uno de los lados, dejando la puerta de cristal a la vista. Introduzco la llave y entro, todo esto sin perder de vista a la chica.

Oigo que entra tras de mí, y se acerca al mostrador.

—¿Te puedo ayudar en algo? —son las nueve de la mañana, después de todo, he sido puntual.

—Ajá —cabecea afirmativamente. Está nerviosa, juega con sus manos constantemente—. Creo que necesito ayuda.

¡Tachán! He ahí la frase que me va a alegrar el día.

—¿Quieres un café? Yo sin café, no soy nadie —intento quitar hierro al asunto, porque puedo notar sus dudas y sus temores. Soy muy intuitiva para estas cosas. Es así como me doy cuenta de que Marc no quiere atarse a nadie, y que yo soy una lela que sí que quiere atarse, a él—. Ven, vamos a tomar un café.

La llevo hasta mi consulta, mientras preparo dos cafés con leche, siguiendo las indicaciones que me ha dado de cómo le gusta. Tomo asiento frente a ella, le tiendo la taza caliente, con uno de esos mensajes positivos que tanto me gustan «puede que creas que soy un rinoceronte, pero en realidad soy un unicornio, ¡yeeejaaaahhhh!» y le doy un sorbo mientras sonrío para tranquilizarla.

—Estoy metida en una relación tóxica y no sé salir de ella. Me siento mal por no poder hacerlo por mí misma, pero prefiero pedir ayuda que seguir estancada en el mismo lugar.

Gracias a Dios que estoy sentada, porque es la afirmación más rotunda y sin menos anestesia que me podían haber soltado.

—Leí lo que publicaste en Facebook, y la manera en la que hablabas

de los amigos, de las relaciones personales y del amor propio, me hicieron dar el paso para venir a conocerte, para pedirte que me ayudes —finaliza.

—Entiendo. Antes de nada, me presento, soy Vega Sanz.

—Perdona por ser grosera. Mi nombre es Valeria Martell.

—No tienes que disculparte, yo te ofrecí café sin siquiera haberte mirado a la cara —sonríó de forma burlona, quiero que se sienta lo más cómoda posible conmigo.

—El café es nuestra droga —sonríe uniéndose a mi gesto.

—Valeria, yo puedo ayudarte, pero quiero que entiendas una cosa muy importante, y es que no se puede ayudar a quien en realidad no quiere ser ayudado.

—Quiero que me ayudes—gimotea.

Me da mucha pena verla en esta guisa, pero debemos dejar claros varios términos antes de comenzar. Y uno de ellos es ese mismo que, aunque suene borde y cruel, no lo es, es realista. Todas las personas podemos necesitar ayuda en un momento, y optar por el consuelo de una amiga, o en este caso de un profesional, pero la realidad, es que, por más que des consuelo, o unas pautas de ayuda, o simplemente servir de escucha, no se puede ayudar a alguien que no quiere salir de donde está. Es como el fumador, que sabe lo nocivo que es el tabaco, conoce lo perjudicial que es, pero si no quiere dejar de fumar, jamás dejará de fumar. De la misma manera que si no quieres salir de una relación tóxica buscarás cualquier clavo al que agarrarte para no salir de ella.

—Perfecto, ese es el primer paso. Querer salir de la zona de confort. Podemos hacer varias cosas: tengo un hueco antes de las once, si quieres hablamos un rato o bien, te doy una cita para que vuelvas en otro momento. Cuando mejor te venga a ti.

Vuelvo a notar la loza que la aplasta. Se ve en sus gestos, en sus ojos apagados, en su mirada que a veces se pierde en la pared azul del fondo. Debo dejar la empatía de lado.

—Si no te importa, ya que estoy aquí prefiero quedarme. Quiero salir de ésta, pero no sé si cuento con el valor suficiente para empezar ahora y posponerlo hasta otro momento. Ya he abierto la caja de Pandora, me gustaría no cerrarla.

La inmensa ternura que despierta en mí Valeria no se puede explicar con palabras. Es una chica preciosa, pero creo que ella, no se siente como tal. Su cara es el reflejo del alma, y la tristeza que brota, me da las pistas que necesito para saber lo que encierra dentro.

—Lo que te voy a decir, suena muy feo, pero creo que también es necesario que hablemos de ello...

—No me importa el dinero, si es eso lo que quieres que tratemos. Solo quiero que me ayudes, que me escuches y me aconsejes.

—¡Vaya! Ahora sí que me dejas sin palabras —y eso es raro en mí, todo hay que decirlo—. ¿Por qué yo? —lo pregunto sin más, sin filtro.

—Porque tú escribes con el alma —sentencia.

Y ella no lo sabe, pero quizás, también, porque estoy tan jodida como ella. Presiento que esta terapia va a ser dura para Valeria, pero para mí también.

Nos terminamos los cafés, mientras me explica cosas sobre su trabajo, su perra Gala y su vida. De manera muy somera. Da pequeñas pinceladas, pero me hacen ver que se encuentra muy sola. A veces, ese es el principal motivo para que terminemos cayendo en relaciones que no llevan a ningún sitio.

Se recuesta en mi precioso diván blanco y se relaja mirando el techo. Ahora, noto que está en paz, a diferencia de cuando entró hace media hora.

—Estás estrenando mi diván, Val —bromeo.

—Me alegra saberlo. Seré la primera en algo, por una vez en la vida.

Otra afirmación contundente, ¡sí señor!

—¿Por qué dices eso? —formulo la pregunta a sabiendas de lo que hago. Ya que tenemos que empezar, empecemos por el principio.

—Soy la segunda hija. Mi hermana y yo nos llevamos once meses. Mi madre se quedó embarazada en la cuarentena. Tengo pocos recuerdos de mi infancia, pero las sensaciones de ser, sencillamente, una más, me acompañaron durante años y años. Mi padre trabajaba en una fábrica tabacalera, tenía turnos extenuantes y llegaba a casa agotado. La frase más recurrente para él era «hoy no, cielo, estoy cansado». Nunca tenía tiempo para mí, para mi hermana e incluso para mi madre. El pilar fundamental era

ella, cualquier cosa la solucionaba mi madre. Al ser una familia tan humilde y la corta distancia entre mi hermana y yo, siempre heredaba su ropa, sus juguetes e incluso sus zapatos.

Conforme iba creciendo y me iba dando cuenta de las burlas de mis compañeros de clase, me enfadaba más y más con mis padres, por permitir que yo pasara por eso. No entendía que no podía pedir más; tenía un techo, comida caliente e iba a la escuela. Pero era egoísta y no sabía ver más allá de mi propio bienestar. Siempre me repetía la misma frase «cuando sea mayor, estudiaré y buscaré un buen trabajo para poder comprarme lo que quiera sin esperar a que mi hermana lo use primero».

—Continúa —la animo tras un silencio largo.

—Mi padre comenzó a beber. Cada vez más, por lo que el dinero escaseaba y ya no era ropa de segunda mano, era de cuarta o quinta. Mi madre estaba cada vez más desesperada. Muchas noches, oíamos los gritos desde nuestra habitación, pero no salíamos de allí. Era lo que mi madre nos decía cada noche mientras nos bañaba: «pase lo que pase, no salgáis de vuestro cuarto». Pero no hicimos caso. Una noche, salimos. Fuimos de la mano hasta la cocina, y allí estaban ellos, gritándose. Mi madre le decía que ya no le quería, que era un fracasado y mi padre se llevaba las manos a los oídos mientras la insultaba.

Creo que nunca nos vieron, y si lo hicieron no dijeron nada al respecto.

—¿Qué pasó?

—Se separaron al poco tiempo. Nos fuimos a vivir con los padres de mi madre —padres de mi madre...—y no he vuelto a saber más de mi padre. Mi madre tomó el control. Comenzó a trabajar y sigue siendo una luchadora. Una guerrera. Dio todo por nosotras, por nuestros estudios, por nuestro futuro.

—¿Y tu hermana?

—Se casó. Tiene dos hijos maravillosos y un marido que la adora. Yo me quedé por el camino. Vivo en la casa de mis abuelos, con mi madre. Trabajo como relaciones públicas en una empresa del sector turístico. Vivo bien, no me puedo quejar. Todo gracias a mi madre.

—¿Y tu padre?

—Desde aquel día no he vuelto a saber de él. Nunca nos ha llamado, ni nos ha enviado una carta. Simplemente, desapareció.

—¿Qué dice tu madre?

—Tampoco hablamos del tema. Ella no quiere y yo, en realidad, tampoco.

—¿Crees que tiene algún tipo de relación la marcha de tu padre con tu elección de parejas?

—Puede.

—Quizás buscas a alguien como él —no lo creo, pero quiero saber su reacción. El que me haya hablado de su historia familiar me indica que hay un vacío en ella creado por su padre y que hace que cometa errores en la elección de sus conquistas.

No tengo las claves exactas de cuáles son los fallos en sus elecciones, pero me aventuro a decir que puede que estén relacionados con su infancia.

—Quizás busque alguien que no lo sea.

—No nos queda mucho más tiempo —llevamos casi una hora hablando de su familia, de su infancia, del colegio. Y poco hemos indagado sobre lo que la trae hasta aquí—. Puedes volver cuando quieras. Mi consejo, es una vez por semana.

—La próxima semana entonces —concluye.

Nos quedamos un rato más mientras le abro un expediente con todos los datos personales y las notas sobre la sesión que hemos tenido hoy.

—Valeria, no te quedes en casa, sal, haz cosas distintas a lo que haces siempre. Pasea por la playa con Gala, vete al parque, lee un libro. Y lo más importante, no vuelvas a abrir el círculo que cerraste antes de entrar por esta puerta. Si en algún momento tienes dudas, ven a verme. Estaré aquí para ti, para un café o para hablar un rato.

—Gracias, Vega.

—Gracias a ti, por confiar en mí.

Nos damos dos besos de despedida y la veo abandonar el gabinete con los hombros más erguidos. Al final, cuanto más peso saquemos de la mochila, más libres nos sentiremos. Seremos más nosotros mismos, o quizás nos acerquemos cada vez más a lo que queremos ser.

Decido entrar en Facebook de nuevo y escribir. Esta vez, sobre la familia. La importancia de la misma. Yo tengo una familia ejemplar. Todos. Mis padres, ambos los son, mi madre lo fue. La vida, a veces cruel como ella sola, me privó de ella, de su presencia, pero no por ello he dejado de quererla. Sé que me protege, que me cuida y que está aquí conmigo, tendiéndome su mano cada vez que caigo, para que me levante y vuelva a echarme a andar. Mi padre es mi guía, mi faro en la oscuridad del océano, el que me indica cuán cerca se encuentran las rocas, pero que me deja chocar contra ellas si es necesario. Porque, a veces, tenemos que caer solo para saber lo significativo que es levantarse, armarse de valor y continuar navegando. No estamos solos, nunca lo estaremos., ya sea, por la familia en la que nacemos, o por la que nosotros mismos formamos. Y no siempre debe unir un lazo de sanguinidad para ser familia, porque el corazón es quien marca los «imprescindibles», a veces, esas personas son las que un día llegan, te graban un te quiero sin palabras en el corazón, y se quedan sin más, sin abrirles la puerta, porque entran por la ventana.

Hay que darle la oportunidad a esas personas, demostrar que tenemos valor para adentrarnos allá donde nos lleve el destino, que para caer habrá tiempo, pero sin duda, para levantarse tenemos la eternidad.

—Buenos días preciosura, ¿cómo estás hoy? He venido un poco antes, pero es que Virtudes no me dejaba respirar. Todo el rato «vamos a llegar tarde, vamos a llegar tarde» y cuando se pone pesada no hay quien la soporte. En vida ya costaba, pero es que ahora, no quiero contarte.

Gonzalo está plantado frente al mostrador, con el mismo traje y chaqueta que traía la última vez que lo vi. Me recuerda a Carlos Larrañaga — que en paz descansa— en Farmacia de guardia.

—No te preocupes, Gonzalo. Estaba haciendo tiempo —me levanto, cierro la puerta de la consulta, coloco el cartel «con un paciente, llame y le atenderé» y le indico el camino hasta mi despacho—. ¿Quieres tomar algo? Te voy a tutear, puesto que ya hay confianza.

—¡Calla loca, que podría ser mi hija! —le oigo gritar.

—¿Perdona? —inquiero asombrada.

—Virtudes, que me dice que serías buena candidata como esposa. Estoy yo como para esposas, si soy viudo y la loca de mi cuñada no me deja tranquilo.

Madre mía, esto me va a resultar más difícil de lo que yo pensaba. Viudo será, pero loco también. Y no sé si yo esté peor que él, prestándome a escuchar una historia que quizás no tiene ni pies ni cabeza, y encima, no creo que pueda solucionar.

—Gonzalo, toma asiento. Quiero que, antes de nada, hablemos sobre las posibilidades reales de acudir a mí y de que yo pueda ayudarte —quiero ser honesta con él. No quiero que espere milagros, porque no los habrá—. Yo puedo escucharte —me aclaro la garganta— escucharos, pero sabes que es imposible que yo pueda lograr que Virtudes —que ya que estamos la voy a tutear también— se vaya. Porque entiendo que lo que quieres es que se vaya, ¿verdad?

—Quiero que se vaya, que me deje en paz, que no me agobie, ni atosigue. Pero no hay manera. Quizás sea imposible, quizás no puedas ayudarme a que se vaya, pero por lo menos podré hablar con alguien que no me juzgue y me llame loco.

Pues a buena hora me dice esto, cuando llevo llamándolo «loco» desde que apareció por esa puerta.

—Quizás un poco loco sí que estés —bromeo.

—Quizás todos estemos un poco locos en este mundo. ¿O es que está más loco una persona que habla con su cuñada muerta que un hombre que secuestra, viola y asesina niños?

Toma que toma.

—Ahí la has dado. No pienso rebatirte ni una palabra de las que has pronunciado.

Oigo como tocan en la puerta y me disculpo con Gonzalo, que se encuentra metido ahora mismo en una discusión con Virtudes sobre los violadores y las monjas. Que mucho no tiene que ver, pero imagino que habrá alguna conexión para ellos, o es que hablan así, como loros.

—Buenos días, señora, ¿qué necesita?

—Hola mi niña, resulta que hace días que te veo por aquí. Soy Milagros, pero puedes llamarme Mila, me gusta más. Mi hija es la dueña de la floristería que hay enfrente —miro hacia allí y veo como la chica que me prepara mis preciosas flores azules me hace un gesto de disculpa con la mano, yo le hago otro restándole importancia—. He venido a traerte unas

magdalenas de naranja y cacao. Creo que pasas muchas horas aquí y estás muy flacucha. ¿Comes bien? Y al baño, ¿vas bien o estás estreñida?

Bueno, ya lo que me faltaba por oír. Momento surrealista donde los haya.

—Gracias por las magdalenas, Mila, me encantan los dulces. No tenías que haberte molestado.

—Preciosura, ¿todo bien?

Gonzalo sale de mi despacho y se acerca hasta donde me encuentro hablando con mi nueva vecina.

—Sí, Mila ha venido a traerme magdalenas.

—¿Una magdalena?

—Claro que sí, señora —y en mi cabeza suena «claro que sí, guapi», como en el anuncio, incluso veo a la rubia meneando el culo mientras dice «chic, chic, chic».

—Mila. Señora me hace parecer más vieja. —responde ella, dedicándole una amplia sonrisa.

«Chic, chic, chic»

—La edad es solo un número —le responde Gonzalo.

Comienzo a comerme una magdalena mientras le doy vueltas a una idea.

—Mila, ¿y su marido? —consigo formular la pregunta sin escupirle ningún trozo en la cara, todo un logro, porque no puedo dejar de engullir magdalenas. Están riquísimas.

—¡Ay! Mi marido murió hace unos años. Ahora lo que me queda son mis hijas y mis nietos.

—Y la repostería —interviene Gonzalo—, porque esta magdalena está para chuparse los dedos.

Asiento efusivamente. La tercera magdalena da fe de ello. Ni las del panadero de Leo.

Virtudes no interviene, y si lo hace, Gonzalo disimula a la perfección.

—Creo que para acompañar estas maravillosas magdalenas podríamos ir tomar un té —más café no, si tomo otro lo más probable es que

me haga una maratón y termine nadando hasta Mallorca.

—Mi hija prepara unas infusiones riquísimas, estaría encantada de que fuésemos a la tienda. Hay horas en las que no entra absolutamente nadie y se nos hace insoportable oír las agujas del reloj moverse. Intento evitar que se aburra, y hablo y hablo, que como podéis ver lo hago de manera compulsiva, es que de cualquier cosa puedo sacar una historia, viejas batallas, a veces termina riéndome sola, como las locas.

Bueno, bueno, bueno...las piezas van encajando cada vez mejor. Al final, las casualidades hacen que las ideas tomen vida. Y yo soy un cúmulo de ideas, todas ellas burbujeando sin cesar.

CAPÍTULO 9

LA VIDA TE DA SORPRESAS, SORPRESAS TE DA LA VIDA

—Mery, ¿qué haces?

—Ahora mismo estoy tumbada en el sofá, comiéndome un bol de palomitas, una coca cola y tengo unos nachos con guacamole que me llaman a gritos desde la cocina. Desde que Marc descubrió ante mí el mundo *on line* me estoy volviendo una loca compulsiva de la comida basura.

—Básicamente, porque no sabes ni freír un huevo.

—También. ¡Alto, alto, alto! Si me has llamado para echarme en cara mis defectos, te cuelgo ¡ehh! —me quejo.

—Te llamo porque necesito desahogo —mi amigo, al otro lado suena como un cachorrito desvalido.

—¿Necesitas a la amiga o a la psicóloga?

—¿Acaso no sois la misma?

—Sí. Pero...no es lo mismo una que otra.

—Necesito a Vega. En toda su extensión —me suplica.

—Suelta por esa boquita —le apremio.

—Creo que Tony está empezando a sospechar de mis cartas anónimas.

¿Creíais que era una broma? ¡Pues no!

—¿Por qué piensas eso? —le formulo la pregunta mientras me llevo un puñado de palomitas a la boca, me dará tiempo de masticarlas todas mientras me cuenta con pelos y señales su hipótesis. Conociendo a Leo, probablemente me dé tiempo hasta de hacerme un caldo de pollo —si supiera, ¡claro!—.

—Lleva unos días un tanto raro. Sabes que nuestra relación es profesional, jamás me ha contado nada de su vida privada, ni de sus

problemas personales. Mentiría si dijese que yo tampoco lo he hecho, pero tú sabes lo que me gusta hablar y más con él. Es como si lo conociera de toda la vida, lo mismo que te pasa a ti con Marc.

Me atraganto con los restos de palomitas y comienzo a toser.

—Cálmate, Vega, que no te estoy preguntando si se la has chupado, solo te hablo de las conexiones que se establecen con personas sin apenas conocerlas.

—¡La madre que te parió! —exclamo mientras me levanto en busca de una botella de agua. La coca cola no creo que sea lo mejor que puedo tomar ahora mismo.

—Donde las dan, las toman. El caso, es que hace un rato, llegó a traerme un pedido y lo normal es que se tome un café mientras mira su Facebook. Sí, parezco un psicópata y no niego que lo sea, pero es que con él, las cosa se me van de las manos, no puedo evitar lo que me entra por el cuerpo cada vez que lo veo.

—Al grano, Leo, por Dios, que a este paso me vas a contar el jabón de oferta del Eroski o el tamaño de las uñas de la vecina de enfrente.

—Mery, lo de las uñas de esa señora no era normal. Te juro que, si se lo propone, podría abrir los botellines de cerveza con ellas. Las de las manos, muy cuidadas, pero tenías que verla cada vez que se descalzaba. Y es que encima, lo peor de todo es que le gustaba quitarse los zapatos y poner los pies en la ventana. A punto estuvo un pájaro carpintero de colocarse encima y comenzar a talar. Ahí podría haber encontrado hasta oro, como en las minas, lástima que fuera mierda lo que había en ellas.

—¿Esto es necesario? Lo digo en serio, no puede ser que salga este tema cada vez que tengo comida cerca. ¡Eres un guarro!

—¿Guarro yo? Guarra ella, que no se lava los pies la «serda» esa.

Leo cuando se pone a contar batallitas es único. Me hace muchísima gracia cuando llama «serda» —o «serdo»— a alguien, porque lo pronuncia remarcando la «s» de la palabra, evitando la «c». Os podéis hacer una idea del amigo tan raro que tengo. Como yo, ¡vamos!

—Ya te está saliendo la flamenca que llevas dentro —me carcajeo—. Dejemos a tu vecina y sus «tronquitos» y centrémonos en Tony.

—Pues eso, Mery. Que le puse su café delante con la intención de

ponerme a fregar tazas, vasos y platos a mano, por hacer algo, no porque quisiera mirarle hasta babear por él, no pienses mal.

—No, tranquilo, que el lavavajillas lo tienes de adorno cuando Tony entra por la puerta. No entiendo cómo el personal no se ha dado cuenta —me burlo.

—Si lo hacen, son muy cuidadosos en mantener el pico cerrado, que soy muy buen jefe, pero si me enfadan me vuelvo un tirano —me responde jocoso.

—Sí, sí, como cuando la chica aquella terminó llorando porque le dijiste que en ese local la única reina que había eras tú, que quitara la música de la Pantoja o le cortarías el pelo con un rallador de limón —explotamos en carcajadas ambos. Si es que Leo es mucho Leo.

—Empezó ella, ¿a quién se le ocurre poner a la Pantoja de música de fondo?

—¡Eres un insensible! —le reprocho en broma.

—Y ella una anticuada. Y déjame terminar —me pide Leo con voz de súplica—, que a este paso no hay manera. El caso es que le puse el café, y ¿cuál fue mi sorpresa?

—Ilumíname —los nachos con guacamole que me estaban llamando han conseguido que les hiciera caso, están frente a mí, con una enorme sonrisa mientras los mojo y me hincho como Willy.

—¡Me pidió que me sentara con él! Mery, ¿lo entiendes? ¡Con él! De primeras, casi tengo que correr al baño porque me dio un retortijón y pensé que me cagaba encima, pero nada de cagarme como si fueran conguitos, ¡no! Como salsa, líquida y...

—¡Basta! ¡Serdaco! ¡Qué asco por Dios de mi vida! No es necesario que seas tan explícito, me has quitado el hambre.

Oigo que llaman a la puerta. Me levanto y me dirijo hasta allí mientras Leo sigue defendiéndose, según él, de mi ataque gratuito.

—Muy gratuito no puede ser cuando me cuentas la manera en la que te cagabas. Esto no está reflejado en las normas de la amistad. Esto es extralimitarse.

—Esto y cómo tienes el chocho, que ya sabes que me da especial

asco esa zona de tu cuerpo.

—¿Por qué siempre tienes que terminar hablando de cosas de este tipo? —abro la puerta y veo a Marc al otro lado con una bandeja de algo que no logro distinguir pero que huele realmente bien—, no entiendo tu manía de nombrar un pene o un chocho en las conversaciones, tenía que haberte dejado de hablar cuando nos conocimos y vi el ramalazo que tenías.

Marc entra sonriendo, imagino que porque se hace una idea de con quién estoy hablando. La palabra ramalazo va muy ligada a mi querido Leo.

—No habrías conocido a tu Yang —me suelta.

—¿Qué Yang? Yang como Nicky Jam.

—¿Quién coño es Nicky Jam? Yo dije Yang, como el Ying y el Yang.

—Ahhh, ahora sí que sé a qué te refieres —me excuso.

—Te quejas de mí, pero estás peor que yo —se burla Leo.

—Parecemos dos besugos conversando, podrías por favor resumir que tengo visita —le pido mirando sin ningún disimulo a Marc que viene con un pantalón de deporte de lo más sugerente. Le marca todo lo que quiero que le marque. ¡Ejem! ¡Ejem!

—Me senté a hablar con él. Evidentemente, sería muy descortés no sentarme tras su invitación, me contó cosas sobre su familia, lo que le gusta hacer en su tiempo libre, y ¿sabes qué fue lo mejor?

—¿Qué? —destapo lo que ha traído Marc porque su olor me puede y comienzo a salivar, cual perro hambriento. Marc al ver mis intenciones me da un suave golpe en la mano y yo suelto un «auch» que le hace sonreír. Me sujeta la mano entre las suyas, y acerca los labios hasta el lugar dónde antes me ha dado. Y es aquí, donde comienzo a perder la noción del tiempo, del espacio y me dan los cortocircuitos mentales. Vamos, que me vuelvo retrasada perdida.

—¿Qué te parece Mery?

—¡Ehhh! Bien, bien, ¡fantástico!

—No me estabas escuchando, ¿verdad? —inquieta Leo.

—¿Por qué dices eso? —pregunto tímida. Malditos labios besables y carnosos.

—Porque te dije que había estado empalmado como el mástil de un barco y me respondes que bien y fantástico. Parezco un puto quinceañero, pajeándome todo el día pensando en ese chico.

—¡Sin detalles! —le interrumpo antes de que me cuente la de veces que lo hace al día, o a la hora, si me apuran—. Y digo yo, ¿por qué no le dices algo? Deja ver un poco tus cartas, no sé, ¿sabe que eres gay...?

—Obvio Mery, ¿no crees? Tengo más pluma que el carnaval de Brasil.

—También es verdad. Pues creo que lo que deberías hacer es invitarlo a algo fuera de tu cafetería. No sé, un bistec. Debe estar cansado de comer dulces y cosas de esas, seguro que un bistec lo agradece y no lo rechaza. Ya que ha empezado a formar una amistad contigo...

—¿Y si se entera de lo de las cartas?

—¿Te ha dicho algo de eso? —pregunto.

—No, pero te juro que pensé que lo sabía. Si me lo llega a soltar cuando me pidió que me sentara con él, habría salido en las noticias: «dueño de cafetería en el centro de Madrid, se caga encima cuando el panadero le pregunta por unas cartas hechas con recortes, las cuales, supuestamente, dicho cagón le envía». Tendré que mudarme de país, enrolarme en un barco mercantil con rumbo a Filipinas y conformarme con fabricar tenis Nike, siendo uno más en la cadena de explotación.

Ahora sí que no puedo contener las carcajadas.

—¡Estás loquito, Leo! —continúo riéndome.

Marc se ha apoderado de mi sillón. Yo me he sentado al lado y he puesto las piernas encima de sus rodillas. Comienza a acariciarlas con las yemas de los dedos, mientras se eriza todo el vello de mi cuerpo.

—Loquito...por él, ¡joder!

—¡Y eso que los gays tienen fama de ser picaflores —pronuncio la palabra y miro directamente a Marc, pero parece no darse por aludido, sigue entretenido con mis piernas, haciendo cada vez recorridos más largos, llegando hasta mis muslos! Me está poniendo mala, mala.

—Eso son cuentos chino Mery, los gays entregamos nuestro corazón como cualquier persona, lo que pasa, y ahí sí que no puedo llevarte la

contraria, es que se nos van los ojitos a cualquier yogurín que se ponga delante. Pero ya sabes lo que se dice...

—Se mira el menú y se come en casa —le interrumpo.

—Efectivamente —sentencia mi amigo.

Las caricias de Marc se hacen cada vez más intensas, o quizás yo las noto así. No es más que unos simples dedos recorriéndome las piernas, pero la manera en la que lo hace y la electricidad que me recorre me recuerdan a un encantador de serpientes. Y es que Marc es así, sabe engatusar a sus víctimas, para luego hacer con nosotras lo que quiere. Maldita manía la mía de psicoanalizar a las personas, seguro que me iría mejor si no lo hiciese porque al final termino poniéndole pegas a todo y a todos.

—Insisto Mery, creo que deberías invitarle a algo. Como amigos — intento convencerle.

—Mery, es que yo no quiero ser su amigo, yo quiero comérmelo entero.

—¡Eres exasperante, Leo! —le doy una suave palmadita en la mano a Marc y me mira sonriendo de lado, ¡cabronazo! Me levanto y me acerco a la ventana—, Mery, tú sabes que yo te quiero, pero no puedes vivir toda la vida escondido, esperando a que las cosas se solucionen solas, o a que encuentren tus huellas dactilares en un trozo de recorte y te metan en el calabozo — bromeo—, tienes que aventurarte, dejarte llevar, intentarlo, lanzarte a la piscina, Leo.

—Pero, ¿y qué pasa si me hundo? ¿si no sé nadar?

—Pues que Mel y yo seremos tu salvavidas. Ya sabes que cuando hay un gabinete de crisis acudimos sin pensar, sin mirar atrás. Somos uno, Leo. No lo olvides.

—¡Joder, Vega! ¡Me vas a hacer llorar! Siempre tienes esa capacidad de decirme lo que necesito escuchar, de dar en la clave, de darme un consejo bueno. Esto no es fácil de conseguir, no hay nadie como tú ahí fuera.

Me siento sobre el mueble que está en la ventana y enfoco mi vista directamente en Marc, que continúa sentado en mi sofá, mirándome intensamente. Cuando me mira, siento que me traspasa, que puede ver dentro y conoce todos mis miedos, mis temores, pero también esa parte intensa y loca que me caracteriza.

Creo que no es la primera vez que hablo de esto, pero las personas utilizamos distintas máscaras: indiferencia, sarcasmo, felicidad, ironía e incluso, en ocasiones, sacamos la máscara del conformismo. Creemos que actuar de manera sensata, sin arriesgar es la mejor de las opciones, y no podemos estar más equivocados. La realidad es bien distinta, como bien decía mi abuela «el que no arriesga, no gana» y no solo eso, el que no arriesga pierde, pierde parte de sí mismo, pierde oportunidades, pierde opciones de ganar, de salir victorioso. Y ¿qué sucede si caes? Toda una contradicción lo que os voy a decir; sucede que, si caemos tenemos la obligación de levantarnos, de seguir adelante, de caminar, madurar, crecer y volver a apostar y arriesgar, porque en la vida, cuanto más nos caemos, mejor nos levantamos, porque la lección aprendida es muestra de que estamos vivos, de que lo hemos hecho y de que las cicatrices son símbolos de nuestras victorias. No hay más victoria que haberlo intentado.

—Jamás, Leo, jamás, te quedes quieto, jamás dejes de intentarlo, de soñar, porque de sueños se compone la vida, y ¿sabes qué? —pregunto sin apartar la vista de Marc.

Quiero que se dé cuenta de que este mensaje es para Leo, sí, pero es tan válido para cualquier persona, extensible en espacio y tiempo en que necesito que lo escuche, de la misma manera, que necesito verbalizarlo.

—¿Qué? —pregunta Leo.

—Que soñar es vivir. Y, como bien tituló Calderón de la Barca una de sus obras de teatro, la vida es sueño. Te quiero, Leo.

—Te quiero, Mery.

Qué difícil es vivir sin expectativas, sin imaginar cómo sería o qué acaecerá. Es imposible que no suceda, es decir, no concibo la idea de que todo eso que nos acontece no tenga un motivo y un futuro por escribir. Bien sabemos que las expectativas son las causantes de mucho dolor cuando un fracaso nos atormenta. Pero es muy humano que nos creemos unas ilusiones. Es sencillo, es como cuando participamos en algún tipo de juego de esos que tienen mogollón de premio, vamos ¡cuando ponemos un jodido euromillón! ¿Para qué lo ponemos si no? Porque tenemos la esperanza —poca, sí, pero la tenemos— de que nos toque y nos saque de pobre. Pues en el amor, en el trabajo y en la vida en general es lo mismo. La perspectiva de que algo pueda suceder, de que pueda salir bien, es lo que nos hace caer en picado. Sin

expectativas no hay caídas, así que ¡cuidado con las expectativas!

—¿Qué piensas? —Marc se levanta, recorre la distancia que nos separa y se sienta a mi lado en el mueble.

No era consciente de que tenía el teléfono entre las manos, lo movía de manera rítmica entre los dedos, con la vista clavada en el suelo de madera.

Desde pequeña, he sido muy reflexiva. A veces, me pegaba horas tumbada en la alfombra de mi habitación mirando el techo, concentrada en mis pensamientos, en las ideas que me asaltaban. Muchas veces, mi madre se tumbaba a mi lado y me contaba algunas historias, reales o ficticias, daba igual, pero me las narraba con pasión y de todas ellas sacaba una moraleja.

—Pensaba en mi madre, en mi infancia, en las expectativas que nos creamos.

Marc apoya las manos en el borde del mueble y cambia de posición. Tiene la vista fija en el suelo. Guarda silencio tras mi confesión, supongo, que al igual que yo, tiene sus historias y sus moralejas.

—Cuando era pequeña me encantaba tumbarme en una alfombra de color naranja que había en mi habitación. Tengo ese recuerdo desde muy enana. No era una alfombra especialmente grande porque recuerdo que, con el paso de los años, mis pies salían de ella, pero no me importaba, me tumbaba y pensaba en las cosas que sucedían a mi alrededor. Las niñas de mi barrio jugaban con sus bicicletas y con las muñecas y sus carritos, a mí, en cambio, me emocionaba llegar a casa, tumbarme en la alfombra y leer un libro, el que fuese. Y era feliz.

Mi madre, subía y se tumbaba a mi lado. Me contaba lo que había hecho durante el día en el trabajo o las cosas que le había contado la abuela, planeábamos nuestras excursiones e incluso, fantaseábamos con lo que sucedería cuando fuera unos años mayor.

—La echas de menos, ¿verdad?

—Cada maldito día de mi vida —sentencio.

—Estuve casado.

Alzo la vista del suelo y lo miro pero en esta ocasión su mirada no es correspondida. Sigue con la vista fija en el parqué —y doy gracias a los santos que rigen las fregonas y las aspiradoras porque si llega a venir ayer que mi casa daba asco, habría llamado a sanidad y probablemente habrían

precintado mi loft por encontrar vida desconocida en ese suelo—.

—Me casé muy jovencito. Creímos que el amor era eso que teníamos, esa necesidad de pasar tiempo juntos, esa conexión que hacía que el tiempo se pasara volando. Íbamos juntos al instituto, estábamos en el último curso y nos dejamos llevar. Éramos muy niños, pero creíamos saberlo todo de la puta vida. Se quedó embarazada.

¡La leche!

—Yo había cumplido los dieciocho hacia unos meses, ella los cumplía el mes siguiente. Nos vimos perdidos, no supimos qué hacer. Mantuvimos el secreto unas semanas, hasta que una noche me llamó a casa, se encontraba mal y su madre quería llevarla a urgencias. Yo me cagué encima. El miedo se apoderó de mí, de mi cuerpo y de mi mente. Le dije que me esperara que la acompañaba. Llegué a urgencias y supe que algo sucedía porque sus padres se levantaron con el rictus muy serio. Yo agaché la cabeza y me acerqué. «Ha perdido al bebe» fue todo lo que me dijeron. Tomé asiento en uno de esas butacas de plástico azul y no levanté la mirada hasta que llegaron mis padres.

Sabía que tenía que enfrentarme a la situación, que tenía que ser valiente y hombre. De la misma manera que me había creído un hombre al dejar embarazada a Raquel.

A los días, le dieron el alta y volvió a casa. Estuve ausente todo ese tiempo, cavilando y creí que la mejor opción era que nos casáramos. Ella estaba enamorada de mí, yo era consciente de ello, y yo lo estaba de ella, no tenía dudas. Hablé con mis padres, los cuales se opusieron, me echaron la típica charla sobre «ponerse un gorrito» en futuras ocasiones, pero creyeron que con eso bastaba, que no tenía que comprometer mi vida y mi futuro. Aun así, seguí adelante.

Me planté en casa de Raquel, sin dinero, con las manos vacías y con una propuesta de matrimonio.

Marc alza la mirada y me observa detenidamente, mis facciones, mis expresiones.

—No te juzgo —suelto de forma precipitada—, yo no juzgo, Marc —le dije de corazón.

—Si supieras la emoción que se instaló en la cara de esa joven

cuando le propuse matrimonio, cuando le dije que la quería, que estaba seguro de que era para siempre, de que nada ni nadie nos iba a separar. No te haces una idea, Vega.

Marc acerca su mano a la mía, que está apoyada en el filo, tal y como se encuentra la suya.

—¿Qué pasó? —le pregunto nerviosa.

—Pasó que estuvimos casados unos años. Vivimos en casa de sus padres, puesto que yo estaba estudiando. Nuestros padres aceptaron, pero con esa condición, que ambos terminásemos nuestros estudios y que no tuviésemos hijos hasta tener un futuro estable. Cumplimos. Y luego, de la misma manera que comenzó, terminó.

—Parece que tenemos muchas piedras en la mochila. Creemos que somos invencibles, que nada nos afecta, que todo lo real se vuelve irreal al parpadear, pero no es así. La realidad es que los fracasos duelen, las heridas dejan marca y los corazones rotos no terminan de sanarse.

—Cierto —me interrumpe Marc—, pero sin dolor, sin ese sentimiento, no se valoran las cosas que de verdad importan. Los buenos momentos —continúa acariciando mi mano con sus dedos— deben pesar más que los malos, la superación debe estar en la cumbre de nuestra pirámide de logros y los errores deben cometerse y perdonarse porque la vida continúa. No debemos dejar que la vida sea eso que vemos pasar, la vida es eso que nos mueve y que nos mece, que nos sube y nos baja. Como en una montaña rusa, al final siempre te bajas con esa sensación de «guauuuuuuu» pues así debe ser con todo.

—¿Estás seguro de que no quieres ser psicólogo? —intento bromear para romper ese momento profundo que surge entre nosotros.

—No, gracias. Lo mío es picar teclas —afirma rotundo.

—Y flores —añado socarrona.

—Eso también.

—¿No te cansas? —sé que me estoy metiendo en un terreno pantanosos y que, probablemente me dé respuestas que me duelan o que me hieran pero no soy capaz de mantener la boca cerrada, necesito saber más, necesito analizar por qué es así.

—No, Vega. No me canso. Es lícito. Yo me considero honesto, no

engaño. Saben lo que esperan.

—Sin ataduras no hay sufrimiento, ¿cierto?

—Quizás intentas buscar una respuesta que te haga sentir mejor. Pero la realidad, Vega, es que no tengo nada para dar, no ahora mismo. Quizás en un futuro sí que lo tenga —la mandíbula se tensa y evita el contacto de nuestras miradas.

—¿Sabes que cuando una persona habla y evita mirar a los ojos a su interlocutor es porque miente o porque no se cree sus propias palabras? —suelto la pregunta sin ser consciente de que no debo hacerlo. Como bien dice Marc, es lícito su forma de vida, de sentir, lo es. Otra cosa, es que me pueda gustar más o menos.

—¿Eso te lo enseñan tus libros? —me rebate señalando la pila de libros que hay en la entrada sin colocar, básicamente porque no tengo más hueco para ellos—, ¿o quizás te dieron una asignatura en la universidad que te decía cómo analizar la mirada de una persona?

—No —decido restarle importancia al sarcasmo de su última frase—, eso me lo enseña la experiencia. Porque yo hago lo mismo.

No tengo nada más que añadir, me levanto de un salto, rompo el contacto de nuestras manos y me dirijo a la cocina a sacar unos platos.

Al final, esa historia que me contó en esa terraza hace unas semanas era parte de su vida, de su pasado, pero la verdadera historia, esa que le marcó, es ésta. Ahí comenzó a ser el Marc que huye, el cobarde, el miedoso. Hasta que no rompa esas cadenas no podrá seguir adelante. De la misma manera que, hasta que yo no deje de tener miedo de todo y de mí, tampoco lo podré hacer.

Puede que Marc no se dé cuenta, pero él y yo, compartimos una lucha interna entre lo que queremos y lo que debemos. Entre el miedo a arriesgar y ganar, o a perder, pero como bien dije antes, «el que no arriesga, no gana» y yo...yo siempre gano».

CAPÍTULO 10

SI LOS ÁRBOLES HABLASEN

—¡Maldito despertador!

Intento apagar ese sonido que tamborilea constantemente, primero con un dedo, luego con la mano y por último le doy un manotazo como si fuera un puñetero taladro percutor.

La noche con Marc no fue todo lo bien que quizás ambos esperábamos. Tras su confesión, se volvió más taciturno, y no es que no le entienda, porque, en realidad, sí que lo hago. Cenamos el pollo con papas panaderas que parecen ser su especialidad y terminamos hablando de temas sin importancia. Comentamos varias cosas sobre la consulta y una llamada que había recibido esa tarde.

Mel me había llamado para comentarme que quería que atendiera a la hija de una de sus clientas, parece que ha pasado recientemente por una situación bastante traumática y hoy pasaría por la consulta a verme.

No me dio muchos más detalles, solo me dijo eso, quizás ella tampoco sepa mucho más.

Por una parte, me alegra que la consulta vaya tomando forma, básicamente porque las facturas no se pagan solas, también porque adoro mi profesión y sentirme realizada, pero vamos, que hasta la fecha, no cago dinero y tengo que currar y buscarme la vida como la que más. De ahí que no lance mi maravilloso despertador escaleras abajo y lo mire desde arriba con una magnífica sonrisa malvada, de esas que me salen innatas y que no son nada fingidas.

«Firmemos tregua, esta noche salimos a correr juntos, ¿te apetece?»

Ese fue el escueto mensaje que le envié al Dios del Olimpo que tengo por vecino antes de salir camino a la consulta.

En realidad, no tenemos que firmar ninguna tregua porque no hemos discutido por nada, pero lo que se planteaba como una noche tranquila, de esas de vino en la ventana viendo el cielo de Barcelona con posible coito —

sí, he dicho coito— y después del primero, quizás el segundo; terminó más bien con una cena con conversaciones de besugo en la que ninguno de los dos sabía bien si seguir con las mierdas y miserias, o correr un tupido velo y hacer como si nada de esto pasara. Evidentemente, nos quedamos con la segunda opción. Engullimos la comida, no hubo vino, ni cielo, ni coito y calabaza, calabaza, cada uno a su casa.

Lo del coito lo tengo que aclarar, y es que, he estado pensando que no hacer uso de ese cuerpo es un desperdicio para la humanidad. Que somos jóvenes y sexualmente activos, por lo que lo mejor es sexo sin compromiso. Suena maduro, ¿verdad? La cosa está en que no se si yo seré capaz de eso de «aquí te pillo, aquí te cepillo y si te he visto no me acuerdo» porque la teoría es fantástica, pero otra cosa bien distinta es saber llevarla a cabo sin caer en sus redes. El quid de la cuestión soy yo, es decir, ¿sabré tener una relación que implique solo sexo y amistad? ¿ser solo follamigos?

Tampoco lo he hablado con él, es complicado, ¿cómo decirle a Marc que me gusta su cuerpo, que quiero que follemos como conejos y que seamos los mejores amigos del mundo? Sexo sin compromiso lo llaman. Que él lo conoce a la perfección, pero yo no tanto, porque seamos sinceros, yo soy de esas que lo plantea fácil y luego se revienta contra la pared. El cazador, cazado.

Pero es cierto que tengo que aprender, mejorar, esto es un renovarse o morir, sexualmente hablando.

Y así, decidida a hablar con Marc esta noche, salgo de casa directa a la consulta, esperando que las novedades que mi *rubiamiga* me dijo me sirvan para despejarme y, sobre todo, para ayudar a alguien que por lo menos lo necesite más que yo y eso ya es un decir, teniendo en cuenta mi disloque mental en este momento.

—Buenos días —saludo efusivamente a Anna, la hija de Mila. Al final, resultó que congeniamos muy bien. Mila es un solete de mujer, y su hija Anna es otro.

En realidad, hemos cruzado un par de palabras porque los encargos muchas veces se los hacía por teléfono, pero cuando estuve en su tienda con Gonzalo nos lo pasamos bastante bien, quitando que tenía puesto a Ana Rosa Quintana en la tele y no me gusta nada ese tipo de programas pero, en fin, en un par de semanas la convenzo de que se enganche a Juego de Tronos. Pues

no es nada interesante analizar las jugadas entre «casas» y los maquiavélicos planes de cada uno de sus personajes. Quizás hasta me vaya a verla a su tienda en los ratos libres —por quinta vez—.

Anna me hace un breve gesto con la mano indicándome que luego se dará un salto y me traerá otra de esas bebidas que me preparó y de las cuales dejé bien claro, que me declaraba fan.

No soy una apasionada de las infusiones, en cambio si lo soy de los Martinis, pero estaría muy mal visto atender a mis pacientes medio pedo, aunque confieso que en alguna ocasión lo he hecho, ¡vaya profesional, eh! Pero es que, cuando Mel y Leo se juntan y te dicen ¡celebremos que la vecina se ha cortado las uñas y los abrelatas se vuelven a vender! ¿Qué puedo hacer? Beber y beber, por mí y por todos mis amigos, como cuando jugábamos a esos juegos de pequeños en el que el último tenía que salvar al resto, no, no, y no pienses que yo salvaba a alguien, que a mí lo de hacer deporte y salir a correr me empezó a gustar de grande, cuando me di cuenta de que el deporte me calma y evita que me salgan lorzas en todo lo largo de mi parte superior del cuerpo, que a mí me gusta mucho comer, pero poco engordar. Como a cualquier mujer, me imagino.

—Buenos días.

Una voz un tanto chillona me saca de mis cavilaciones y de mi cotilleo por Facebook, reconozco que hoy no estaba ni siquiera pensando en colgar ninguno de esos posts que tanto me gustan. Estaba en momento analizar el perfil de mi vecino como una psicópata, pero es que, a ver, en mi defensa diré que esta como un tren y que tiene cada foto colgada que te quita el hipo, especialmente una que se ve en un velero con su cámara de fotos sonriendo como si no hubiese un mañana. ¿Quién le habrá sacado esa foto? ¿Una mujer?

—Buenos días —respondo cordial, mientras me reprendo por lo que me despierta imaginar a Marc con otra mujer.

Mi mirada se centra de inmediato en la chica que acompaña a esa señora. Es la chica de la que Mel me habló, no tengo más que ver su gesto, su cabeza baja y sus hombros caídos.

Me pongo de pie de inmediato y me acerco a estrecharle las manos.

—Melissa me dijo que usted es una gran profesional, y nosotras ahora mismo necesitamos ayuda.

¿Nosotras? ¿Seguro? Porque ella no parece llevar ninguna carga encima. La verdadera loza la porta su acompañante.

—Melissa es una buena amiga, no se crea todo lo que le dice — intento bromear, para cortar un poco la tensión.

La chica sonrío tímidamente haciéndome sentir satisfecha, he conseguido mi propósito. Su madre —porque estoy convencida de que es su madre—, no parece tan conforme con mi respuesta.

—Lo mejor será que pase a mi consulta y hablemos —añado intentando aliviar el gesto de la clienta/madre estirada.

Ésta asiente satisfecha. Le tiendo la mano a su acompañante y la apremio para que me siga. Oigo los pasos de los tacones tras nosotras, abro la puerta de la consulta, le suelto la mano y la animo a entrar.

—Lo mejor es que sigamos nosotras, si quiere puede tomarse un café mientras hablamos. Dispone de una hora hasta que salgamos. Imagino que Mel le habrá comentado mi tarifa —veo como asiente—, de eso podemos hablar ahora o cuando acabemos.

—En realidad, yo pensaba que estaría presente.

—No me malinterprete, pero creo que su hija ahora mismo necesita intimidad. No sé qué sucede, pero por experiencia, puedo decir que se es más libre y natural cuando no te sientes presionada.

—¿Insinúa usted que yo puedo suponer una presión para mi hija? — efectivamente, es su hija.

—Lo que insinúo es que ella tiene que ser la protagonista de estas sesiones y que cuanto más libre se sienta, más será ella misma.

Tengo la ligera sensación, y digo ligera, por no decir entera, de que a esta señora le han molestado mis palabras. Básicamente, por el sonido tan estúpido que ha soltado y por su cara de haberse comido un limón, con cáscara y pipas. No me contestó, se limitó a darse la vuelta e ir en dirección opuesta a donde yo me encontraba. Puede que le haya fastidiado pero ella no es la que necesita ayuda, por mucho que quiera creerlo. No se puede ser el bebé en el bautizo, la novia en la boda y el muerto en el funeral. Nota mental: no ir a ningún evento de esta mujer jamás.

—Aquí estoy. Mi nombre es Vega.

—Yo soy Emma. Encantada.

—Siento no haberme presentado antes —me disculpo—, pero creo que era mejor que estuviésemos a solas.

—Gracias —me dice de manera tímida.

—Hoy prefiero que hablemos nosotras, si decides volver otro día y quieres que tu madre esté presente, podemos hacerlo. Pero me ha parecido que lo más lógico es que ambas estemos a solas y esto sea entre nosotras.

—¿Se lo ha tomado bien? —pregunta temerosa.

—No mucho —le resto importancia—, pero se le pasará.

Invito a Emma a que se siente en el diván.

—Es muy cómodo —la animo, parece dudar—, sentarse en un diván es uno de los tópicos más típicos de un gabinete, así algún día podrás contar que lo hiciste —bromeo.

Pequeños detalles como este, hacen que mi paciente se sienta más tranquila. Soy de las que piensan que cuanto más relajadas estemos y cuanto más familiar sea el ambiente, mejor será la relación entre ambas.

—Empezaremos por el principio. No sé absolutamente nada de lo que ha sucedido y todo lo que hablemos será nuestro, no saldrá de aquí. Iremos con calma y pararemos cada vez que sea necesario, no tienes que responder nada que no quieras y puedes interrumpirme las veces que haga falta.

Emma asiente.

—Cuéntame sobre ti, qué te gusta hacer, tu edad, estudias o trabajas...

Creo que lo mejor es comenzar de manera suave, lo fácil habría sido decirle que me cuente el motivo que la trae hasta aquí —que bien puede ser su madre—, pero si Mel me dice que es un caso un tanto traumático, lo mejor es que el ambiente que se establezca entre nosotras sea distendido. Que confíe, que se abra a mí, que sea lo más natural posible.

La oigo carraspear, intentando tomar fuerza antes de comenzar con el relato.

—Sé lo difícil que es comenzar, pero una vez empezemos te sentirás mejor, más fuerte —lo sé por experiencia propia.

—Nací en Miravet, un pueblo que pertenece a la provincia de Tarragona. Mis padres son naturales de allí, donde se conocieron muy jóvenes, comenzaron una relación y se casaron. Pronto, mi padre se embarcó en un negocio portuario, como socio de una compañía de transporte marítimo por lo que vinieron a vivir a Barcelona capital. Mis hermanos nacieron aquí, yo pude disfrutar del sosiego y la tranquilidad del pueblo, de su maravilloso castillo y de los rincones costeros que tanto me gustan. Hoy pienso que lo mejor sería haberme quedado allí con mis abuelos. Lástima que fuera tan pequeña y mi opinión no contase, en eso la cosa no es que haya cambiado mucho.

No me sorprende su confesión, no hay más que ver a su madre para entender lo que sucede.

—Soy la mayor de tres hermanos, la única fémina, he vivido rodeada de hombres no solo en casa, sino también por los negocios de mi padre. Me he convertido en mujer florero, mi madre encantada, pero yo no. No quiero eso para mí.

Tengo veintiocho años, terminé mis estudios en Derecho Internacional hace un año y no ejerzo como tal, aunque me encantaría. Mi madre considera que lo primero es buscar un buen marido —la oigo bufar, lo cual muestra el descuerdo que tiene con respecto a lo que ella quiere y lo que esperan los demás.

—¿Y tu padre? —necesito más datos sobre su familia.

—Mi padre está demasiado centrado en sí mismo y en sus negocios como para pensar en lo que a mí me importa. Digamos que él, literalmente, lleva los pantalones, pero la realidad, es que es mi madre la que domina todo.

—¿Qué clase de relación tienes con tu madre?

Parece pensárselo mucho.

—La típica relación de madre e hija que no tienen nada en común pero fingen tenerlo.

Rotunda y contundente. Tomo notas sin parar.

—¿Y con tus hermanos?

—Supongo que están demasiado centrados en sus fiestas, aprender todo lo que mi padre les enseña y progresar en la empresa. Sus inquietudes y las mías son totalmente opuestas.

—¿Cuáles son tus inquietudes, Emma?

Observo como juega con sus manos. Se retuerce los dedos a la vez que juega con la movilidad de sus muñecas sin cesar, probablemente me espera otra de sus afirmaciones rotundas.

—No quiero ser como mi madre.

Voilà.

No me hace falta mucho tiempo para saber cómo son las personas, probablemente esa sea una de mis cualidades. Lástima que con Fran no hubiese dado en el clavo, ahí todos mis esquemas se rompieron. Quizás porque lo tenía idolatrado o porque había sentimientos de por medio y cuando eso sucede, antepones cualquier otra cosa. Fran se convirtió en el epicentro de mi universo y es por eso por lo que su traición me dolió tanto. No sé si algún día seré capaz de poder pasar página y perdonar. Ahora mismo, el rencor es mayor que la capacidad de perdón. Y eso que suelo ser bastante condescendiente, pero en este caso...en este caso pudo conmigo.

—¿Cómo crees que es tu madre?

—Mi madre es el perfecto escaparate. No muestra sentimientos, es fría y muy calculadora. Lo que más me duele, es que no era así.

Mmmmm, pues quizás sí que necesitan una terapia conjunta. Paso por paso.

—¿Cómo recuerdas tu infancia? —indagar en su pasado es lo mejor para conocer su presente.

—Recuerdo largos paseos por la playa, jugar descalza por nuestra casa, comer pollo con las manos en casa de mis abuelos, mi madre gritar de felicidad cuando mi padre volvía a casa con una margarita cogida en el campo... muchos detalles insignificantes que llenaron mi infancia de recuerdos maravillosos —sentencia.

—¿Cuándo cambió todo? —porque cambió, eso es obvio.

—Cuando vinimos a Barcelona. Mi padre comenzó a pasar más tiempo en su trabajo, más horas fuera. Mi madre se volvió más taciturna, tenían muchos eventos y cenas, dejaron de haber margaritas silvestres y risas. Los gestos serios fueron tomando poder y al final mis padres terminaron siendo lo que son hoy.

—Y, según tú, ¿qué son hoy? —formulo lo pregunta siendo consciente de la respuesta, pero que Emma la verbalice, que le ponga nombre hará que sea más consciente del punto en el que nos encontramos y de que, a partir de ahora, trabajaremos por ir en contra de eso que ella no quiere ser.

—Una familia de mentira.

—Según mi forma de ver las cosas, por lo que me dices, podemos sacar varias afirmaciones en claro: no quieres convertirte en tu madre, quieres trabajar y buscar tu porvenir a tu gusto y quieres volver a sentirte como cuando eras pequeña. Regresar a tu infancia.

—Exacto, pero lo que más deseo es ser libre para tomar mis decisiones y que ellas no repercutan en lo que ellos esperan, quiero que me quieran tal y como soy.

—No nos va a dar tiempo en un solo día de profundizar en todo lo que sucede —le explico mirando el reloj, la hora ha pasado casi sin darnos cuenta—, lo ideal sería que nos viésemos una o dos veces a la semana.

—Lo que tú me digas estará bien, mi madre estará encantada de pagar si con ello se sale con la suya.

¡Joder! Esta chica necesita más ayuda de la que yo misma creía, y eso que no hemos profundizado en la realidad de lo que la trae aquí.

—Háblalo con ella y me llamas cuando quieras y concertamos una cita. En este caso, eres tú y solo tú quien debe sentirse bien conmigo y con esto que hacemos.

Me pongo en pie y le tiendo la mano para ayudarla a que se incorpore.

—Puedes llamarme cada vez que lo necesites, incluso para tomar café o decirme cómo te sientes —no hay que ser muy listo para saber que se siente muy sola—, lo digo en serio.

Noto como Emma vuelve a agachar la cabeza y se sujeta las manos con fuerza de nuevo.

—Mi vida es una mierda, Vega. No sé si tengo solución.

—En la vida todo tiene solución, menos la muerte —sentencio contundente ahora yo—. Todo. Dame tiempo y date tiempo.

No pienso rendirme, no quiero ni tengo intención de permitir que una

chica de veintiocho años me diga que no tiene solución porque lo único que debe ahora mismo encontrar, es fuerza, y juntas, lo podemos hacer.

—Y Vega, prefiero que siga siendo así, que seamos nosotras solas — su voz suena a ruego.

—Será como nosotras queramos que sea, Emma —le acaricio la mejilla, ha tenido suficiente por hoy. Es una chica fuerte, solo necesita que la ayude a volver a encontrarse.

Por supuesto, al salir de la consulta, su madre se encontraba de pie analizando el cuadro que Marc me regaló el día de la inauguración de mi gabinete.

—Una foto preciosa —me halaga.

—Me la sacó un buen amigo en un evento cuando llegué a Barcelona.

—Supo captar mucho más que una imagen. Esta foto tiene esencia, tiene vida. Brillas con luz propia en ella.

—Muchas gracias, señora.

Parece ponerse de nuevo su máscara de frialdad, tras tirar del bajo de su chaqueta y colocarse su pequeña cartera de Balenciaga bajo el brazo.

—¿Cuándo volveremos?

No ha sido siquiera capaz de preguntarle a su hija cómo se siente, lo único que le preocupa ahora mismo es solucionar el problema que tiene entre manos.

—Cuando Emma quiera —le reto con la mirada. Probablemente, no sea capaz de pensar que su hija tiene que tomar determinadas decisiones, sino que es ella, y solo ella quien tiene la sartén por el mango, y no va a ser así, no conmigo.

Finalmente cabecea afirmativamente, me abona el importe de la consulta y sale dejando atrás a su hija.

—Emma —la llamo antes de que salga. Le entrego una pequeña tarjeta con mi número de teléfono—, a cualquier hora. Ya sabes.

—Gracias —dice con voz casi inaudible.

La veo darse la vuelta y dirigirse a la puerta de salida mientras su madre se enciende un cigarrillo, tras colocarse sus gafas de pasta tan caras

como su cartera de mano. Probablemente, cueste lo mismo que todo lo que tengo en mi armario.

—Vega —susurra antes de cruzar el umbral de salida.

—¿Sí? —inquiero sorprendida.

—Ojalá a mí me mirasen con los ojos que te ha visto ese amigo que te ha sacado esa foto.

No soy capaz de responder, ¿qué muestra esa foto que yo no he sido capaz de ver? ¿Será cierto, que no hay más ciego que el que no quiere ver? Últimamente, parezco la chica de los refranes.

Cojo el teléfono sin apartar la vista del cuadro y marco el número de Mel, dos tonos y mi *rubiamiga* me contesta.

—¿Qué te pica?

—Ha venido la chica que me comentaste ayer por teléfono.

—¿Y? —pregunta burlona, sabe perfectamente lo que le voy a decir.

—La chica muy bien, ahora, su madre es una perra mala.

La carcajada al otro lado de la línea me hace sonreír de manera innata.

—Es una de mis mejores clientas, así que trátala bien. Y bien, ¿te han contado lo sucedido?

—No hemos profundizado tanto, creo que lo mejor es empezar por el principio, conocerla un poco más y dejar que fluya, preguntarle de manera tan directa qué es lo que la trae hasta a mí solo habría empeorado su situación, habría sido violento para ambas.

—Para ser sincera, yo tampoco sé bien lo que pasó. Solo sé que me preguntó si yo sabía de algún psicólogo bueno e inmediatamente me acordé de ti. No quise entrar en detalles.

—¿Te has planteado que si te hizo esa pregunta a ti quizás es porque te ve cara de chiflada y de necesitar ayuda?

—Bueno, muy desencaminada no es que vaya —mi amiga vuelve a reír y yo me sumo a su estado. A veces, hablar con Mel o con Leo, incluso con Marc, me cambia el estado de ánimo.

—Estoy perdiendo dinero contigo.

—Te compensaré. Este finde tengo un evento, Marc va a venir, ¿te apuntas?

Marc.

—Por supuesto, hace semanas del último y no hemos vuelto a salir después de ese día, necesitamos desconexión y estar un rato juntas. Desde que tienes novio se te ha olvidado mi dirección y ya solo te acuerdas de dónde vive Jordi y de los pasos a seguir para bajar la cremallera de su bragueta.

—Eres mala, un bicho malo y peludo.

Ahora la que se ríe soy yo.

—He aprendido de la mejor —le suelto burlona.

—Porque me pillas con las defensas bajas, y últimamente estoy agotada con tanto trabajo, que si no te daba yo a ti. Pero tranquila, que me las cobraré. Otra cosa no, pero en Barcelona he aprendido a ser muy, muy rencorosa.

—Perdona Mel, pero eso ya lo traías de Madrid. Aquí habrás aprendido a ser más agarrada, y lo dudo, teniendo en cuenta la cantidad de ropa sexi y exuberante que te compras.

—De lo cual, deberías aprender tú también.

—Yo soy más práctica —rebato.

—Mel, no se puede ir con ropa de enfermera o chándal a todos lados.

—¡Yo también tengo ropa mona, eh!h!

—Este sábado me lo demuestras.

—Trato hecho.

Nos despedimos y ahora mi preocupación es saber qué me pongo, no puedo repetir vestido y no creo que ir con vaqueros sea lo mejor.

—Melissa me ha apuntado a una fiesta este finde —le cuento a Marc mientras salimos de casa para ir a correr.

Al final, tocó en mi puerta como si nada hubiese pasado la noche anterior. Debo confesar que cuando abrí y lo vi con esa pose, apoyando su peso sobre un codo, mientras su antebrazo reposaba en la frente y me miraba fijamente, con esa camiseta de asillas que le marcaba hasta el mismísimo

centro del universo, creo que salivé. Sexo. Tengo falta de sexo. Urgente. Del sucio y guarro. ¡Estoy jodida! Y no como me gustaría.

—Yo también voy a ir, me lo pidió y no supe decirle que no.

—Eres un buen fotógrafo. ¿Sabes que hoy dos clientas me dijeron que la foto que me sacaste muestra mi esencia?

Detiene el suave trote con el que habíamos comenzado y se queda quieto.

—¿Te han dicho eso? —pregunta nervioso.

—Sí.

—Dicen que la foto refleja lo que el fotógrafo siente.

¿Qué? Ahora paro en seco yo. Me había quedado en el sitio, pero sin parar de trotar.

—¿Qué quieres decir? —recorro la distancia que nos separa y me acerco a él.

—Que estabas muy guapa ese día, que me sentía atraído por ti y mi foto fue el reflejo de la conexión tan amplia que tuvimos desde el primer momento.

—¿Formulas el verbo en pasado? —si no sabía cómo plantearle el tema, ahora es el momento, esta conversación me lo ha puesto en bandeja.

Marc reanuda el trote y yo le sigo.

—Lo formulo en pasado porque me has dejado claro que no quieres nada más conmigo.

—Quizás, lo que quiero contigo tú no me lo puedes dar —le suelto sin pensar.

Marc acelera el paso, no sé si quiere huir de mí, de mis palabras o simplemente deshacerse de todo lo que tiene encima, entre lo que me incluyo. Imito su gesto y me pongo a su altura.

—Sabes que soy tan buena deportista como tú, no pretendas huir de mí, no tires la piedra y escondas la mano, Marc —y ahí va otro refrán.

Marc para justo debajo de un árbol, me sujeta de la muñeca con fuerza y tira de mí haciéndome tropezar. Me agarra por la cintura evitando que pierda mis preciosos dientes contra ese suelo que puede estar

perfectamente meado por miles de perros y me arrastra hasta encontrarnos entre varios árboles. Desde esta zona no podemos ver el camino por el que estábamos trotando. Supongo que también pasamos desapercibidos para aquellos que pasen por allí.

Me apoya la espalda contra el árbol y me suelta la mano, colocando ambos brazos en torno a mi cabeza, aprisionándome, haciendo que sus músculos se marquen y vuelva a salivar, y no solo con la boca —ya me entendéis, ejem, ejem—.

—Vega, no te entiendo —susurra cerca de mis labios, sin apartar los ojos de los míos—, eres una puta incógnita para mí. A veces, siento que te gusto, que te atraigo; otras, siento que te alejas y marcas distancia; otras que no quieres que me vaya. Me tienes perdido, estoy a la deriva, como un barco sin su faro.

—¿Que yo soy una incógnita? —comienzo a golpearle el pecho con el dedo, ese perfecto, esculpido, macizo y moreno pecho—. Eres tú el que eres una puñetera contradicción, «quiero estar solo, pero quiero dormir contigo; quiero besarte, pero me gustan todas; tenemos una conexión especial, pero me pica tanto la entrepierna que no puedo guardar la polla en los pantalones» —intento imitar su voz mientras repito todas sus frases.

—No me juzgues, he sido sincero en todo momento contigo, desde el principio, desde que nos conocimos.

—Y yo contigo —creo que es mejor omitir que me pone mala, que me gusta mucho y que no quiero que me hagan daño—, pero llevas un cartel en la frente que dice «ojo, rompo corazones».

—¡Eres exasperante! —me dice.

—¡Le dice el cazo a la sartén! —y sigo con mi refranero español—. No estoy preparada para sufrir. Quería hablar contigo sobre este tema —he dejado de darle golpes en el pecho con el dedo y he apoyado la mano en su torso, la fina tela no es impedimento para sentir como su corazón late de una forma acelerada—. Me gustas, me pones y me atraes, somos buenos amigos y tenemos complicidad, por lo tanto, no estaría de más que disfrutemos de nuestros cuerpos sin compromiso —me apresuro a añadir.

La verdad es que en mi cabeza todo sonaba mejor, quiero decir, me parecía una idea estupenda. Chico y chica que se atraen comparten cama y fluidos —esto último da repelús si se lee, pero en el momento del calentón ni

repelús ¡ni leches! —. Ahora, tengo dudas porque nunca he sido de esas chicas valientes que apuestan y juegan, a pesar de que pueda doler. Y ¡jojo! me encantaría, pero... ¡quién dijo miedo habiendo hospitales! ¡Y psiquiátricos! Donde probablemente acabemos mi puñetera conciencia, que está tan pirada o más, que yo.

—Exactamente, ¿qué me quieres decir?

—Sexo sin compromiso. Aquí te pillo, aquí te cepillo, sin responsabilidades, sin reproches.

—¿Me pides que seamos amigos con derecho?

—Exacto, eso es lo que te estoy diciendo.

—Pero, ¿seguiremos siendo amigos?

—Los mejores —sobre todo, cuantos más orgasmos me des, pero eso casi que mejor me lo guardo, ¿no?

—Lo que me pides, o lo que me planteas es lo más descabellado que me han propuesto jamás. Es decir, una vez más, Vega, me rompes los putos esquemas.

—¿Me estás rechazando? —murmullo con voz queda, lo pronuncio sin querer, por el temor a la respuesta que pueda darme.

—No. Estoy intentando entender lo que me dices. ¿No te das cuenta de que me descolocas por completo? ¿Que unas veces me dices una cosa y al tiempo dices otra distinta? ¿Qué incluso tus gestos o acciones son contradictorias? Cada día entiendo menos a las mujeres —suspira.

—Lamento decirte que no traemos un manual. Cuando las mujeres dan a luz niñas, tras salir las piernas, no expulsan también el gran libro de petete, versión 5.0 «cómo hacer que las mujeres sean sencillas y fáciles de comprender».

—¡Pues sería genial! —exclama bromista.

—También sería genial que los hombres vinieran con uno, así sabríamos a qué atenernos cuando os entren las neuras y las dudas y salgáis huyendo cual troll perseguidos por los berguens.

—¿Qué? —pregunta conmocionado, no sé si por todo mi repertorio o por el ejemplo que le acabo de dar—. ¿Qué coño son los berguens?

Jamás confesaré que me gustan las películas infantiles como si fuese

una niña de cinco años. Ni de coña. Hay cosas que deben permanecer en secreto.

—Son los supuestos malos en una película infantil.

—¿Te gustan las pelis infantiles? —pregunta ladeando la sonrisa.

—¿Qué? ¡No! —me apresuro a responder.

Veo cómo vuelve a posar su mirada en mis labios y de manera inconsciente saco la lengua y los recorro con ella, ahora mismo los siento más secos que nunca.

—Vega, voy a besarte.

¡Sí! ¡Sí! ¡Bésame!

—Ya estabas tardando, pollito —susurro muerta de ganas.

Aún con los brazos a ambos lados de mi cabeza, le sujeto por la fina tela de su camisa y le atraigo hasta mis labios. Una gran explosión de sensualidad y deseo me embriaga por completo.

No puedo negar que es puro magnetismo lo que siento cuando estamos cerca. Pero no solo sexual, que también. Bien es cierto que, cuando nuestras pieles se tocan y se sienten, cuando hablamos o reímos, me siento bien. Probablemente, si le explicara esto a Leo, me diría que él siente lo mismo cuando hace una tortilla de patatas y cebolla y no se le pega a la sartén o se le queda cruda, se burlaría de mí como yo me burlo cuando me cuenta que le hace ojitos al panadero.

Nuestras bocas se llaman, se desean y se provocan. Su lengua explora por completo mi cavidad buscando mi lengua, que no se esconde, sino que sale a su encuentro. Un gemido de placer brota desde lo más profundo de mi ser y comienzo a notar cómo mi cuerpo reacciona ante este simple contacto. Es pura energía; en nuestro caso, la energía se crea y se transforma en una mucho más potente, somos la puta central nuclear del sexo, del deseo.

Alzo la pierna y la enrolla en su cintura, le atraigo con fuerza hacia mí, necesito de su contacto, necesito saber que se encuentra tan sediento de mi cuerpo como yo del suyo. Separo el culo del árbol donde se encontraba apoyado y Marc lleva su mano hasta mis nalgas donde ejerce esa presión tan precisa que hace que mi pelvis note su polla completamente dura e hinchada por mi beso, por nuestras lenguas que danzan hambrientas. Su agarre es fuerte, la palma de su mano abarca mi nalga izquierda. Soy perfectamente

consciente de que su forma de poseerme tan primitiva, me pone muchísimo, despierta esa parte más elemental que hay en mí.

—Vega, te voy a follar tan fuerte y duro que no vas a poder caminar en días —su voz, ronca y dura me pone mucho más.

—¿Me estás pidiendo permiso? —pregunto llevada por el deseo.

—Te estoy advirtiéndote. Ya no hay permiso que valga, Vega. Estás tan perdida como lo estoy yo.

Su mano se adentra en mi top y me aprieta un pecho.

—¡Ahhghhh! —exclamo muerta de deseo—. ¡Dios! ¡Fóllame! ¡Cuánto más fuerte y duro mejor! —separa su pelvis de la mía, sin soltar mi culo y coge impulso para nuevamente acercarse a mi centro y notar lo duro que está.

—¿La notas? —me pregunta.

—¡Por Dios, sí! —exclamo fuera de mí.

¿Dónde está la Vega sensata? ¿La Vega cabal? ¡Al carajo con ella! ¡Esta es la Vega que quiero ser! La que no piensa, sino siente.

—¡No juegues más! ¿Hazlo de una maldita vez, Marc! —mi voz suena desesperada y refleja a la perfección lo que siento. Necesito sentirlo dentro, profundo.

—¡Quiero tenerte exactamente así!

—¿Así cómo? —no soporto la tensión que siento entre mis piernas, mi clítoris palpita excitado y reclama atención, necesita a Marc. ¡Yo necesito a Marc!

—Entregada al deseo —susurra.

Lo dice de una manera tan condenadamente sensual que podría correrme solo con recordar y saborear cada una de las letras que conforman esa frase.

Intento sujetarle de nuevo por la camiseta para poder atraerlo hacia mi boca, pero me resulta imposible. Marc se adelanta y me sujeta las muñecas con una de sus manos.

—¡Joder, Marc! —exclamo fuera de mí misma—, ¡no puedo más!

—Vega, ¡cállate! —¿Qué? — en este preciso momento tú no mandas,

no tienes el control, conmigo no tienes el control, Vega.

—¡Tengo el control cuando a mí me dé la gana! —intento moverme y soltarme las manos, menos mal que las tiene sujetas porque le cruzaba la cara de un bofetón.

—¡Cállate! —ruge autoritario.

¡Madre mía! Siento que estoy empapada, no puedo evitar lo que provoca en mí; su tono de voz, su fuerza, la rudeza con la que me sujeta, las palabras que formula, la promesa de lo que me espera.

—¡Cállame tú! —ahora soy yo la que le reto con mis palabras.

—¿Quieres jugar?

—¡Quiero jugar!

—Suficiente.

Me suelta las muñecas que caen al lado de mis caderas sin control, perdidas sin su contacto, me sujeta el top y me lo quita de un ágil movimiento. Mis pechos quedan al descubierto, esperando a que le presten la atención debida, la que necesitan. Marc se aparta de mi lado, observa detenidamente el espacio dónde nos encontramos y sonríe satisfecho. ¡Maldito cabrón! Se quita la camiseta de asillas y me la coloca en los ojos.

—Ahora eres mía, te tengo a mi merced y haré contigo lo que me plazca —me susurra al oído.

No me da tiempo a responder. Me gira y me coloca de espaldas a él.

—Apoya las manos en el tronco del árbol —yo quisiera tocar otro tronco, ¡por Dios bendito!

Hago caso sin rechistar. Coloco ambas manos en la madera y de manera innata inclino mi culo hacia él.

—Perfecto —susurra satisfecho—. ¿Recuerdas cuando te dije que el día que te diera un par de nalgadas disfrutarías e incluso me pedirías más? —una afirmación casi inaudible sale de mi boca—, no te oigo Vega.

—¡Sí! ¡Joder, sí!

—Pues ese día ha llegado Vega. ¿Estás preparada?

Noto cómo pasea su mano por mis nalgas, concentrado en ellas. Debo confesar que nunca me han gustado estos juegos, en el sexo siempre he sido

muy convencional, pero con Marc es distinto, en realidad, todo lo es.

Sin previo aviso me baja el pantalón y lo deja a la altura de mis rodillas. Es elástico, pero no me permite mucha movilidad. Con una gloriosa parsimonia, continúa recorriéndome el culo, regodeándose en él, mientras su otra mano se enreda entre mi melena, tirando de ella hacia atrás.

—Ahhhhh —no puedo más que gemir de puro placer, por la expectativa de lo que se avecina.

—Eso es —me susurra en el oído.

Mi cabeza sigue echada hacia atrás. Sin previo aviso, su mano impacta contra mi nalga derecha haciéndome dar un respingo. Escuece, sí, pero me gusta.

—¿Te duele? —me dice tirándome del pelo.

—No —y en realidad, no me duele, me pone más de lo que yo creía o de lo que quiero reconocer.

—¿Quieres más? —su voz tan masculina y sensual envía un chispazo directo a mi clítoris, que palpita de nuevo sin poderlo evitar.

—¡Sí! —prácticamente no le doy tiempo a finalizar la pregunta.

—¡Pídemelo!

—¡No me hagas esto Marc!

—¡Pídemelo o pararé! —otro fuerte tirón en mi melena me hace perder el control de la situación.

—¡Dame otra nalgada Marc! ¡Por f...!

Esta vez soy yo la que no puede finalizar la frase porque vuelve a impactar la mano contra mi nalga, esta vez en la izquierda, su mano me sigue sujetando fuertemente mi morena melena, mientras tira de ella. Esto es una dulce tortura.

En cuestión de segundos, noto cómo me alza y me coloca el culo en pompa, su mano se cuela entre mis pliegues y me acaricia sin piedad, introduciendo un dedo dentro de mi cavidad, masturbándome.

—¡Estás empapada! ¿Por qué será? Porque te gusta que te tire del pelo, porque te gusta que te den nalgadas o porque eres mía. Quizás, por todo —finaliza mientras introduce otro dedo.

Estoy al borde de la locura. Marc es el puto Dios del sexo.

De repente, saca los dedos de mi interior, dejándome vacía. Bajo la cabeza y veo mis piernas abiertas, mis pantalones en las rodillas y ahora los de Marc también. Su polla comienza a pasearse a lo largo de mi sexo, humedeciéndome aún más.

—¿La notas? ¿Notas lo duro que me tienes?

No puedo contestar, estoy absolutamente perdida en el mar de sensaciones que me provoca su contacto.

—¡Contéstame Vega!

—Fóllame y cállate —le ordeno.

Chasquea la lengua contra el paladar mientras continúa recorriéndome el sexo empapado con su dura polla.

—Aquí mando yo, Vega, que no se te olvide.

Otra vez vuelve a impactar la mano contra mi nalga derecha haciéndome gemir de sorpresa y placer.

Me coloca la mano izquierda en la boca, e introduce un dedo en ella. Lo chupo ávidamente, quiero enseñarle que yo también sé volverlo loco de placer, que puede estar a mi merced si me lo permitiera quizás algún día tome el control y sea él quien suplique.

Le oigo gemir, ronco, hechizado por los movimientos de mi lengua que juguetea con su dedo corazón como si de su polla se tratase.

Saca el dedo de mi boca, me sujeta por la cintura con la mano izquierda y me penetra de una estocada, profundo, llenándome por completo con su erección. Los dos jadeamos perdidos en la locura de sus embestidas. El ritmo frenético con el que se mueve me transporta, me eleva. Me sujeta la cadera con la mano izquierda y lleva la otra a mi clítoris. Intento gritar de placer, pero Marc no me lo permite porque acalla mis gemidos con su boca, con su lengua, que juega con la mía. No puede ser más perfecto.

—¿Te gusta así? —me pregunta con la voz cortada por la excitación.

—Más —le pido— ¡dame más! —finalizo.

Me gira y nuestras caras quedan una frente a la otra. Se agacha para terminar de bajarme el pantalón mientras deposita suaves besos por mi piel. Su mano se pasea por mi monte de Venus, quemándolo a su paso.

—Eres perfecta y me vuelves jodidamente loco.

Se levanta y me alza la pierna izquierda, coloca su polla en la entrada y, esta vez se introduce lento, casi agónico dentro de mí. Sin dejar de observarme comienza de nuevo a moverse. La fricción de su pubis contra el mío es delirante, estoy en el paraíso del sexo con mi Adonis particular.

Vuelve a enrollar mi pelo entre los dedos y tira suavemente de él haciendo que alce la cabeza y mi cuello quede a su merced. Me besa con pasión, lo lame con deseo. El ritmo de sus embestidas se enardece. Todos mis sentidos están flotando, perfectamente preparados para la explosión que se está formando en mi cuerpo. Se me pone el vello de punta, se me eriza la piel, mis dedos se retuercen y mi sexo se aprieta contra su enorme polla. Por fin, un maravilloso orgasmo explota y Marc es consciente de cómo mi coño lo aprieta y de lo que significa porque su mano me empuja la cabeza hasta que nuestras bocas se chocan, la mano que me sujetaba la cintura vuelve a chocar contra mi nalga dándome un último azote que hace que vuelva a correrme. Dos orgasmos en segundos.

Noto cómo Marc convulsiona y se deja llevar en un ronco gemido que mi boca se traga, me aprieta más contra él y se corre.

Me dejo caer entre sus brazos, que me sujetan y me envuelven.

Puede que esto sea sexo, sí, pero es el mejor sexo que he tenido jamás.

Marc sale de dentro de mí, se coloca de nuevo su pantalón de deporte y se agacha para ponerme el mío. No decimos nada, solo nos miramos intensamente. Yo haciéndome preguntas y quizás él...quizás él buscando respuestas. Me tiende el top, que me coloco rápidamente como si en este momento fuese consciente de que estamos en un parque, al aire libre, a disposición de los ojos de cualquiera.

—Vega...

Me atrae hacia él, me abraza. Su calidez me envuelve y me siento de nuevo en casa. Me besa el pelo, en repetidas ocasiones. Dice que le rompo los esquemas, pero es que, en este momento, él me los rompe a mí, porque no parece ese chulo, arrogante, mujeriego, con miedo al compromiso. Al contrario, parece ese tierno hombre que necesitamos para completarnos, que yo necesito para sentirme en casa. De este Marc podría enamorarme, perdidamente, además.

CAPÍTULO 11

ENCAJANDO PIEZAS EN EL PUZLE

No sé cuánto tiempo pasa. La noche ha tomado forma mientras nosotros seguimos en el parque, esta vez tumbados en el suelo, con la espalda de Marc apoyada en el árbol que tiempo antes nos vio entregarnos. Y yo...yo me acurruco contra su cálido pecho.

—¿Tienes frío, Vega?

—Un poco —confieso.

No soy capaz de levantar la cabeza y mirarlo porque me da miedo lo que pueda encontrar en sus ojos. Puede que arrepentimiento, quizás rechazo...cualquier cosa podría ser.

—Deberíamos volver a casa. Se hace tarde y creo que hemos hecho bastante «ejercicio» por hoy —bromea.

—Ese «ejercicio» no tendría problema yo de practicarlo más a menudo.

Oigo cómo se ríe por mi comentario y me sumo a su risa.

—Me encanta estar contigo, Vega.

Ahora solo falta que me diga que se lo pasa bien, que le animo los días y que soy su paño de lágrimas y entonces...pues entonces me iré directa a la *friendzone*, y se desinfla mi ego como los globos en los cumpleaños de los niños.

—Y a mí contigo —atino a decir.

Me ayuda a levantarme y volvemos caminando a casa.

Cuando salimos de detrás del árbol es inevitable pensar en lo que acabamos de hacer, la pasión nos llevó a perder un poco la cabeza y la cordura.

—Tranquila, nadie nos ha visto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —¿cómo puede saber lo que

estaba pensando?

—No estoy seguro, pero estábamos bien escondidos, además —me mira con esa sonrisa chulesca que le sale tan natural—, pude acallar tus gemidos —dice guiñándome un ojo.

—¡Serás...! —le doy un puñetazo en un hombro, pero creo que en realidad me he hecho más daño yo que él.

Marc me sujeta por la muñeca y me atrae hacia su cuerpo, me coloca enfrente suyo sujetándome las muñecas con sus manos. Puedo percibir el latir acelerado de su corazón —o puede que sea el del mío—.

—Estás preciosa cuando sonríes, Vega —me coloca un mechón de pelo tras la oreja, sin separar nuestras miradas—. En realidad, estás preciosa siempre.

Y como por arte de magia, ese hechizo que me abruma constantemente nos envuelve. Lástima que mi conciencia, la muy «grfhtytnldj» haga acto de presencia cuando le dé la gana y me susurre al oído que Marc es un buen amante, buen vecino y buen amigo pero que, de él, no voy a sacar nada más que sexo, sal y café. Puro tópico para mis descripciones sobre Marc porque en el fondo sé que, es más, pero cuanto mayor sea la distancia marcada, menor será la caída.

—Anda, anda. Vamos, camina que tengo hambre.

Y así, señoras y señores, es como se rompe un momento mágico. Puede utilizarse también, tengo frío, me estoy meando o quiero croquetas, pero casi que la más sutil es la que yo he usado.

Sorprendentemente, reanudamos la marcha, pero Marc no me suelta la mano hasta llegar a casa, donde nos despedimos con un abrazo y un suave y dulce beso en los labios. Necesito reflexionar acerca de todo lo que está sucediendo y, sobre todo, de mi postura ante esta situación.

Finalmente, después de ducharme, me meto en la cama sin cenar. Estoy rendida, debe ser por todo el ejercicio que he hecho —ejem, ejem.

Los días han ido pasando casi sin darme cuenta. No he vuelto a coincidir con Marc, me escribió un escueto mensaje para decirme que tenía bastante trabajo estos días. Puede que sea una excusa mala, pero a mí me vale para marcar distancias.

Mañana es la fiesta y lo veré, hasta ese momento me pienso

escabullir cual gato en celo que huye de su maravillosa casa en busca de una hembra que calme sus calenturas.

—Buenos días, chiquilla —la voz de Gonzalo me hace alzar la cabeza de varios informes que estaba estudiando.

—¿Dónde quedó lo de preciosura, Gonzalo?

—Ahora tengo otra preciosura, chiquilla —me contesta.

Bueno, bueno, bueno.

—¿Quién? —en realidad, no hace falta que me lo diga, puedo hacerme una idea, pero me encanta ver la manera en la que se ponen colorados para contarme que han conocido a alguien y que están un poco pillados...— ¿Te apetece pasar? ¿Un café? ¿Una visita romántica con Mila a algún lugar paradisiaco?

Gonzalo me mira con cara de sorpresa.

—¡Estás más loca que yo! —se burla.

—No te hagas el difícil conmigo, que el otro día me di cuenta de que le ponías ojitos a Mila.

Hemos pasado a mi consulta y he servido dos cafés con leche.

—Es todo lo que tengo. Tu pretendiente hace infusiones exquisitas, pero yo no sé más que poner a calentar esa máquina, freír papas congeladas y croquetas de paquete —admito.

—¡Tú lo que necesitas es un hombre! —exclama divertido Gonzalo —o amor —añade finalmente—. Esto último lo ha dicho Virtudes, que ella es muy suya, y aquí donde la ves cree que todo se soluciona con amor o con comida.

—Pues fíjate, a lo de la comida no le diré que no, ahí le doy la razón a tu cuñada. Cuéntame, ¿vienes en calidad de paciente o de amigo que quiere charlar con la vecina de la chica que le gusta?

—¿Tanto se me nota?

—No —sonríó—, soy yo, que percibo esas cosas, y que desde el otro día estaba pensando que quizás lo que tú necesitas es alguien con quien compartir tu tiempo, de esa manera Virtudes se irá. No te enfades por lo que te voy a decir, tampoco te lo tomes a mal, pero en realidad, lo que creo es que...

—Es que estoy demasiado solo y por eso oigo la voz de mi cuñada Virtudes —me corta.

—En realidad, no creo que oigas la voz —no quiero hacerlo parecer un loco—, creo que es tu cuñada la que no quiere irse para no dejarte solo.

No soy cruel. No quiero hacerle daño, no necesita a alguien más en su vida a quien le cuente lo que sucede y haga un juicio de valor innecesario y gratuito. Con esto no quiero decir que crea en que hay vida más allá, o en espíritus que no nos abandonan hasta cumplir su cometido en este plano. Pero tampoco me considero una persona injusta o poco empática y, en este caso, Gonzalo lo que menos necesita es escuchar a alguien en quien confía decirle que está loco, que son paranoias tuyas y que mejor se tira por un puente, porque lo tuyo no tiene cura.

—Puede que, en el momento en el que conozcas a alguien y te sientas menos solo, Virtudes se vaya y la única voz que escuches sea la de tu corazón.

—Desde que la conocí no puedo dejar de pensar en ella, en pasear juntos de la mano. Incluso escucho menos a mi cuñada.

—Porque tus pensamientos están más ocupados en tu futuro que en tu pasado.

—Me da reparo —confiesa.

—¿El qué? —le doy otro sorbo a mi taza de café con leche, sin apartar los ojos de Gonzalo. Está nervioso, su gesto contraído me lo demuestra.

—Pedirle una cita y que me rechace.

—Si no se la pides, nunca sabrás. Tienes las mismas posibilidades de que salga bien, que de que salga mal —le va a salir bien, estoy segura de que Mila necesita alguien en su vida tanto como Gonzalo en la suya.

—A eso venía, a ver si la encontraba.

—¿Y qué haces aquí perdiendo el tiempo con una chica como yo?

—Si tuviera veinte años menos y tú diez más, no te dejaba escapar.

—Ahora sí que te estás volviendo un Don Juan, Gonzalo. Gracias por todo y siento no haberte podido ayudar más.

—Me has ayudado muchísimo, en realidad, si no fuera porque acudí

a ti, probablemente no habría conocido a Mila.

—Espero que me inviten a la boda —me carcajeo.

—Vendré a verte de vez en cuando y traeré unos dulces, que cada día estás más delgada. Antes las mujeres, cuantas más curvas, mejor.

—Los tiempos cambian —me apresuro a explicarle.

—Y gracias a Dios, porque ahora enseñáis más carne y le alegráis la vista a los viejos verdes como yo —bromea Gonzalo.

—Despídeme de Virtudes, dile que debe irse para que puedas ser más tú mismo.

—Lo haré, pequeñaja.

Le acompaño a la puerta y me quedo apoyada en el quicio, observando el andar lento de mi «casi» paciente —y digo casi, porque una sesión no es nada como para considerarlo como tal.

Lo veo entrar en la tienda de Anna y tenderle la mano a modo de saludo.

En realidad, es una estampa preciosa, es decir, a ojos de cualquiera no es más que un señor mayor entrando en una floristería, pero a mis ojos, es un hombre que cree que existen una oportunidad para él, que quiere intentarlo y que desea con todas sus fuerzas que salga bien. ¿Acaso no es eso de valientes? Lo triste sería quedarse con los brazos cruzados, esperando a que el tiempo nos consuma, justificando el paso de los días, meses y años, con excusas baratas que no tienen sentido más que para la persona que las verbaliza y que ni siquiera suenan a verdad porque no hay nada peor que engañarse a uno mismo.

Podemos repetirnos por activa y por pasiva que nos saldrá bien —o mal o regular— pero lo cierto, es que no lo sabremos hasta que no nos movamos. Quedarnos quietos no es una opción, la única opción posible es caminar, caminar en busca de nuestro destino. Sentirnos vivos.

—Hola Vega —la voz de Valeria me saca de mis cavilaciones—. ¿Podemos hablar?

Una parte de mí debería estar sorprendida de ver a Val aquí. La otra, la que siente empatía con ella es consciente de que hay momentos en los que necesitamos ayuda, un hombro y un par de orejas que nos escuchen.

Lamentablemente, todos hemos pasado por una ruptura, desamor o desengaño alguna vez en la vida.

—Por supuesto, no te esperaba hasta la próxima semana, pero estoy en cualquier momento para ti.

—Necesitaba hablar con alguien, me estoy volviendo loca de remate.

Pasamos a la sala y Val se va directa al diván.

—Cuéntame.

—No puedo sacarlo de mi cabeza. Cada cosa, palabra, pensamiento, acto, me recuerda a él. Me siento como una psicópata. Necesito verlo, he querido evitar la tentación de escribirle o llamarle pero no lo consigo.

Supuse que la historia de Valeria me haría abrir un poco más la caja de Pandora y evitar que la herida cierre, pero escucharla hablar me hace darme cuenta de lo que tenemos en común.

—¿Por qué dices eso?

—Cojo el teléfono cada dos minutos, miro su última conexión, los estados que pone e incluso si está en línea y espero que aparezca «*escribiendo*». Soy una maldita psicópata.

—No lo eres. Eso quiero que lo tengas claro. Empieza por el principio, ¿vale?

—Lo conocí hace cuatro meses, en la cena de empresa. Era uno de los camareros que servía nuestro menú navideño. En un principio no le hacía caso, me parecía ese típico hombre que babea cuando ve el escote de una mujer, ya me entiendes —dice señalando su más que prominente busto.

—Entiendo.

—Cenamos con tranquilidad. Notaba que estaba muy atento a mis movimientos, era muy agradable sentirse atendida de manera tan especial por alguien.

—¿Te gustó que te hiciera caso desde un principio a ti?

—Me gustó ser la primera, sí.

Padre. Padre. Padre. En mi mente rememoro la historia de su infancia y cómo le afectó y le está afectando no tener ciertas atenciones.

—Sigue.

—Cada vez que se vaciaba mi copa, ahí estaba él para rellenarla. Cuando mi servilleta estaba sucia, se preocupaba de sustituirla por una nueva o cuando terminaba de tomarme mi plato, quería saber si había sido de mi gusto. En uno de los cambios de servilleta, cuando la cena llegaba a su fin, dejó a mi derecha una limpia que inmediatamente supe que contenía algo. No me digas cómo, pero sabía que era a propósito. En ella estaba escrito su teléfono. Estoy convencida de que me puse colorada, y en su momento creí que a él le debía parecer muy adorable porque me devolvía la mirada como hipnotizado. Ahora tengo la sensación de que todo es mentira, de que no me quiso, de que fui para él un pasatiempo.

—¿Por qué crees eso? —indago.

—Porque yo no era la única —confiesa Val.

—¿Estaba casado?

—No. Pero no se conformaba conmigo —y estas palabras van acompañadas de una loza, que no veo, pero sé que está ahí.

¡Maldito cabrón! Respira, Vega, no es tu historia. No es tu historia. No es tu historia.

La imagen de Marc también aparece en mi cabeza. ¿Por qué tiene que venir a mi mente ahora? Él no es así. Tú no quieres nada con él. Solo sexo.

—Fue todo perfecto. Me enamoré locamente de él. No debí guardar esa servilleta, pero lo hice. Y no solo lo hice, sino que lo llamé. Comenzamos a quedar: unos paseos por el parque cogidos de la mano, una película en un cine cualquiera, una cena en un lugar discreto, un tímido beso a la orilla del mar...y me conquistó. Pensé que había opciones para mí, que yo también me merecía una historia después de todo, una de esas felices, creí que podía enamorar a un hombre, no ser la segunda opción.

—No eres una segunda opción. Él no era tu primera opción, Val.

—Lo fue todo para mí. Una noche, cenando, se fue al baño y dejó su teléfono en la mesa. Soy ridícula ¿sabes? Hasta ahí creí que veía cosas donde no las había. Su teléfono comenzó a sonar, y apareció un nombre de mujer, sabía que no era su hermana o su madre, pero podía perfectamente ser su tía, prima, o ¡yo que sé! Al no contestar, se iluminó la pantalla con un WhatsApp, la supuesta chica le decía que tenía ganas de verle, le explicaba que se había comprado una cosita para él y que no querría salir de su cama en días. Entré

en el mensaje y me di cuenta de que no era el único, lo solté como si me quemara. Me levanté y comencé a sentir angustia, ansiedad, no sé, me mareaba, me asfixiaba. Se me acercó un camarero para saber si me sucedía algo. En ese momento, llegó él, vio su teléfono en el suelo y sumó solo. «No es lo que crees» me dijo. Me desmayé. Desperté en el hospital, sin saber cómo había llegado allí. Estaba sola. Ni siquiera fue capaz de ir conmigo. Desapareció.

¡Puto cobarde de mierda!

—Le estuve llamando días, no podía escribirle porque me bloqueó, no abría la puerta de su casa. No supe qué pasó. Ahora me siento ninguneada, me siento mal por haber estado todo este tiempo haciendo la estúpida. No quería nada, dejé de ser yo misma para ser él, para pensar en él. Y jugó conmigo.

—No puedo negar que haya jugado contigo Val. Y que mereces, mínimo, una explicación, aunque simplemente sea para decirte que no estaba enamorado, que no te quería —veo las lágrimas correr por sus mejillas sin control y me parte el alma, pero no puedo mentirle y decirle lo que ella quiere escuchar, no sería justo—. Las personas somos seres racionales por naturaleza, por eso, a veces, necesitamos buscar la lógica a lo que nos sucede. Pero no siempre es posible.

—Yo me merezco mi historia feliz, ¡joder! ¿Por qué no la tengo?

—Quizás porque no ha llegado la persona correcta.

—Él era la persona correcta —suspira.

—No. No lo era, y tú lo sabes.

—Me siento perdida sin él.

—Esto va por fases, ¿entiendes?

—¿Por fases? —repite mi pregunta asombrada.

—Exacto. Los desamores van por fases. Ahora mismo estás en la fase uno, o lo que es lo mismo: la negación y el aislamiento —Val asiente como si entendiera lo que quiero explicarle—. Niegas la realidad y sigues actuando como si nada hubiese sucedido. Es una etapa breve que solemos pasarla como mecanismo de defensa para intentar protegernos. Estás dolida porque quieres que él reaccione, que venga a ti corriendo y te diga que eres el amor de su vida, que te extraña y que te quiere.

—Ya, sí, supongo que sí —dice mientras se seca las lágrimas.

—Eso no va a pasar.

Veo como Valeria abre los ojos, sorprendida por la crueldad de mis palabras.

—No estoy siendo cruel, Valeria. Estoy siendo directa. Si realmente hubiera querido algo, habría luchado por ti desde el minuto uno, no ahora. Cuando una persona se mete en una relación tóxica, cuando caemos en eso, muchas veces es porque nos aferramos a algo. Expectativas —sí, eso lo he dicho en alguna ocasión, pero es que lo pienso de verdad—. Normalmente, nos cuesta diferenciar qué es bueno, qué es malo y qué merecemos.

A mí, a día de hoy, me cuesta. Me cuesta mucho saber dónde estuvo el error, qué hice para que Fran no me quisiera como me merezco.

—Tus palabras me duelen, Vega.

—Yo he estado en tu pellejo Val. Sé de lo que hablo. Sé lo que es estar sola, perdida, sin rumbo, a la deriva, querer a alguien y desear con todas tus fuerzas que te quieran y te correspondan de la misma manera. Pero no siempre es así, cuando hablamos de personas, de sentimientos, no hay nada definido, nada claro. Podemos conocer los nuestros, pero no los de los demás, ni siquiera podemos controlar lo que nosotras sentimos. ¿Nunca has dicho «yo no haría eso si estuviese en su lugar»? Pues créeme, lo haríamos igual o peor que los demás.

—¿Por qué él es así? —grita y llora en su intento de razonar la situación.

—Porque no le ha llegado la persona que le mueva el suelo, que le haga levitar.

—¿Por qué no soy yo, Vega? ¡Me merezco mi maldita historia!

—A ti no te ha llegado tu hombre —a ti tampoco, Vega.

—¿Cuándo llegará?

—Cariño, soy psicóloga, no bruja. Si no me va bien, montaré una consulta, me pondré un turbante super hortera del chino, me pintaré una verruga en el bigote, dejaré de depilarme y fumaré puros.

Valeria se parte de risa.

—Lo de dejar de depilarse no es necesario —continúa riéndose

mientras se le salen los mocos sin control.

—¡Qué asco! ¡Límpiate los mocos o te cobraré el doble! —me burlo.

—Podría limpiármelos en tu camisa. Con ella puesta pareces seria y todo.

Ahora la que se ríe sin control soy yo.

—Ni se te ocurra, ehheh —le advierto risueña.

—Gracias, Vega. Llegué convencida de que no podía levantar cabeza y me voy riéndome por unos mocos y un bigote.

—¡Esa soy yo! Te hago un chiste en menos que canta un gallo.

—Volveré la próxima semana, a pesar de que haya estado hoy aquí.

—Vuelve cuando quieras. Y te repito, sal, haz algo, apúntate a clases de baile, macramé, fitness, juega al parchís o simplemente toma un café con un libro en la mano. No te quedes en casa sola. Si notas que te pones a darle muchas vueltas al coco, pon música, súbete a la cama, suéltate el pelo y salta. A mí me funciona. O funcionaba, si eso lo hago ahora, pierdo la cabeza contra el techo o me caigo por la barandilla y me estampo contra el suelo perdiendo los piños —le digo señalando mis preciadas paletas con el dedo índice—. Hacer deporte también es bueno, genera endorfinas, son las hormonas de la felicidad naturales, o eso dicen —para natural, el deporte que hice ayer con Marc, pero mejor eso no se lo digo, ¿o sí? No.

Me quedo en paz. Me gusta saber que por lo menos, se va bien, con una sonrisa en la cara, que he sido capaz de quitar una piedra de su mochila, que hoy le pesa menos y que sus hombros están mucho más firmes.

Su historia tiene muchas cosas que me hacen pensar en mí misma. En mi caída. Mi intento de levantarme, de volver a caminar. ¿Qué habría pasado si Fran no se hubiese ido con Yéssica? Seguiría allí. Con él.

Hay momentos en que echo de menos la vida que teníamos, la calma de llegar a casa y tener todo bajo control. Los cambios traen desórdenes, las aguas se agitan y cuesta que vuelvan a su cauce. Y lo conocido...lo conocido trae paz, te mueves dentro de tus límites, de lo que tienes bajo control. Ese es el motivo por el que tanto cuesta cambiar, dar giros: por miedo. No es más cobarde el que no se arriesga o no lo intenta, sino el que decide permanecer quieto por miedo a equivocarse.

Apoyada en la puerta de mi consulta, veo salir a Gonzalo con Mila. Los dos están riéndose con el carro de la compra en la mano. Me enternece observar una imagen como esa, tan natural, tan del día a día. Me encantaría que todas las personas pudieran tener derecho a encontrar a alguien que te valore con todo lo que te rodea, con tus virtudes —válgame la Virtudes de Gonzalo— y con tus defectos.

Gonzalo es una persona con gran corazón, que se siente muy solo y Virtudes, su cuñada; esté, no esté, sea real o imaginaria, lo único que pretende es menguar ese sentimiento de soledad que lo asola. Mila, con su gracia, su cariño, su delicadeza infinita, sabrá encauzar su vida. La de él y la de ella. Ahora está en manos del destino, que muchas veces pone de su parte y otras tantas pone saltos, como en una carrera de atletismo con obstáculos.

Entro en la consulta. Me dirijo al office a prepararme otro café con leche y de camino recojo el teléfono. Necesito hablar con mi padre. Probablemente esté en el trabajo, pero es de esos momentos en los que quiero escucharlo. Hace unas semanas que no le veo y ya su ausencia me está matando.

—Pequeña mía...

La voz tierna al otro lado me hace suspirar de emoción.

—Cuánto te echo de menos, papá.

Quizás no sean las mejores palabras para decirle a un padre, que me echa tanto de menos como yo a él, pero es inevitable porque es la realidad de lo que siento.

—Y yo a ti mi pequeña.

—¿Qué haces? Yo acabo de terminar con una paciente y me ha entrado esa nostalgia de hablar contigo.

—Puedes llamarme cuando quieras, no hace falta que te lo diga —me reprende cariñosamente—. Yo estoy en el trabajo, a tope, para no variar. Estamos a final de mes y hay que ponerse al día con las nóminas y varias contrataciones de último momento.

—Creo que necesitas un ayudante, tu jefe debería ser un poco más responsable y entender que no puede tenerte todo el día explotado. Somos personas, no números.

Antes de montar el gabinete en Madrid, estuve trabajando en un

supermercado como cajera. No era el puesto de mi vida, ni mucho menos, pero las facturas hay que pagarlas y los caprichos también. Por ese entonces, estaba en el último curso y el trabajo era de media jornada, siempre por las tardes. Veía poco a Fran, pero compensaba porque podíamos salir y me sentía independiente de poder pagar mis cosas e incluso invitar a mi padre alguna vez a cenar —a un sitio barato, que no creas que el dinero era tanto—. El responsable de la tienda era un «negrero», nos trataba como si él fuese mejor que nosotros, y ¡ojo! que muchos de los que estábamos allí teníamos un nivel formativo mucho más alto que el suyo y con esto no quiero decir que si estudias tienes más valía, no. Lo que pretendo, es que entiendas, que las personas somos válidas por ser personas, que la educación no la da solo un libro —o quince—, la educación y el respeto se enseña en casa, en tu entorno, con tus amigos y tus iguales, pero hay que poner un poco de nuestra parte. No somos números, somos personas, currantes, con sentimientos y con aspiraciones. Ni tú eres mejor que yo, ni yo soy mejor que tú. Démonos la oportunidad de conocernos, de valorarnos y de escucharnos, quizás, de esa manera, el mundo sería diferente. No lo demos por perdido, poniendo de nuestra parte se puede cambiar.

—Él es así. Ya estoy acostumbrado. Da igual.

—Está visto que hay gente con clase y clase de gente.

—Eso es así desde tiempos remotos. El pez grande se come al pequeño —sentencia mi padre.

—Cambiano de tema, ¿cómo te va con esa mujer tan fantástica? —pongo mi mejor voz de corderillo degollado mientras mi padre se ríe al otro lado del aparato.

—Nos va muy bien. Estoy realmente ilusionado. Sé que ya te lo he dicho, pero es que es una mujer increíble, pequeña.

—Love is in the air, lalalalalalala —tarareo.

Mi padre se ríe abiertamente y me sumo a su carcajada.

—Eres un poco bicho —murmulla mi padre.

—Melissa me lo dice de vez en cuando.

—Pues si dos personas coinciden en lo mismo, por algo será —finaliza.

—No me ves, pero te acabo de sacar la lengua —le confieso

bromeando.

—No me ves, pero te estoy lanzando besos volados —me confiesa.

—¿Cuándo me la vas a presentar? Puedo ir un finde, el próximo, antes de semana santa, o puede venirte tú —sugiero.

—No sería mala idea. Lo hablo con Carmen y te digo.

—¿Carmen? Mmmmjjjjjaaaaa, tiene nombre de buena. Una vez tuve una paciente que se llamaba Carmen, no debería contártelo, por eso de que no se puede violar la protección de datos ni los secretos profesionales, pero como eres mi padre no cuentas. Pues resulta que mi paciente estaba como un cencerro, le gustaban los jovencitos, ya me entiendes. Tenía verdadera adicción por ellos, cuánto más jóvenes mejor. Te puedes imaginar...

—Prefiero no hacerlo —sentencia mi padre.

—Calla, no seas carca. La pobre, vieja como ella sola, tenía una dentadura postiza que debía ser de la época de Franco, creo que incluso por las noches cuando se la quitaba, caminaba sola. Tenía más bigote que tú y unos pelos en las piernas que podían pasar perfectamente por el césped de la abuela, eso no había cortadora que lo solucionara, se trababa y se rompía seguro.

—¡Qué asco, Vega!

—Venía porque le gustaba el nieto de su amiga con la que iba al centro a jugar a las cartas. Imagínate, un jovencito que estaba más hecho para mí que para ella, porque estaba de buen ver el chico. Me confesaba que le tocaba el culo y él no le decía nada, que digo yo que no se lo decía porque le daba más vergüenza a él que a ella.

—¿Cómo lo solucionaste? Ya me has despertado la curiosidad.

—Pues me separé de Fran, le di a Carmen su teléfono y le dije que ese chico follaba con señoras como ella. El resto no lo sé, porque dejé el Gabinete y me vine. Te puedo decir que cuando Carmen oyó la palabra «follar» los ojos le hicieron chiribitas.

Mi padre no ha parado de reírse mientras le contaba lo que había hecho. Digamos que fue una pequeña venganza.

—Dicho esto, no quiero saber nada sobre tu vida sexual, que yo te quiero mucho, pero eres mi padre.

—Tranquila, no tengo intención de contarte nada. Te pido lo mismo, por favor. Que yo te veo aún en calcetines, acostada en la alfombra de tu habitación mirando el techo y contando historias con tu madre —su voz se tiñe de nostalgia, como cada vez que hablamos de ella.

Mi madre fue una gran persona, mujer y madre. Todo. Los que hemos pasado por alguna pérdida de este tipo; sin aviso, sin esperarlo, sabemos lo que duele. Está claro que, el dolor en estas situaciones, es inevitable, pero cuando te arrancan un trozo de ti sin avisar, sin ser consciente de que esa posibilidad cabe, es insufrible. Es por eso, por lo que caí sin remedio.

Esa alfombra contenía un mundo lleno de magia para mí. Mi madre me contaba historias de ficción donde una princesa guerrera y luchadora salvaba al príncipe. Para ella, las mujeres éramos el motor del cambio. ¿Por qué esperar a que un hombre nos salve? No. Nosotras somos las salvadoras. Y yo disfrutaba pensando que era la que me subía a lomos de un caballo de pelo negro como el azabache, cabalgaba en busca de ese príncipe que necesitaba ayuda y luchaba con ferocidad ante dragones y magos malvados. Siempre ganaba, por supuesto, que para eso eran mis cuentos.

Algún día, si decido ser madre, haré lo mismo, contaré miles de historias, soñaremos despiertos y nos adentraremos en un mundo mágico. Al final, un libro, un cuento o una historia es eso: un lugar para soñar, que pasa por ti y jamás te deja indiferente.

—Papá, no te pongas triste. Jamás dejaremos de querer a mamá, aunque pasen los años, siempre estará presente. La muerte de una persona es solo su ausencia física, porque su recuerdo perdura en el tiempo.

—A veces pienso que me equivoco al intentar rehacer mi vida.

—No digas tonterías, papá. No vas a ser peor padre o esposo por intentar seguir adelante. Fuimos una familia, los tres, y ese tiempo que compartimos juntos es el que cuenta. Ahora, seguimos adelante tu y yo. Nos merecemos un final feliz, ya te lo he dicho.

—Nos lo merecemos, sin duda Vega. Pero ten claro algo —contrataca—, el merecemos es plural. Ambos. Los dos. No solo yo.

—Todo a su debido tiempo —matizo.

No quiero decirle que no creo que esté preparada para un futuro con

nadie. Por lo menos no cercano. Mi vida dio un giro brutal cuando Fran me dejó. Me sentí una veleta. Sin rumbo. Perdida. Ahora me encuentro bien. Marc me atrae, no puedo negarlo, pero de la misma manera que me siento cautivada por su forma de ser y su manera de comportarse conmigo — obviemos el físico que tiene, ¡que sí! Que está bueno para parar un tren y tiene una anaconda considerable pero centrémonos en lo que no marchita. Vale, la anaconda tampoco marchita, ¡mecachis!—. Me aterra la posibilidad de que me destroce. Me ha costado levantarme, aún estoy en ello, intentando reconstruir las piezas que están rotas dentro de mí, no creo que me sienta preparada para volver a caer. Mi cuerpo no lo resistiría.

No soy la más indicada para aconsejar a nadie que mantenerse en las trincheras sea una opción viable. Siempre me he considerado una persona optimista que prefiere caer y tener cicatrices, pero ahora mismo no puedo pensar en una cicatriz más.

Mi consejo, para mí misma, es ver los toros desde la barrera. ¿El resto? Supongo que el resto lo dirá el tiempo.

CAPÍTULO 12

PALABRAS EN LA BOCA

He decidido tomarme la mañana de hoy sábado para buscar un vestido que ponerme esta noche. No es que no tenga nada en el armario, pero de vez en cuando, salir de compras, ir a la peluquería, depilarte —esto no tanto— o comprar zapatos te hacen sentir mejor. Digamos que correr hace que segregues endorfinas, pero nada comparable con que te pongas guapa, encuentres ese vestido que no te marque las lorzás o esos zapatos que te hacen parecer una top model.

Pues eso, me he puesto unos tenis, unos leggins y una camiseta, decidida a ir a lo *Pretty woman* y que me traten como si fuera de barrio —que a mucha honra— y que luego me peloteen cuando me gaste bastante dinero en ese conjunto que me quedará de muerte.

—Buenos días, vecina, ¿vas a salir a correr sin mí? Ese árbol creo que necesita de dos para poder recordar el momento que no me deja pegar ojo.

Y justo cuando una cree que esta mañana no puede mejorar, aparece como por arte de magia ese hombretón que tengo por vecino y que me vuelve loca por completo. Bizca me quedo mirando su cuerpo de Adonis, ¡madre mía del amor hermoso! Está como un queso gruyer.

—¿En serio? ¿Hoy te has levantado guasón? Menos mal que me he acostumbrado a que seas directo, si fuera una de esas amiguitas tuyas que te calientan la cama seguramente a estas alturas estarían coloradas y se habrían quedado muditas —jo-de-te.

—Esas amiguitas de las que tú me hablas no necesito que tengan tema de conversación —jo-de-me.

¡Maldito cabrón! No te enfades, Vega, no caigas en su juego, no vale la pena. Mierda. Estoy celosa, ¿celosa? ¿En serio? No puede ser.

—Pues si tanto te gustan esas chicas que no hablan, ¿por qué no te las llevas a ellas al parque? —giro la cara con tanta fuerza que por poco me

disloco el cuello, era eso o que se diera cuenta de que me salen llamaradas de fuego por los ojos. Sí, mejor me disloco el cuello.

En ese momento, llega el ascensor y veo como Marc coge de manera apresurada las llaves y en un par de zancadas entra en el ascensor. Por poco me adelanta. Es el Usain Bolt de los ascensores.

Enfoco mi vista en él y lo miro de mala manera.

—Nena, aunque intentes mirarme mal, no se te da bien, en el fondo lo que quieres es lo mismo que yo, que te coma entera.

—Pero ¿quién coño te crees que eres? Marc, que sí, que estás muy bueno y todo eso pero no creas que eres el único hombre que hay en la tierra, que tú tienes tus amiguitas pero yo también puedo tener los hombres que quiera —me estoy metiendo en un lío, lo veo venir.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto. No te pongas tan chulo. Menos lobos, caperucita.

Me sujeta la mano y tira de mí. Me coloca su mano derecha en la nalga izquierda y presiona mi sexo contra el suyo. ¡Bravo! Me está dando los buenos días. Me empuja contra el cristal del ascensor y me eleva las manos que sujeta con la suya, con una le basta.

Comienza a pasear la nariz por mi cuello y un leve gemido escapa de mi boca haciéndole sonreír. ¡Dios! Lo que provoca en mí es pura electricidad. La central nuclear de Kashiwazaki-Kariwa —y cito esta porque sé que es de las más importantes y modernas que hay ahora mismo— y mi calentón están al mismo nivel de producción energética.

—Nena —me susurra al oído mientras me separa las piernas con la suya—, todo tu cuerpo pide más, me llama como el metal atrae al imán, me necesita como necesitas el aire para respirar —hace una breve pausa para morderme el lóbulo de la oreja y mi sexo comienza a palpar de deseo— me deseas de la misma manera que yo te deseo a ti.

—Y... Y... ¿cómo me... me... dessssseass tu a...mi? —no puedo formular la frase de manera coherente, pierdo el sentido y la razón con Marc.

—No te he podido sacar de mi maldita cabeza, Vega. Eres como una puta droga para mí. Necesito más.

¡Yo también necesito más! ¿Debería decírselo?

Su mano abandona mi nalga y se desliza a lo largo de mi sexo, pausado, tranquilo, moviéndose justo encima del botón mágico del placer. Introduce su mano dentro de mis pantalones y comienza a mover los dedos de manera frenética.

El pitido del ascensor me devuelve a la tierra y me doy cuenta de que hemos llegado al portal. Marc me mira, pero no se inmuta cuando la puerta se abre. Mira hacia atrás, supongo que esperando que no haya nadie y cuando lo confirma saca su mano de mi pantalón, tira de mí y me devuelve a la tierra.

—¿Quieres más? —me pregunta mientras vuelve a empujarme contra la pared.

Asiento.

—No te oigo Vega, ¿quieres más?

—¡Sí! —exclamo muerta de deseo.

—Lástima que tenga que dejarte así hasta esta noche, tengo prisa, me espera una de mis chicas, no creo que hablemos mucho, o sí, ¿Quién sabe?

Hijo de perra.

—¡Eres un cabrón! —escupo con rabia mientras lo veo darse la vuelta en dirección a la salida.

—Yo también te quiero, Vega —y se va sin darme opción a réplica.

¿Cómo que me quiere? Es una broma, ¿verdad? Sí, es lo típico que se dice. Nada más allá. Me llevo la mano al pecho, se me va a salir el corazón de la caja torácica. No sé si son sus palabras, su forma de tocarme, de devorarme con la mirada, o el pack completo. Pero juro que estoy tan caliente que no sé si subir a casa y ponerle remedio.

Me dejo caer por la pared y me quedo sentada en el suelo, intentando recobrar la compostura y evitando que el corazón se me escape por la boca.

—¿Estás bien? —la voz de la anciana del tercero me saca de mis pensamientos, todos sexuales, para qué negarlo.

—Sí, perdone. Es que... bajé por las escaleras y estaba rendida, me senté a recuperar el aliento.

—Un poco colorada sí que estás.

—Voy a subir a por un poco de agua.

—Lo mejor será que cojas el ascensor —me aconseja.

—Gracias —contesto con mi mejor sonrisa de niña buena.

—Intenta que la próxima vez tu vecino, ese que está tan bueno, te dé lo tuyo —se ríe—. Las paredes son muy finas y mi oído muy bueno.

¡Ya lo que me faltaba! Parece que he caído en un edificio de lo más interesante. Hasta las vecinas saben los quebraderos de cabeza —y de clítoris— que me provoca el vecino.

—Póngase a leer —le contesto.

—Uy, ¡qué va! Es más divertido ver como juegan al gato y al ratón. Yo creo que lo mejor es que os acostéis ya, esto se resuelve en la cama, no hablando cariño.

Y dicho esto, otra que se va y me deja con dos palmos de narices, ¿algo más, señor? Si ni siquiera sé cómo se llama.

Después de tranquilizarme —y no como me gustaría— decido continuar con el plan del día. Finalmente salí de una tienda con un vestido monísimo negro, con un escote de corazón, entallado hasta las rodillas. Unos zapatos de color amarillo y un bolso a juego. Decido pasar por la peluquería que me recomendó Mel, para rizarme el pelo con pequeñas ondas y maquillarme muy suavemente. La peluquera me asegura que, aunque sude, me aguantarán toda la noche. Ejem, ejem. Sí, sí, piensa mal y acertarás.

Llego a casa y me tiro en el sofá a ver una peli. Cuando se acerca la hora, me meto en la ducha, me visto y me quedo maravillada frente al espejo, la verdad es que el resultado es espectacular. Me sienta muy bien esta combinación. Es sobria, pero tiene ese punto arriesgado que va a juego con mi nueva yo.

Mel quedó en pasar a recogerme. Pensaba decirle a Marc que me llevara, pero después de lo de esta mañana creo que lo mejor es mantener las distancias, y dicho esto, confieso que lo que quiero es que se quede mudo cuando me vea.

—¡Estás preciosa, Vega! —la sonrisa con la que me recibe mi *rubiamiga* es símbolo de lo bien que se siente.

—¡Estás radiante Mel! —le contesto con la misma sinceridad que ella me dedica a mí segundos antes.

—Es el amor —afirma.

—Y el buen sexo —apostillo.

—También —finaliza sonriente.

—Me alegra mucho que te hayas lanzado a la piscina. Sé lo mal que lo pasaste con aquel chico antes de venirte a Barcelona, desde entonces te encerraste y te centraste en ti misma. Ahora mismo, pareces otra.

—Jordi es muy bueno conmigo, me lo paso genial, me trata bien, es atento, cariñoso y alegre. No puedo pedir más. ¿Y Marc? —pregunta haciéndose la inocente.

—En su casa, me imagino, esta mañana me lo crucé y me dijo que tenía una cita con una de sus amigas —se me contrae el estómago solo de pensarlo.

—Muy en su línea. El eterno soltero.

—El eterno picaflor —sentencio.

Y me jode, me jode mucho tener que decir esto. Marc es una persona increíble. Sabe escuchar, aconsejar y es un amigo estupendo. Es cariñoso y atento. Aún recuerdo cómo me sujetó el pelo cuando estaba echando hasta la primera papilla, y la forma en la que me cuidó la mañana siguiente. El orgasmo que me dio también está muy bien recordarlo.

Es su forma de enfrentarse a la vida, está claro. Hay personas que prefieren encerrarse en un momento determinado y ser ellas mismas, tener su espacio y su tiempo, concederse la oportunidad de vivir intensamente cada experiencia. Otras, en cambio, son capaces de empezar de cero, olvidar o dejar de lado el dolor del desamor y entregarse de nuevo.

Yo no sé en qué punto me encuentro. Una parte de mí, quiere vivir intensamente lo que me depare el destino, pero otra me dice que es mi momento, que no hay cabida para nadie.

No puedo mentirme, ni mentir a los demás. Marc es todo un crucigrama para mí. Si me hubieran dicho hace semanas que conocería a un chico que volvería del revés mi vida y el planteamiento de la misma, no me lo habría creído.

Fui yo la que le dijo que quería ser su *follamiga*, que no buscaba más que eso, pero confieso que me cuesta pensar que Marc siga haciendo su vida

con normalidad. Quizás, yo debería hacer lo mismo. No hemos establecido ningún término de exclusividad, está claro que él lo hace, es decir, que sigue con sus juegos, con su vida. ¿Por qué no hacerlo yo también? Sí, eso estaría bien. La voz de mi conciencia me dice muy alto que no puedo hacerlo, tendré que acallarla con Martinis.

—La bebida es gratis, ¿no?

—No bebas tanto como la otra vez, Marc estaba preocupado por ti —me reprende Mel.

—Él no se preocupa por nadie —le digo escéptica.

—No digas eso Vega, no sabes nada. Me llamó de madrugada para contarme lo que había pasado, estaba preocupado, te lo digo de verdad.

Me sorprende la confesión de mi amiga.

—¿Y por qué no me habías dicho nada antes?

—Porque tampoco creí que te interesara. Veo que sí —me suelta una mirada suspicaz, como si supiera lo que me sucede—. Te gusta, ¿no es así?

—¿Qué? ¿Otra vez con eso?

—No me respondes, eso es un sí.

—Eso es un «estoy cansada de que hagas de psicóloga conmigo».

—Tú sabrás. Yo te digo lo que veo, Vega.

—Lo que tienes que ver es la carretera, Mel y dejar de hacerte ilusiones. No busques traje de madrina, que te veo venir.

—Deja que se lo cuente a Leo —añade.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho? —inquiero molesta.

—No, y no me interesan ni tus mentiras ni tus excusas. Te conozco hace mucho.

Por suerte, llegamos a nuestro destino, con lo que, tras dejarle las llaves al aparcacoches, Mel da por finalizada la sesión de preguntas retóricas y me deja tranquila.

—Tengo que ir a poner orden y que todo esté tal y como he pedido. Jordi llegará en un momento y Marc habrá llegado ya.

—Te brillan los ojitos, Mel.

Mi amiga me hace una señora peineta y se va. No pensabas que te ibas a ir de rositas, ¿no?

Decido acercarme a la barra a pedir. Acabamos de llegar, pero hay muchas personas ya por aquí. Los eventos que organiza mi amiga son perfectos. La originalidad y la forma que tiene de que se cumplan los objetivos me sorprende de manera pasmosa. Le auguro muchísimos éxitos, es buena en lo que hace.

—Un Martini —le pido al camarero.

Se va tras mostrarme una perfecta hilera de dientes blancos y yo aprovecho para observar de nuevo la terraza del hotel en el que nos encontramos hoy.

Me giro, dejando apoyado mis codos en la barra.

—Lástima que no hayan butacas, me encantaría sentarme contigo e invitarte a una copa —no reconozco la voz que me propone tal cosa.

Me giro con la intención de contestarle alguna barbaridad, pues confianzas conmigo las justas pero me quedo de piedra cuando veo a mi lado a un espécimen como este. ¿Los fabrican a medida?

—Mi nombre es Nacho —me tiende la mano a modo de presentación.

—Vega —respondo escueta, presa de los nervios.

—Bonito nombre. Y dime, Vega, ¿qué hace una mujer como tú en un lugar como este?

—Beber gratis no es una respuesta adecuada, ¿verdad?

Nacho, el tremendo hombre que tengo al lado, se ríe y me muestra una sonrisa Profiden —mejor que la del camarero—.

—No es la respuesta que esperaba, pero me vale.

El camarero me deja el Martini en la barra y Nacho lo sujeta entre los dedos y me lo tiende.

—Gracias —murmullo.

Siento una mirada puesta en mí, el vello de la nuca se me eriza y me doy la vuelta en busca de quien provoca tal sensación. No me hace falta mucho para saber que es él.

Una parte de mí, la sinvergüenza, se alegra de que me esté mirando

mientras estoy acompañada de Nacho.

«Te lo dije» susurro sin palabras, disimulando al llevarme la cañita a los labios.

Marc frunce el ceño y clava la mirada en mi acompañante. Yo me giro y vuelvo a centrarme en la conversación.

—Y dime Nacho, ¿qué hace un hombre como tú en un lugar como este? —bromeo repitiendo sus palabras.

—Me ha invitado uno de los socios que organizan el evento.

—¿Eres abogado?

—No —niega con la cabeza—, soy piloto.

Vaya, vaya, la cosa mejora.

—¿Me harás descuentos en los vuelos?

—¿A dónde te gustaría que te llevara? —pregunta flirteando.

—Mmmmm, déjame pensar —me estoy haciendo la interesante.

Me giro de nuevo en busca de Marc. Lo veo plantado en el mismo sitio donde estaba hace unos minutos, sin apartar la vista de mí. No logro descifrar su mirada, pero su ceño fruncido, su rictus serio y sus labios apretados me dicen que está molesto.

—Donde tú quieras —concluyo mirando hacia Marc mientras rozo ligeramente el brazo de mi acompañante.

Lo veo recorrer la distancia que nos separa con grandes zancadas y colocarse a mi lado.

—Buenas noches —musita con voz aguda.

—Hola, Marc —respondo educada.

Mi acompañante le tiende la mano, igual de cortés que yo.

—¿Eres el fotógrafo? —le pregunta Nacho.

Yo sigo dando pequeños sorbos a mi copa, esto me resulta muy divertido, la verdad.

—Sí —responde Marc escueto.

—¡Sácame una foto con esta preciosidad! —le pide.

Puede que sean alucinaciones mías, pero a Marc le va a salir humo

por las orejas. Me coloco al lado de Nacho, que se ha puesto en pie y éste me sujeta por la cintura, acortando la distancia que nos separa.

—Claro —responde Marc.

Ambos sonreímos y nos saca una foto.

—Gracias —le dice Nacho.

—Vega, ¿podemos hablar un momento? —me pide con una sonrisa forzada.

—Claro —respondo—. Ahora vuelvo Nacho, no te vayas —le digo coqueta.

En realidad, está muy bueno, pero a mi quien me pone mala es Marc, aunque no se lo pienso confesar.

—¿Qué haces? —me pregunta mosqueado.

—Nada. Hablar y tomarme una copa, ¿acaso no puedo?

Marc aprieta los puños a ambos lados de su cintura y yo decido hacerme la loca ante este gesto.

—¿Te lo estás pasando bien con ese? —no me quita la mirada de encima ni un segundo.

—¿Te lo pasaste bien tú esta mañana con tu amiguita? —perfecto Vega, no querías que se notara tu retintín, pues lo has bordado chata.

Una sonrisa de lo más impertinente asoma en su boca.

—Mucho —responde escueto.

—Pues esta que está aquí —le digo señalando mi cuerpo y figura—, se lo piensa pasar igual de bien esta noche.

—¿Con él?

—No lo dudes.

Me doy la vuelta para ir directa a donde está Nacho, que no pierde la vista de nuestra escena. No me da tiempo a irme porque Marc me sujeta por la muñeca y me atrae de nuevo hacia él. Choco contra su pecho —ese perfecto, moreno, macizo y esculpido pecho, lo he dicho mil veces, ¿no?—, me alza la barbilla y nuestras miradas conectan.

—Vega —dice apretándose un poco más a mí. Mis piernas comienzan a tornarse de gelatina, ¿a quién pretendo engañar?— no te olvides

que el que te vuelve loca, el que te hace querer más, gemir de placer y rogar por un par de nalgadas, soy yo. Ese chico que ves ahí —no hace el amago de mirarlo y yo tampoco— no me llega a la suela de los zapatos.

Y dicho esto, se va. Me invade una sensación de soledad, necesito su contacto.

Me disculpo con Nacho y me voy un momento al servicio.

—¿Qué ha pasado? —mi amiga interrumpe mi recorrido y se planta frente a mí. Decido hacerle un breve resumen de lo sucedido—. Eso que he visto yo ahora, Vega, se llaman celos.

—No digas chorradas, lo que pasa es que está picado porque creía que yo estaba rendida a sus pies, que es suficiente con chasquear sus dedos y ya me tiene sin bragas.

—¿Y no es así?

—Claro que no. Yo puedo follar con quien quiera, no solo con él.

—¿Cuántas veces habéis follado?

—Una —eso ella ya lo sabe.

Apoya el peso sobre una pierna y comienza a moverla insistentemente.

—No me mientas Vega.

—Dos —finalizo—. Y es verdad. Lo que pasa es que el último polvo vale por quince. Es un empotrador nato, un Dios del sexo, un macho alfa...

—Vale —me interrumpe Mel— suficiente.

—¿No querías saberlo? Ahora no te pongas remilgosa.

—Te vas a enamorar de él. Si no lo estás ya.

—No me voy a enamorar de él. Un chico como él no es bueno para mí.

—Marc es pura fachada. Jordi dice que lo ha pasado mal.

—Yo necesito a alguien que me quiera a mí y solo a mí, como única opción. Y eso él no me lo puede dar.

—Para ser psicóloga, crees bastante poco en las personas.

—No me jodas Mel, yo creo en las personas, pero Marc se encarga

cada dos putos minutos de recordarme que huye de los compromisos, que no quiere nada serio, que lo suyo es follar y se acabó.

—Sí, Vega, pero a veces, llega una persona que trastoca tu vida y se cuele sin más. Y te planteas cosas.

—Perfecto. Pero eso a Marc no le va a pasar. No estoy dispuesta a poner mi ilusión en él. Ni siquiera sé si estoy dispuesta a poner mi ilusión en alguien.

—Date un tiempo, es pronto para pensar en nada. Eso llega, simplemente llega —sentencia mi amiga.

Y por tercera vez en el día, alguien se da la vuelta y se va.

Paso el resto de la noche con Nacho, que resulta ser un tipo de lo más interesante. Me cuenta miles de anécdotas sobre los viajes que ha realizado y las locuras de algunos de los pasajeros.

—Hubo una vez, en un vuelo interoceánico, con dirección a Japón, en el que un grupo de españoles no paraban de hablar como si fueran japoneses de verdad, todo lo decían con la «l», ya sabes: «quiele la señolita salir a cenal una noche conmigol».

No pude contener la risa.

—Es la forma más absurda en la que me han pedido una cita —me burlo.

—Confieso que es la forma más absurda en la que he pedido una cita —murmulla.

Miro a Marc mientras me llevo una copa a los labios. Lo veo apoyado sobre la barandilla de la terraza, fuera, al aire libre, y no puedo evitar sentir cierta culpabilidad. Está concentrado sacando una foto al cielo, que esta noche está precioso, la luna ilumina el cielo en todo su esplendor, marcando el ritmo de la noche.

—Discúlpame un momento, Nacho.

—Aquí te espero, preciosa —dice guiñándome un ojo.

Quizás no debería acercarme a él, mantener las distancias, mantenernos alejados, no por él, por mí, por evitar compartir esa intimidad que nos envuelve cuando estamos juntos, cuando conversamos, bromeamos, o... ¿por qué no? cuando follamos —¿suena vulgar? Pues da igual, porque es

real, es peor utilizar la palabra copular y del diccionario forma parte así que...—. Chica buena se enamora de chico malo, título digno de un libro. Chica buena acaba destrozada porque chico malo huye del compromiso, titular digno de una revista si a eso le sumamos diez formas de superarlo. No hagáis caso a los consejos de esas revistas de pacotilla, los consejos son paja, es decir, no funcionan, están muy bien en la teoría pero en la práctica resulta que lo que necesitas es pasar el duelo, llorar y encontrarte. Fin. No hay más.

Soy bastante consciente de los pasos que voy dando en su dirección. El sublime olor que lo caracteriza me hace cerrar los ojos e inspirar profundamente, no sé bien el motivo, pero me hace sentir bien, en paz.

—Dicen que la luna llena nunca duerme. Un joven, de escasa edad, llamado por una fuerza desconocida decidió descender por la ventana de su casa y adentrarse en el bosque. A lo alto, la luna enmarcaba el cielo de manera sugerente con ese brillo intenso que nubla el resto de los satélites. Sus pies se movían sin control guiados por un embrujo desconocido. Conocía perfectamente el camino, pero él solía hacerlo por el día, con su hermana pequeña. Estaban en pleno mes de agosto, por lo que el suelo en sus pies, lejos de resultar incómodo, era como un bálsamo para su piel que se encontraba sumida en una vorágine de sensaciones ardientes. No sabía si lo que sentía era producto de su mente o si era el resultado de haber comido más pavo del que su estómago era capaz de procesar, pero a pesar de todo, no podía parar.

Marc no dejaba de mirarme. Ahora se encuentra frente a mí, con su cámara apuntándome y simplemente, permitiéndome hablar.

—Recorrió los escasos metros que le separaban del río. Rozó el último tronco del árbol que había antes de llegar al claro y la vio. Sentada, con las rodillas sumergidas en el agua cristalina. El reflejo de la luna intensificaba su precioso pelo rubio, visto desde su posición podía pasar perfectamente por un ángel. Quizás lo fuese. El reflejo de la luna incidía en el agua, esparciendo una estela hasta llegar a la orilla. Ella pudo notar su presencia, pero se conformó con girar la cabeza, observarlo desde la distancia y como si no fuera nadie, volver a centrar su atención en los pequeños movimientos de sus piernas en el agua.

Se quedó maravillado con esa chica, hasta tal punto que sus pies volvieron a caminar solos, recorriendo la distancia que les separaba. Tomó asiento a su lado, se observaron intensamente y sus manos se tocaron, una

caricia íntima, que fue suficiente para sentirse en casa, para saber que el destino de cada uno estaba ligado. Pasaron horas juntos, sin decir palabra, pero en realidad no hizo falta, lo que sentían, lo sabían.

Sin previo aviso, la chica lo besó, se puso en pie, tocó su pelo y se marchó.

La leyenda cuenta, que cada luna llena, esa pareja de enamorados se reencuentra, se hablan sin palabras y se quieren sin reparos. Su amor es igual de eterno que la luna, igual de incansable que su luz, igual de perpetuo que su brillo.

Mis ojos y los suyos se encuentran, Marc me acaricia la mejilla suavemente. Me gustaría pensar, que con esa caricia quiere hablarme sin palabras y que me quiere decir cosas que no sé si quiero oír, o quiero admitir, o de las que quiero ser consciente.

—Una historia preciosa —su mano ahora ha descendido y se queda anclada en mi cuello, hace círculos con el pulgar, mi piel se eriza sin remedio.

—Esta historia me la contaba mi madre, es de mis favoritas.

—Pero no termina bien —susurra sin apartar su mirada de la mía.

—Te equivocas, sí termina bien, porque...

—Porque al final es mejor amar, aunque sea en la distancia, que no amar —me corta Marc.

—Exacto —musito perdida en sus ojos color miel.

—Eres una romántica, Vega. No todas las historias tienen su final feliz.

—Es cierto —apunto—, pero a veces, el final depende de nosotros, de querer arriesgarnos, apostar por lo que venga, subirnos al tren y decidir vivir.

No sé si lo digo por él, por mí misma, por Leo, por mi padre, o por todos los que nos encontramos o nos hemos encontrado alguna vez atrapados entre el mar de dudas.

—No hay nada peor que no haber apostado por nuestro corazón, Marc.

Y sin más, me voy, en esta ocasión soy yo la que deja a alguien con

la palabra en la boca.

CAPÍTULO 13

CONCIENCIA, ¿PARA QUÉ TE QUIERO?

Me dirijo al baño, necesito refrescarme un poco.

El hecho de haberle contado una de esas mágicas historias que mi madre me narraba; mi favorita, compartirla con él y poner, en parte, cartas sobre la mesa, es más de lo que puedo soportar.

Puede que sea el momento de confesar que Marc es muy amigo; sí, que le tengo cariño; sí, pero que quiero más, eso también. Y ahí está el jodido problema, mi guerra mundial interna. «*Vega, Vega, Vega... ¿cuántas veces hemos hablado de que Marc es inaccesible y que ibas a acabar jodida? Pues ale, vas rodando y sin freno*». Y esa es mi puñetera voz de la conciencia, que mejor se calla porque cuando tiene que ayudar, no ayuda y cuando tiene que joder, está la primera.

Me mojo la nuca, más por inercia que por calor, pero el contacto con el agua fría me calma. Me seco las manos y me quedo apoyada en el mármol.

No sé bien cómo enfrentarme a todo esto, a mí misma y a él. Quizás juego con cierta ventaja porque no le he mostrado en ningún momento mi dilema interno. «*¿Vuelves a engañarte? Muy bien Vega, lo haces de puñetera pena, porque sabes tan bien como yo, que hay cosas de las que no se pueden huir, ¡eres psicóloga!*» Y ahí está de nuevo mi amiga sin nombre, la más puñetera de todas, lástima que no pueda regalarla.

Oigo pasos que se acercan, me incorporo y saco mi barra de labios. Es momento de volver a disimular porque si es Mel la que me pilla en esta guisa, sacará conclusiones por sí misma y empezará a buscar pamelita para la boda, no digo más. Comienzo a perfilarme los labios cuando veo que se abre la puerta de forma brusca.

A través del cristal observo su imponente figura, vestido con un pantalón negro que se ajusta a la perfección a sus musculosas piernas, su americana gris y esa camisa blanca que le sienta como un guante. No entiendo cómo puede estar siempre tan guapo, con esa aura de sexualidad que irradia por todos y cada uno de los poros de su piel y ese olor... huele a

fresco, a limpio, a casa.

—Te estaba buscando —susurra tras cerrar la puerta.

Permanece apoyado en ella, con ambas manos colocadas tras la espalda y la pierna derecha cruzada delante de la izquierda. Continúo repasándome el carmín, sin perder detalle de lo erótico de su posición.

—Pues ya me has encontrado —respondo antes de unir mis labios y moverlos para que el color se extienda de manera homogénea.

—Vega...

Lo pronuncia con una voz tan suave que no se si lo dice para llamarme o para sí mismo.

—¿Qué? —respondo seca.

No me ha hecho nada, no tiene culpa de nada, pero soy yo y mis fantasmas, mis miedos, las piedras de mi mochila, esas que me pesan de sobremanera. Es el momento de parar todo, de cerrar la rendija de esta puerta que no me lleva más que a un largo y agónico pasillo sin salida.

—Antes tenías razón. Es mejor vivir y arriesgarse, pero yo, Vega, ya no creo en cuentos de hadas, no creo en príncipes que salvan princesas o en guerreros de armaduras brillantes que luchan por un imposible. No todos tenemos un final feliz, Vega.

—Tienes razón —le digo mientras me siento en el mármol—, y es así. Mírame a mí. Caí, sin más. Aún a día de hoy, no sé si estuve o estoy enamorada de Fran.

Marc recrudece el gesto ante mi comentario, coloca ambas manos a los lados de las caderas y las aprieta fuertemente.

—¿Sabes tú si sigues enamorada de esa chica que tanto te marcó?

—No puedo estar enamorado de alguien que no me quiso —sentencia, tosco.

—Te equivocas —le rebato—, porque en el amor no manda nadie, a veces nos enamoramos de quien no queremos, a pesar de no tener derecho a ser correspondidos.

—¿Por qué eres tan complicada, Vega?

—¿Por qué eres tan inaccesible, Marc?

—No soy inaccesible, me protejo. Elegí mi forma de vivir y estoy cómodo con ella...

—Sí, ya se lo que me vas a decir, «y no miento a nadie, soy sincero y saben lo que pueden esperar de mí» —finalizo imitando su voz.

—Pero tú, Vega, tú me haces replantearme todo mi mundo.

Abro la boca ante su confesión, no me esperaba para nada que Marc pudiese decirme algún día algo así. Suena sincero, cercano. Suena asustado.

—¿A qué tienes miedo? —lo pregunto sin pensar, las palabras brotan de mi boca sin ser consciente del efecto que pueden tener sobre él.

—Tengo miedo a perderte —finaliza.

Y ahí, me quedo sin esquemas. Yo, la chica de manual, la psicóloga que siempre tiene preguntas y respuestas, la que se arriesga, apuesta, pierde y gana, la que lucha, la que cree en la bondad de las personas, en el cambio de las mismas, esta Vega, se queda sin palabras.

Me incorporo de un salto y me acerco a la puerta donde Marc sigue apoyado. Y lo abrazo, lo envuelvo entre mis brazos y le demuestro sin palabras que puede contar conmigo, que soy humana y él también lo es, que no es malo equivocarse si después sabemos reconocerlo y cambiar.

—Vega, yo no...

—Shhh —le chisto—, hay palabras que no deben ser pronunciadas, hay sentimientos que deben ser vividos y hay fracasos que valen la pena.

Alzo la mirada y lo veo, le brillan los ojos por la emoción.

—Eres de carne y hueso Marc, no lo olvides —le digo apoyando la cara en su pecho de nuevo.

Coloca sus dedos en mi mandíbula y me alza la cabeza, de nuevo toda esa aura nos envuelve, nos dice bajito que estamos donde debemos estar.

—Bésame —le ruego hipnotizada.

—Bésame tú, Vega —me pide.

Y nos besamos con premura, con pasión y con algo más que no sabemos, que no queremos saber. Nos saboreamos. Su lengua recorre despacio mi labio inferior y tiemblo de deseo.

—Nunca jamás —me dice separándose de mí— me he sentido tan bien estando con alguien.

Quisiera interpretar lo que me dice de otra manera, quizás otra persona lo hiciera, pero yo no. Conozco a Marc desde hace un mes, pero el tiempo es relativo en cuanto a personas se refiere. Un mes ha sido más que suficiente para entender su forma de ser, su forma de pensar, de comportarse. Y ahora mismo, Marc quiere decir exactamente lo que me está diciendo, ¿cómo lo sé? Porque yo me siento exactamente igual.

Su boca vuelve a buscar la mía y sus manos se anclan en mis caderas, presionándome contra él. Siempre igual, siempre fundiendo nuestros cuerpos, evitando que el aire se interponga entre nosotros, porque hasta eso nos sobra.

—Eres hermosa, Vega.

—Tú sí que estás bueno —le suelto.

Probablemente no quiera admitir que se está formando una intimidad abrumadora entre nosotros. Nos hablamos y comunicamos, pero nuestro lenguaje no verbal también dice mucho de lo que somos. Y quizás es por eso por lo que es mejor tomarse determinadas cosas a broma, prevenir el daño. Curarnos en salud.

Sus manos comienzan a descender, subiendo mi falda. Sus dedos tocan la piel de mis muslos y me enciende por completo. Con Marc, es así, puro fuego.

—Viene alguien —me dice haciendo que vuelva a la realidad—. Ven —tira de mí y nos metemos dentro de un cubículo—. Están limpios —susurra mientras me sienta en el wáter —que gracias a Dios tiene la tapa bajada—.

Las voces se hacen más intensas y nos damos cuenta de que unas chicas acaban de entrar en el baño.

—¿Has visto al fotógrafo? —dice una.

Enarco una ceja y miro a Marc que sonrío ladino. Satisfecho con lo que probablemente vaya a decir la chica.

«No te lo creas tanto» susurro para que no me oigan las chicas que están fuera.

—Sí, ufffff, está como quiere, yo podría regularle el objetivo de la cámara —se burla una.

Yo comienzo a sentir esa quemazón en la boca del estómago. Celos, los llaman, sí.

—Tú lo que quieres no es regularle el objetivo —bromea la otra.

—Por supuesto que no. Yo tengo en mente otro objetivo. Ese chico tiene que ser el Dios del sexo.

Marc está encantado con lo que escucha, su ego sube por momentos. Pongo los ojos en blanco en respuesta y él ensancha su sonrisa.

—Capullo —le suelto.

—¿Celosa? —me rebate.

Niego con la cabeza y me cruzo de brazos. No aguanto más, me levanto con la intención de salir y dejarlo ahí.

—Ahí fuera tienes dos lobas que te quieren comer como un cordero, aquí no pinto nada.

Mi cabreo crece, estoy enfadada y no debería estarlo, pero no lo puedo evitar. Me levanto, pero Marc no me lo permite, me sujeta por los hombros y me sienta.

Las chicas ni se enteran porque siguen con su discurso sobre las cosas que le harían al fotógrafo y cómo piensan acercarse a él sutilmente. ¡Malditas bastardas!

«Es tu culpa, que tampoco te decides y juegas al gato y al ratón, si hasta la vecina del tercero te lo dice» ¿Otra vez? Más vale que te calles, molestas como un grano en el culo, ¿te lo han dicho? «No». ¡Pues ya lo sabes!

Marc me observa fijamente, mientras comienza a desabrocharse el pantalón. Ahora he perdido el poco raciocinio que me queda y ya no quiero irme. Acaricia el botón y comienza a bajar la cremallera suavemente, mientras me observa, sin perder detalle de la escena. Unos calzoncillos Calvin Klein aparecen y comienzo a salivar ante la expectativa de lo que esconden.

—Resulta —murmulla con ese tono de voz tan sexy que me hace estar al borde del abismo— que esas lobas de ahí fuera ahora mismo no me interesan en absoluto.

—¿No? —pregunto hechizada.

—No —sentencia firme.

Se baja el bóxer y ante mí aparece su polla, esa anaconda que me vuelve loca de placer. Marc sonrío satisfecho, probablemente porque debo parecer extasiada ante su imponente imagen. No creo que haya visto nada más sexy y erótico en toda mi vida.

—Abre la boca —me pide.

Niego con la cabeza.

Jugar sabemos los dos.

Marc se agacha y me besa fuerte y posesivo. Se separa de mí brusco, dejando que esa sensación de abandono me asole.

—Abre la boca —vuelve a pedirme.

—No.

Repite el mismo gesto, pero esta vez, me levanta y me sube el vestido, vuelve a obligarme a tomar asiento y me abre las piernas, mientras su lengua recorre mi boca.

—No te he tocado —susurra—, pero puedo notar lo mojada que estás. Ahora, abre la boca —suena autoritario y a mí me encanta que lo sea.

Pasea su pulgar por mis labios. No sabía que un hombre que tome el control pudiese tener el efecto que tiene sobre mí. Estoy al límite y él es perfectamente consciente.

Y decido dejar de jugar y abrir la boca porque es lo que llevo queriendo hacer desde hace tiempo, desde que lo vi por primera vez, desde que me imaginé su polla caliente, palpitando por mí, desde que me lo pidió hace escasos minutos.

Aparta los dedos de mis labios y acerca la polla a mi boca, comienza a hacer el mismo recorrido que anteriormente hizo con los dedos, suave, deleitándose en mi expectación, aumentando mis ansias por él. Intento comérmela, introducirla dentro de mi cavidad, pero ahora es él quien juega conmigo porque no me lo permite. Se aparta, me besa y vuelve a acercarme la polla a los labios, comenzando de nuevo con mi delirio.

—No puedo más —le ruego.

—¿Qué quieres? —me pregunta arrogante.

—A ti —respondo sumida en una vorágine de placer y deseo.

—Abre la boca —me exige.

Y sin más dilación, me introduce la polla en mi boca. Las sensaciones que me despierta son cada vez más exquisitas. No he probado jamás las drogas, y no creo que lo haga, pero puedo afirmar que lo que me despierta, lo que me hace sentir, es muy parecido a lo que puede sentir alguien que sí lo ha hecho. La necesidad de más, de que no pare. En este momento, no quiero misericordia, lo quiero todo. Todo.

Oigo sus roncós gemidos. No sé siquiera si esas chicas siguen ahí fuera, y ¿para qué mentir? ¡Me da igual! Ahora mismo es mío, en todo su esplendor.

—¡Joder, Vega! Qué boquita tienes.

Su mirada se cruza con la mía, mientras succiono sin parar. No quiero perder detalle de lo que despierto en él.

—¿Quieres que siga? —le pregunto coqueta.

No me responde, vuelve a acercarme la polla a la boca y a introducirla sin pensarlo. Sus caderas comienzan a balancearse y cada vez llega más profundo. Casi no soy capaz de contener las arcadas que me provocan sus embestidas.

—¡Oh Dios! Me tienes al límite.

Y eso dispara mi lado más animal.

Le sujeto la polla con la mano derecha y comienzo a succionar con más ímpetu. Acompaso mi boca a los movimientos de mi mano y Marc se apoya en la pared, está fuera de control, casi como yo.

—No puedo más, Vega. Si no quieres que termine...

—¡Córrete! —lo digo muy rápido, para no perder el ritmo y continuar con el placer que sé que le estoy proporcionando.

Y sin más, me obedece. El sabor salado de su semen invade mis papilas gustativas. Trago sin parar, saboreando hasta la última gota.

Puede que, en otras ocasiones, esto me hubiese resultado violento o quizás fuera de lugar. Pero con Marc... con él es sencillamente perfecto. Lo más vulgar, se convierte en lo más morboso y excitante que jamás me haya ocurrido.

—¡Ha sido la mejor mamada que me hayan hecho jamás! —exclama con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—Me lo tomaré como un halago —sonríe victoriosa.

—Lo es —me dice volviendo a acariciarme los labios con el pulgar.

Veo cómo se sube la ropa interior y los pantalones, se abotona la chaqueta y se pasa la mano por su despeinado pelo.

—Sí, tienes cara de recién follado.

—O recién mamado, según se mire. Muchas gracias, ahora si me disculpas.

Se gira, quita el cerrojo y agarra el mango de la puerta para irse.

—¿Qué? —pregunto indignada—. ¿Dónde crees que vas?

—Soy el fotógrafo —me dice chulo—. Además, hay unas lomas que me esperan.

—¡Cabronazo!

No sé si lo ha escuchado o no, pero el nivel de cabreo que llevo encima es máximo. ¿Se corre y se va? ¡Qué clase de gilipollas se cree que es!

«¡Se lo pusiste en bandeja, chata! Bien que pudiste no abrir la boca»
Oh, ya lo que me faltaba ¡Cállate!

No tengo suficiente con el enfado monumental que tengo como para que mi conciencia, la muy sinvergüenza venga a burlarse.

Lo mejor es recomponerme: me coloco el tanga, me bajo el vestido, me observo en el espejo y me retoco la barra de labios. Bien. Todo bien. Salgo como un vendaval en su busca, próxima meta: cortarle la cabeza. Llevo un calentón encima monumental.

Salgo del baño y me encuentro a Mel apoyada fuera.

—Vaya, vaya, vaya. Ya era hora —inquire.

—¿Hora de qué? —le respondo borde.

—De que salieras de ese baño. Hace nada ha salido Marc, ¿me vas a decir que estabais reponiendo el papel higiénico?

—Mierda. No estoy para sermones Melissa, por favor —mi tono sigue siendo borde, es culpa de mi insatisfacción sexual.

—¿Y se puede saber por qué? ¿No has tenido suficiente ahí dentro?

—¿Cómo sabías qué estábamos haciendo ahí dentro? —le digo imitando su tono acusatorio.

—Estaba buscando a Marc para sacar unas fotos. No lo localizaba y casualmente, a ti tampoco. No hay mucho dónde esconderse. Jordi también me dio pistas así que...

—Vale. Lo admito, no estábamos haciendo crochet precisamente. Pero me ha dejado a medias —confieso abatida.

—¿No me jodas? ¿Se le ha bajado la erección en plena faena?

—Peor.

—¿No se ha empalmado? —pregunta asombrada.

—Peor.

—Vega, no hay nada peor que un tío no se empalme contigo.

—Se la he chupado, se ha corrido y se ha largado sin más.

La cara de asombro de mi amiga es pequeña.

—Cierra la boca Mel, te van a entrar moscas.

Mi amiga arruga el ceño y comienza a reírse, literalmente se está descojonando de mí.

—Ya te vale a ti también —me cruzo de brazos molesta.

—Es super divertido —se desternilla—, Leo se va a descojonar cuando se lo cuente.

Saca el teléfono y comienza a grabar un audio.

—Asquerosa —le digo antes de irme como un ciclón—. ¿Sabes dónde está?

—Con dos chicas lo vi —finaliza mi amiga mientras sigue con su perorata sobre cómo me dejaron compuesta, sin orgasmo y caliente como una plancha de asar.

Si antes estaba enfadada, ahora probablemente tenga dos o tres cabezas brotando de mi cuello.

Salgo a la terraza. En la barra veo apoyado a Nacho, que alza su copa para brindar por mí, muy cortés, pero no me interesa. Vuelvo a hacer un

barrido con la vista, pero no lo veo, me adentro en el grupo de abogados de renombre que ocupan gran parte del espacio y...allí, al fondo está, rodeado de dos chicas, rubias, explosivas y artificiales, algo así como...como una galleta de plástico. Cámara en mano, coqueteo en otra —esto último quizás es fruto de mi cabeza, pero entendedme, no razono con la humedad que tengo entre las piernas—.

Marc alza la cabeza y me mira. Las chicas giran la cabeza y siguen el recorrido de su mirada.

«No vale la pena, Vega. Ir hasta allí y decirle a esas dos chicas que no se empalma, que la tiene pequeña o que es un neandertal en la cama, además de ser mentira, es patético». Puta conciencia, mejor acallarla con un Martini. Es más divertida cuando anda tan borracha como yo. Los consejos por lo menos, son más locos y menos madreros.

Me dirijo a la barra a por el susodicho Martini. En cuanto me lo beba me pienso largar a casa; mi insatisfacción sexual y yo tenemos que hacer algo con ese palpar que no me deja ni pensar.

—Un Martini —le pido al mismo camarero de antes.

—Has vuelto.

Nacho se acerca a mí con esa sonrisa maravillosa que a otras les despierta algo, pero a mí ahora mismo no me hace ni *plin*.

Le devuelvo la sonrisa de la forma menos falsa que puedo, pero creo que queda en un mero intento porque noto que bizqueo y todo. Patética, si es que mi conciencia lo sabe y, en el fondo, yo también.

Me bebo el Martini de un trago bajo la atenta mirada de Nacho que pone los ojos como platos.

—¿Qué? Tenía sed —suelto bastante borde y eso quizás no es lo que pretendía, pero...

—En mi casa hay más, si te apetece —murmulla guiñándome un ojo seductor.

Veamos las opciones.

Opción uno: me voy a casa con este chico al que casi no conozco pero que parece encantador, que me puede conseguir vuelos baratos y que probablemente me dé algún orgasmo que calme mi mal humor y, además

pueda vengarme de Marc, que no tardó nada en correrse e irse con esas dos pelanduscas.

No está mal la opción uno, no, no.

O bien, opción dos: me voy a casa sola, me consuelo sola, me acuesto sola y mañana será otro día.

Lo mires por donde lo mires, lo mejor es la opción uno. *«Es lo mejor, sí, pero tú y yo sabemos que con quien quieres terminar la noche es con aquel morenazo de cuerpo escultural, culo de infarto y olor sublime»* Vale. Hora de mandar a mi conciencia a cagar, qué asco que tenga razón.

Me acerco a Nacho, despacio. Quiero que Marc sea consciente de lo que voy a hacer y que crea lo que le de la real gana.

—Te lo agradezco, pero esta noche, creo que dormiré sola —susurro en su oído.

—Porque quieres —me reta pícaro.

Sonríó y me voy. Tengo que darme una ducha fría.

CAPÍTULO 14

LO QUE MAL EMPIEZA, BIEN ACABA

Al final, creo que he tomado la mejor decisión. ¿Para qué irme a casa con alguien que no me apetece? No soy así. Me encantaría serlo, poder tener ese punto de desconexión con mis sentimientos y mi conciencia e irme con quien me apetezca, cuando me apetezca y hacer lo que me apetezca —cuanto más guarro mejor, y eso se lo debo a Marc, ejem, ejem—.

Lamentablemente, no puedo. Mi yo más profundo marca desde siempre el ritmo. Esto es así, es como una persona golosa: o lo eres, o no lo eres, o te gusta lo salado o no te gusta. O como la misma condición sexual: o te gusta la carne o el pescado. Hablando de carne, tengo que llamar a Leo.

Pillo un taxi y decido intentar hablar con él. Es raro que no me haya llamado después del audio que le envié Melissa.

Un tono, dos tonos, tres y... ¡bingo! Descuelga.

—¡Ay, Mery, Mery, Mery! Que te dejaron sin orgasmo, qué feo está eso.

—¡Cállate, maricón!

Las risas de mi amigo al otro lado me contagian.

—Sabes que eres la única a la que le permito que me llame así —finaliza.

—Sabes que te lo digo de cariño, si alguien osa llamarte así, le cortaré la cabeza, Mery.

—Mery, tú y yo juntas al fin del mundo.

—Y más allá —si lo hay.

—Cuéntame qué ha pasado. Mel me mandó un audio riéndose. Bueno, quizás más bien completamente descojonada por lo que había pasado.

—Seguramente es como te lo dijo Mel.

Aun así, le hago un breve resumen de lo que sucedió en aquellos

lujosos servicios, me guardo algunos detalles, no quiero que el taxista me mire mal y crea cosas que no son.

—Creo que he entendido mal, ¿estás llamando tomate a tu chochete y berenjena a su polla?

—Mery, estoy en un taxi —me excuso.

—Vale, vale. Lo he pillado.

—Espera un momento, Mery.

Finalmente llego a casa, pago la carrera y subo al piso sin mirar atrás. Serán cosas mías, pero creo que el taxista pilló lo que era el tomate y la berenjena, puede que hasta la salsa de mango supiera lo que es. ¡Qué vergüenza más mala!

—Ya estoy, Mery. En casa, sana y salva.

—Y con un calentón del quince —se burla mi amigo.

—No te rías de mí. Yo no lo hice cuando comenzaste con las notitas anónimas —le rebato.

—¡Mentirosa! Fuiste la primera en reírte en mi cara.

—Mejor en tu cara que por detrás —le rebato.

—También es verdad. Bueno, y ¿ahora qué piensas hacer?

—Vengarme —sentencio tenebrosa.

—Mjaaaaa. Sabias palabras.

—Pienso calentarlo, pero tanto, tanto, que la tendrá dura como una piedra durante días.

—Y yo que me lo creo, Mery. A ver, que según tengo entendido este chico te gusta. Bastará una palabra suya para que te abras de piernas.

—¿En serio, Mery? ¡Qué poco confías en mí?!

—No soy yo, lo dice la iglesia. Lo que pasa es que yo lo he adaptado a ti y a tu situación.

—¿Ahora eres católico? —le cuestiono.

—No, pero mi santa madre sí y ya sabes que le encanta que su hijo gay la acompañe a misa los sábados.

—Y tú por hacerle el capricho...

—Pues voy.

—Ahora necesito que me respondas algo, ¿qué ha pasado con nuestro panadero/pastelero particular?

—Ainsss Mery, pues estoy dudando entre pedirle la cita o no, si es que estoy hecho un lio. Hoy volvió a sentarse y desayunar conmigo. Me tiene loco, algo así como Marc a ti.

—Y vuelta la burra al trigo —me quejo—. No me tiene loca, solo me da el mejor sexo de mi vida.

—Sigue engañándote, bonita. Oye, Vega.

—Dime.

—Que quien también estuvo por aquí fue Fran —la voz de mi amigo vuelve a sonar pesadumbrosa.

—¿Y ahora para qué? —pregunto nerviosa.

—Para lo mismo. Vega, te está buscando.

—Tengo que dejarte, Leo. Estoy cansada —me excuso.

—Te llamo mañana.

—Buenas noches —me despido.

—Buenas noches, Vega.

Cada vez que el nombre de Fran aparece en alguna conversación, sea cual sea o venga de donde venga, mi corazón, de manera inconsciente, se resiente. Quiero creer, decir, pensar y transmitir, que es sencillo: una relación termina por el motivo que sea y las personas pasan página sin más. Pero es mentira. Pasas por un proceso de duelo, lloras y te lamentas, te preguntas qué ha sucedido para llegar a este punto, buscas culpables y cuando lo tienes todo claro —o crees tenerlo— sigues sufriendo. Y eso es lo que me pasa con Fran. Yo sigo sin poder entender lo que pasó, si fui yo la culpable o fue él, o quizás Yéssica —«la zorra, perra, asquerosa sin escrúpulos»—. No quiero seguir pasándolo mal, no quiero volver a pasar por determinadas cosas, pero... ¿cómo lo evito? ¿cómo lo hago?

Unos golpes en la puerta me hacen volver a poner los pies en la tierra y dejar de darle vueltas al tema en cuestión. Me dirijo hacia el lugar desde donde proviene el sonido y veo mis zapatos tirados de cualquier manera en la entrada, probablemente entré tan concentrada hablando con Leo que no fui

consciente de habérmelos quitado. Los aparto un poco más con la pierna antes de abrir y... de nuevo, ahí está. Con la mano apoyada en el quicio de la puerta y su frente descansando sobre su muñeca. Me observa con los ojos entrecerrados y su mirada brilla, como hace un rato en el baño. Esa americana gris le sienta de muerte. ¡Por Dios Bendito!

—¿Qué quieres? —cruzo los brazos y coloco mi cuerpo en una actitud defensiva.

—Pasaba por aquí... ¿puedo entrar?

—Iba a tomarme un vaso de leche —me reprendo mentalmente ante el comentario, tan inoportuno como siempre— desnatada —matizo.

Marc sonrío canalla y mis piernas se vuelven gelatina.

—Haz otro para mí —me pide.

Me dirijo a la cocina sin molestarme en cerrar la puerta o en ser cordial e invitarlo a pasar. Ya conoce mi apartamento, no es necesario ponerle una alfombra roja. Sí, sí, sigo mosqueada. Saco dos tazas, las de siempre, un brick de leche y un bote de cola cao. Y tú dirás... ¿para qué leche desnatada si luego le metes cola cao? Pues porque me gusta, punto y final. Lleno ambas tazas y las meto en el microondas bajo su atenta mirada. Ninguno de los dos dice nada.

—Nena...

—¿Nena qué? —me giro mientras saco las tazas y las coloco de un golpe brusco en la encimera.

No me da tiempo a reaccionar, Marc se incorpora, bordea la barra decidido y se planta frente a mí. Me sujeta por la cintura alzándome como si yo pesara lo mismo que un sobre de manzanilla.

Comienza a pasearme las manos por el estómago, sin apartar su mirada de la mía.

—Resulta que estoy hambriento —sensual y caliente, así es como su voz llega a mis oídos— y me apetece algo más que un vaso de leche.

Un gemido escapa de mi boca sin control alguno.

—¿Qu...? ¿Qué te ape... apetece? —estoy nerviosa como nunca. Su contacto, sus dedos recorriendo la tela de mi vestido, su mirada, el calor de su voz, todo altera mis sentidos y turba mi mente.

—Tengo hambre de ti —sentencia.

Me tumba en la barra de la cocina. Oigo cómo caen las tazas y el bote de cacao en polvo al suelo, pero ni siquiera el sonido estridente que resuena en la estancia logran calmar mis ansias de él. Es superior a mí.

Me sube la falda y me coloca las piernas a ambos lados de la barra, dejándome completamente expuesta. No siento vergüenza, al contrario, como siempre me sucede con Marc, me siento en casa.

—Puedo oler tu excitación desde aquí, no te he tocado Vega, pero sé que estás empapada y tú también lo sabes.

Ladeo la cabeza para verlo. Plantado frente a mí, posa las manos en mi centro, y mis nalgas se levantan por inercia.

—¿Te gusta? No hace falta que respondas —me dice— porque esto —murmulla mientras me aparta el tanga hacia un lado y comienza a pasear el dedo corazón por mi coño empapado—, esto me dice todo lo que debo saber.

¡Dios! No sé cuánto podré aguantar este juego de seducción que se trae, que nos traemos.

—¿Creías que te iba a dejar así?

Asiento.

—¿Pensabas que soy tan cabrón como para no terminar lo que he empezado? —me dice mientras continua su dulce tortura.

Vuelvo a asentir.

—Pensaba... ohhh ¡Dios! —exclamo mientras introduce un dedo y comienza a moverlo con un ritmo cadencioso, casi agónico.

—¿Qué pensabas?

—Pensaba que...que...que te ibas a ir con esas chicas —suelto de carrerilla.

Marc para sus movimientos y me observa.

—No pares —le suplico.

—Nena... ¿Cuándo vas a entender...?

—¡Que no pares! —exclamo.

Marc sonrío y reanuda los movimientos.

—Esto nena, esto es para ti, para que sientas lo que sentí en ese baño hace unas horas.

Y sin más dilación, acerca la boca a mi centro y comienza a mover la lengua a un ritmo frenético, mi sexo comienza a palpitar de puro deseo. Si ya podía afirmar que follaba como un Dios, ahora doy fe que esa lengua es maravillosa.

Introduce la lengua en mi coño y después recorre mi clítoris, jugando conmigo.

—¡Dios! —exclamo fuera de mí misma.

Mis caderas se mueven solas. Las embestidas de su lengua son puro placer para mis sentidos. Comienzo a jadear sin control y Marc se da cuenta. Retira las manos de mis caderas y comienza a masturbarme, primero con un dedo, luego introduce otro, mientras la lengua no deja de jugar con mi clítoris.

—No puedo, no puedo...

Empiezo a decirlo de forma inconexa, no tengo control, mi cuerpo ahora mismo no me pertenece, le pertenece a él y a esas maravillosas mariposas que comienzan a formarse en mis pies y que continúan con su cosquilleo a lo largo de mis terminaciones nerviosas.

—Vamos, Vega, córrete para mí, quiero sentir cómo te corres en mi boca.

Y simplemente me dejo ir, sus palabras, la forma en la que me lo pide, me lo exige y me lo ordena, hacen que explote. El orgasmo me asola, me abrasa y me consume. Juraría que estoy volando sin alas.

Su lengua disminuye el ritmo hasta que para. Deposita un cálido beso en mi monte de Venus y se levanta. No sé si tengo fuerza para abrir los ojos, pero lo intento.

—Deliciosa —me dice sensual.

Yo me limito a sonreír.

—¡Eres un sinvergüenza! —bromeo aún con los ojos cerrados.

Y me encanta, pero eso mejor no lo digo. Mejor guardarse algún que otro secreto.

—Eso —digo señalando el estropicio que hay en el suelo—, tendrás

que recogerlo y limpiarlo.

—Por supuesto.

—Y, además, quiero dos tazas nuevas.

—Por supuesto. Pero ahora, nena, te voy a llevar al séptimo cielo — me dice cargándome al hombro como si no pesase nada.

—¡Bájame! —le exijo.

Marc me da una nalgada y me hace reír.

—Tú y tus famosas nalgadas.

—Yo y mis manos maravillosas —susurra mientras me deja caer en la cama.

—Eres demasiado arrogante, ¿no crees?

Se coloca a horcajadas sobre mí y comienza a deslizar la lengua por mi cuello, calentando mi piel a su paso.

—Cuando quieras admitir lo que provoco en ti, seremos los dos más felices.

—Cuando lo admitas tú, lo admitiré yo —le reto.

—Nena, lo que tú haces conmigo, lo que tú despiertas en mí, no se puede explicar. Es pura magia.

Y posa sus labios sobre los míos para volver a llevarme a ese delirio mágico. Sus manos, su piel, todo él, me llevan lejos, tan lejos, que asusta reconocerlo.

Después de una maravillosa noche de sexo, abro los ojos con los rayos de luz que se cuelan por las ventanas, me giro y me doy cuenta de que vuelvo a estar sola.

Marc se quedó a dormir conmigo. Abrazados, como la otra vez y fue...maravilloso.

En su almohada hay una nota

Nena, no creas que he salido huyendo, tenía cosas que hacer con mi hermano y no podía decir que no. Prepárate un buen desayuno y nos vemos luego.

Tu pollito.

Me hace sonreír. Me levanto, me pongo una camiseta larga y me dirijo a la cocina. En realidad, estoy hambrienta.

Marc ha cumplido su palabra porque ha recogido el estropicio de la noche anterior. Observo la barra y los recuerdos vuelven nítidos, ¡jamás podré volver a mirar ese mármol de la misma forma!

En la nevera veo un papel sujeto con dos imanes y vuelvo a sonreír.

Ha sido una noche maravillosa, me encantaría repetirla. Te propongo algo, pasa conmigo los días festivos de Semana Santa. Piénsalo.

Tu pollito.

¿En serio? No es una cita, no vayamos a volvernos locas. Es... es una salida de amigos, sí, eso es.

Busco mi teléfono en la cartera y veo que tengo varios WhatsApp de Leo y de Mel. Voy directamente al número de Marc y le pongo un escueto «sí».

Termino desayunando, con mi leche en un vaso, tras el estropicio de anoche y tirada en el sillón. Tengo unas vacaciones que planear, ¿qué haremos? Quién sabe.

CAPÍTULO 15

ECUACIONES MATEMÁTICAS

Anoche vino Marc a casa de nuevo, me hizo una deliciosa lasaña y vimos una peli. No hubo nada más, coqueteo y burlas, muy en nuestra línea. Terminamos dándonos golpes con los cojines por habernos incordiado.

No se quedó a dormir, puse una excusa barata y no protestó. Está bien que seamos amigos y que podamos compartir muchas cosas, pero también es sano marcar distancia. Yo sigo con el run run de que no es mi tipo de hombre. Su filosofía de vida me parece genial, siempre y cuando no me pille a mí de por medio.

Me he levantado temprano y he venido a la consulta. Hoy tengo cita con Emma. Esta es una semana corta, por lo que no puedo obviar que tengo que atender de manera eficiente a mis pacientes en estos tres días.

Oigo el timbre de la puerta y alzo la vista. Veo a Gonzalo y a Mila tras el cristal, con una bandeja en la mano. Dulces... ¡cómo me conocen!

—Vaya, veo que últimamente pasáis mucho tiempo juntos —digo guiñándoles un ojo.

—Digamos que estamos muy bien así, los dos —responde Gonzalo.

—Y que tenemos muchas cosas en común —añade Mila.

—Me alegro.

—Veníamos a traerte unos dulcitos de esos de naranja que tanto te gustan —Mila es como esa abuela maja que todos queremos tener.

—Y yo agradecida de que me los traigan.

—Os dejo solos, Gonzalo quería decirte algo.

Gonzalo le da un beso en la sien a Mila antes de que ésta se vaya. Al final, resulta que no estuvo tan mal que Gonzalo viniera a verme. Su historia, a pesar de ser tan rocambolesca, resultó ser el nexa de unión con Mila, y eso, lo mire por donde lo mire, es positivo.

—¿Café con leche? —pregunto mientras me dirijo al office—. No

prenderás que hable contigo sin llevarme a la boca este exquisito manjar.

—Café con leche —responde risueño Gonzalo.

Preparo las bebidas y le animo a sentarse.

—Este ambiente es más amistoso, porque creo que lo que me vienes a contar es algo bueno.

—Lo es —murmura—. Virtudes se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? —inquiero asombrada.

—Pues eso. Se fue. Hace unos días.

—¿Pero...?

—Me dijo que su función aquí había acabado, que ya no la necesitaba porque ya no estaba solo.

Así que era eso...

—Creo que ella lo que pretendía era hacerte compañía.

—¿Sabes Vega? En vida nos llevábamos a matar. Estábamos todo el día discutiendo, cuando no era por una cosa era por otra, pero no parábamos. Y ahora resulta, que lo que ella hizo fue salvarme de mí mismo. No supe entenderlo...

—No te pongas triste —le pido agarrando su mano—, es un bonito gesto el que ella tuvo contigo.

—La echo de menos. Qué hipócrita, ¿no? ¿Cómo puedes echar de menos a alguien de quien te querías deshacer?

—En el fondo no querías deshacerte de ella, Gonzalo. Solo querías entender lo que sucedía y que alguien te dijera que no estás loco. Confieso que yo llegué a pensar en tu locura, en que no podía ser cierto y que yo no sería capaz de ayudarte porque lo que tenías no era cosa que me atañera a mí. Te pido perdón.

—Niña, como te dije una vez, todos estamos un poco locos, pero eso es síntoma de que, a su vez, estamos vivos —sentencia dando un trago a su café con leche.

Al final, resulta que la soledad es un sentimiento subjetivo. Todos tenemos mecanismos de defensa contra ella. Unas personas leen o escriben un diario, otras comen o hacen deporte, otras se inventan una vida que no es

real, que es una mera quimera. Y a veces, la mejor de las salidas es la de escuchar una voz conocida que nos aconseja, nos anima y nos pelea, porque todas esas sensaciones que vivimos con nosotros y nuestras voces son reales y nadie, nadie, puede ser juzgado por eso.

—Ven a verme y tráeme dulces —le pido—. Y cuida a Mila, porque vale oro, como tú.

—Gracias, niña.

Cruza la acera y se va en busca de su presente, su pasado ya no es más que eso: pasado.

Vuelvo al office y me termino mi dulce y mi bebida caliente. Marc hace un rato que me ha escrito para saber si esta noche podemos salir a correr. Le he dicho que sí, pero no sé si hago lo correcto. No me tengo que sentir rara porque al final, estoy haciendo caso a lo que me pide el cuerpo. Al fin y al cabo, es mi amigo, ¿no?

—¿Hola?

—Sí —grito—. Estoy en el office.

Emma se acerca. He reconocido su voz.

—Pasa, me acaban de traer unos dulces que están para chuparse los dedos. Siéntate. ¿Quieres beber algo?

—Un vaso de leche, por favor.

—¿Sin café?

Emma niega con la cabeza.

—Yo no podría vivir sin café —le explico mientras le sirvo una taza de leche.

—Yo creía que tampoco hasta que supe que estaba embarazada.

Se me cae la cuchara del azúcar al suelo. De todas las excusas que podía haberme dado sobre consumir o no café, me da la que menos barajé.

—¿Estás...? —miro su barriga de manera instintiva pero no veo nada de nada, ninguna señal de alerta que hubiera podido pasar por alto.

—Estoy.

—Esto es lo que yo llamo un «gabinete ¿de crisis?».

—Lo es.

Le tiendo la taza y el azúcar, después de coger una cuchara limpia, por supuesto.

—¿Me lo quieres contar?

—Eso es lo que me trajo aquí.

—¿Viniste sola?

—Sí. Logré escaparme.

—Tú dirás —le tiendo un trozo de dulce del que ha sobrado y espero que eso le dé suficiente fuerza como para comenzar con su relato.

Cojo papel y boli y estoy dispuesta a comenzar una sesión rara, lo presiento.

—Hace semanas acudimos a un evento de esos que organizaba mi padre y la unidad portuaria. Acudimos toda la familia, incluido Jeff, mi prometido. No, no le quiero, si es lo que me vas a preguntar o lo que te estás preguntando —me quedo muerta—, el caso es que acudimos a ese evento como la familia perfecta que distamos de ser. Mi madre era todo sonrisas, mi padre halagos y mis hermanos tenían una verborrea para entretener a todo el que se acercara. Yo solo quería volver a casa y meterme en la cama. Jeff se comportaba conmigo como el novio perfecto, no se separaba de mí, tanto que me acompañó al servicio cuando intenté evadirme un rato. Por supuesto, yo no sabía que vendría. Mientras me lavaba las manos, entró y cerró la puerta. «Estás preciosa» me dijo. Yo sonreí por pura cortesía, como siempre. Te puedes imaginar lo que sucedió.

—Mantuvisteis relaciones sexuales.

—Efectivamente. Pero ¿cuál es la clave de la historia?

—Mmmm, no lo sé, dímelo tú.

—Mantuvimos relaciones sexuales sin mi consentimiento.

¿Qué?

—¿Qué? ¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo?

—Me metió en uno de esos malditos cubículos y comenzó a tocarme el cuerpo. Yo me negaba, no quería que me tocara, jamás he querido que me tocara porque ni siquiera es una relación con la que yo esté de acuerdo. Mis padres decidieron lo que era bueno y correcto para mí. Para no variar, no contaron conmigo. Jeff es hijo de un acaudalado millonario con mucho poder

dentro del puerto mercantil. Mi padre vio los cielos abiertos ante la posibilidad de que nos uniéramos en matrimonio y yo no supe decir que no. Como siempre, Emma no sabe decir que no. Intenté gritar y pedir ayuda cuando me introdujo la mano entre las piernas «demasiado he aguantado» me decía al oído. Llegó un momento en el que me abstraí, dejé que hiciera conmigo lo que quisiera, total, una persona más jugando conmigo... ¿Qué más daba?

—¿Por qué no dijiste nada?

—¿De qué valdría? ¿Cambiaría en algo mi vida?

Está abatida. Completamente abatida. No es para menos.

—¿Crees que nadie te ayudaría?

—Creo que esto lo verían como un motivo aún mayor para casarme con él.

No puedo permitir que esto suceda.

—¿Quieres que haga algo? No sé, puedo hablar con tu familia, puedo intentar...

—Lo único que quiero es salir adelante, olvidar lo sucedido y este niño, este niño solo me recuerda a lo que sucedió en ese baño. No quiero este niño.

Me encuentro fatal. Noto el malestar que la sacude, lo triste que está y lo agobiada que se encuentra.

—Emma, no voy a convencerte de que hagas nada, pero quiero pedirte un favor. Tómate unos días para reflexionar, ven a verme todos los días y hablamos, no quiero ni que me pagues, solo ven a verme. Buscaremos una solución juntas.

Ella sonríe con los ojos llenos de lágrimas.

—Suena absurdo, pero creo que eres la única persona que no me conoce y me hace sentir bien.

—Porque quiero que te sientas bien.

Arrastro mi silla y me coloco a su lado. Le paso el brazo por encima y la atraigo hacia mí dejando que apoye su cabeza en mi hombro.

—¿Y tu madre? —le pregunto mientras le acaricio el pelo.

—Mi madre piensa que estoy aquí porque estoy agobiada por la situación, por mi futura boda y por banalidades sin importancia.

—Puedo entender cómo te sientes Emma, puedo pensar por lo que estás pasando. Te aseguro que buscaremos una solución juntas.

—No hay solución para mí, Vega.

—Siempre hay una solución. Solo tenemos que querer buscarla, perseguir nuestros sueños es bonito, es necesario. Dime, Emma, ¿cuáles son tus sueños?

Ella emite una triste carcajada, cargada de pena y de rabia.

—Hace años, soñaba con terminar mi carrera y comenzar a trabajar como abogada. Independizarme y buscar mi porvenir, decidir yo lo que quería. Fíjate, me daba igual lo que pensarán mis padres e incluso imaginaba cómo los dejaba con la palabra en la boca.

—Aún estamos a tiempo.

Lo digo en serio, creo que estamos a tiempo, solo tiene que entender que si quiere puede y que es muy capaz de conseguir lo que se proponga.

—¿Qué hay de tus abuelos? —curioso.

—Mis abuelos siguen en Miravet.

—Quizás podrías irte con ellos —sugiero entusiasmada.

—Vaya donde vaya, me encontrarán y me obligarán a cumplir con mi deber. Ya hay fijada una fecha de boda.

—¡Da igual esa maldita boda! — exclamo enfadada—. Lo único que me interesa eres tú y lo que tú quieres hacer.

Emma se levanta apesadumbrada. Sin fuerzas. Sus hombros caídos me lo demuestran.

—Tengo que irme, Vega —me interrumpe.

—No te vayas.

—No puedo estar ausente durante mucho tiempo.

—¿Me prometes que volverás mañana?

—Sí.

Se incorpora y se dirige hacia la puerta. Me siento igual de abatida

que ella.

—¿Emma? —pregunto de pie, al lado de la silla.

Acelero los pasos mientras ella coloca los dedos en torno a la manilla y simplemente me abrazo a su espalda. La rodeo con los brazos mientras ella sigue sin moverse; quieta, estática. Parada allí, sin esperar mi muestra de cariño. Hay abrazos que curan, que sanan, que alivian y regeneran, hay abrazos impersonales y otros, como este, que pretenden transmitir todo el cariño que ella necesita. Puede que no nos conozcamos, que seamos desconocidas, sí, pero sé su mayor secreto, sus dudas y sus miedos y eso, ahora mismo, nos convierte en personas humanas, con sentimientos y frustraciones, con inseguridades. Nos convierte en seres de carne y hueso.

—Piensa en lo que hemos hablado. Piensa en ti, solo en ti, Emma.

Dicho esto, abre la puerta y se va.

Cuánta diferencia hay entre este suceso y el que se produjo entre Marc y yo hace dos días. Lo nuestro fue fuego. No hablo de sentimientos, ni amor, ni nada parecido. No menciono nada que tenga una conexión directa con nuestro corazón o con nuestra forma de ver los sentimientos, solamente hablo de lo que nuestros cuerpos piden y reclaman. Su cuerpo, el de Marc, pedía a gritos lo que el mío podía darle, y viceversa.

En momentos como este, soy mucho más consciente de lo afortunada que soy. Tengo una familia que me quiere, mis padres, mi padre. Unos amigos maravillosos, y a mí misma. Quererse uno mismo también es fundamental. Es imprescindible. El cambio, las mejoras y la evolución de las personas no es cuestión de fulanita o menganita. No. El cambio comienza en uno mismo, en querernos por encima de todo. Recuerdo una frase de la serie «Sex and the city» en la que Samantha le decía a su ¿pareja? —ella no era mucho de parejas, pero definámoslo así en esta ocasión—: Yo te quiero, pero me quiero más.

Y sí, señores, es la pura realidad. Querer al prójimo es maravilloso, la Biblia lo dice por activa y por pasiva —y aclaro que yo de creyente poco tengo—, pero quererse a uno mismo no tiene precio.

Creo que es buen momento para llamar a mi padre. Quedamos en hablar hace unos días y tengo un hueco antes de que llegue Valeria.

La situación en la consulta va mejorando. El cambio comenzó con

Gonzalo, que finalmente no necesitaba ayuda, solo encontrar a alguien que le hiciera sentir menos solo. Tras él, llegó Valeria, que me necesita y estoy dispuesta a ayudarla. Emma... Emma necesita mucho más que yo, necesita de su familia y de ella misma. Con respecto a este tema, tengo que hacer algo, pensaré y meditaré sobre ello con la almohada o quizás en una buena sesión de running que tanto me despeja y me hace coger fuerza.

Estos no son los únicos pacientes con los que cuento, no me está yendo tan mal, a pesar de que tampoco puedo decir que vaya tirando cohetes, pero piedra a piedra se hace la montaña y como ya os he dicho, me gusta ganar y lo que me propongo lo consigo.

—¿Papá?

—Hola cielo, no tengo mucho tiempo, tengo una reunión dentro de diez minutos.

—¿Con el asqueroso de tu jefe? —pregunto jocosa.

—Con ese mismo.

—¿Al final vienes a verme la próxima semana?

—Si no hay cambios de planes, sí, cariño.

—¿Vienes con Carmen? Tengo ganas de conocerla.

—Ella también quiere conocerte a ti, me dice que siempre le cuento historias tuyas pero que no tiene la oportunidad de que seas tú la que se las narre en vivo y en directo.

—¿Haréis algo estos días de vacaciones? —le sonsaco.

—Pues queremos ir a Segovia. Unos días de desconexión nos vendrán bien. ¿Y tú?

—Marc me ha pedido que pase unos días con él.

—¿Tu vecino? —pregunta mi padre con cierto asombro en la voz.

—El mismo.

—¿Qué te traes con él, Vega? —ahora es mi padre el que indaga.

—¿No tenías que irte a una reunión? —bromeo.

—Aún me quedan cinco minutos. No te vas a librar tan fácil, señorita Vega Sanz Prieto.

—Cuando me llamas por mi nombre completo me recuerda a cuando

la liaba de pequeña y sabía que me tocaba castigo.

—No te vayas por los cerros de Úbeda y cuéntame —me exige mi padre.

—Papá, ¿qué quieres que te diga? Pues que me lo paso bien, que somos amigos, vecinos, que me ayuda y poco más.

—¿Solo eso? ¿No me vas a decir nada sexual?

—Papáaaaaaaa, por favor —me llevo la mano a la frente resignada—. Eso también pero no te lo debería contar, me da vergüenza.

—¿Te gusta? —pregunta directo.

—Sí.

—¿Estás enamorada? —pregunta directo de nuevo.

—No.

Porque no lo estoy. No me puedo enamorar de alguien que es como él, que juega cada día con una nueva, que cambia de mujer como de camiseta. No puedo entregarme a alguien que se cansará de mí en cuanto aparezca otro dulce mejor.

—Pues entonces no tienes de qué preocuparte, Vega. Vete a esas vacaciones, pásatelo bien y nos vemos a la vuelta.

—Así lo haré, papá.

—Tengo que dejarte, cielo. Hablamos en unos días.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, cariño.

Quedan poco más de quince minutos para que Valeria venga a verme. Después de la visita de la semana pasada, no tengo ni idea de cómo me la encontraré hoy.

Decido visitar el perfil de Facebook del gabinete y responder varios comentarios de algunos post que he ido colgando.

Últimamente me ha dado por verbalizar ciertas cosas sobre las relaciones de pareja. Terminé un libro hace días donde la protagonista estaba casada pero enamorada de otra persona. Dentro de esos últimos capítulos apoteósicos, el marido de la prota le pedía el divorcio, ¿el motivo? Pues que él sabía que ella no le quería y que estaba locamente enamorada de otra

persona. Y digo yo, ¿en qué vida sucede algo así? ¿Nos reencarnamos y nos volvemos más dóciles y más empáticos? ¿Dónde encontramos un hombre que piense antes en los sentimientos del otro que en los de uno mismo? Y digo hombre, porque en el libro lo hacía un hombre pero que podría perfectamente decir mujer.

Creo, que el ser humano está creado para ser egoísta. Pero voy a tirar una lanza a favor de la humanidad porque, a su vez, también creo que las personas podemos cambiar. Sí, lo creo. Creo que nos equivocamos y a veces incluso hacemos daño, pero de los errores se aprende. Y todos y cada uno podemos aprender. Modificar esas pequeñas cosas que no son del todo «sanas» y pulir nuestro diamante interno.

Y he ahí, donde está mi reflexión de hoy. En mi caso, si yo fuera ese hombre casado con esa mujer enamorada de otro lo haría porque cuando se quiere de verdad, de la manera que sea, se tiene en cuenta los sentimientos del otro. Al fin y al cabo, estar con alguien que no te quiere, ¿de qué sirve? ¿para no estar solo? Siento ser yo quien lo diga, pero... que estés acompañado de alguien, que estés casado con alguien no implica no estar solo, implica que es más fácil engañarse que vivir de forma real.

—Buenos días, Vega.

Alzo la vista del ordenador y ahí me encuentro a Valeria. Parece que tiene mejor cara, o por lo menos, mejor color.

—Buenos días —me incorporo, me acerco a la puerta y cierro.

—Estaría bien tener una secretaria —me anima Val.

—Sí, pero aún tengo que tener más clientes. O que me toque el euromillón, puestos a pedir... Vamos —la animo a acompañarme—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, acabo de desayunar.

Entramos en la consulta y Val, como siempre, se tumba en el diván.

—¿Cómo te encuentras hoy? ¿Qué tal estos días?

—Estoy enfadada. Me siento arisca con todo el mundo. Cualquier estupidez me hace ponerme en guardia.

—Vale. Hemos pasado a la fase dos.

—¿Fase dos?

—Sí. La ira —Val gira la cabeza y me mira taciturna sin entender bien lo que le quiero decir—. ¿Creías que era casualidad? —ella asiente—. Te dije que las rupturas y los desamores pasan por distintas fases.

—Mi rabia es con él. Pero creo que la pago con todo el mundo —se cruza de brazos y se pone en actitud defensiva.

—Antes que nada, quiero que entiendas que todo esto que te sucede es normal.

—Normal será para ti, bonita —me suelta con rabia.

—Me tomaré esto como parte de la terapia —la excuso sonriendo—. Ahora mismo canalizas tus sentimientos a través de la ira, sientes una frustración terrible y tu cuerpo y tu mente reacciona culpando a la otra persona de lo que ha sucedido.

—No lo culpo sin motivo. Lo culpo porque es él quien realmente tiene culpa.

—¿De qué lo culpas? —indago en su frustración, quiero ver qué encuentro.

—Lo culpo por no haber tenido suficiente conmigo.

—¿No te das cuenta de que no puedes exigir a nadie que te quiera de la misma manera que tú le quieres a él?

—Eres muy listilla, según parece.

—Esto tampoco me lo tomaré como algo personal —la corto—. Te puede joder lo que te estoy diciendo, pero quiero que entiendas, que no puedes obligar a nadie, o se quiere o no se quiere.

—¿Pero y por qué no a mí? —pregunta levantándose y poniendo los brazos en jarras.

—Pues porque no eras tú, Val. Probablemente, ahí fuera haya alguien hecho a tu medida, dispuesto a entregarse por ti en cuerpo y alma, pero no era este chico.

Valeria rompe a llorar, desconsolada.

—No voy a poder salir adelante —susurra mientras comienza a hipar.

—Ahora puede parecerle todo muy negro, pero el tiempo es el mejor aliado en la vida. Mi abuela decía, que no hay mal que cien años dure ni

cuerpo que lo resista.

La situación de Valeria se complica debido a la baja autoestima que tiene. El hecho de haber sido la segunda en todo, hace que se sienta inferior.

—Tienes que quererte más Valeria, valorarte, entender que tú puedes con todo.

—Ahora mismo no creo que pueda con mucho —susurra tumbándose de nuevo en el diván.

—¿Qué has hecho de lo que te dije? ¿has empezado alguna actividad nueva?

—No —sentencia.

—¿Sales de casa?

—A trabajar. Lo único que me apetece es tumbarme y no levantarme más.

—Bueno. Te voy a mandar tarea. Quiero que salgas de aquí y vuelvas el miércoles, quiero que me traigas una lista con cosas que te gustaría hacer o aprender y luego buscaremos una que se adapte a ti.

Ella me mira insegura, no sé si piensa que estoy diciendo locuras o si realmente no tiene intención de hacerme caso.

Continuamos hablando un rato más y finalmente se va. La he notado un poco más tranquila pero es inevitable que se sienta así.

Me siento en el office y escucho el timbre.

—Voy —grito para que me oigan. Quizás es poco glamuroso, pero es lenguaje universal, o eso dicen de los gritos.

Salgo y me encuentro a mi vecino allí plantado. Con las manos rodeándose la cara, que se encuentra pegada al cristal.

—¿Qué haces tú por aquí? ¿No trabajas hoy?

—He salido antes, vengo a cumplir una fantasía y follarte en ese diván tan mono que tienes.

¿Qué? ¿Qué alguien me explique cómo en cuestión de segundos logra encenderme por completo?

—Es broma. Bueno, en realidad no es broma, pero no quiero sonar a perverso y acosador.

Me tapo la cara con las manos y suspiro bajito.

—Eres un capullo.

—Si me insultas me voy —me reta—. Mira que venía a desvelarte el lugar al que nos vamos a ir de vacaciones.

Ahora comienzo a aplaudir como una niña pequeña como hizo Mel semanas atrás cuando estábamos plantadas frente a mi edificio.

—Vaya, me voy a poner celoso. Por mí no armas esta fiesta —se cruza de brazos en actitud desafiante. Sus musculosos brazos se marcan perfectamente y me hacen imaginar cómo me levantaba hace poco más de un día y me colocaba sobre la encimera de mi cocina para luego hacer conmigo lo que quiso.

—¿Adónde nos vamos? —omito los detalles calenturientos que se me pasan por la cabeza, en los que aparece él, yo y mi diván.

—No sé si hacerte suplicar un poco —se burla.

—No te pases, eh hh —continuo la broma—. No me hagas tener que sacarte la información con cosquillas.

—Anda. Tú no podrías hacerme cosquillas por más que quisieras.

—¿Eso te crees tú? ¡Yo soy la reina de las cosquillas, siempre le gano a todo el mundo! —asiento satisfecha.

Marc se ríe y se acerca a mí, con una sonrisa sincera en la cara.

—Eres preciosa, Vega, de esas mujeres que quitan el sentido —susurra mientras me acaricia la mejilla.

—Venga, deja de hacerme la pelota y dime a dónde nos vamos. Tengo que saber qué ropa me llevo.

Puede que rompa el momento pero también puede que sea lo mejor.

—Mejor sin ropa, ¿no crees?

—Ya vuelve el Marc chulito y arrogante.

—Tenía que intentarlo —me dice alzando las manos en señal de rendición.

—Venga —le apremio.

—Nos vamos el jueves a primera hora a...tachán, tachán, tachán... Tossa de Mar, en Girona.

—A chino, me suena a chino.

—Es un pequeño pueblo costero. Mis padres tienen una pequeña casa allí. Una hora y media de camino y estaremos en el paraíso.

—No pensarán ir tus padres también, ¿verdad? —lo pregunto con cautela—. Entiéndeme, yo soy un amor y me adorarían, pero no quiero que crean cosas que no son.

—¿Como por ejemplo? —el tono en el que me lo pregunta dista mucho de la broma o la burla, más bien parece enfadado con mi comentario.

—Pues yo que sé, que seamos pareja o que yo sea una de muchas de tus conquistas.

—Vega, no puedo contigo. Te juro que te escapas de todos mis esquemas.

—Explícate —le exijo.

—Mira, déjalo. El jueves por la mañana te recojo sobre las ocho. Ten todo preparado. Lleva ropa de playa y abrigo, allí el tiempo cambia y estamos en abril, con lo cual no sabemos qué encontraremos —me explica y aconseja.

—No te enfades Marc, entiéndeme.

—¿Y quién coño me entiende a mí? —ruge enfadado.

Sale de la consulta mesándose el pelo entre los dedos.

No entiendo nada, ¿pero qué mosca le ha picado?

Cojo mi teléfono y decido llamar a Mel, en estos momentos necesito consejo femenino.

—¿Qué pasa, morena? —me saluda Mel.

—Rubia, ¿dónde estás?

—En casa, ¿por?

—Tengo un hueco libre, te vienes a la consulta y almorzamos juntas. Pago yo.

—Has dicho las palabras mágicas, amiga.

Veinte minutos después, mi amiga entra en el gabinete como es ella: perfecta y radiante.

—¿Qué crema usas? Estás resplandeciente.

—No quieras saberlo —se mofa.

—¡Qué asco! ¿Nos vamos? —pregunto cambiando el tema.

—Cuando quieras.

Cojo mi bolso y nos dirigimos a un lugar de pasta fresca que hay en la Travessera de Gràcia.

—Bueno, ahora que ya estamos aquí sentadas y que vas a pagar el almuerzo, puedes contarme lo que te ha pasado para que los astros se alineen y esto haya sucedido.

—¡Joder, Mel! ¡qué mal pensada eres, ¿acaso tiene que pasar algo para que invite a mi amiga a almorzar? —me sale la vena santa y pongo carita de inocente.

—A mí no me la cueles —finaliza mi amiga.

—Vale —claudico—, me ha pasado algo raro con Marc y no entiendo nada —le relato lo que nos ha sucedido en la consulta bajo la atenta mirada de mi *rubiamiga*, que no interviene ni me interrumpe en ningún momento—. Y eso es todo —finalizo.

—Según como yo lo veo —me dice antes de darle un sorbo a su refresco de naranja—, Marc está sufriendo lo mismo que tú.

—¡Explícame eso!

—Pues que está pillado por ti y no sabe cómo enfrentarse a esta situación.

—¿Estás de coña?

—En absoluto —se lleva un trozo de focacia a la boca y la saborea como si fuera el último alimento disponible en la faz de la tierra.

—Yo no estoy pillada por él.

—Tú lo que estás es cagada de miedo y te entiendo, te lo juro, pero Vega, ¿hasta cuándo? Estáis todo el día jugando al gato y al ratón, follando como conejos en un baño...

—Y luego en mi casa —añado.

Mi amiga arquea su perfecta ceja y me da por perdida.

—Y en tu casa —agrega— y luego estáis cada uno como si nada pasase. ¿Nadie te ha explicado que quien juega con fuego termina

quemándose?

—Eso es lo que tú dices. Pero no le conoces como yo. Crees cosas que no son.

—Mira, Vega —me interrumpe de nuevo mi amiga—, yo os conozco a los dos y sé quiénes sois y desde fuera se ve otra cosa distinta a la que se ve desde dentro.

—Está todo controlado —lo digo para convencerla a ella y a mí misma.

—Está todo controlado hasta que ya no haya control —finaliza observándome.

—Yo creo que lo que de verdad le tiene alterado es que conmigo no puede hacer lo mismo que con el resto, que no soy de esas que caen rendidas a sus pies y que puede jugar como si fuera una marioneta —dictamino.

—Pues yo lo que creo es que vais de «aquí estoy yo y controlo todo, pero luego me estampo como un mosquito en un cristal».

—Vaya mierda de metáfora —le digo sin más.

—Será una mierda, pero tú la entendiste. Vega, Leo me llamó esta mañana preocupado por ti. Me dijo que prácticamente le colgaste el teléfono cuando te dijo que Fran había pasado por allí.

—¿Pero que os ha dado a todos con Fran?

—Solo queremos advertirte, no creas que lo hacemos porque queramos reírnos.

—Fran es pasado —sentencio.

—¿Segura?

No sé qué responder. Hay cosas para las que no tengo contestación alguna. Como bien he dicho, las personas somos seres racionales y buscamos explicación a lo sucedido. Yo aún hoy, meses después, sigo sin entender cosas. ¿En qué parte de la ecuación, en la relación con Fran, despejamos la incógnita? En ninguna. Yo sigo viendo la X sin solución y además acrecentada porque ya no estén juntos y él haya decidido preguntar por mí.

Regreso dando un paseo a la consulta, he decidido que lo mejor es no darle vueltas a ese asunto. Los problemas se solucionan según vayan viniendo y ahora mismo no quiero solucionar nada con mi pasado. Pasado,

pisado.

Al finalizar la tarde, me siento bastante más despejada. He concertado una cita nueva con una pareja que necesita ayuda para reconducir su relación, un tanto tormentosa. Animada por todo esto y por haber meditado las cosas con calma, me dirijo a la casa de Marc. Solo espero que no esté con ninguna tía. Lo espero y lo deseo, porque me rompería. Eso seguro, aunque me cueste reconocerlo.

Llamo con los nudillos muy suave y apoyo la cabeza en la madera.

La puerta se abre y caigo sobre su pecho. Ese perfecto, esculpido, macizo y moreno pecho que me trae loca desde hace más de un mes.

Alzo la cabeza tímida y ahí están sus ojos y su maravillosa sonrisa.

—Lo siento, no me gusta que estemos enfadados.

—Nena... —susurra alzándome la barbilla— a mí tampoco me gusta. Anda, pasa, estoy haciendo la cena.

Entro y me quito los zapatos bajo su atenta mirada.

—Te prometo que no huele a nada raro.

—Eso espero. Ven, quiero que pruebes esta salsa de vino blanco que estoy haciendo para el pescado que tengo al horno.

Sigo sus pasos sin rechistar, la verdad es que huele de maravilla. Este hombre tiene muchas cualidades.

—La verdad, pollito —le digo riendo mientras recuerdo aquella pequeña discusión hace semanas sobre las mujeres que tuvimos en esta misma barra—, es que eres todo un partidazo de hombre.

Su sonrisa se ensancha, pero no dice nada.

Lo veo soplar con mimo el líquido que contiene la cuchara.

—Anda, abre la boca —me pide.

—¿En serio? —bromeo—, pensé que lo que querías era que probara la salsa.

Sus carcajadas resuenan en la estancia y yo me sumo a ellas.

—No seas bicho, que me estoy comportando como todo un caballero invitándote a cenar, puedo poner velas, flores no me pidas.

—Parece que últimamente te lo estás currando más para tener un

polvo.

—¿Quién te ha dicho que lo que quiera sea un polvo?

Nos retamos con la mirada. Yo intentando leer lo que quiere decir la suya y viceversa.

—Anda, déjame probar —le pido.

Abro la boca e introduce la cuchara en mi cavidad. La sensación es sublime. Una explosión de sabores me hace aletear.

—Mmmmm, deliciosa —paladeo—. Gracias a que eres mi vecino no he muerto engullendo una barra de pan seco y duro que venden allí —digo señalando hacia el otro lado en dirección a la tienda que está en nuestra calle—. Eso, o perder mis dientes.

—Menos mal que me conociste —se mofa.

—¡Oye! Que aquí tendríamos que dar las gracias por conocernos los dos, no seas tan creído.

Marc vuelve a sonreír de esa forma tan sencilla, mostrándome los dientes. Está para comérselo.

—Yo me alegro de haberte conocido, Vega. No tengas duda de ello, contigo en mi vida todo es distinto.

—Eso suena muy profundo —le digo mientras me siento en un taburete y veo cómo corta pimiento verde para hacer un salteado de verduras.

—Es que lo es, quizá algún día lo entiendas.

Puede que quizás algún día ambos entendamos muchas cosas. Con el caso de Valeria dije que el tiempo era un aliado, con el de ella y con cualquier ruptura. Pero la verdad, es que el tiempo marca las pautas en muchas situaciones de la vida. Nos hace entender las cosas, verlas con perspectiva y hacer que disminuya en dolor, básicamente, en este caso, porque deja de importar.

—¿Cuál fue el último libro que leíste? —Marc alza la vista del pimiento rojo con el que está ahora y me mira con las cejas alzadas—. Es pura curiosidad.

—No soy una persona a la que le guste mucho leer, soy más de pelis y series. Leo libros de programación, eso sí.

—Se me olvidaba que los informáticos son unos frikis —voy a omitir lo de casposos y esas cosas porque está claro que sería mentira. Generalizar no está bien, visto lo visto.

—Y las psicólogas unas locas.

—No creas, que a veces lo pienso —me cachondeo.

Oigo el sonido de su teléfono en la distancia.

—¿Sabrás trocear un pimiento o crees que debo preocuparme?

Le enseño la lengua mientras tomo las riendas de la cocina.

—Un simple pimiento no podrá conmigo —le explico—, o eso espero.

Me tiende el cuchillo y se va en dirección a la mesa del salón. Veo como descuelga y me centro en ganar la batalla con esta hortaliza.

No me considero una persona chismosa, pero en esta casa tan diáfana es inevitable escuchar la conversación.

—Hola.

—...

—Sí, en casa.

—...

—No es que sea de tu incumbencia.

—...

—Creo que ya hemos hablado de eso en otras ocasiones, Aurora.

—...

—Sabes que lo nuestro fue lo que fue.

Se me revuelve el estómago. Levanto el cuchillo porque si continúo poniéndome tensa, puede que pierda un dedo, me quede manca y muera desangrada en cuestión de minutos.

—...

—Seré un cabrón y todo lo que quieras llamarme, pero no te mentí, te advertí que no te enamorarás de mí.

Esas fueron las palabras que utilizó la primera vez que nos acostamos. «no quiero que te enamores de mí» me dijo.

—...

—Esta conversación ha terminado. Cuídate, Aurora —acto seguido cuelga.

Yo vuelvo a centrar la atención en el pimiento.

—Anda, trae —me dice suavemente.

—¿Problemas en el paraíso? Escuchar es mi fuerte, cotillear no...

—Pero esta casa es pequeña y el espacio muy abierto, ¿verdad?

—Además que me interesan los problemas de mis amigos —le digo mientras le guiño un ojo—. ¿Te suele pasar mucho eso?

—Define eso.

—Pues que tus chicas se enamoren de ti.

—Me pasa con quien no quiero y no me pasa con quien quiero.

Su respuesta me pilla desprevenida, últimamente parece que las réplicas que me da me dejan en estado de shock.

—¿Entonces no me vas a decir el último libro que leíste?

Marc me mira de nuevo y sonrío. Sabe que he cambiado el tema, pero no me pregunta ni me comenta nada. Prefiero que no me aclare la frase, dicen que vivir en la ignorancia nos hace más felices, y en este caso, es cierto. No me gustaría que me dijese que existe por ahí alguna chica que quiere conquistar, suena egoísta por mi parte, pero la realidad es que me gusta estar con él, hablar con él y hacer cosas sucias y guarras con él. En esta ecuación no entra nadie más para mí, por lo tanto... mejor no saber.

CAPÍTULO 16

JUGANDO CON FUEGO

Martes, ni te cases ni te embarques. Hoy tengo cita con Emma. Anoche, mientras cenábamos le estuve contando un poco a Marc lo que sucede. No di nombres y quiero pensar que no violé la ley de protección de datos, pero tengo un quebradero de cabeza con este tema bastante significativo.

La verdad, es que Marc me ayudó a buscar algunas soluciones, me dio otro punto de vista. Pero, a pesar de todo, no logré conciliar bien el sueño.

No soy quien para decirle lo que debe hacer o lo que no. Tampoco estoy en contra del aborto porque es nuestro cuerpo y es nuestra decisión. En otras situaciones, en un embarazo no deseado, pero sí donde ambas personas saben a lo que se exponen, y, por encima de todo se quieren, soy partidaria de contar con el padre porque él tiene el mismo derecho que nosotras. Pero en este caso... creo que ella debe decidir.

No puedo obligarla ni convencerla para que lo tenga, debe nacer de ella, decidirlo ella, vivirlo y quererlo ella.

Tras un café frapuccchino de esos que tanto me gustan; un dulce de naranja cortesía de Mila y varias respuestas en algunos post de Facebook, dan las once y Emma entra en mi gabinete. Trae el mismo gesto que ayer, igual de triste y solo con verla vuelvo a sentirme mal. ¡Maldita empatía!

—Buenos días —me saluda.

—Buenos días.

La sujeto por la mano y así, tal cual, nos dirigimos a mi consulta.

—¿Te importa que me tumbe? Hoy me encuentro regular, parece que «éste» —dice señalándose el vientre—, está empezando a hacer de las suyas. Menos mal que será por poco tiempo.

Trago nudos y asiento.

—Hoy has vuelto a venir sola.

—Lo prefiero. Le he dicho a mi madre que prefiero que hablemos las dos, de todas maneras, teniendo en cuenta que la semana pasada no la dejaste entrar, no sospeché nada.

—¿No piensas decírselo?

—No. Pienso solucionarlo antes.

Vuelvo a asentir.

—Veo que este tema lo tienes claro, por lo tanto, hablemos de lo otro.

—¿No piensas convencerme de que hago mal? —inquire sorprendida.

—Por supuesto que no. Yo no soy quien para decirte lo que debes hacer. Es tu decisión.

—¿Qué harías tú?

Tiene dudas. Esto es buena señal. Es una muestra de que realmente no sabe qué hacer. Quiere parecer segura de sí misma, de no querer a ese bebé que crece dentro de ella, pero en el fondo es humana y tiene sentimientos. Vamos por buen camino.

—Yo no puedo decirte lo que haría. Básicamente porque no estoy en tu situación y, aunque lo estuviese, yo soy Vega y tú eres Emma. Lo que sí quiero que tengas claro, es que nadie te juzga.

—Si me juzgarían, todos lo harían —sentencia.

—Yo no lo haría. Puedo estar más de acuerdo o menos, pero no te juzgaría.

—Ellos lo harían —dice refiriéndose a su familia.

—Da igual lo que ellos digan, Emma, aquí estamos para resolver tu situación, para tomar cartas en el asunto y buscar una vía de escape.

—Quiero irme a casa de mis abuelos una temporada. Ayer lo dijiste y lo he estado pensando.

—¿Ya no piensas que te encontrarían?

—Sí, pero mi abuela me ayudaría, no son como mis padres. Puedo buscar un trabajo en el pueblo, quizás en una cafetería, hasta decidir qué rumbo tomar con respecto a todo.

—Si cuentas con el apoyo de tus abuelos, te animo a que lo hagas. Al

final, has ido buscando soluciones, por lo pronto, irte a Miravet es comenzar a recorrer un camino nuevo y diferente. Fíjate, de no tener esperanza a encontrar una.

Continuamos charlando un rato más. Puedo percibir el brillo en sus ojos cuando se imagina un futuro diferente, cuando me narra cómo trabajaría en un despacho de abogados o, incluso, cómo fundaría el suyo propio.

No volvemos a tocar ningún tema peliagudo, a veces, hablar de otras cosas, distraerse y dejar de ahondar en la llaga también nos sirve de ayuda.

—Creo que quizás no es necesario que vengas mañana puedes comenzar a organizar el viaje o simplemente tomarte un tiempo para ti.

—Si no te importa, prefiero venir a verte, prometo traer café para ti y... un batido para mí —explica.

Esta es otra buena señal. Que quiera controlar la ingesta de determinados alimentos que son contraproducentes en el embarazo me da otra pista... no lo tiene claro.

—Café frapuccchino y muffin de arándanos para mí, por favor —le pido uniendo las manos como si estuviera rezando una plegaria.

—Hecho —me dice sonriendo.

Ese día no veo a Marc. Toco en su puerta antes de salir a correr, pero nadie responde. Confieso, que incluso pegué la oreja en la puerta, por si estuviera dentro con alguien, ya me entendéis. Pero no, nada, no lograba escuchar ningún tipo de sonido. Vale, vale, me fui tranquila, sí.

Hice la misma ruta que hacemos habitualmente y volví a casa dando un paseo y comiéndome una empanadilla que compré en una tienda.

Llegué a casa más tranquila, el poder del deporte lo llaman. Mi padre dice que correr es de cobardes y Mel, que del deporte también se sale, pero ellos no saben lo que se pierden.

Me tiro en el sofá con un libro que llevo tiempo deseando devorar, pero antes, creo que lo justo es llamar a Leo, tal y como le colgué el teléfono hace dos días se merece una explicación, o quizás una disculpa.

—Mery —murmulla más tranquilo de lo habitual.

—Hola, Mery, ¿cómo estás?

—Pues esperando una llamada tuya desde hace dos días —me

reprocha.

—Mery, me quedé fatal cuando me comentaste lo de Fran y aún sigo sin entender el motivo —le explico.

—Ya, pero yo no tenía la culpa. Lo único que hice fue ponerte sobre aviso.

—Lo siento, Leo, tienes razón —me disculpo.

—Te perdono, porque te quiero, que conste —ya comienza a tener la voz más tranquila y cercana.

—El mejor motivo por el que me puedes perdonar, sin duda —añado—. Cuéntame, ¿novedades?

—Ay, Mery, tenemos gabinete de crisis.

—¿Por qué? Tú no sueles tener gabinetes de crisis, más bien, gabinetes de locos.

—Le pedí la cita a mi panadero particular.

—Cada vez que lo llamas panadero me imagino a un bombero y no sé ni porqué.

—Cambiaré panadero por Tony.

—Me gusta «Leo y Tony se quieren casar y a su boda me quieren invitar para que la madrina pueda ser y a comer y beber me pueda hinchar» —canturreo bromista.

—Se te da fatal cantar, te morirías de hambre —sentencia mi amigo—. En fin, Mery, que Tony me ha dicho que sí.

—¡Toma ya! —grito poniéndome de pie y saltando como una loca. El teléfono se me cae de las manos y por poco lo piso en uno de mis saltos triunfales—. Perdón, fue la emoción —le digo—. Y ¿cuál es el gabinete de crisis?

—Pues que no sé qué ponerme —me suelta sin más.

—Petardo —me carcajeo.

—No, en serio, que no sé qué espera. Yo creo que sabe que soy gay Mery, siempre nos hemos tratado de manera profesional, es mi proveedor y yo su cliente. Últimamente la cosa ha cambiado un poco, pero no sé. A mí me gusta Mery y tengo miedo a fracasar.

—Todos tenemos miedo al fracaso, ¿o es que crees que las personas nacen con la facilidad de caer y levantarse en cuestión de segundos? Emocionalmente hablando, quiero decir. Lo hemos hablado miles de veces, el que no arriesga, no gana. Y sí, Mery, no hay más que verte para saber que eres gay, si ha aceptado esa cita es porque quiere conocerte, bien sea como amigo o como algo más. Y, ¿para cuándo la cita?

—El jueves. Cena y cine.

—El plan infalible.

—Algo así —finaliza—. Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Me voy con Marc a un pueblo, no he investigado mucho pero parece costero.

—¿Con Marc?

—Eso parece.

—¿Con Marc el tío bueno cañón de tu vecino que te empeñas en negar que te gusta?

Bufo ante su pregunta

—¿No te vas a cansar nunca? Somos amigos Mery, está muy bueno y todo eso pero ya sabes lo que pienso.

—Sí, sí —afirma—, «me gusta, pero tengo miedo a que me haga daño porque es un mujeriego empedernido».

—Básicamente —finalizo.

—Y luego das consejos sobre valentía. No sé cómo osas —contrataca.

Y en el fondo, esa voz interna que todos tenemos me dice que Leo tiene razón, que sus palabras son ciertas y que, en realidad, es fácil nadar fuera del agua, ver las cosas desde fuera y con distancia, pero cuando a una persona le llega, te toca de cerca, la cosa cambia. Por eso, muchas veces, debemos meditar los consejos que damos porque no somos quienes para ofrecer un punto de vista que haga cambiar de idea al otro, porque probablemente, si hablásemos en primera persona, si fuésemos nosotros los protagonistas, querríamos encontrar ese hombro sobre el que poder llorar o esas palabras de ánimo que te hagan sentir mejor, e incluso, esa alegría espontánea que te demuestre que los que te quieren son felices con tu

felicidad, sea imaginaria o real.

—Soy psicóloga —me excuso—, recuerda que tengo frases hechas.

Leo se carcajea al otro lado y termina contagiándome, como siempre.

—Si es que al final me tengo que reír y todo —me dice recuperando el aliento.

—Buenas noches, Mery —me despido.

—Buenas noches —susurra al otro lado.

Y pensando en Leo, en Mel, en Marc y en mi padre, me meto en la cama. Al final, esta familia tan particular que hemos creado, casi sin buscarla, es maravillosa. No hay que sentirse solo, hay que disfrutar de quienes nos rodean porque el tiempo pasa y nos perdemos momentos sin pretenderlo.

—Buenos días —saludo a Valeria desde la puerta.

Hoy me he levantado con esa sensación de haber descansado muchísimo. Desayuné en casa muy temprano viendo las noticias, que es mejor no ver; porque lo único que ocupa gran parte de ellas son desgracias. La vida está cada vez más revuelta.

He visto acercarse a Valeria. Camina con la cabeza agachada y un papel entre los dedos. Me apetecía ver el paso de la gente por fuera de la consulta, con mi taza de café con leche entre las manos, calentando la palma de las mismas, decidí apoyarme fuera y ver el día a día de las personas.

El cartero aparcaba su pequeña vespa en cada portal, leía cada uno de los remitentes y buscaba el buzón correcto. Anna sacaba macetas de flores maravillosas y me saludaba con esa sonrisa que tanto me recuerda a su madre. Gonzalo llegó al poco tiempo, cogió una flor preciosa y se la tendió a Mila mientras se acercaba a darle un tierno beso en la mejilla. Otras muchas personas, desconocidas para mí, ojeaban el teléfono casi sin prestar atención a su alrededor; redes sociales, noticias, WhatsApp, es la era de las tecnologías. Hasta que ella, Val, captó mi atención. La observé entre el humo que desprendía mi taza y supe que estaba nerviosa.

—Buenos días, Vega.

Sigue meciendo el papel entre los dedos, arrugado e incluso manchado. Lo ha estado abriendo y cerrando sin parar.

—Veo que traes la tarea que te encomendé.

Me hago a un lado y dejo que entre, va directa hacia la consulta.

—Necesito tumbarme —se justifica—. Creo que he hecho algo malo, muy malo.

Quizás debería sorprenderme e incluso asustarme, pero sea lo que sea que me quiera contar, probablemente sea normal. Valeria está pasando por varias fases dentro del desamor. De todas formas, ¿qué es normal? ¿Qué quiere decir actuar correctamente? ¿Quién lo dice? ¿Quién marca el ritmo? El ritmo lo marcamos cada uno de nosotros. ¿Por qué entramos en tópicos sinsentido? ¿Por qué nos esforzamos en juzgar las actitudes de los demás cuando no sabemos cómo actuaríamos en su situación? Siempre he dicho y siempre diré; que el ritmo lo marcan nuestros pasos, nuestros sentimientos y nuestro propio bienestar porque, al fin y al cabo, somos nosotros quienes debemos buscar sanarnos, ¿el camino? Aquí cito a nuestro gran Antonio Machado: «caminante no hay camino, se hace camino al andar».

—Cuéntame —le pido—. Vamos a ir por partes, empecemos por lo que te tiene tan tensa.

—Anoche lo llamé por teléfono, no sé bien qué me impulsó a hacerlo pero lo hice.

—Vale —respondo sin más.

—¿Vale? ¿No me vas a echar la bronca?

—¿Por qué se supone que debo pelearte?

—Porque está mal. Porque es una historia pasada, porque debo pasar página.

—Fíjate una cosa; eres tú la que lo está diciendo, la que está soltando esas afirmaciones. En el fondo, sabes la verdad, sin necesidad de que sea yo la que te la diga.

Val se limita a asentir.

—Cuéntame qué sucedió en esa llamada.

—Lo llamé desde una de esas cabinas públicas, quería que respondiera a mi llamada. Y contestó —observa el papel que tiene entre los dedos y comienza a pasarlo de una mano a otra, inquieta, arrugándolo cada vez más—, me trató bien, pensé que sería un nuevo drama, una nueva pelea, pero no fue así.

—Me maravilla la manera en la que tienes de hablar de las situaciones siendo consciente de cada una de ellas, de lo que sucede, sin edulcorar, sin buscar resquicios de algo que ya no existe.

—Si te refieres al amor... por su parte no lo hay, me lo dejó muy claro.

—Sigue —le pido.

—Me pidió disculpas por haberme dejado sola en ese hospital, incluso me dijo que esperaba hablarlo conmigo en algún momento cuando yo razonara y entendiera, que esto para él no significó lo mismo que para mí.

—¡Vaya! Eso sí que suena duro.

—Y no solo lo suena, sino que lo es. Me mató, me rompió un poco más el corazón saber que no significó nada, pero por otra parte...

—Por otra parte, te quedaste tranquila, porque pudiste zanzar.

—Exacto. Tengo todas las respuestas que necesitaba. Sé que no debí llamarlo, que hablar con él no era lo adecuado, pero yo lo necesitaba.

Ella lo necesitaba. ¿Y si yo también lo necesito? ¿Si esa es una de mis piedras más pesadas? Mi historia con Fran terminó de una manera muy diferente, pero a su vez, comparte un nexo porque para ambas fue una ruptura inesperada. Se nos acabó el amor, a él se le acabó el amor, pero ¿y a mí? ¿se me gastó o es lo que quiero pensar?

—No siempre es bueno volver a tener un acercamiento a esa persona con la que has sufrido un desamor. Hemos hablado de fases en la ruptura y esto no es más que una nueva fase. Intentaste acercarte como intento de superar la situación e incluso, como última tentativa para recuperarla —le explico—, no es tu caso, pero deberías saber que, en ocasiones, el resultado no es el esperado e incluso, puede empeorar el presente y tu estado de ánimo. A pesar de todo, creo que lo necesitabas para pasar página, para seguir adelante, hemos hablado de racionalizar todo lo que nos acontece, eso forma parte de la evolución humana y nos diferencia de los animales, por lo tanto, debo felicitarte por tomarte las cosas con toda la calma y la tranquilidad que se puede pedir en momentos así.

Valeria se levanta del diván y se queda de espaldas a mí con la vista fija en la pared azul de la consulta.

—¿Y ahora qué? —la inquietud de sus palabras me entenece.

—Ahora toca llorar. Esto es un duelo más, una pérdida. Hay que pasarla. No existe una pastilla que tomemos y nos levantemos mañana perfectamente y con todo superado. Es un proceso, lleva su tiempo, para unos más, para otros menos... Ya caíste, ahora toca levantarse.

—Traje lo que me pediste —murmulla mientras me tiende el papel que tenía entre las manos desde que la vi aparecer por la calle.

—Veamos —comento mientras lo abro.

Leo detenidamente todas las opciones que figuran en la hoja.

—Vamos a la entrada, allí tenemos el ordenador y podemos buscar las actividades y dónde se desarrollan.

Me trae una lista con cinco cosas que le gustaría cursar: aprender a bailar claqué, pintura y dibujo, clases de cocina, teatro y tocar la guitarra.

—Veo que, salvo por la cocina, tienes un punto artístico —bromeo.

—¡Oye! Que la cocina también tiene un punto artístico —se mofa—. Son actividades que siempre he querido hacer y nunca he hecho —confiesa.

—Desde que llegaste, te aconsejé que salieras e hicieras cosas, que no te quedaras en casa. Estas propuestas son todas muy positivas, te harán salir de la rutina, conocer nuevas personas y, además, hacer algo que te gusta.

Navegamos por internet un rato largo, apuntamos distintos lugares, precios y horarios para todas y cada una de las propuestas que Valeria trae.

—Ahora lo ideal es que valores lo que más se adapte a tus gustos, economía y horarios. Vuelve la próxima semana y seguiremos hablando viendo la evolución y espero que me cuentes la elección que hayas tomado sobre la actividad o actividades en las que decidas participar.

—Así lo haré —susurra convencida.

—Buenos días —Emma ha llegado con lo prometido.

—Buenos días —la saludo emocionada.

Parece que su semblante está distinto, más calmada, más tranquila.

—Yo me voy ya —dice Val, tengo que ir a trabajar, no quiero perder también eso.

Le paso la mano por la espalda y le doy un achuchón. Emma permanece a un lado, dándonos la intimidad que necesitamos.

—Haz algo, no te quedes en casa.

—Me voy a mi pueblo, con mis hermanos y sobrinos. Unos días en el río me vendrán bien para desconectar. Tengo varios libros que quiero leer. Y mis sobrinos no me dejarán mucho tiempo libre.

—Todo un planazo —me mofo.

La acompaño hasta la puerta, nos damos un abrazo y nos despedimos hasta dentro de unos días.

Vuelvo dentro donde Emma me espera con mi super bebida favorita —después del Martini por supuesto, ¿quién puede decir que no a un Martini? Yo no, eso seguro—.

—¿Qué tal te encuentras hoy?

—Pues, aunque no lo creas, he dormido bastante bien.

—Sabes el motivo, ¿verdad? —pregunto mientras destapo mi café frapucchino por el simple hecho de que su olor impacte contra mis fosas nasales.

—Ahora mismo, me das miedo. Pareces una yonki.

—No me ofendas —bufo.

—Dirás que no ofenda a los yonkis.

Una carcajada sincera sale de mi boca y Emma termina por contagiarse y reír conmigo.

—Como ves, el tener un plan me hace cambiar hasta de estado de ánimo. Me voy esta tarde con mis abuelos. Mis padres me han dejadoirme estos días, intentaré hablar con mi abuela y explicarle un poco cómo me siento.

—Te vendrá muy bien contar con su apoyo, o por lo menos, poder hablarlo con alguien.

—Me ha venido muy bien hablarlo contigo, me ha dado la sensación que en vez de estar en una consulta con una profesional, he estado en casa de una amiga.

—Me lo tomaré como un halago —afirmo.

—Es así como debes tomártelo —sentencia mientras muerde un muffin de arándanos como el mío.

—¿Y el bebé? No te gusta hablar de ello pero tenemos que hablarlo, no te olvides que sigo siendo tu psicóloga y no siempre te diré lo que quieras escuchar.

—Hoy vine en calidad de paciente que trae café y magdalenas.

El simple hecho de mencionar llamar a los muffins «magdalenas», hace que la imagen de Marc aparezca muy nítida en mi mente. Él, su olor, su cuerpo, esa sonrisa tan sencilla y cargada de sinceridad, su retaguardia —que nunca debe caer en el olvido—.

—¿Me estás escuchando?

La voz de Emma me interrumpe de mis cavilaciones en el mejor de los momentos, cuando iba a hacer mención a su anaconda.

—Te escuché hasta que mencionaste la palabra magdalena.

Emma niega con la cabeza y me observa detenidamente.

—Te decía que sigo sin querer seguir adelante, no estoy preparada y no sé si lo estaré nunca, menos aún para verle la cara y pensar en lo que sucedió. Estoy pensando en coger una cita para la próxima semana.

—¿Para interrumpirlo?

—Sí—finaliza.

—Me avisas de la cita e iré contigo. No quiero que estés sola.

Quizás mi deber en esta historia sería el de convencerla de que no lo haga, que cambie de opinión. Pero en realidad, la que tiene que quererlo es ella misma.

En las noticias vemos esas mujeres que reivindican el derecho a decidir sobre su cuerpo, sobre nuestro cuerpo. Y en contra de lo que piensen o digan, estoy de acuerdo. Puedo entender que es una vida lo que se gesta dentro de nosotros, que no es una larva o una almendra, pero... ¿es el todo por el todo? Es decir, como ya se está formando una vida —que en casos como este es producto de una violación— ¿ya es suficiente como para que tenga poder sobre nuestro propio bienestar? No. Un no rotundo. ¿Dónde queda nuestra vida? Porque es nuestra decisión. Hay que quererse a uno mismo primero, querer a ese bebé y entonces, ser consecuentes.

Iré al infierno por lo que voy a decir, pero primero estamos nosotras y luego lo demás.

—Gracias. No creo que sea necesario —responde.

—Pero igualmente quiero que me lo digas.

Aiente y se sume en sus pensamientos. Continuamos hablando un rato más sobre los largos paseos que piensa dar, sobre la comida de su abuela que quiere saborear, e incluso, sobre los libros que tiene en mente leer.

Los días de desconexión nos vienen bien a todos, pero más aún, cuando estamos donde queremos y con quien queremos.

Dicho esto, no puedo negar que estoy algo nerviosa por lo que pueda suceder en mis vacaciones. Vamos en calidad de amigos, no quiero tampoco excederme en los términos, pero... ¿a quién quiero engañar? Me gusta pensar, y es aquí donde vuelven a hacer acto de presencia las expectativas de las que hemos hablado, que vamos como amigos, sí, pero que lo que nos une es mucho más profundo e intenso que una simple amistad. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Dejándonos llevar. Para ambos debe ser igual de difícil razonar todo esto. Nos conocemos hace apenas un mes y medio, tenemos una relación basada en la sinceridad y fuera de todos los tópicos habidos y por haber, además de que existe entre nosotros ese halo de sensualidad y deseo cada vez que estamos juntos y hay cosas que no se pueden contener, e incluso, que no se quieren refrenar.

Llego a casa tras una tarde de los más tranquila y nada más abrir la puerta me encuentro una foto preciosa de unas murallas que culminan en un precioso faro que da al mar azul; lleno de barcos y pequeños navíos pesqueros. Le doy la vuelta a la foto y observo maravillada la caligrafía de Marc:

Nena, mañana a estas horas, estaremos paseando por esas calles y esa estampa será testigo de nuestros pasos, ¿A dónde nos llevarán? A donde queramos.

Tu pollito.

Marc me dice que no me entiende, que salgo fuera de todos sus esquemas, pero es que él tiene el mismo efecto en mí. No entiendo nada todo este juego, todas estas sensaciones que nos transportan a otro lugar cuando estamos juntos. A veces, incluso, me pongo a elucubrar de tal manera que termino sacando de mi cabeza ideas absurdas en las que el amor toma fuerza y poder. «Demasiadas novelas románticas» me digo a mí misma.

Marc es como es y no puedo esperar más de él. Debo protegerme y marcar límites. Entender que cada cosa tiene su nombre y esto que nos une, no es más que una amistad, puede que sí, que el sexo sea fantástico, pero eso tarde o temprano, se termina. Y quedará el sentimiento que realmente nos une.

Duermo toda la noche del tirón, sin despertarme. Incluso me atrevo a decir que no he cambiado de posición. Me levanto muy temprano y decido llamar a mi padre antes de salir de viaje, quiero saber cómo van sus planes. A Mel la llamaré más tarde y a Leo le escribiré un WhatsApp luego para desearle suerte esta noche con su cita. Debe estar hiper nervioso, inyectándose tila intravenosa. Si lo llamo sé que será peor, sabe que, si necesita algo, solo tiene que marcar mi número y aquí estaré.

—¡Papá! ¡Buenos días! —prácticamente grito, estoy más emocionada de lo que me gustaría reconocer—. Hace días que no me llamas, ¿tan liado estás que no tienes tiempo para tu hija? —bromeo mientras hago un puchero.

—No digas tonterías, Vega. Hace unos días hablamos y pensé que estarías liada organizando tu escapada romántica con ese vecino, al que por cierto, quiero conocer la próxima semana —finaliza mi padre.

—¿Escapada romántica? ¿en serio? ¡Estás peor de lo que crees, papá! Este viaje de romántico no tiene nada.

—Eso dices ahora —se mofa.

—No, no, es en serio. Ya te he explicado como es nuestra relación. Solo somos amigos...

—Amigos que se acuestan y se van de viaje juntos, eso en mi época se llamaba de otra manera.

—Papá —y ahora sí que me pongo seria porque creo que la cosa está yendo por unos derroteros que no son acertados—, sé que te encantaría verme con otra persona, ver que continúo con mi vida y en cierto modo es así, sigo con mi vida, pero yo sola. No quiero que te hagas ilusiones o te crees unas expectativas que no son ciertas. Marc no busca nada serio, ni conmigo, ni con nadie y yo no quiero caer en ese pozo en el que te enamoras y no eres correspondido, no sé si me he explicado bien.

—Te he entendido perfectamente, Vega, Pero, ¿cómo sabes que él no siente nada?

—Papá, no siente nada, no hace falta preguntar algo que es obvio. Y realmente, creo que yo tampoco quiero nada, no quiero convencerme y engañarme. Algo que admiro de Marc es que siempre ha sido sincero, siempre me ha dicho que no busca nada, que el amor, como concepto romántico, no se encuentra dentro de su diccionario.

—Hija, hay cosas en la vida que necesitan respuesta, hay cosas en la vida que tienen respuesta y hay cosas en la vida en las que es mejor no tener la respuesta...

—Pues esta es una de esas cosas que es mejor desconocer, vivir en la ignorancia nos hace más felices. Deja de plantearte cosas, papá. Yo no lo hago, en serio.

—Yo solo quiero que seas feliz de nuevo —sentencia mi padre con voz trémula.

—Papá, soy feliz así.

—No sé si creerte. Leo me dice que desde que este chico ha aparecido en tu vida estás más alegre y más feliz.

—¿Así que todo esto es por Leo? —inquiero furiosa.

—No te enfades, Vega. Entiende que soy tu padre y que con él y Melissa hablas muchas más cosas que conmigo. Tengo que indagar, es mi deber.

—Tu deber es preguntarme a mí —farfullo.

—Y te pregunto, pero no está de más investigar y ahondar en otros campos. Es como cuando haces un trabajo de biología, buscas en varios libros y haces un mix con toda la bibliografía consultada.

—No te pongas ahora en plan científico. Yo te cuento lo que debes saber. Somos amigos, amigos que comparten cosas, amigos entre los cuales no hay nada más ni hay plan de futuro.

—Entendido. No quiero que te enfades, quiero que me entiendas.

—Te entiendo papá, creeme que te entiendo.

Me encantaría poder decirle lo que quiere escuchar, confesarle que estamos locamente enamorados y que nos vamos a casar, pero no puedo hacer eso, no sería justo ni real. Ahora no voy a hablar de Marc, dejémoslo a un lado. Hablemos de mí. ¿Qué puedo esperar de todo esto? Nada, no puedo

esperar nada. He sabido interpretar todas y cada una de las palabras que me ha dicho y soy perfectamente consciente de lo que significa toda esta historia.

Estoy segura de que os preguntareis cuáles son mis sentimientos. Pues bien, es el momento de ser franca conmigo misma. Me gusta. Marc me gusta, pero no de esa manera física en la que se gustan dos personas —que también—, sino de esa forma sosegada, de esa manera realista, sin buscar motivos, sin esperarlo, sin necesitarlo. Apareció en mi vida para darle un giro, para hacerme entender que estando solo también se es feliz y que todos tenemos un pasado.

Las personas nos empeñamos en buscar nuestra media naranja, de conocer a otro, de analizar los pros y los contras y de continuar nuestra búsqueda cuando no es afín o no encaja con nuestros cánones.

Pero no siempre, cuando aparece esa persona que hace tambalear tu mundo, significa que vaya a ser el hombre o mujer de tu vida. A veces, las cosas no pueden ser. Me complacería decir que todos tenemos en nuestra vida un final feliz, pero no es así. No todas las historias acaban bien, hay historias tristes y finales infelices.

Con esto no quiero decir que mi vida esté abocada al fracaso, ni mucho menos, simplemente quiere pensar que todo llega cuando debe llegar, y que hay que disfrutar del camino, de la soledad, de encontrarse a uno mismo y de sentirse bien tal cual estemos, el resto llegará, no cuando queramos sino cuando el destino lo decida.

—Papá, pásatelo bien con Carmen. Disfruta mucho de estos días en Segovia y saca muchas fotos.

—Igualmente, pequeña, hablamos a la vuelta. Y no te enfades.

—No estoy enfadada, papá. Te quiero. Pase lo que pase, siempre te querré.

—Y yo, cariño. Incondicionalmente —murmulla con la voz tomada por la emoción.

Tras colgar el teléfono decido ponerme a preparar las cosas que me voy a llevar. No sé exactamente qué será imprescindible o que no. Quizás debería haber hecho una búsqueda en Google para tener información extra pero me van las sorpresas y decidí que prefería llegar a ese lugar, como si de la primera vez que oigo hablar de él se tratase.

Meto varios vaqueros, un bikini, camisetas, pantalones cortos, un pantalón de deporte, rebecas, una chaqueta y diferentes suéteres. Muy bien que estemos en abril y que el clima ya comienza a teñirse de primavera, e incluso, algunos días de verano, pero las noches siguen siendo frescas y es mejor que sobre y no que falte.

Con los zapatos hago más o menos lo mismo; unas zapatillas de deporte, unas chancas para la playa y unos zapatos bajos tipo manolitas. En última instancia, decido meter un vestido mono y unos zapatos a juego por si se diera el caso de que salgamos a cenar una de esas noches.

Calcetines, sujetadores deportivos, braguitas cómodas y un par de conjuntos monos finalizan la maleta. Con los productos de higiene soy más concienzuda porque incluyo mis cremas, maquillajes y demás utensilios que son imprescindibles en el día a día.

Marc no me ha dado muchas pistas, sé el nombre del lugar, el tiempo que estaremos y una foto preciosa de la costa. Poco más.

Con la maleta en la entrada, lista para comenzar la aventura, me dirijo a la cocina a preparar un café con leche y un croissant de jamón y queso fresco. El sonido de unos nudillos en la puerta me hacen sonreír instintivamente y descalza, me dirijo hasta el lugar desde donde proviene el sonido.

—Buenos días, pollito —murmullo con una amplia sonrisa en los labios.

—Buenos días, nena —responde mi vecino—. Pensé que estarías durmiendo y he venido a levantarte.

—Confiesa —bromeo—, pensaste que podía haberme escapado en mitad de la noche y que te verías solo yendo a ese lugar tan tentador.

—¡Ni en tus mejores sueños crees que puedes escapar de mí! —susurra poniéndome de nuevo la mano en la mejilla y acariciándome mi piel.

No sé el motivo, pero cada vez que hace este gesto tan simple, me transporta a lugares maravillosos. Me hace soñar con imposibles. Mi cabeza toma el control y se mece contra sus dedos, como los gatos indefensos lo hacen en las piernas de sus dueños.

—Estaba preparándome algo de desayunar —recobro la compostura una vez aparta los dedos de la fina piel de mi mejilla—. Entra y te preparo

algo.

—¿No pensarás envenenarme? —se mofa.

—Unos tristes croissants y unos cafés con leche sé preparar. Más no me pidas, pero hasta ahí llego.

Marc entra y observa mi maleta. Sonríe espontáneamente.

—Nos lo vamos a pasar genial.

Recuerdo que iba a llamar a Mel y cojo el teléfono con la intención de hacerlo.

—Qué raro... —murmuro tras dejar que suene varias veces.

—¿Qué sucede? —pregunta Marc, que finalmente se ha hecho con la cocina y está preparando la sandwichera para meter los bollos rellenos y hacerlos calentitos.

—Estoy llamando a Mel, pero no me lo coge. Da señal incluso —le explico.

—Estará con mi hermano, últimamente son como dos lapas —lo veo poner los ojos en blanco cuando dice esto último.

—El amor... —susurro sonriente—. ¿Qué sabes tú de esa historia?

Me saco la goma del pelo que tenía en la muñeca y me hago una cola de caballo alta, para desayunar es mejor así. Aunque para dormir, siempre, siempre, con el pelo suelto. Se estropea menos.

—Lo que Jordi me ha contado —confiesa.

—Pues ya estás tardando. Los amigos no tienen secretos.

Marc alza la vista de lo que está haciendo y me observa.

—Algunos secretos hay que tener y guardárselos para uno mismo.

—¿Tienes miedo a que te conozcan mejor que tú mismo? —inquiero.

—Tengo miedo a que sean capaces de ver con claridad lo que hay dentro de mi alma.

—Vaya... —me deja sin palabras—. Dices que yo rompo tus esquemas pero tú lo haces conmigo también.

—A veces no todo es lo que parece —sentencia partiendo los croissants en varios trozos para que quepan en el hueco del aparato.

—Te has levantado filosófico hoy.

—Llevo así un tiempo —me revela.

—Cuéntame lo de Jordi y Mel —le pido—. Ella no quiere soltar mucha prenda.

—Antes de que tú llegaras estuvieron saliendo un tiempo...

—Eso lo sé —le corto.

—Jordi estaba muy pillado por ella. Muchísimo. Me decía «esta es la definitiva, hermano». Hasta que un día, me dijo que había acabado. Le pregunté los motivos pero no quiso darme detalles, supongo que estaba demasiado hecho polvo como para querer contarme nada.

Dejé pasar el tiempo, no ahondé en la herida. Había conocido a Mel en una de esas fiestas que ella organiza, sabía por Jordi mi afición a la fotografía e hicimos un trato: yo sacaba las fotos en sus eventos y ella me pagaba por ello. Para mí era beneficioso porque suponía cobrar por algo que me gusta hacer y así tenía un dinero extra —observo cómo prepara las bebidas calientes y coloca los bollos en un plato, dejándolo encima de la mesa.

Los pongo en la ventana y le invito a sentarse conmigo.

—Hoy desayunaremos con vistas a la ciudad.

—Mañana con vistas al mar —me dice.

—Sigue contándome.

—Nos hicimos buenos amigos pero jamás nombramos a Jordi. Era uno de esos pactos silencioso que teníamos. Yo no hablaba de Mel con Jordi y tampoco lo hacía con ella de mi hermano.

—Mel tampoco me había hablado de él hasta que se encontraron en esa fiesta.

—Supongo que tenía miedo —me dice Marc mirándome fijamente de nuevo, traspasando mis corazas.

—¿Y quién no tiene miedo? —pregunto restándole importancia a su mirada.

—Conozco a Jordi y sé que no la ha dejado de querer nunca. La ha estado esperando todo este tiempo.

—Jordi es un chico maravilloso. Mel se merece a un hombre así — finalizo dándole un mordisco a mi croissant—. ¡Mmmmmm, buenísimo! — exclamo.

—¿Cuál es la historia de Mel? —pregunta Marc sin apartar la mirada de mis labios.

—Salió huyendo de Madrid tras una relación un tanto tormentosa — le narro—. Supongo que ella no estaba preparada para sufrir y se fué, sin más.

—Vaya, pues sí que me recuerda a alguien —Marc tensa la mandíbula, pero en esta ocasión no me observa a mí, mira fijamente por la ventana hacia el edificio que está frente a nosotros.

—Y, ¿a quién te recuerda? —pregunto—. Si se puede saber — rectifico la forma de plantear la pregunta, más que nada, porque no quiero que se sienta intimidado.

Probablemente no me guste su respuesta o quizás sí, pero tenía que hacerla. Es de esas cosas que sabes que pueden doler pero que hay que conocer.

—Vega, no puedo contártelo todo. Eres muy lista, seguro que sabes tú solita unir todas las pistas.

Siempre con sus incansables adivinanzas. Pues si él sabe hacerse el inocente con toda esta historia, yo haré lo mismo.

— ¿Tienes tu maleta lista? —pregunto cambiando el tema.

Marc me mira como si me hubiesen salido dos cabezas y sonrío, sabe tan bien como yo lo que acabo de hacer.

—Por supuesto, desde ayer. Soy un chico organizado.

—Me olvidaba que eras informático.

—Analista programador —me corrige.

—Bla bla bla —le remedo con movimientos de cabeza incluidos.

Recojo mi plato y lo meto en el fregadero.

—Termina de desayunar, que quiero dejar la cocina lista. ¡Nos vamos de vacaciones! —vuelvo a exclamar emocionada.

Recoge su taza y su plato y lo deja a mi lado.

—Hacer comida no sé, pero fregar loza sí. Haríamos una buena pareja —suelto sin más.

¡Mierda! ¿En serio he dicho eso? ¡Qué vergüenza más grande!

—Haríamos una buena pareja y no solo por eso.

Dicho esto, me da una palmada en el culo y se marcha gritando:

—Te doy veinte minutos, si no estás lista, me voy sin ti.

—Capullo —le contesto gritando yo también.

Lo último que escucho antes de salir son las carcajadas de mi vecino.

¿Estaremos jugando con fuego?

CAPÍTULO 17

NUESTRO VIAJE NO ESTÁ ESCRITO

Una vez termino de recoger todo y de hacer la cama, me meto en la ducha y me visto muy cómoda. Nos espera un largo trayecto en coche y prefiero ir sencilla: leggins, camiseta, una sudadera y unas zapatillas New Balance, finalizan mi look.

Salgo como alma que lleva el diablo hacia la puerta de mi vecino. He calculado el tiempo y me han sobrado tres minutos.

Abre la puerta y sale con su maleta.

—Llevo aquí esperándote quince minutos, a punto he estado de irme sin ti —bromeo.

—¿Y cuál ha sido el motivo para que no te hayas ido? —pregunta siguiéndome el juego.

—Pues que no me gusta conducir —sentencio.

—¡Y yo que pensaba echarme una siesta mientras tú hacías los kilómetros que nos separan de Tossa de Mar! —exclama.

—Lo puedes intentar —le explico mientras tiro de mi maleta para dirigirme hasta el ascensor—, pero lo más probable es que acabemos en Ceuta.

—Para llegar a Ceuta hay que coger un barco.

—¿El coche no navega?

—Mejor conduzco yo —me suplica—. Tengo intención de vivir unos años más —finaliza.

Le doy un pequeño puñetazo en el hombro y creo que me duele más a mí que a él. Sí que está duro, sí.

—¿Es tu coche? —pregunto sorprendida cuando llegamos al garaje y veo aparcado un Mini Coupé de color verde.

—Sí. La verdad es que no suelo conducir mucho, la ventaja de vivir

en Barcelona es que pillas el metro y no coges atasco.

—Pero tienes coche —sigo sin salir de mi asombro.

—¿Y cómo pensabas que íbamos a llegar? ¿En burro?

—Pues no lo sé. Alquilar un coche era mi primera opción —contesto sincera.

—Tengo coche porque muchas veces suelo ir a Tossa de Mar. Otras veces, voy a otros lugares...

—Pensaba que a Tossa de Mar íbamos... pues no sé, de vacaciones. Supuse que lo conocías, pero no que fueras asiduamente.

—Como te dije, mis padres tienen una pequeña casa allí, que ahora es mía.

—Tienes razón —confieso—, no me acordaba.

—Sí. Una casita antigua que está reformada. Se encuentra en el barrio de Sa Roqueta, una zona de pescadores. Te encantarán sus callejuelas, estoy seguro —me dice emocionado, tanto como estaba yo hace un rato.

—Seguro que sí —le digo observándolo embelesada.

—Si me miras así, tendré que besarte —me advierte mientras termina de meter la última maleta en el coche.

—Ya estás tardando, pollito —respondo coqueta, como hace semanas, mientras negaba que me gustaran las pelis infantiles.

Sus labios chocan contra los míos provocándome una descarga eléctrica. Son suaves, dulces, exigentes, tal y como me gustan. Su lengua se adentra en mi boca y un gemido se me escapa sin poder contenerlo. Cuando Marc me besa, cuando Marc me toca dejo de ser yo, pierdo la conciencia y la razón. Porque su tacto me supera y su sabor, sencillamente, me hace volar.

Coloco las manos sobre su pecho y ahora soy yo quien recibe un gemido suyo. Es increíble lo que me hace sentir, lo que despierta en mí.

—¡Joder, Vega! —exclama tras separar nuestras bocas.

Apoya la frente en la mía y sus manos siguen en mi cintura, donde las colocó al atraerme hacia él. No nos hemos separado ni un milímetro, noto nuestras respiraciones alteradas y nuestros corazones bombeando sin parar. ¿Qué es esto? ¿Qué es?

—¿A qué estamos jugando? —me pregunta.

No tengo respuesta, no puedo decir algo que ni yo misma sé.

—Vamos —dice recomponiéndose—, empieza nuestra aventura.

Nos subimos en el coche y tomamos la C-32 que según Marc, es el camino más corto. El trayecto se nos hace muy ameno, no hay silencios incómodos, es más, no hay silencios. Marc me cuenta infinidad de cosas sobre su trabajo y los locos de sus compañeros.

—Al final resulta que sí que hay mucho friki suelto —me burlo.

—Haberlos, hailos, pero yo no soy uno de ellos —finaliza siguiéndome el juego.

—Eso no hay más que verlo —afirmo mientras bajo del coche.

Tras una hora y media aproximadamente de trayecto, hemos llegado.

—Y ¿eso lo dices por? —pregunta curioso, observándome de esa manera tan suya.

—Si te lo digo, probablemente después tenga que matarte —continúa riendo.

—¿Te estás burlando de mí? —inquire con los brazos en jarras.

—¿Yo? —pretendo sonar seria y arrepentida, pero no logro conseguirlo—. ¡Jamás! Palabrita del niño Jesús —me llevo la mano al pecho como cuando rezas en la iglesia y confiesas la verdad.

—Sé que lo estás intentando con todas tus fuerzas, pero... rezar se te da fatal —se mofa—. No sueles ir mucho a la iglesia, ¿verdad?

—No —confieso restándole importancia.

—El día que te cases no sabrás ni rezar un padrenuestro. Moverás los labios como cuando vas a un concierto y todo el mundo canta una canción y te da vergüenza que te miren y vean que no te la sabes.

—¡No me pienso casar! —aclaro—. Lo del concierto no me ha pasado jamás, ¿a ti sí?

Afirma sonriendo.

Marc abre la puerta de una casita preciosa. Es de piedra antigua, pero en realidad, tenía razón, está muy bien conservada.

—¿No te quieres casar? —pregunta sorprendido.

Niego con la cabeza.

No me apetece hablar en este momento, estoy maravillada por el interior de la casa. La entrada es maravillosa, los suelos son de madera antigua y el techo alto con esas vigas transversales que lo hacen más impresionante. Es un lugar cálido, me transporta a la casa de mi abuela de inmediato.

—¡Es increíble! —balbuceo.

—Sí que lo es —me confirma—. Quizás está feo que yo mismo lo reconozca, pero es preciosa.

Me agarra de la mano y se la lleva a los labios, deposita un cálido beso en ella. Giro la cara y lo miro, sonrío lleno de... de ternura, de cariño, de paz. Es Marc en toda su esencia. Y reconozco que me encanta.

—Ven, voy a enseñarte la casa.

No me suelta de la mano. Somos conscientes de nuestros dedos entrelazados, observamos la estampa con una sonrisa en la cara, pero sin pronunciar nada al respecto.

Si la entrada es preciosa, al acceder al salón pierdo el sentido. El techo continúa adornado con esas vigas de madera antigua. La sala de estar está adornada en tonos claros. En el centro hay un precioso sillón de piel de melocotón, que no puedo evitar recorrer con los dedos, impregnándome de su tacto y colmando mis sentidos con él.

—Ven —me pide Marc.

Nos sentamos en el mullido sofá y observamos cómo enfrente, la pared de piedra, culmina con una preciosa chimenea.

Me quito las zapatillas de deporte y los calcetines dejando que mis pies toquen la preciosa alfombra que hay colocada y que concluye la decoración de la estancia, logrando que sea mucho más acogedora.

—Es increíble —murmullo perdida en las sensaciones.

—Sí que lo es —me dice tan perdido como yo.

Nuestras manos siguen unidas y nuestros cuerpos se tocan como si fuese necesario ese contacto para poder respirar, para subsistir.

Permanecemos en silencio durante un rato, noto su mirada sobre mí. La piel del cuerpo se me enciende sin control, es su efecto, sin duda.

—Sigamos —me pide tirando de mí.

La cocina se encuentra separada del salón por un arco y unas puertas abatibles como en los bares del antiguo oeste.

El mobiliario es sencillo. No hay barra como en nuestros lofts, solo unos pequeños muebles de color muy oscuro y un mármol en tono gris, también oscuro. La mesa y sus sillas se encuentran en el salón. Tiene unos enormes ventanales que dan a las calles empedradas.

—Debe ser fantástico poder beber un café con leche sumida en las calles y el paso de la gente por ellas.

—Era mi lugar favorito —me confiesa—. Cuando mis padres nos enviaban a Jordi y a mí a pasar las vacaciones a esta casa, con mis abuelos, deseaba que se hiciera de día para ponerme delante de esta ventana y ver a los vecinos pasar. Unos llevaban cestas de mimbre con el pescado fresco y vendían puerta por puerta —me cuenta—. Otros, cargaban cubos, llenos de pan mojado para hacer carnada. Es de esos pueblos que, aunque pasen los años, siguen manteniendo la esencia más pura que pueda haber.

—No sabía que esta casa era de tus abuelos.

—Vivieron aquí toda su vida. Mi padre se casó y se fue a vivir a la capital, pero ellos prefirieron continuar viviendo en este lugar, es más, no me los imagino en otro sitio. El día que murieron, mis padres cerraron esta casa. Cuando fui más adulto y más maduro, decidí comprarla y arreglarla. Ahora, es mía. Vengo cada vez que puedo, es mi lugar especial en el mundo.

La forma de narrarme la historia me transmite las sensaciones que él percibía estando aquí. Me sorprende a mí misma visualizando a todos esos pescadores con sus cañas, sus cubos y sus cestas, transportando en ellas el pescado más fresco que puede encontrarse. Y a todas y cada una de esas personas, me las imagino con una sonrisa en la cara.

—¿No querías vivir aquí? —pregunto.

—No. Mi vida está en Barcelona, y mi alma está aquí, en Tossa de Mar. Rodeado de callejuelas, pescadores y mar. Mañana iremos al puerto, allí tengo un barco que era de mi abuelo. Podemos salir a navegar.

Lo observo detenidamente. Tiene el semblante serio, no sonríe, pero la sensación de paz en su gesto es indiscutible, no hace falta que sonría para eso.

—¡Claro! —respondo emocionada—. Tampoco sabía que eras un lobo de mar —me burlo.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —sentencia llevándose mi mano de nuevo a los labios y dándome un tierno beso en ella.

—Eres como un kínder sorpresa —me mofo.

—Sí —sonríe abiertamente—, pero lo mejor está dentro —me dice colocando mi mano sobre su pecho.

No sé si me encuentro preparada para un momento tan profundo como éste. Marc me mira, me observa y me estudia. Lee dentro, sé que puede leer dentro de mí, que soy una especie de libro abierto para él. Pero, ¿él lo es para mí? Puede que sepa leer a las personas, que tenga una capacidad especial para saber cómo se encuentran, qué necesitan o si están donde quieren estar. Pero con él es distinto, con él nada tiene manual de instrucciones, con él nada es sencillo. Me descoloca. Pierdo la razón y el sentido y dejo de ser yo misma, pero sí que puedo sentir lo que me envuelve. Todo cobra sentido estando con él. Y tengo miedo. Miedo a perderme en esos ojos color miel, en su olor, en su piel y en su alma, miedo a que no sea cierto, que sea un espejismo y finalmente el dolor lo nuble todo de nuevo.

Probablemente, las personas estamos preparadas para caer, superar y levantarnos. Una y otra vez, pero, para ello, primero hay que hacerse fuerte. Yo no estoy fuerte. Yo no soy fuerte. Yo cuando quiero, me entrego sin condiciones ni límites. Y sí, lo confieso abiertamente, tengo miedo a sufrir. Porque Marc no es Fran. Y las comparaciones son odiosas, ya lo he dicho, pero en cuestión de sentimientos, el lado racional no piensa, solo se deja llevar y a veces, debemos poner freno.

Con Fran, todo estaba bajo control, los sentimientos eran sencillos, no había nada más allá que lo que había. Con Marc no es así. Con Marc todo es diferente. Me hace sentir especial, me hace sentir distinta. Me hace sentir yo misma, sin excusas, sin tapujos y sin reparos. Pero también me asusta. Me asusta más de lo que me gustaría reconocer.

—Vamos a continuar, nos falta la segunda planta. Bueno, aquí hay un servicio —me dice mostrándome una pequeña puerta al lado de la escalera—, no creo que haga falta que te lo muestre.

Soy consciente de que le está quitando hierro al asunto, de que intenta que nos sintamos bien tras el momento tan íntimo que acabamos de

compartir. Y lo agradezco.

Comenzamos a subir, mis dedos vuelven a recorrer, tal y como hicieron con el sofá, la suave madera de la escalera. Al llegar al final, observo un pequeño pasillo y en él, hay varias puertas.

—Esta es mi habitación —dice tras abrir la primera puerta que encontramos—. Entra —me invita.

Una preciosa cama con dosel hace las delicias de la habitación, convirtiéndose en el centro de atención de la misma. No es una estancia especialmente grande pero es maravillosa tal y como está decorada.

—¿Es la habitación de tus abuelos? —pregunto.

Marc asiente.

—Debieron disfrutar mucho en ella.

—Tuvieron siete hijos, así que sí, se lo debieron pasar pipa. La cama es la original, aunque el colchón es nuevo. No soporto dormir en colchones demasiados mullidos.

Me siento en la cama probando la dureza del mismo.

—Es perfecto —le digo mientras me dejo caer hacia atrás.

—Me alegra que te guste, porque también será tu cama estos días.

Me incorporo y me quedo apoyada sobre los codos.

—No creas que porque vaya a dormir contigo, quiere decir que caeré rendida a tus encantos —ahora la que intenta quitar hierro al asunto soy yo.

—Tranquila, que lo hago con todas —me responde.

—¿Con todas? ¿Cómo que con todas? —siseo levantándome.

Sí, un poco furiosa estoy empezando a ponerme.

—Es broma —confiesa—. En realidad, eres la primera chica que viene a este lugar.

—¿En serio? —pregunto asombrada.

Marc asiente.

—¿Por qué me miras así? —inquiero.

Desde que hemos llegado me observa con profundidad, como si buscara respuestas en mí.

—¿Así cómo? —me dice jugando con su pulgar en mi mano. Recorriéndola. Acariciándola. Quemándome a su paso.

—Como queriendo leer en mí—le revelo.

—Ojalá pudiese leer en ti, Vega. Me encantaría saber qué...

El sonido de mi teléfono nos interrumpe.

Soltamos nuestras manos, mientras saco de mi bandolera el móvil.

—Es Leo.

Con el teléfono en la mano me dirijo a la ventana de la habitación.

—¿Qué pasa, Mery? —respondo risueña.

—Oye, Mery, ¿sabes algo de Mel?

—La verdad es que no, la he llamado pero no me contesta, estará descansando.

—Sí, supongo. La llamé para contarle que estoy cardiaco, pero no me respondió.

—Tienes que relajarte y dejarte llevar —le animo—, al final, lo que tenga que ser, será. Parece mentira, con lo seguro que tú eres, que estés así.

Marc está a mi lado, observando lo mismo que yo, con la mirada perdida en el mar que se ve de fondo. Abre la ventana, permitiendo que el olor a salitre inunde nuestras fosas nasales. Cierro los ojos y aspiro profundamente, es el paraíso.

—Con Tony, dejo de ser yo —sentencia.

¿A qué me suena eso?

—Y, ¿por qué no me llamaste a mí?

—Pensé que estarías follando con tu vecino, no quería cortarte el orgasmo —se mofa.

Marc me mira y sonrío, ha escuchado lo que me ha dicho Leo seguro.

—No estaba haciendo nada de eso que dices, eres un guarro, solo piensas en sexo.

—¿Cómo la tendrá Tony? —pregunta de repente.

—¿En serio me estás preguntando esto a mí? —inquiero llevándome la mano a la frente—. No me interesa —le explico.

—Claro, no te interesa porque ya tienes la anaconda de tu vecino.

Ahora sí que comienzo a ponerme roja como un pimiento morrón. Marc sonrío mucho más abiertamente que antes, alzando una ceja con socarronería.

—No...no...no es...

—Déjalo, Mery —me interrumpe Leo—, no intentes negarlo. Mel me lo ha contado todo.

Marc entra en el baño que hay en su habitación dejándome un poco de intimidad.

—Eres muy gracioso —siseo medio furiosa—, Marc estaba aquí conmigo y probablemente hayas subido su ego un cincuenta por ciento más a lo grande que ya lo tiene.

—Tan grande como su polla, Mery —finaliza mi amigo.

—Eres de lo que no hay —escupo más colérica aún.

—Eso tenlo claro, soy único e irrepitable.

—Algún día le contaré a Tony lo de tus cartitas, verás que gracia le va a hacer —le amenazo.

—Y yo le diré a Marc que estás coladita por sus huesos pero que tienes más miedo que yo en una mansión encantada, una noche de tormenta y sin mascarilla para mi precioso pelo.

Tengo que reírme, si es que no lo puedo evitar.

—No sé cómo logras que termine riendo en una situación en la que debería estar ofendida.

—Porque somos iguales, Mery.

—Lo somos —dictamino.

Marc sale del baño y se sienta en la butaca que hay justo frente a la cómoda. Me despido de Leo bajo su atenta mirada y tomo asiento a su lado.

—De Mel no sabemos nada, no nos contesta, ¿sabes algo de Jordi?

—No, no hablo con él desde hace unos días. En nosotros es normal. Estarán de vacaciones, no te preocupes.

—Vale.

—¿He escuchado algo sobre una anaconda? —me pregunta burlón.

—No sé de qué me hablas —me hago la inocente—. Venga, enséñame el resto de habitaciones.

Hay dos habitaciones de invitados y un baño. Al final, hay una puerta que accede a una pequeña terraza amueblada con varias sillas de mimbre y una mesa del mismo material.

—Debe ser increíble ver el atardecer aquí.

—En un rato lo descubrirás. Vamos a comprar algo para cenar antes de que se haga más tarde y cierre todo —me apremia—. Esto no funciona de la misma manera que Barcelona.

CAPÍTULO 18

¿LA VILA VELLA O LA VIDA ES BELLA?

Marc me ha llevado a una pequeña tienda regentada por la señora Ludovica Petronila, ¡que vaya nombre le han puesto sus padres! Y digo yo, mejor llamarla Vinila, ¿no?, puestos a unir los nombres. Pues Vinila tiene de maja lo mismo que de loca, pero según Marc, es el mejor lugar para comprar.

Tuve que salir de la tienda cuando me di cuenta de que ponía varios pimientos rojos en la pesa tras haberse rascado el culo. Casi me da un patatús, Marc simplemente sonreía. «*Estoy acostumbrado, ya sabes, lo que no te mata, te hace más fuerte*». Contuve las arcadas y me fui tras amenazarlo con colgarlo por las pelotas si no lavaba todo con lejía.

Me siento en un pequeño muro de piedra que hay fuera de la tienda a esperarlo, y me maravillo en el espectáculo que el atardecer me muestra. En los bancos del paseo observo a los niños correteando tras la pelota, las abuelas hablando entre ellas y varios hombres mayores fumando puros mientras ríen y piropean a las mozas que por allí pasan. Es un ambiente familiar.

Balanceo mis pies que he despojado de las zapatillas que traía puestas y dejo caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y sumiéndome en los sonidos que me rodean.

Los labios de Marc me devuelven a la realidad. Suelta las bolsas y me besa. Al abrir los ojos veo su barbilla y sonrío con nuestros labios aun unidos.

—Me estás besando al revés.

—Da igual la posición, la cosa es besarte.

—Me dicen que beso muy bien, es normal que no puedas contenerte —sus labios siguen cerca de los míos, sin tocarse, pero sintiendo la proximidad de ambos.

—No me interesa lo que digan los demás, pero es cierto que besas muy bien —me dice—, tienes unos labios muy apetecibles.

Se incorpora, haciéndome sentir un vacío extraño, más extraño del

que me gustaría reconocer.

—Ludovica Petronila te manda saludos, quiere que vuelvas y le des un abrazo.

Le miro como si le hubiesen salido dos cabezas.

—Ni de coña. Y si no lavas eso bien, no pienso comer —contrataco.

—Tranquila, Ludovica Petronila se toca demasiado el culo pero eso no repercute en el sabor final de la comida.

—Eso es una asquerosidad —le rebato.

—Le da un gustito sabroso —insiste.

—He decidido llamarla Vinila, por eso de unir ambos nombres en uno y que sea más fácil.

—Deja que se lo cuente —me amenaza—, es más que probable que te toque el pelo y las mejillas —lo dice mientras hace el gesto que supuestamente haría Vinila.

—¡Qué asco! ¡Quita! —me río.

Me pongo en pie y lo intento intimidar con la mirada. Imita mi gesto y queda justo enfrente con ese cuerpo, ese olor, esos ojos que me dicen tanto y que me asustan por la intensidad de lo que muestran.

—¿Qué pretendes? —pregunto.

—¿Yo?

—Sí, tú, Marc, ¿qué pretendes?

—Tendrás que descubrirlo —me reta.

Me coge de la mano, agarra las bolsas y nos vamos en dirección a su casa.

—Espero que no hayas sido capaz de estrecharle la mano a Vinila.

—Tarde —me dice riéndose abiertamente mientras se echa a correr.

Le sigo, por supuesto que le sigo. Me siento tan bien con él aquí, tan nosotros, tan yo misma, que le seguiría donde hiciera falta.

Tras una pausa para ponerme de nuevo las zapatillas, regresamos a su casa, me meto en la ducha mientras él prepara la cena. Salgo envuelta en una toalla y arrastro la butaca de la cómoda y la sitúo delante de la ventana

mientras me pongo crema hidratante por el cuerpo.

Me imagino cómo fue la infancia de Marc aquí, en esta casa, rodeado de sus abuelos, correteando con su hermano por estas callejuelas en dirección al paseo, a la playa, a pescar con su abuelo.

—¿Qué piensas?

Su voz me hace dar un pequeño respingo.

—Estaba sumida en mis pensamientos intentando imaginar cómo sería tu infancia en este lugar.

—Fue increíble, mis abuelos se encargaron de que hoy la recuerde con nostalgia. Si algún día tengo hijos, me gustaría que pasaran épocas aquí, correteando por las calles, aprendiendo a nadar o a pescar... esas cosas —finaliza.

—¿Hijos? ¿Tú? —pregunto catatónica.

—Te dije que algún día estaría preparado, quizás lo esté...

—¿Y qué pasa con eso que me decías de que no llegaría nadie? ¿Qué era imposible que tú te enamoraras? ¿Que eres anti relaciones? Ese discurso que me soltaste en aquella terraza en el mejor *skyline* de Barcelona.

—Las cosas cambian, las situaciones te cambian y las personas también te cambian.

La frase queda en el aire mientras sigue observándome.

—Déjame la crema, te pondré en la espalda —sugiere.

Le tiendo el bote y bajo un poco la toalla para que comience a extenderme la crema por la piel.

—Mmmm —gimo cuando comienza a recorrerme la espalda con sus mágicos dedos.

Aunque pueda parecer una escena de los más sexual, no es así como me siento. Realmente, noto una verdadera conexión con él. Y juraría que es mutuo, que ambos estamos pensando en lo mismo, en lo bien que nos sentimos, en lo a gusto que estamos juntos y en lo natural que es todo entre nosotros.

—Gracias —murmullo cuando finaliza—. Iré a vestirme.

—Sirvo la cena en la terraza, tenemos un atardecer pendiente —

explica.

Nuestras manos se unen de nuevo y Marc deposita un beso en ella. Comienzo a caminar en dirección al baño, sin soltarnos, alargando todo lo posible el contacto, hasta que por fin, nuestros índices se separan, echándose de menos al instante.

Me pongo un sencillo pijama y una chaqueta deportiva. Si estuviese Mel aquí me diría que mejor me pongo un conjunto sexy y picantón, que deje poco a la imaginación. De todas formas, hay poco que Marc no haya visto ya. Así que cambiaría el discurso y me recomendaría que saliese desnuda.

«*Ay Mel, que loca estás y cómo te agradezco que aparecieras en mi vida*». Con este pensamiento salgo de la habitación en dirección a la terraza.

Observo la estampa y es inmejorable.

Marc se encuentra de espaldas apoyado en el poyete, con los brazos rectos, observando el mar que se ve de fondo. La brisa mece su pelo, despeinándolo por completo, tal y como me gusta, así, al natural.

—¿Has puesto velas y todo? Vaya, sí que te lo estás trabajando para conseguir llevarme a la cama. Como si eso no lo hubieses logrado ya hace tiempo —me burlo.

Veo cómo se gira y se apoya en el muro, cruzando los brazos y las piernas. ¡Madre del amor hermoso!, si es que está para mojar y mojar y mojar, sin parar.

—Me esfuerzo para poner una mesa maravillosa y tú lo único que me dices es que solo pienso en follarte, ¡qué triste!

Su semblante es serio, los labios forman una fina línea y su mirada es fría.

—Perdona —me disculpo e incluso agacho la cabeza—, no pretendía ofenderte, ni mucho menos.

Marc asiente, me toma de la mano y tira de mí. Deposita un suave beso en los labios y me abraza con fuerza. Me dejo hacer, me dejo abrazar, me siento bien, protegida y una vez más, esa sensación de estar en casa lo abarca todo.

—Cenemos, se nos va a enfriar el pescado —me pide.

Me retira la silla y me siento en ella. Frente a mí hay varias velas y

un pequeño jarrón con girasoles, haciendo nuestra cena más perfecta si cabe. Parece mentira lo que cambia el ambiente la buena compañía y los detalles.

Me sirve un trozo de pescado y verdura y hace lo mismo con su plato.

—Huele delicioso —lo halago.

—Gracias —me dice—. Tengo todo listo para preparar unos Martinis luego cuando hagamos la sobremesa.

Me limito a aplaudir como una niña pequeña el día de Reyes o como una grande a la que le regalan un unicornio de colores. ¿Qué? Sí, quiero un unicornio, ¿y?

—Necesito que me expliques eso de que no te quieres casar, reconozco que me has dejado sorprendido —me dice mientras se lleva el tenedor a la boca.

Es verdad, que al llegar me preguntó, pero estaba tan sumida en el momento, en observar todo lo que me hacía sentir encontrarme en ese lugar con él...que esa pregunta resultó ser poco trascendental.

—Primero que nada... ¿lavaste la verdura? Del pescado me fio —explico.

—¡Qué sí, pesada! —contesta riendo—. No vuelvas a desviar el tema...

—No sé si creo en el matrimonio —concedo—. Durante mucho tiempo, esperé que Fran me lo pidiese. Cada catorce de febrero lo esperaba...

—¿El día de los enamorados? —pregunta con socarronería.

—Es un tópico, lo sé, pero me hacía especial ilusión —le cuento.

—Y ahora, ¿por qué no?

—Pues quizás porque ya no creo en el amor como antes. La vida te enseña muchas lecciones a través de los errores o de los golpes. Supongo que llega un momento en el que pierdes la esperanza, ¿no?

—Sí —finaliza.

—Sé que una vez hablamos de que hay momentos en los que debemos parar, en los que no tenemos por qué ahondar en las cosas que nos hacen daño Marc, y a ti, el futuro y el amor también te hace daño. Tu pasado es el causante de ello. Pues de esa misma manera, el pasado es el causante del

mío. El pasado marca nuestro presente y nuestro presente, marca el futuro.

—¡Qué profunda te has puesto en un momento!

—Ya ves, valgo para ponerme payasa y también sería —alzo la cabeza y vuelvo a encontrarme con su mirada fija en mí—. ¿Qué?

—Eres distinta, especial, diferente a todo lo que he conocido.

—Única e irrepetible —le digo mientras me sacudo las pelusas imaginarias de la camiseta, [3]en actitud chulesca.

—El pasado nos marca, Vega. Y nos asusta, nos cambia, nos hace ser otros, mejorar, [4]pero a veces también nos hace perder cosas.

—Fíjate —le interrumpo—, yo muchas veces he pensado en eso que dices. Perder perdemos, [5]pero debemos quedarnos con lo importante, y es que, muchas veces lo que perdemos, [6]son aspectos de nuestra vida prescindibles. ¿Tú crees que serías lo que eres hoy si hubieses seguido con tu primer amor? ¿o con el último?

—Es hora de los Martinis —finaliza, recogiendo su plato y el mío para posteriormente abandonar la terraza.

Me acomodo en la silla de mimbre; me quito los zapatos y subo las piernas al asiento, acuclillándolas y recomfortándome con el calor que desprenden al tocar contra mi pecho.

Hace tiempo, cuando nos conocimos, me dijo que había temas en los cuales era mejor no indagar. Y es que al final, muchas personas son así, no necesitan hablar sobre sus problemas o contar sus historias, se limitan a reflexionar en silencio y buscar soluciones por sí mismos. Yo no. Yo necesito hablar, compartir, ironizar los problemas. Y no es que sea una persona fuerte o con ideas claras, porque no me considero como tal. Yo soy como el resto: tengo miedos, tengo vergüenza, me persiguen cosas del pasado que quiero pensar que están superadas pero que sé perfectamente que no es así... pues eso, una vida normal y corriente como la de cualquier humano que se precie.

Marc deposita una copa en la mesa mientras yo sigo con la vista puesta en el sol que comienza a acaecer. Oigo cómo toma asiento y se coloca de frente al ocaso, de la misma forma que yo.

—Marc, no quiero hacerte sentir mal con mis preguntas. Piensa que llevo el interrogatorio en las venas. Podría perfectamente haberme licenciado en Derecho, pero no me va eso de perseguir mafiosos y ladrones, soy más de

buscar soluciones a los problemas de las personas y a veces peco de pesada y entrometida —ahora sí que lo estoy mirando.

Su semblante sigue serio. Da pequeños sorbos a su bebida pero sin apartar la vista del sol, del horizonte.

—Nunca he podido contar a nadie mi historia, la historia de mi vida. Nunca he sentido la necesidad de hacerlo, nunca he buscado que me entiendan. Ni con Jordi, que es mi mayor apoyo. Mucho menos con mis padres, pero contigo... contigo necesito ser yo. Parece de locos esto, Vega, ¿no te parece? Estamos jugando a un juego peligroso, tú juegas a evitarme y yo juego a buscarte. Tú juegas a salir huyendo y yo juego a esconderme en determinadas situaciones, ¿qué es lo que estamos haciendo? Dime, ¿qué hacemos Vega?

—No hacemos nada. Tú has sido sincero conmigo desde el principio —creo que lo mejor es que, llegados a este punto, ambos digamos lo que pensamos y sentimos—. Yo no niego que me siento bien contigo, eso ya lo sabes, pero no quiero sufrir.

—Yo tampoco quiero sufrir. Ese es el estigma que nos marca. El pasado que se convierte en presente y nos transforma en lo que somos.

—¿Y qué somos? —pregunto finalmente.

—No lo sé, dímelo tú.

Ahora sí que fija su mirada en mí buscando que le dé una respuesta con palabras y con lenguaje no verbal. ¿Y qué le digo?

Me levanto y dejo la copa en el poyete donde él antes contemplaba las maravillosas vistas que hay desde aquí. Se observa a la perfección el mar y la muralla que se encuentra al lado.

—Preciosa, ¿verdad? —pregunto señalando la muralla.

Marc se levanta, imita mi gesto apoyando la copa en el muro y colocándose a mi espalda. Me rodea entre sus brazos y me besa en el pelo. Me giro y lo abrazo, fuerte e intenso, aspirando su olor, ese que tanto me gusta.

—Preciosa —finaliza mirándome fijamente.

—Hablabas de...

—Ya sé de lo que hablabas —me corta—. Y yo hablabas de ti.

Me da la vuelta y mete su mano bajo mi sudadera y la camiseta de pijama, con suaves caricias comienza a recorrer mi estómago, jugando con mi ombligo. Es magia pura.

—Es el recinto amurallado de la Vila Vella y es el principal monumento histórico del municipio —comienza con su explicación, sin dejar de jugar con mi piel, marcándome a fuego con la suya—. Fue declarado monumento histórico-artístico nacional en 1931.

—Parece que preside la playa.

—En realidad sí que lo hace. Fíjate la cantidad de torres y torreones que posee —me dice señalándolos.

—¿No son lo mismo? —inquiero cotilla.

Marc se ríe en mi oreja mientras me aprieta más contra él. En casa... sigo sintiéndome en casa.

—En mi defensa diré que no me gusta el arte ni la historia ni nada que se esté cayendo al suelo, a mí me gustan los edificios modernos y minimalistas.

Coloco mis manos sobre las suyas y le acaricio el brazo. Me gusta la sensación que nos envuelve, nos sale de manera muy natural.

—La diferencia se encentra más bien en el tamaño.

—¡Vaya! ¡Pues como todo en la vida! —me carcajeo por mi propia broma—. Hay penes y hay penas —continúo riendo.

Marc se une a mis carcajadas.

—Yo no me siento aludido —me dice comenzando a hacerme cosquillas—, alguien dijo antes no sé qué cosa de una anaconda.

Ahora la que le hace cosquillas soy yo.

—Eres demasiado arrogante, ¿no crees? —intento zafarme para poder hacerle cosquillas pero Marc es más rápido y me sujeta las manos —sin mucho esfuerzo, para ser sinceros—.

—Sí, sí, pero el de la anaconda soy yo.

Suelta mis manos y me alza, sentándome en el murito de la terraza. Abro las piernas de manera mecánica y se coloca entre ellas. Esa conexión entre nosotros es tan innata que nuestros movimientos se acompañan a la

perfección.

—Me dan miedo las alturas —confieso mientras echo la cabeza hacia atrás y observo lo lejos que nos encontramos de las calles empedradas.

—Pues entonces tendrás que sujetarte bien a mí —me aconseja con voz lobuna.

—¿Sujetarme por qué? —no sé si estoy asustada por la caída o por lo hechizada que me encuentro con esto, que una vez más, nos envuelve.

—Porque voy a hacerte enloquecer —sus ojos brillan mucho más que antes, su voz suena mucho más intensa, más ronca y varonil.

Un estremecimiento me recorre de arriba a abajo, sin control.

—El ocaso será testigo de nuestra unión. No hace falta que definamos lo que somos, Vega. Porque cuando estamos juntos, cuando estamos cerca, sabemos lo que somos. Y dejamos de ser dos, no existe uno más uno.

Cuando me dice estas cosas, cuando se comporta de esta manera me hace creer que sí, que es real, que no es fruto de mi imaginación, que Marc necesita de lo nuestro tanto como yo lo necesito. La parte racional que hay en mí, me dice que no es así, que esto es lo que es porque así él lo estableció desde el principio. Y es entonces, cuando vuelvo a poner los pies en la tierra y me limito a no soñar despierta, solo sentir sus manos, sus besos, sus caricias, su fuego, el que nos consume a ambos.

—Bésame, pollito —le suplico.

—Voy a hacer mucho más que besarte.

—Ah, ¿sí? —pregunto entregada y deseosa.

—Vamos a ver las estrellas y serán testigo de lo nuestro.

Y el lobo, una vez más, tiene a su presa donde quiere.

Pasea su lengua por mi labio mientras coloca la en mi nuca. Comienza a dar pequeños mordiscos sin apartar su mirada de la mía.

Sitúa la otra mano en mi culo y me acerca hacia su erección.

—Ahhh —gimo descontrolada.

—Me encanta cómo tu cuerpo reacciona al mío, cómo con una sola caricia —me dice pasando la mano que estaba en mis nalgas por encima de mi clítoris— te entregas.

Vuelve a morderme, enrollando mi pelo entre los dedos y tirando hacia atrás, dejando a la vista la piel de mi cuello.

Pasea su lengua por él, con movimientos certeros que me hacen recordar a la perfección como esa misma lengua era capaz de provocar unas descargas eléctricas inigualables sobre mi botón mágico, llevándome al mayor de los orgasmos que haya podido disfrutar en mucho tiempo.

—No te he tocado, pero ya sé que estás completamente empapada, dispuesta para mí —finaliza mientras quita la mano de mi centro y la coloca sobre su polla, que se encuentra más que hinchada.

Un ronco gemido se escapa de mi garganta debido a la expectativa de lo intenso que es el sexo entre nosotros.

—¿Te gusta que me toque? —me pregunta tras ver mi reacción.

Asiento llevada por el deseo.

—Agárrate a mis hombros —me exige.

Hago caso, no puede ser de otra manera.

Se baja el pantalón de chándal y me doy cuenta de que debajo del algodón no hay ropa interior. Mi sexo palpita mucho más aun al pensar en que ha estado así todo este tiempo y que mis manos podían haberlo tocado así, sin casi nada que se interponga entre su piel y la mía.

Mis brazos siguen en sus hombros pero no puedo apartar la vista de su polla, que brilla debido a las lágrimas de semen que brotan de ella. Sus expectativas y las mías son las mismas.

—¿Te gusta? —me pregunta mientras comienza a tocarse para mí.

—¡Oh, joder, sí! —exclamo eufórica.

Sus movimientos comienzan a ser mucho más rítmicos. No separo la mirada de su miembro ni un solo momento, en cambio la suya, está clavada en mí, analizando las señales que le envía mi cuerpo, tan muerto de deseo como el suyo e incluso celoso, porque quiere atenciones de esas manos que le proporcionan un placer increíble.

—¿Quieres chupármela? —me pregunta con la voz ronca, extasiada de deseo.

—Sí —respondo contundente.

Y en realidad es así, quiero saborearla, sentir cómo me llena la boca. ¿Quién diría que mi vida sexual antes tenía tan poca relevancia? Con Marc he descubierto que todo, todo, es ideal, que es mágico, que es nuevo y que me engancha.

Me incorporo y me agacho, sin pudor alguno, dejándome llevar por lo que siento y por lo que despierta en mí.

Me introduzco su polla en la boca y Marc se arquea, dejando escapar un largo gemido.

—Ahh —suspira entregado.

Pongo la mano a lo largo de su tronco y aprieto con fuerza, ejerciendo presión a la vez que la introduzco en mi cavidad.

—Para, para, para —se aparta y me hace sentir vacío—. Para o me correré en tu boca en cuestión de segundos. Contigo soy como un jodido quinceañero.

Me levanta y me quita el pantalón y la chaqueta. Extiende la última y la coloca sobre el poyete, me alza de nuevo, me sienta encima y se coloca entre mis piernas con la misma naturalidad, que lo hizo hace escasos minutos.

Vuelve a pasar los dedos por encima de mi hendidura, mientras me observa enloquecer.

—Por favor —le suplico.

—Por favor ¿qué?

—No puedo, no puedo —lo digo de manera inconexa, en realidad, solo sé que no puedo.

—¿Qué no puedes? ¿Esto? —me dice mientras introduce dos dedos dentro de mí y me arqueo de puro placer.

—Sí —respondo entregada.

—Sí puedes —me dice chulo y arrogante, logrando que me moje aún más.

Comienza a follarme con los dedos mientras me muevo de manera inconsciente en su busca.

—¡Dios! —gimo extasiada.

—Ahora nena —susurra con voz hechizante—, ahora sí que te voy a

hacer ver las estrellas.

Y sin más, retira los dedos y me penetra de una estocada, logrando que un gemido escape de mi boca sin control. No hay vecinos, no estamos en un espacio abierto, en una terraza, en un pueblo, viendo el atardecer. Estamos disfrutando, sintiendo y entregándonos sin reparo, sin pensar en lo que vendrá. En lo que puede suceder, solo experimentando su sexo embistiendo el mío, llevándome a la cúspide del abismo más sensual y erótico que jamás haya podido sentir.

Una, dos, tres, cinco, siete...sus arremetidas son muy certeras, muy precisas y esa maravillosa sensación de estar volando sin alas vuelve a hacerse eco en mí.

—¡Oh Dios! —comienzo a gemir—. ¡Oh Dios!

—Vamos nena, ¡dámelo! ¡córrete para mí! —me exige—. ¡Córrete!

Y no hace falta que lo repita, porque lo hago, estallo en mil pedazos, un orgasmo de esos que son inolvidables, que te cortan el sentido y te dejan sin aliento. Entre espasmos, el gemido de Marc sigue al mío, sintiendo cómo su chorro caliente me empapa y me llena, cómo me hace más suya y menos mía. Cómo nos acerca a ambos al limbo.

Me dejo caer sobre su hombro mientras sigo sujeta a él. Podría decir que fuertemente sujeta pero sería mentira, porque ahora mismo de fuerte tengo lo que de valiente. Nada.

Marc me acaricia la espalda, aún dentro de mí. Notando el latido de su pene y las contracciones de mi vagina por el orgasmo que acabamos de tener.

—Ven —me pide alzando el mentón y depositando un beso en mis labios.

Me alza y me lleva como si no pudiese caminar. Apoyo el cuerpo en su pecho y coloca las manos bajo mis rodillas.

—¿Has visto? —pregunta.

Alzo ligeramente la mandíbula y lo observo.

—Mira —me pide.

Llevo mis ojos hacia donde me pide y veo como el sol ya ha comenzado a caer, a esconderse, de la misma manera que me quiero refugiar

entre sus brazos y no abandonarlos jamás.

—Es precioso —atino a decir.

—Sí que lo es —me dice observándome de nuevo—. Sí que lo eres.

Me lleva en brazos hasta su cama y me deposita en ella, tumbándose a mi lado. Me tapa con el nórdico y se sitúa a mi espalda. «No me sueltes Marc. No me sueltes», quiero decirle.

Me dejo dormir entre sus brazos sin ser capaz de darle voz a mis pensamientos. Le oigo murmurar algo pero tampoco logro entenderlo. El sueño es más fuerte que mis sentidos, y sin más, profundizo en él.

CAPÍTULO 19

SOMOS LO QUE QUERAMOS SER

Tras esa noche tan intensa, pasamos el resto de los días disfrutando sin parar. Intenté contactar con Mel en alguna que otra ocasión pero recibí un escueto mensaje en el que me decía que hablaríamos a la vuelta.

Tal y como me había prometido, al día siguiente salimos a navegar en un pequeño velero que Marc tenía en el puerto. Lo pasamos genial aunque estuve a punto de morir de hambre cuando Marc me confesó que la fruta que llevábamos a bordo la había comprado en la tienda de mi amiga la que se rasca el culo; Vinila, pues esa misma.

Fue un día maravilloso, compartimos miles de confidencias, miles de historias sobre sus abuelos, los míos, mi madre e incluso le conté que mi padre venía el próximo fin de semana y quería conocerlo. Decidí no darle mayor importancia al hecho de que Marc estaba muy atento, cariñosos y cercano. Probablemente quien nos viese desde fuera, pensaría que éramos la pareja ideal, lástima que de pareja no hay nada de nada e ideales, demasiados en la vida.

Aun así, disfrutamos de nuestras vacaciones, follamos como descocidos y nos dábamos arrumacos cada poco tiempo.

—No quiero volver.

Estaba metiendo mis cosas en la maleta. Ya se acercaba la hora de irnos. Mañana tiene que volver a su trabajo y yo al mío. Que mucho me encanta, sí, pero estar de vacaciones con mi dios griego personal mucho más. Ejem. Ejem.

—Podemos volver cualquier fin de semana, cuando quieras. Me avisas y estaré encantado de conducir para ti.

—No te burles de mí. Odio conducir, desde siempre.

—¿Cómo te sacaste el carné entonces? —bromea.

—¿Te estás poniendo del bando de Mel? —contraataco.

—¿Yo? ¡Dios me libre! —se mofa.

—Más te vale. Sabes de sobra que sé todo lo que hay que saber sobre kárate y artes marciales, te lo dije en el parque —le amenazo.

—¿Sí? —inquieta cruzándose de brazos de la forma más sexy y dominante que se puede imaginar—. A ver, muéstrame algo, Bruce Lee.

—No puedo —me excuso, dándome cuenta de que con él, esta broma, es para quedar como una auténtica retrasada—. Podría hacerte daño y no quiero conducir hasta Barcelona. Y tú tampoco quieres que lo haga —me justifico.

—Me arriesgaré —me dice echándose a un lado y dándome el espacio suficiente para que pueda maravillarlo con mis proezas —nótese la ironía de mis palabras—.

Comienzo a hacer varios movimientos; calentando el cuello, los codos, los tobillos y todas esas cosas que se deben calentar antes de hacer el gilipollas más grande del mundo.

Me apoyo sobre la pierna derecha, flexiono la izquierda, la coloco a su lado y extendiendo los brazos lo más rectos que puedo —o que creo que puedo—. Y al grito de «guataaaaaaaaaa» intento dar una triple patada voladora con tan mala suerte, que caigo sobre el pie de mala manera y termino con los piños en los pies de Marc.

—¡Auuuuuu! —termino por soltar—. Me acabo de reventar —finalizo.

—Vaya. Pues sí, toda una Bruce Lee, por favor, espera, no te levantes, yo te ayudo —se burla sin piedad—, no vaya a ser que me puedas romper una uña o hagas que se me caigan las pestañas con el viento que levanta esa agilidad que me deja pasmoso.

—¡Ja, ja, ja! Ni puta gracia —le suelto levantándome toda digna. Lo más digna que puedo, dadas las circunstancias.

—Anda, ven aquí —me dice tirando de mi mano haciendo que impacte con su perfecto, esculpido, macizo y moreno pecho.

Que, dicho sea, está más duro su pecho que el suelo.

Me da besos por toda la cara, por el pelo, en el cuello, en las manos y por último en la boca.

—¿Mejor? —me pregunta.

—Muuuuchoooo mejor —afirmo.

Nos subimos en el coche y recorremos en silencio la distancia hasta llegar a casa. Creo que ambos estamos pensando en lo fantástico que fue este tiempo que compartimos, en lo maravilloso que nos sentimos, lo libres que fuimos y lo a gusto que estábamos.

—Voy a echar de menos estar allí, así, desconectados —me dice rompiendo el mutismo en el que nos hemos sumergido ambos.

—Coincido contigo. No te extrañe que te pida volver. Espero que sepas dejar tu agenda sexual a un lado y me concedas un finde a mí.

Marc contrae el gesto y su semblante se endurece mucho más. Aprieta el volante con fuerza logrando que sus nudillos se pongan blancos, pero, a pesar de ello, no pronuncia palabra alguna.

Me siento mal por sacar el tema, pero no puedo evitar pensar constantemente, que fue maravilloso mientras duró, pero que volvemos a casa, a nuestras vidas y ahora no somos uno, somos dos personas, con dos vidas y sin encajar en la del otro.

—Gracias por estos días —me despido en el rellano de mi casa.

—Gracias a ti —me dice cabizbajo.

Cada uno introduce la llave en la cerradura, entrando y cerrando tras de sí. Se nos acabó lo bueno.

Suelto todo y decido llamar a mi padre. No hemos hablado en todos estos días, cada uno respetando el espacio del otro.

—Cariño —me saluda—, pensaba llamarte en un rato.

—Ya he vuelto. Mañana hay que trabajar y no podíamos quedarnos más. ¿Cómo te lo has pasado con Carmen?

—Muy bien hija. No hemos parado en estos días. ¿Y tú?

—Pues muy bien. He desconectado y hemos estado en Tossa de Mar, un sitio en Girona espectacular. Al final resulta que Marc tiene una casita allí que compró y restauró. Pertenece a sus abuelos.

—¿Te das cuenta cómo hablas de él?

Su comentario me hace frenar en seco.

—¿Cómo se supone que hablo de él? —pregunto llena de curiosidad.

—Pues con ilusión, cariño mío.

—Papá, en serio, creo que quieres ver cosas donde no las hay. Desde que Fran y yo rompimos hace meses, buscas emparejarme con cualquiera — contesto exasperada.

—No cariño, te equivocas. Busco que alguien te haga levitar y este vecino tuyo me parece que lo hace. No tienes por qué contarme nada, no te estoy presionando, solo quiero que sepas lo que se percibe desde fuera.

—Y yo quiero que sepas lo que se siente desde dentro.

«¿Segura?»

Conciencia, ¡cállate y vete a dormir!

—Dejaré de insistir, pero el próximo finde me lo presentas. Por si tengo que darle el visto bueno.

—¿Vas a seguir? —le riño.

—No, no, ya me callo —se disculpa riendo.

Nos pasamos un rato más hablando por teléfono, me cuenta los monumentos que ha visitado y los lugares en los que han parado a comer. A mi padre le encanta narrar sus viajes con pelos y señales. Sería de esos que graban videos hasta de lo limpio que están los baños y luego te los hace ver mientras cenas en Nochebuena, cortas la tarta en el cumpleaños y sales de vacaciones en verano.

Tras colgar, decido sacar las cosas de la maleta, más que nada porque en el neceser tengo todo lo indispensable para ducharme e hidratarme. Ya de paso, decido meter la ropa en la lavadora. Mañana, antes de salir de camino a la consulta, la pondré en marcha.

Oigo cómo tocan en repetidas ocasiones la puerta. Automáticamente pienso en Marc y voy rápido, todo lo rápido que puedo para ser más exactos.

Al otro lado veo a Mel, con los ojos rojos como un tomate, hinchados y llorosos. Está conteniendo el llanto. La conozco demasiado bien.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te ha hecho?

Lo primero que pienso es que Jordi la ha cagado a base de bien. Y no olvidemos que se me da muy bien patear culos, no vaya a ser que tenga que ir

a hacerle una visita. Aprovecho para aclarar que eso que pasó en Tossa de Mar fue un incidente desafortunado producto de un mal calentamiento, no de mi poca habilidad, no os vayáis a creer, ¡ehh!

Mi *rubiamiga* comienza a hipar y a decir cosas completamente inteligibles para un humano medianamente normal.

Marc debe escuchar alboroto porque sale y se acerca a nosotras.

—¿Qué sucede? —me observa con el semblante preocupado, esperando una respuesta que lo relaje.

—Pues que probablemente tu hermano le ha jodido la vida a mi amiga. Si es que todos los hombres sois un asco, no valéis más que para copular, y con suerte, y luego salir corriendo como cobardes de mierda.

Sí señor, esa soy yo cuando me enfado.

—¿Pero...?

Mel comienza a negar con la cabeza y nuestra conversación termina ahí.

—No es eso —dice mientras se traga lágrimas y mocos, todo junto, alimento es, seguro.

—¿Entonces qué pasa? —preguntamos Marc y yo a la par.

—Necesito un Martini —finaliza entrando en mi casa.

—¡Qué Martini ni que niño muerto! ¡Habla de una jodida vez!

Creo que no es el mejor momento para ponerme seria porque cuando termino la frase mi amiga arranca a llorar más desconsolada que hace unos segundos.

Se tira en el sofá y se hace un nudo de piernas, manos, pelo y mocos. Todo junto, así.

—Mel, por favor, entiende que estamos preocupados. Y entiende que necesito irme a reventarle la boca a tu hermano —le digo señalando a Marc que me sonrío de manera muy tierna.

—Esta faceta tuya me gusta mucho. Como todas...

—Shhhh —le chisto señalando a Mel que sigue tirada en el sofá llorando.

—Estoy embarazada.

Silencio sepulcral. Pasa un fantasma, dos, Casper, los cazafantasmas, el moco verde que nunca sé si matan y hasta la bruja Ciriaca. En breve pasará Gorgorito con su estaca.

Mel se incorpora y se sienta, limpiándose los mocos con la manga del suéter. Marc va en busca de servilletas mientras yo sigo clavada en mi sitio.

—¿Qué? —pregunto presa del shock.

—Estoy embarazada.

—Sí, creo que es lo que dijiste. Pensé que estaba teniendo alucinaciones, veo que no —modo sarcástica *on*.

—Necesito un Martini —insiste Mel.

—Marc, una de Martinis —le pido mientras él asiente, entiende que esto es un puto gabinete de crisis, el más grande de todos para ser más exactos—. Para ti batido de chocolate —le especifico a mi amiga.

Mel no me rebate nada, no dice nada, solo me mira como un cachorrito desvalido.

—¿Me lo quieres contar? —pregunto más calmada.

Tras verla de esa guisa, creo que lo que menos necesita es que yo, su mejor amiga, le dé caña. Es mejor ser paciente y entender lo sucedido.

—No entiendo qué ha pasado —comienza.

—Pues follar tuviste que follar porque por ahí empieza todo —le grita Marc desde la cocina.

—¡Que te jodan! —escupe ella—. Vas a ser un tío horrible —finaliza.

A Marc se le cae un vaso, como si ahora fuese mucho más consciente de lo que sucede y de lo que nos acontece.

Reacciona con rapidez y comienza a recoger el estropicio mientras lo señalo con el dedo índice y le hago un gesto en plan «*te voy a cortar el cuello, por puñetero bocazas que eres*».

—Captado —me contesta.

—Mel, estamos todos un poco en shock, entiéndenos —me disculpo—. Relájate, le digo mientras le tiendo la taza de batido de chocolate que acaba de traer Marc.

Me bebo mi copa de Martini de un trago bajo la atenta mirada de ambos.

—¿Qué? —escupo molesta—. En gabinetes de crisis, todo está permitido.

Marc se sienta a su lado mientras yo me sitúo frente a ella, en la mesa de centro.

—Fue en la fiesta que hubo en Hotel Royal Passeig de Gràcia. Tuvo que haber sido ahí. Esa noche nos dejamos llevar y ya sabes lo que pasa.

—Sí, ya sé lo que pasa —sentencio mirando a Marc que me devuelve la mirada cómplice.

—Era la primera vez que nos veíamos desde que salí huyendo, nos enrollamos y ya sabéis cómo acabó la cosa porque estoy preñada.

—Pero... ¿estás segura? —pregunto temerosa.

Mel asiente.

—Tengo un retraso desde hace tiempo, me hice una prueba el miércoles pasado y me dio positiva. Mañana tengo intención de ir a hacerme una analítica.

Ambos asentimos. Yo me bebo otra copa en menos que canta un gallo, mientras Mel da pequeños sorbos a su batido de chocolate.

—Vale. ¿Qué quieres hacer? —pregunto.

—¿Lo sabe Jordi? —interviene Marc.

Mel niega con la cabeza.

—No he tenido valor para contárselo. Tengo miedo a que salga huyendo.

Al final, resulta que muchas de las cosas que nos hacen quedarnos quietos y dejar de movernos, están relacionadas con el miedo. Un sentimiento tan natural y tan poderosos como el amor. A veces, mucho más fuerte que ese que comparte letras con Roma.

Yo tengo miedo a Marc, no a él. A lo que me hace sentir, a lo que nos pueda suceder, a que huya, a entregarme, a ser una más en su interminable lista.

Y mi amiga tiene miedo a dejarse llevar y arriesgarse. Lo único que

debe pensar en este momento, es que ya no es solo ella. Ahora hay alguien más importante que necesita que tire del carro y que tome las riendas, que coja poder y que arrastre con lo que venga.

—Lo voy a tener —finaliza como si escuchase mis pensamientos—. Da igual si Jordi quiere o no.

—No podemos hablar por alguien que no sabe lo que sucede —explico.

—Voy a llamarlo —interviene Marc—. Creo que debe venir.

Mel no dice nada, sabe que es mejor enfrentarse a esta situación cuanto antes y aquí en mi casa, no está sola, cuenta con mi apoyo y con mi fuerza. Y si se pasa un pelo, lo reviento.

Marc se levanta, saca su teléfono y se va a la zona donde tengo el armario y el sillón cama.

—Pase lo que pase, Mel, yo estaré a tu lado. Leo estará a tu lado e incluso Marc estará a tu lado.

—Tengo miedo, mucho miedo —repito las palabras de antes.

—No lo tengas, serás una madre estupenda, yo seré una tía estupenda y Leo... Leo jugará a las barbies si es niña y si es un niño... pues jugará a las barbies también —me burlo—. Por cierto, ¿lo sabe?

—No, no he hablado con nadie. Eres la primera en saberlo, y Marc que es un entrometido.

—Está preocupado, Mel —lo defiendo.

—Y enamorado de ti —me suelta sin más.

—¡Mentira! —me apresuro a añadir.

—Si tú lo dices... —finaliza mi amiga.

Al momento vuelve Marc, impidiendo que continuemos con la conversación que estábamos teniendo.

—Ya viene. Está preocupado —le cuenta a Mel—, dice que llevas días rara y que no sabe qué sucede.

—Más vale que vayáis tapiando las puertas porque en cuanto lo sepa, saldrá corriendo —continúa mi amiga—. Él no quiere hijos, ni responsabilidades, es como tú —le dice señalando a Marc.

Vale, le ha dado donde más le duele, pero a mí también. Porque después de todo, pienso que quizás mi amiga tenga razón y eso que nos hemos traído entre manos durante más de un mes, puede que quiera decir algo, que sea más que una utopía y que a veces los deseos se cumplen y haya un «mañana» con el que poder soñar.

—Voy a llamar a Leo. Pondré el manos libres, y hablaremos con él.

—No quiero —lloriquea Mel—, me va a decir que si no soy capaz de usar gorrito o tomar anticonceptivos.

En este momento pienso en las ocasiones en las que Marc y yo tampoco hemos pensado con la cabeza.

—Tranquilo —le susurro al oído mientras voy en busca de mi móvil—, tomo la píldora.

Continúo mi camino y noto que me sigue.

—Estoy tranquilo —me dice sujetándome de la cintura—, más tranquilo que nunca.

Me besa en el cuello y me hace estremecer.

—Iros a un hotel —grita mi amiga—, pero usad condón, no os olvidéis, porque puede que te quedes embarazada y Marc huya como hará su hermano en cuestión de minutos.

—Yo no huiría —susurra mientras sigue apoyado en el hueco de mi cuello.

—Sí, seguro —escupo medio enfadada yo también.

No, no tiene culpa, no sabemos lo que sucedería tampoco quiero descubrirlo. Pero siento frustración, porque me cansan los jueguecitos. El no saber qué hacemos, a dónde vamos. Hay personas que saben dejarse llevar, que todo fluya y ver qué les depara el destino.

Pero yo no sé hacerlo, yo quiero controlar lo que sucede y lo que sucederá Y Marc sigue teniendo ese cartel de «peligro» colgado en la frente, lo único que sucede es que yo me he limitado a intentar dejar de leerlo. A obviarlo.

Me separo de él y me dirijo al salón para llamar a Leo. Necesito distancia ahora mismo y ver las cosas con perspectiva.

—¿Leo? —pregunto cuando contesta.

—¿Qué te pica, Mery? Es muy tarde.

—Tenemos que hablar.

Vuelvo a sentarme en la mesa de centro mientras Marc sigue de pie donde lo dejé, observándome. Puede que se esté preguntando qué ocurre pero no pienso darle más pistas. Se acabó.

—¿Qué sucede? —pregunta mi amigo al otro lado del interfono.

—Estoy con Mel —omito a propósito a Marc—, voy a poner el manos libres, tenemos que hablar. Hay gabinete.

—¿De crisis?

Asiento, como si me pudiese ver.

—Estoy embarazada —grita mi amiga entre sollozos.

—¡Joder! —exclama Leo al otro lado.

—¡Sí, sí! ¡Jodió pero bien! —exclamo burlona.

—¡Cabrona! —se ríe Mel.

—¡Qué asco! ¡Los mocos, niña! —me arrugo toda como una pasa seca cuando la veo limpiarse de nuevo los mocos en la manga del suéter. En breve, camina solo, no digo más.

Levanto la vista y veo a Marc sentado en una butaca en la cocina. No sé qué piensa pero creo que es el turno de que reflexione un poco, no estoy yo para juegos ya. Esta nueva situación me hace darme cuenta de que si fuese yo la que se limpia los mocos en la ropa, él, a estas alturas, estaría en Filipinas con Leo, fabricando tenis Nike, haciendo de las suyas.

—A ver, Mel. Primero que nada, tranquila y segundo... ¿no sabes lo que es un condón?

¡Y ahí está! La frase que todos esperábamos que saliera de su boca. Hasta la propia Mel lo había dicho.

—¡Joder! ¡Sí que sé! Pero estaba caliente, no pensé, dejé de ser un ser racional —se justifica mi amiga.

—¿Y él? —inquire Leo—. No me respondas...pensaba con la polla.

—Básicamente —afirmo rotunda.

—No le deis tanta caña —intercede Marc—, bastante tiene ella ya con lo suyo. Panda de cabrones —sonríe.

—¿Ves, Vega? Hazle caso, lo que tenéis que hacer es casaros y tener miles de hijos.

—Ya, sí —inquiero estupefacta—, y vivir en el bosque con los siete enanitos. O mejor... bajo del mar, con Ariel.

—No puedes negar que te gustan las películas de Disney —se mofa Marc.

Le saco la lengua y me centro de nuevo en Mel haciendo caso omiso a los bautizos y todo ese rollo que está soltando.

«Las hormonas» me repito.

—Lo que importa —interviene de nuevo Leo—, es que pase lo que pase estaremos juntos. Como cuando el panadero no sabía que existía, como cuando Fran dejó a Vega por la zorra, perra, asquerosa sin escrúpulos de Yéssica, o ahora, contigo, que te han hecho un bombo que ni Manolo cuando juega la selección española.

—Quitando lo de Manolo el del bombo, estoy de acuerdo con Leo.

Lllaman a la puerta y Marc se levanta y se apresura a abrir. Sabemos quién es.

—Leo, te llamo en otro momento y te cuento. Acaba de llegar Jordi —le explico—. Vamos a hablar con él.

—Vale. Si hay que ir a pegarle, ya sabes, me avisan.

—Te avisamos —asiento haciendo un super gesto que muestra a la perfección mis musculosos brazos.

Lástima que no lo pueda ver pero Mel sí y se mea de risa. Algo es algo.

Jordi entra como un vendaval en casa y se sienta al lado de Mel Su cara de preocupación me enternece. Ya no le quiero romper los piños, me conformo con la nariz.

—¿Qué pasa? —pregunta mirándonos a todos.

—Eso digo yo, ¿qué pasa?

—Vega, relájate —me pide Marc, que me coge de la mano y me sienta encima del mueble que está en la ventana.

La noche nos ha sorprendido a todos y tiene pinta de que será larga.

—Creo que son los dos Martinis que me he tomado, hacen que se me vaya la lengua —me justifico.

Marc me acaricia la mejilla y me consuela.

—Nena, todo va a salir bien, ya verás —murmulla.

Y yo quiero creerle, quiero creer que Mel tendrá su cuento de hadas, que Leo lo tendrá también y, por supuesto, que a mí me incluyen dentro del pack del final feliz. Hasta Val y Emma me vienen a la mente.

Emma... se me está ocurriendo algo.

—¿Qué pasa, Mel?

Mi amiga comienza a jugar con los dedos, los aprieta y los suelta, los mueve sin control, está muy nerviosa.

—Díselo, Mel —la animo.

—Jordi... Es...Esto...Estoy embarazada —suelta de sopetón.

Contenemos la respiración. Observamos el gesto de Jordi. Vuelven los fantasmas, Casper, la bruja Ciriaca y Gorgorito.

—Mel...

No dice nada más, sujeta la cara entre sus manos y la besa. Con toda esa pasión y esa ternura infinita que solo pueden prodigarse las personas que están enamoradas, que se quieren de manera incondicional, que están hechas la una para la otra.

—Te quiero —le confiesa Jordi sin apenas separar los labios de los de mi amiga—. Siempre te he querido.

—Yo también te quiero —responde Melissa llorando a moco tendido.

Las lágrimas caen sin control por mis mejillas. Estoy más que emocionada. Al final, resulta que sí, que hay esperanza para algunos, que no todo es negro y que mi amiga, tras venir de Madrid huyendo, ha encontrado la horma de su zapato. Y ahora puede ser feliz junto a Jordi y a ese bebé que llega a este mundo para romper sus barreras y mostrarnos que los milagros existen.

—Dejémoslos solos —me pide Marc.

Asiento y de un salto me incorporo.

—Vamos —tira de mi mano y me pasa el brazo por el hombro,

apretándome contra él.

¿Por qué tiene que oler tan condenadamente bien?

Entramos en su casa, sin decir nada. Aún emocionados por lo que acaba de suceder hace cuestión de minutos.

—Me alegro mucho por ellos —Marc rompe el silencio—, sobre todo por Jordi. Podrá seguir caminando.

—Al final hay una historia preciosa ahí.

—Sí —me dice tirando de mí hacia su cama—, sí que la hay.

No sabemos cómo será, que nos deparará el futuro, tampoco si sufriremos o reiremos, pero puedo decir que ahora mismo, estamos donde queremos estar.

CAPÍTULO 20

ASUNTOS DE ESTADO

He descansado como nunca. A pesar de haberme acostado tardísimo debido a todo lo sucedido la noche anterior en mi apartamento confieso que, en los brazos de Marc, he perdido la noción del tiempo y los problemas, han dejado de existir.

Me desperté temprano, tenía muchas ganas de volver a mi apartamento para ver a Mel. Claro está, cuando llegué allí, no había nadie.

—Se han ido —le digo a Marc, mientras me dirijo a mi armario en busca del uniforme para ducharme y prepararme. Tengo cita con Val a primera hora y no puedo llegar tarde.

Veo a mi vecino adentrarse en la cocina y comenzar a preparar varios cafés con leche. Está para comérselo completo. Pantalón corto de deporte, camiseta blanca ajustada y descalzo, como me gusta a mí. Y huele...huele como uno de esos muffin de arándanos que tanto me gustan

—Luego llamaré a Jordi —responde mientras continúa con la elaboración del desayuno.

Me meto en la ducha, deseando que venga conmigo y me haga guarrerías pero no sucede nada. Salgo, me envuelvo en una mullida toalla y me voy directa a la cocina.

Vamos a jugar un rato.

Marc me ve entrar y se le cae la cuchara encima del mármol de la encimera. ¡Bien! Va reaccionando.

Sé que anoche dije que estaba cansada de este juego, que él tenía que mover ficha y todo ese rollo, ¡sí! Pero es que no sabéis cómo huele y cómo está de bueno.

—Tierra llamando a Marc, tierra llamando a Marc. Deja de comerme con los ojos y ponme ese café con leche —le digo chasqueando los dedos en repetidas ocasiones.

—Me distraes —confiesa.

—Me alegre —sonrío.

Me tiende la taza con una bebida caliente y unas tostadas que acaba de sacar.

—¿Mantequilla o mermelada?

—Ambas —finalizo.

Marc arruga el gesto, pero se comporta como un caballero y me prepara dos.

—Podría acostumbrarme a esto —murmullo señalando las tostadas y el café con leche.

—Y yo —finaliza alzando la mirada y atrapando la mía por completo.

Le doy un mordisco a mi tostada sin poder apartar la vista de él, que sigue ahí, plantado en el sitio, sin inmutarse. Tan guapo, tan sexi, tan hombre...

—Este sábado parece que hay un evento de los de Mel, me lo dijo la semana pasada antes de irnos de vacaciones.

—Ah, ¿sí? —pregunto curiosa—. A mí no me ha dicho nada, ¿será porque no me quiere invitar? Si omitimos ese pequeño detalle de que en cada fiesta casi termino bebiéndome el agua de los jarrones...

—O en el baño con tu vecino —me interrumpe haciéndome sonrojar.

Casi me atraganto. Tan tranquila yo masticando un trozo de tostada y llega mi Adonis para soltarme esa perla por la boca.

—¿Necesitas el boca a boca? —se mofa.

—No estaría mal —confieso recobrando la respiración.

Marc sonrío y me da un tierno beso en la punta de la nariz.

—No pareces esa clase de persona —suelto sin más.

Marc toma asiento a mi lado. Hasta ahora se ha mantenido de pie enfrente.

—¿Qué clase de persona? —me responde con otra pregunta.

—No sé... ¿hace cuánto que nos conocemos? ¿un mes y medio?

—Sí, algo así —finaliza Marc.

—Pues tu discurso cuando me conociste fue de macho alfa. «Yo, macho, solo follar, no enamorarte, no enamorarme» —le digo imitando a los cavernícolas poniendo voz de *Homo sapiens* y todo.

Marc se ríe por mi patética imitación, que ¡ojo!, a mí me ha parecido tremenda.

—Las personas evolucionan, ya lo dijo Darwin en su teoría.

—Pues tú has evolucionado a pasos agigantados —sentencio.

—Cuando nos conocimos me preguntaste quien soy hoy, ¿recuerdas? —asiento mientras continúo mordiendo lo que queda de mi segunda tostada sin apartar la vista de él—. Pues ya sé la respuesta —susurra cerca de mi oído haciéndome temblar.

—A...a... a ver —consigo decir.

Me pone nerviosa, cardíaca, me tiembla hasta el bigote. Cuando me susurra así, cuando se acerca y me habla de manera tan sugerente me hace estremecer.

—Soy lo que has hecho de mí —finaliza.

Suelto la tostada y me lanzo a sus brazos. Es maravillosos que alguien te diga algo tan profundo como eso.

Marc es un hombre extraordinario en todo su esplendor. No es lo que aparenta ser; es cariñoso, atento, inteligente, sincero, guapo y divertido y además...romántico.

Y sin más, lo beso. Lo beso como si no hubiese mañana, como si las dudas no existieran, como si los miedos se hubiesen disipado, como si fuéramos él y yo de verdad de la buena.

El maldito teléfono nos interrumpe en la mejor parte, justo cuando sus manos se acercan peligrosamente a donde se concentra mi mayor ardor.

—No contestes —me pide mientras me besa el cuello.

—Tengo que hacerlo, puede ser un paciente, mi padre o Mel —me hago la remolona porque yo tampoco quiero contestar, pero debo hacerlo.

«No obviar las responsabilidades por ningún pene, ni siquiera por la anaconda de Marc».

Sí, sí, me lo tengo que repetir en varias ocasiones porque cuesta ¡ehh!

—No lo hagas —me sigue sujetando por la cintura y tengo que poner todo de mi parte para no continuar besándolo y mandar al carajo el móvil y a quien esté al otro lado.

—Tengo que hacerlo.

Me desprendo de su agarre como buenamente puedo y me dirijo al mueble donde está el televisor. El nombre de Leo aparece en pantalla. ¡Mierda!

—Buenos días —respondo medio avergonzada.

—¿Tú no habías quedado en llamarme y contarme como terminaba todo? ¡No he podido pegar ojo! —exclama al otro lado del aparato.

—No te enfades, Leo —me disculpo—, me fui a dormir con Marc a su casa y esta mañana cuando nos levantamos, volvimos, me duché y estábamos desayunando.

—Mery —me interrumpe—, estás más pillada de lo que crees.

—Lo que tú digas —murmullo sin dar crédito a sus palabras.

—¿Qué pasó? —me pregunta volviendo al tema de origen.

Me quito la toalla bajo la atenta mirada de Marc y me dirijo hacia el armario para ponerme la ropa de trabajo. Me quedan unos escasos veinte minutos para entrar a trabajar.

Marc se levanta y se apoya en el sillón y yo me contoneo aposta, para hacerlo rabiar por todo lo que sufro viéndolo y oliéndolo.

—Pues que todo acabó bien —le resumo—. Llegó Jordi, ella le contó que estaba embarazada y él le dijo que la quiere, que está enamorado de ella. Poco más sé porque nos fuimos, para dejarles su espacio, no quería interrumpir.

—Me quedo más tranquilo. No tendré que ir a patearle el culo.

—Ya estaba yo para hacerlo si se hubiese dado el caso. Voy a poner el manos libres —le explico—, necesito abrocharme el sujetador y ponerme la chaquetilla del trabajo.

—Vale —me dice Leo.

—¿Y tú? No me has contado cómo te fue en tu super mega cita con el

panadero pastelero.

—Pensaba decírtelo este finde puesto que tengo intención de ir a verte.

—¿Sí? —pregunto emocionada—. Mi padre también viene, podemos hacer algo todos juntos—. Aun así, ¿me puedes dar un adelanto? —mi voz suena a gatito desvalido.

—Nos besamos, Mery.

Marc llega hasta donde estoy yo y me abraza por detrás colocando su cabeza en mi hombro.

—¿Qué? —grito asombrada.

—Ostras, casi me rompes el tímpano —se queja Marc.

—¿Le has oído? —me excuso.

Marc asiente y sonrío mientras continúa abrazándome.

—¿Pero no dices que tienes un radar para detectar gays y que con Tony no te había saltado? —le cuestiono.

—Yo te juro que jamás pensé que fuera gay. Es más...no hemos hablado de eso; hablamos de su familia, de su trabajo, del mío, de vosotros... pero no pregunte por su pasado amoroso, me daba miedo.

—¿Miedo? ¿a ti? —interviene Marc.

—Todos tenemos miedo, ¿o es que tú estás libre de él? —escupe furioso mi amigo.

Marc se calla y no responde.

—¿Entonces, Mery? —pregunto en shock.

—No nos hemos acostado, creo que simplemente dejaremos que fluya.

—¿Vendrá contigo este finde? —continuo con mis preguntas.

—No lo sé... ¿crees que debo decírselo?

—Creo que no pierdes nada por hacerlo —sentencio.

—Me lo pensaré y te diré algo. Bueno, tengo que dejarte. Un beso, pareja.

—No somos...

El «pi, pi, pi» al otro lado me indica que ha colgado sin dejar que le responda.

—Lo ha hecho a propósito —me disculpo.

—No me molesta —se apresura a añadir Marc—. ¿Por dónde íbamos? —me dice acercando de nuevo sus labios a los míos.

—Tengo que irme a trabajar —le corto—. Tengo una cita a las nueve en punto, no puedo llegar tarde.

—Tendremos que posponerlo para esta noche... —replica de lo más sugerente.

Le doy un suave beso en los labios y me dispongo a marcharme.

—Cierra al salir —le lanzo un beso y me voy.

Cuando llego a la consulta, veo a Val apoyada en la pared con un libro en las manos.

Leer es soñar. Ayuda a evadirse cuando nos encontramos mal porque te sumerges en las aventuras y desventuras de otros personajes, te ríes con ellos, compartes su vida e incluso, en ocasiones, parece como si formaras parte de esa historia.

—Buenos días —la saludo.

—Buenos días, Vega —me dice colocando un marcapáginas y cerrando el libro.

—¿Qué lees? —pregunto curiosa.

—Besar a un ángel, de Susan Elizabeth Phillips. Lo empecé anoche y no puedo soltarlo.

—Me lo he leído, sé lo que quieres decir. Es una historia maravillosa. Intensa.

La invito a pasar tras abrir la puerta. En la acera de enfrente, Anna me saluda con la mano, yo le devuelvo el gesto. Gonzalo y Mila están charlando metidos en su mundo. Luego pasaré a saludarlos. Hace días que no sé nada de ellos y me gustaría saber cómo va la cosa, quizás hasta tenga boda en breve y yo sin saberlo.

—¿Cómo te encuentras?

La invito a sentarse en el diván y ella me hace caso, sin dudar. Cojo

el expediente con toda su historia y lo dejo abierto por la última página que hemos escrito.

—Me siento triste. No sé. Como si me faltara algo, como si fuese mucho más consciente de su ausencia.

—Es que lo eres —le explico—. Ahora mismo, tras todas estas semanas, tu mente se va dando cuenta de que ya no existe esa relación, de que no hay posibilidad de que vuelva a ser como al principio. Digamos que es cuando realmente comienzas a darte cuenta de que se ha acabado. De que no hay posibilidad de recuperarlo.

Cuando el corazón está dañado, a veces creemos que puede ser que esté defectuoso. Suponemos que nos hemos entregado al cien por cien y que una vez se rompe ya no hay más para dar. Nada más lejos de la realidad porque no es cierto.

El corazón humano es inmenso, de la misma manera que inmensos son los sentimientos que lo conforman. Siempre hay más para dar, siempre hay esperanza. A veces solo es necesario reconstruirse, encontrarse y ¡cómo no!, ser valiente y entregarse de nuevo. Porque no hay mayor aventura que apostar por uno mismo, apostar por nosotros y por nuestro corazón.

—Cada ruptura, cada desamor, trae consigo sentimientos distintos. Hay personas que por más que lo intenten, no pueden superarlo con facilidad. Otras, que se limitan a esconderlo en un rincón de su cerebro y hacer como si nada sucediese pero les afecta igual; y hay otras que lo asumen, toman las riendas, pasan el duelo, cueste lo que cueste, y salen adelante. Val, tú eres de estas últimas. Viniste aquí, tomaste las riendas, pediste ayuda y lo estamos superando juntas. Has puesto de tu parte para salir adelante y eso es un gran mérito que tenemos que halagar.

—Yo no lo veo tan claro como tú —murmulla cabizbaja.

—Porque aún estás triste, porque estás en la fase cuatro y eso no es sencillo. Como te he dicho en alguna ocasión; no existe una pastilla que nos tomemos y que logre que en un abrir y cerrar de ojos nos olvidemos de lo sucedido. El tiempo es nuestro mejor aliado, como en todas y cada una de las pérdidas.

—Supongo que tienes razón aunque a mí aún me cuesta verlo.

—De las actividades que trajiste la semana pasada, ¿Cuál o cuáles

son de tu interés?

—Al final he decidido apuntarme a dos, me quedan cerca y están genial de precio. De hecho, ya fui y puse la inscripción.

Ahora la noto más contenta e ilusionada, sin duda, necesita hacer cosas, distraerse y comenzar a dar pequeños pasos en pro de su nueva vida.

—Cuéntame —la apremio.

—Los lunes y jueves iré a clase de cocina. Y los martes y viernes a clases de teatro.

—¡Genial! —ahora la que está entusiasmada soy yo—. Es fantástico que hagas cositas que te distraigan.

—Lo necesito —sentencia.

—Lo necesitas —le doy la razón.

Cuando Fran me dejó, cuando todo se terminó, yo no actué de esa manera. Yo simplemente me sumí en una tristeza. ¡Vaya psicóloga soy! Que consejos vendo y para mí no tengo. Pero en realidad, no tenía ganas de nada, ni de salvarme a mí misma. Lo he dicho por activa y por pasiva que, gracias a mi padre, Leo y a Mel que tomaron las riendas de mi vida e hicieron de mi algo más que una mierda en el suelo.

Continuamos hablando un rato más hasta que la veo salir con otro ánimo. No puedo decir que esté feliz y contenta y vaya dando saltitos por la calle porque eso es imposible. Hoy es consciente de que esto se acabó y ahora toca comenzar de cero. Se siente apenada por lo que sucedió y, por encima de todo, porque para ella esa relación sí fue especial.

Decido ir a saludar a Anna y a Mila.

—Buenos días, ¿cómo están mis vecinas favoritas?

La palabra vecino-vecina causa estragos en mí, lo tengo asumido porque desde que la formulo, mi cuerpo reacciona y se me eriza el vello.

—Buenos días —me responde Anna.

Mila no se ha percatado de mi presencia, continúa sumida en una conversación con Gonzalo sobre vete a saber qué.

Los señalo con los dedos y Anna sonrío.

—Están siempre así. Es como si el mundo comenzase y acabase en

ellos.

—¡Que tierno! —lloriqueo emocionada.

—¿Necesitas flores? —me pregunta Anna.

—Pues ahora que lo dices...estaría bien. Las mismas de la semana pasada, aún no sé cómo lograste teñir de azul las orejas de burro que me llevaste.

—Secretos de florera—bromea.

Me acerco hasta donde están mis chicos favoritos charlando, quiero saludarles antes de irme.

—Vaya, vaya, vaya... ¿voy comprando pamelas?

—¡Niña! —exclama emocionada Mila al verme.

—Anna esta mañana me dijo que estabas en la consulta pero que tenías la puerta cerrada, por lo que no quisimos ir a molestarte.

—No molestáis, jamás lo hacéis pero es cierto, que estaba con una paciente.

—He hecho un bizcocho, espera aquí que voy a buscarlo. Uno para que te lo lleves a casa y otro para que comas en la consulta.

—¡Qué amable eres! —respondo emocionada.

Mila me recuerda a mi abuela, tierna, cercana, cariñosa y, sobre todo, preocupada por la comida. A veces, escuchamos esos chistes malos sobre las abuelas y la necesidad de que sus hijos o los nuestros, e incluso los vecinos coman y coman hasta reventar. Pero es que es super real, las abuelas y, por defecto, las madres se convierten en cebadoras, y nosotros, los pobres humanos que solo queremos un plato de ensalada y pollo terminamos transformándonos en gallinas de engorde.

Gonzalo y yo nos quedamos a solas y aprovecho el momento para preguntarle por mi simpática amiga Virtudes.

—¿Y bien?

—Pues nada, no está —confiesa un poco decaído.

—Te acostumbraste a ella y ahora la echas un poco de menos —paradojas de la vida.

—A ratos, no creas que tampoco quiero que vuelva —bromea para

cortar la tensión.

—¿Y con Mila?

—Mila es la mujer más adorable que he conocido.

—¡Ohhhh! —hago un puchero para que se sienta un poco culpable.

—No te pongas celosona, tú también lo eres, pero ella...ella es todo ahora mismo.

—Me alegro —confieso emocionada—. Os merecéis lo mejor del mundo.

—Quiero pedirle a Anna que deje a su madre venir a vivir conmigo.

—Pensé que eras de esos que quieren casarse.

—Ya estamos viejos para esas cosas, nos conformamos con pasar el máximo del tiempo juntos. No sabemos con cuanto contamos.

—El tiempo es solo un número. Nadie sabe con cuánto tiempo cuenta, lo importante es que, sea el que sea, cuente.

Le doy un abrazo a Gonzalo justo cuando Mila entra y nos pilla.

—Es como mi abuelo —me justifico.

—Todo tuyo —me anima ella.

Hablamos un rato mientras devoro un trozo de tarta de arándanos. Desde que le conté a Mila hace unos días que era mi tarta favorita, no deja de prepararme cualquier dulce que contenga ese ingrediente.

Me vuelvo a la consulta con una sonrisa en los labios y con una inmensa calma en el cuerpo.

El resto del día transcurre sin novedades. He comenzado a atender a varios pacientes nuevos y por fin veo que las cosas van saliendo, que poco a poco todo coge forma y orden. Y por fin, después de unos meses, respiro.

El martes tampoco trae muchas novedades, Melissa prácticamente no tiene tiempo. Me cuenta lo del evento del sábado, que al parecer es de una de esas grandes firmas, y, por lo tanto, hay que ir elegante. Esto último, me lo dice con mucha mala intención, no quiero pensar que me está llamando andrajosa, pero es la tercera vez que me dice que me arregle las uñas y que me compre un vestido caro e incluso sugiere que vaya a la peluquería, comienzo a pensar que sí, que zarrapastrosa es lo que en realidad quiere

llamarme.

«Las hormonas», me repito, «las hormonas».

De Marc tampoco sé mucho. Intercambiamos un par de WhatsApp y me decía que tenía lío. Le había surgido un par de sesiones de fotos con lo cual, tuve que salir a correr sola. Que tampoco me viene mal un poco de paz para poner en orden mis ideas y reflexionar sobre mí misma y mis sentimientos.

El miércoles me levanto nerviosa. Tengo cita con Emma hoy y quiero saber qué tal se encuentra tras la semana con sus abuelos, probablemente tenga muchas novedades y soy toda oídos.

Me desayuno rápidamente, me visto y me dispongo a salir cuando encuentro una nota en la entrada. Deben haberla colado por la puerta mientras dormía.

Te echo de menos

Tu pollito.

La sonrisa de lela que debo tener puede ser digna de grabar. ¿Cómo cuatro simples palabras, conjugadas y colocadas de una manera tan sencilla pueden decir tanto?

Decido responderle a través de mensaje.

Le escribo un escueto «porque quieres» y me voy con esa misma sonrisa a ayudar a alguien o a todo el que quiera.

Actualizo el Facebook mientras espero a que Emma entre en la consulta. Tras esto, comienzo un libro nuevo «Quédate con mi alma» se titula, tiene buena pinta. Seguro que es de esos que llegan muy adentro.

Tras perder la noción del tiempo sumergida en la historia tan maravillosa que tengo entre las manos, oigo el tintineo de la campana. Emma entra primero, acompañada de su madre.

¡Vaya! Pues parece que hoy vamos a tener fiesta, y no solo el sábado con Mel.

—Buenos días —me saluda primero su madre con su característica voz tan chillona.

Debes ser objetiva, Vega.

—Bueno días —respondo lo más educada que puedo—. ¿Cómo estás, Emma?

—Mal, ¿acaso no ve usted cómo está?

Vale. No le tires del pelo, relájate, respira.

—Entremos —sugiero observando a Emma.

Ella camina cabizbaja mientras su madre la sigue con esa actitud tan altanera propia de ella.

—Usted no —le corto el paso.

—¿Por qué? —pregunta ofendida.

—La avisaré cuando estemos listas —sentencio sin posibilidad de rebatir mi decisión.

Pasamos a la consulta y Emma toma asiento en el diván. Yo dejo al lado los protocolos y me siento a su lado, ella es mi prioridad.

—¿Qué sucede? No omitas detalle.

Emma me mira con los ojos llorosos y le sujeto la mano para insuflarle fuerza.

—Me fui en Semana Santa con mis abuelos, les conté lo sucedido y no querían que volviera a la ciudad con mis padres. Así que, al no volver el domingo, decidieron irme a buscar. Ya saben que estoy embarazada pero no el motivo de mismo.

—Pues tendremos que decírselo —sugiero enfadada.

Es su madre. Es que no se da cuenta de que sufre, de que la que importa aquí es Emma y su bebé, no ella ni su actitud.

Salgo en su busca bajo la atenta mirada de Emma, que parece un cachorrillo asustado.

«Tranquila» le digo casi sin palabras. Ella asiente pero sigue con miedo, lo percibo.

Cuando llego a la recepción me encuentro a Mel, sentada al lado de la madre de Emma.

Se levanta y me da un abrazo y creo que llega justo en el momento adecuado.

—Es el momento de pasar —le sugiero a la doña...—. Disculpe, pero

creo que no sé su nombre y si se presentó, no me acuerdo.

—Mi nombre es Georgina —lo dice con la mandíbula alta. Orgullosa hasta de eso.

Se dirige a mi consulta y Mel me observa mientras se introduce el dedo índice y corazón en la boca y simula arcadas.

Yo me tapo la boca con la mano para evitar una carcajada.

—¿Tanto se nota?

—Sí —sonríe.

—No te vayas, empieza lo bueno y te necesito aquí.

Mi amiga asiente, y juntas, de la mano, entramos en mi consulta.

—Vale. No me voy a andar por las ramas. Ya sabe que Emma está embarazada.

—¿Qué hace ella aquí?

Con ella, quiere decir Mel que ha entrado y no tiene ni idea de nada, pero necesito que esté presente para que la tenga.

—Ella está aquí porque es clave en lo que vamos a hablar —finalizo.

Georgina me reta con la mirada pero no se atreve a decirme nada más.

—¡Está embarazada y eso es una deshonra para nuestra familia! Tiene que casarse antes de que se le note. No nos podemos permitir habladurías. Eso o deshacernos de ese bebé —finaliza con acritud.

—¡Eso es lo que usted quiere y me parece perfecto! ¡No! En realidad, me parece una auténtica mierda lo que me está diciendo.

—¿Perdón? —inquiere asombrada—. ¿Qué clase de profesional es usted?

—Emma, por favor, cariño, cuéntale a tu madre lo que sucedió.

Le vuelvo a agarrar la mano, incluso Mel se sienta a su lado y hace lo mismo, mientras Emma cuenta con detalle cómo la violó su prometido en los baños de un restaurante, sin poder remediarlo. Cuenta lo sola que se siente, lo hundida que está, el infinito amor que siente por sus abuelos y lo bien que se sintió esos días en Miravet.

—¿Ha entendido usted la magnitud de la situación?

La cara de la madre es un poema.

—¡Pero...! —se lleva la mano a la frente, de la frente a la boca, y así sucesivamente—. Tu padre lo va a matar —finaliza.

—Es momento de dejarnos de estupideces, de clases sociales, de posturas, de galerías. Es el momento de pensar en su hija, en lo que ella quiere, en su futuro. Usted ya tuvo su momento, su protagonismo y eligió. Pudo elegir, ahora debe elegir Emma.

Georgina no me responde, solo mira atentamente a su hija que llora sin consuelo.

—Emma —susurra Mel captando su atención—. Yo me enteré hace una semana que estoy embarazada. No fue buscado, no fue premeditado, pero pasó. Me asusté, tuve mucho miedo. Temor a que el padre de mi bebé no lo quisiese ni a él, ni a mí, pero hoy puedo decir que sí, que todo salió bien e incluso nos vamos a casar.

Mi boca debe parecer un buzón. ¿Casarse? ¿Ha dicho casarse?

Pues sí que tenía boda en breve, sí. A comprar la pabela tendré que ir.

—Le quiero —dice tocándose su escaso vientre—, le quiero antes de saber que existe o qué será. Solo tú puedes decidir lo que quieres, lo que te haga feliz, ya sea tenerlo o no. Es tu cuerpo, es tu decisión.

El sabor salado de las lágrimas me hace ser consciente de que todas estamos llorando.

—Quiero tenerlo —dice Emma girándose hacia donde se encuentra su madre—. Te guste o no te guste. Quise deshacerme de él —me mira ahora a mí—, pero yo quiero ser capaz de querer como mi abuela quiere a sus hijos, o como me quiere a mí. O como ella —dice señalando a Mel— quiere a ese bebé sin límites.

Su madre, hasta este momento se había mantenido en su posición, fría, sin mostrar nada que no sea vergüenza pero ahora...ahora está llorando. Lo que demuestra que las personas sí tienen sentimientos aunque los quieran esconder bajo una fría máscara de indiferencia. Los hay, los tenemos, y una madre por sus hijos los tiene. Solo hay que ahondar un poco. Puede ser que sea yo, que creo en la buena fe de las personas, en que todos merecemos segundas oportunidades, que la gente sí cambia, porque cambia, solo hay que

querer echarle valor y agallas, el resto...el resto viene solo.

—Necesita apoyo y cariño, necesita a su madre y a su padre, a sus hermanos, no necesita más piedras en el camino. Tenéis que protegerla — finalizo.

—La familia de Jeff es importante, sabes que esto será difícil — comienza su madre.

—Probablemente si estáis a su lado, será mucho menos difícil — sentencio, intentando que entienda lo que quiero decirle.

Georgina parece captar las intenciones de mis palabras porque asiente de inmediato.

—Haremos algo —dice con el rictus muy serio.

Para mi sorpresa y la de la propia Emma, la acoge entre sus brazos y le da un suave beso en la cabeza.

—Creo que Emma quiere irse con sus abuelos un tiempo, le vendrá bien estar alejada de todo esto y, sobre todo, desconectar de la tensión. No es bueno para ella ni para su bebé.

—Mi bebé... —dice posando sus manos sobre su vientre.

Ambas se van de la consulta tras un rato más de conversación.

—¿Boda? ¿En serio? —intercepto la salida de mi amiga con la firme intención de hacerle un super interrogatorio.

—Me lo pidió anoche —finaliza emocionada.

—Eres feliz, se te nota.

—Lo soy —añade convencida—. Jamás creí que me pudiese salir bien. Sabes que hui de Madrid con el corazón roto en pedazos por una relación tóxica, de esas que te hunden. Tú lo sabes bien —me dice mientras da varias palmadas al diván para que me siente a su lado—, sabes bien lo que se siente.

Me limito a asentir y agachar la cabeza.

—Cuando conocí a Jordi —continua— pensaba en pasármelo bien, en disfrutar. Imagínate. Un chico guapo, divertido, alegre, simpático... todos esos factores que hace que sumen y no resten. Me dejé llevar, pero luego me dio miedo volver a sufrir. Me alejé, era mejor en ese momento que cuando

ambos nos implicásemos. La caída ahí sería mucho más dura. Y de repente...

—De repente volvió a tu vida —la interrumpo.

—Exacto. Volvió, sin más. Y mira. Vamos a ser padres, estamos enamorados y tenemos un futuro juntos. ¿Qué pasará mañana? No lo sabemos, pero hoy... hoy ponemos puntos suspensivos a nuestra vida deseando escribir nuestro final juntos.

—Me alegro tanto por ti —la abrazo como cuando ella me abrazaba a mí ahogando mis lágrimas porque partía de mi lado.

—Esto no ha hecho más que empezar, Vega. Debemos dejar de tener miedo.

Sé que tiene razón, que el miedo no es sano, que no trae nada bueno. Pero hay cosas que no se deciden, que se sienten, y yo noto el burbujeo del temor acosándome constantemente.

Cierto es que aventurarse a lo desconocido en ocasiones te hace sentir pleno, sobre todo cuando logras eso que tanto deseas. Pero en mi caso...en mi caso probablemente acabe de nuevo contra un muro.

Existen los finales felices, sí, pero no todas las personas los tienen.

CAPÍTULO 21

PUNTO Y FINAL

El sábado llega en un visto y no visto. El resto de la semana pasó con tranquilidad.

Marc y yo estuvimos un poco distantes. Ni siquiera rematamos lo que dejamos pendiente en mi casa.

Estos días he estado dándole vueltas y vueltas a la cabeza sin parar porque me atormenta pensar que Marc, mi Marc, pueda estar conmigo y a la vez con otras.

Sí, sé lo que pensáis: me dejó claras sus intenciones desde el principio y no tenemos nada formal pero como también sabéis, nos hemos ido involucrando ambos y, en ocasiones, podemos confundir actitudes. Puedo confundirlas yo, para ser más exactos. Por eso también, he decidido poner un poco de tierra de por medio y reflexionar, sobre todo.

Mel me ha traído un vestido muy chulo en color negro. Es de firma, ¡cómo no! Discutimos un poco sobre el ponérmelo, yo le decía que si creía que era una mujer sin clase y ella me decía que sin clase no, que más bien basta. No la maté con mis propias manos porque se me da fatal esconder cadáveres, por mucho que vea Crímenes Imperfectos, pero por encima de todo, porque mi sobrina está en su vientre gestándose.

Sí, he dicho sobrina a propósito, porque yo estoy convencida de que es una niña. Se burla de mí y me dice que, si al final resulta ser una niña, debo montar un gabinete múltiple, no solo de crisis, sino de leer la mano, los pozos del café o echarle el puro. Y así gano más dinero, que la gente paga porque le digan pajas de esas, sinsentido.

Y al final, he de reconocer que tras ir a la peluquería —cogió la cita Mel, no os creáis que fui porque quise, utilizó la coacción y el chantaje— pero el resultado es fantástico. Parezco modelo; pija y fina, lástima que, si abro la boca y suelto una de mis ironías o de mis frases más sarcásticas, se vaya todo al traste.

Por otra parte, también estoy nerviosa porque por fin conoceré a la novia de mi padre.

Él llegó esta mañana, Leo con Tony al mediodía, que al final se sumó a nuestro fin de semana de presentaciones, pero como he estado liada, poco hemos podido decirnos. Carmen, la pareja de mi padre, llegaba esta noche, no pudo venirse antes porque su trabajo no se lo permitía. Es enfermera y le resultó extremadamente complicado cambiar el turno. Así que, la pobre debe venir muerta y con más ganas de dormir que de trasnochar, pero...es una señora. Ya me estoy dando cuenta.

—Estás preciosa —el piropo es de Tony, que intenta ganarme. Lo que no sabe es que me tiene ganada desde hace mucho tiempo.

—Gracias —respondo con cortesía.

—Mery, deberíamos irnos ya, no quiero que lleguemos tarde.

Los tres hemos decidido ir en taxi. Yo, porque ni conduzco ni tengo coche, Leo y Tony, porque hoy vuelven a ser turistas.

Podía haberle dicho a Marc que iba con él, es más, me moría de ganas, pero con esto de marcar distancias, como que no hubiese estado bien.

A los veinte minutos de trayecto, llegamos al hotel donde se celebra el evento. Está todo iluminado y hay una alfombra roja fuera marcando el camino a seguir.

—Esto parece de pijos, pijos —bromea Leo.

Yo entro en medio de ambos. Tony resulta ser mucho más alegre y simpático de lo que mi amigo me había dicho, lo veo perfecto para él. No están juntos pero se miran con cariño, espero que todo les vaya bien y al final, el cuento con final feliz también le llegue a mi mejor amigo.

Esta vez el evento no es en una terraza, sino en un salón de actos. Así que hasta allí nos dirigimos. Yo siento esas pequeñas luciérnagas removerme el estómago por los nervios de volver a verlo. Sí, nervios.

—Guauuuuu —exclama Tony—. Esto tiene que ser carísimo.

—Mientras no rompas nada, no pagaremos nada —se mofa Leo—. Mira que tú eres pastelero y yo soy hostelero. En resumen —dice con ironía—, no tenemos donde caernos muertos.

Y allí está, al fondo lo veo hablando con Mel. Supongo que le estará

explicando un poco en qué consiste todo y lo que ella quiere de él.

—Preciosa.

La voz de mi padre me saca de mis cavilaciones y me doy la vuelta para observarlo. Está radiante y la culpable de ello es la señora que lo acompaña.

—Hola —susurra tímida.

—Hola —respondo nerviosa.

Estoy nerviosa por todo, porque están mis amigos conmigo, porque mi padre ha venido con su pareja y porque Marc lo va a conocer —y viceversa—. Va a ser una noche de lo más completa.

—Vamos, Mery —me apremia Leo—, salúdala como se merece.

Mi amigo me da un pequeño empujón y me acerco a Carmen para darle dos besos. Mi padre nos observa igual de nervioso que ella o que yo misma.

—Encantada de conocerte al fin —murmullo—, he oído muchas cosas de ti, mi padre no para de nombrarte.

Veo cómo se ruboriza y me parece un gesto tan sumamente mono, que me entenece muchísimo. Sin duda, ella es perfecta para mi padre. Como Tony para Leo —y viceversa—.

—Tu padre es un hombre encantador, me hace muy feliz —me dice mientras lo mira con uno ojos llenos de admiración y respeto.

Quiero que algún día me miren así también.

Marc se suma a la conversación y me da un suave beso en la cabeza. Su olor vuelve a embriagarme y me hace sentir bien, sencillamente bien.

—Marc, te presento a Alfredo, mi padre.

Ambos se tienden la mano y se dan un apretón bastante varonil.

—Ella es Carmen, su pareja —sonríó cuando la presento como tal y ella me devuelve el gesto.

—Un placer —responde ante ambas presentaciones.

—Así que, tú eres el vecino de mi hija.

—El mismo —responde con parsimonia.

Para ser una situación nueva donde conoce al padre de una de sus amigas, con la cual encima ha tenido sexo durante semanas —voy a definirlo así—, responde bastante bien y parece no haber roto un plato en ningún momento.

Continuamos hablando un rato, yo más tranquila, Martini en mano y el resto igual. A Mel poco la hemos visto porque está como loca resolviendo cosas. Jordi tiene mala cara.

—¿Qué pasa? —le pregunto cuando veo que cambia de color sin parar.

—No me gusta que esté así, tan estresada —responde seco.

—Tranquilo, buscará una ayudante. Ella no es boba. De todas formas, este evento es importante para ella. Es una gran firma y eso aporta un extra a su currículum como organizadora del mismo.

—Lo sé... pero me preocupa.

—No va a pasar nada. En unas horas, la tendrás en la cama y haréis la cucharita —bromea Marc.

Todos nos reímos con sus ocurrencias.

Por un momento, siento tensión en sus hombros y la sorpresa se instala en su cara.

—Disculpadme —se excusa y se va, sin mirar atrás.

Lo sigo con la mirada, es inevitable porque su actitud ha cambiado en cuestión de segundos.

Todos siguen metidos en la conversación pero yo no puedo apartar la vista de Marc, que se acerca a una chica que lo espera con la misma cara de sorpresa que él tenía segundo antes.

Es una chica preciosa. Desprende sensualidad por todos los poros de su piel, es natural y sencilla. Muy guapa, muy rubia y muy mona. Es como Mel, igual de preciosa y de llamativa.

Marc le da dos besos, mientras ella lo abraza efusivamente. Y en mi cabeza, pienso que el abrazo dura más de lo que debe.

Me empiezo a sentir rara, mal, incómoda e intranquila. No me gusta ver a Marc teniendo esa complicidad con otra persona. Estoy segura que es una de sus conquistas, puede que incluso sea una de sus conquistas actuales

porque yo no he tocado el tema y él tampoco ha mencionado nada. Lo que es evidente, es el buen rollo que hay entre ambos. Cómo se abrazan y lo bien que encajan.

Me hago pequeña, lo sé, lo noto, pero es mi miedo el que habla. El que intento esconder en un maldito cajón pero no quiere hacerme caso, quiere salir a flote y quiere ganar la batalla. Y yo...yo me limito a rendirme.

—¿Vega?

A cámara lenta me giro para poner cara a esa voz tan profunda y que tanto me suena.

¡Mierda! Voy a marearme.

Las voces se apagan, no escucho las risas de mi padre, no veo las carantoñas que Carmen le hace, ni las puyas que Leo y Tony constantemente se lanzan. Solo lo veo a él.

—Vega.

Miro a Mel que se ha quedado tan petrificada como yo, apoyada en la pared.

—Fran —formulo su nombre llevándome la mano al pecho.

—Mery —me dice Leo mientras intenta sujetarme porque es tan consciente como yo de que mis piernas ahora mismo son de gelatina.

—¿Qué...qu...qué haces...qué haces aquí?

Tras varios intentos logro formular la frase.

—He venido a buscarte.

—¿Cómo la has encontrado? —Leo sale en mi defensa.

—Te recuerdo que me dijiste que estaba en Barcelona. No ha sido complicado —me dice volviendo a centrar su mirada en mí y sonreírme—, busqué la empresa de Melissa y los eventos, y ya ves...aquí estoy. Tenemos que hablar —me pide.

—No tenéis nada de qué hablar —ahora es mi padre quien interviene.

Yo vuelvo a buscar a Marc con la mirada, dejando de escuchar lo que están diciendo, aislándome de nuevo Y lo veo abrazado nuevamente a esa chica, con esa mirada de cariño y ternura que quiero que me muestre a mí y solo a mí.

Mi corazón se resquebraja un poco más y la angustia se apodera de mi cuerpo. No sé cuánto tiempo los observo pero no se separan, siguen abrazados. Y entonces, me mira, me mira y me ve y estoy segura de que lee mis ojos, como tantas veces creo que hace.

Se acerca, se apresura a recorrer la distancia que nos separa. Pero a pesar de ello, mi corazón sigue roto. Porque todo este tiempo, no le he visto con nadie, pero ahora...ahora he sido más consciente que nunca que no soy la única, que no soy yo, no soy Vega, no soy su nena. Soy su vecina, solo eso.

—¿Qué pasa? —formula la pregunta pero no soy capaz de responder.

Duele. Duele mucho.

—¿Y tú quién eres? —de nuevo la voz de Fran me hace darme cuenta de donde estamos.

—Soy Marc, ¿y tú?

—Fran.

Sus ojos buscan los míos, lo noto pero no soy capaz de devolverle el gesto porque no puedo. No quiero que me vea, que me sienta. Porque el dolor lo ocupa todo, al completo.

—Tenemos que hablar —insiste Fran.

Asiento.

—¿Qué? ¿Estás loca? —interviene Mel, que se ha acercado a nosotros y se ha quedado tan ojiplática como el resto.

—Tenemos que hablar —finalizo.

—Tú no tienes nada que hablar con él.

Marc me sujeta por la muñeca y quiero sentir que es cierto, que lo dice de verdad, que quiere que me quede, pero no puedo. La imagen de ellos abrazados lo ocupa todo.

—Déjame —susurro soltándome de su agarre.

—No, ¡joder! ¡no! —grita—. No tienes nada que hablar con él.

—¿Y contigo sí? —escupo con rabia—. Dime Marc, ¿contigo sí?

No me responde, nos retamos con la mirada pero no me contesta, se limita a sujetarme por la muñeca de nuevo.

—Déjame —repito.

—No te vayas con él —murmulla.

Fran sonríe victorioso porque sabe que tiene el poder, como siempre lo ha tenido, siempre he hecho lo que él ha querido, ha tenido esa capacidad sobre mí.

—¡Suéltame!

Fran me tiende la mano y le doy la mía, nos damos la vuelta y comenzamos a caminar en busca de la salida.

—Vega —grita—. Vega —repite bien alto—. Yo...yo... ¡Yo te quiero! ¡Te quiero! ¡Joder! ¡Te quiero!

Por fin, las dos palabras que llevaba tiempo esperando, deseando; salen de su boca. Pero tarde, salen tarde. Porque no quiero ser segundo plato de nadie ni tampoco quiero que las pronuncie por pena, como si fuese el último cartucho que le queda.

—Marc —susurro acercándome a él—, tú no me quieres. Si realmente fuese cierto, si así fuera, has tenido mucho tiempo para decírmelo. Tú me quieres como tu amiga y eso...eso no lo vas a perder, esté aquí o en Madrid.

Me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla.

—Vuelve con ella, es donde de verdad quieres estar.

—¿Qué? —observo cómo se revuelve el pelo y se pasa las manos por la cara.

Pero no me permito más, me giro y me voy con Fran.

Tenemos que hablar.

Me subo en el coche con él y me dejo llevar. Vamos a su hotel, lo sé porque es lo único que he escuchado de toda la conversación. Habla sin parar, contándome miles de cosas sobre su trabajo y su familia.

—No sabes lo contenta que se va a poner mi madre —su voz suena exaltada y emocionada.

—¿Por qué? —respondo cabizbaja.

—Por saber que volvemos a estar juntos —me responde.

¿Juntos?

—Fran, que haya accedido a hablar contigo no quiere decir que

estemos juntos. Esto —le explico mientras nos señalo a ambos con mi dedo índice— no es más que una conversación. Es más, prefiero ir a mi casa.

Le doy la dirección y cambia de rumbo. Supongo que, en su fuero interno, piensa que pase lo que pase me tiene donde quiere, solo me deja espacio para que lo asuma. Y lo cierto, es que no sé si en realidad me tiene donde quiere, porque ahora mismo soy toda nervios y angustia.

Llegamos a casa y subo como si tuviese una mecha en el culo, no me molesto ni en coger el ascensor porque necesito descargar energía. Ahora mismo, si pudiese saldría a correr una maratón, quedaría primera y no exagero.

Fran me sigue en silencio.

Entramos en mi loft y me quito los zapatos. Me dirijo rauda y veloz a la cocina y comienzo a prepararme un Martini. Sí, probablemente me vendría mejor una tila pero eso sería una tremenda estupidez, necesito algo más... digamos más fuertito.

La primera copa entra como agua, la segunda, la bebo a sorbos.

—No deberías beber —me pide Fran con actitud condescendiente.

—¿No me digas? —escupo sarcástica—. Tú tampoco deberías haberte acostado con Yéssica y ya ves... ironías de la vida.

—Eso ha sido un golpe bajo —protesta.

¡Me la pela!

—Vale. Dime lo que me tienes que decir y vete por donde has venido.

Lo veo acercarse a mí y colocarse justo enfrente. Me acaricia la mejilla con la mano como hace habitualmente Marc, pero la sensación que me produce es bien distinta. Me aparto.

—Solo habla —le digo mientras le doy otro sorbo.

—No debería haberme acostado con Yéssica, lo sé, y lo siento. No estábamos en nuestro mejor momento y ella era alegre, divertida y me dejó llevar.

—Claro. Obvio. Te dejaste llevar.

Me apoyo en el mueble que hay al lado de la ventana y miro el filo

del mismo donde días atrás estábamos sentados Marc y yo, tocándonos los dedos. ¿Me querrá de verdad? No, imposible.

—Ahora sé que no era más que un espejismo, que yo a quien quería era a ti. Estoy locamente enamorado de ti, Vega. Te lo digo de verdad.

Yo que siempre estoy defendiendo el cambio en las personas, que a veces se cometen errores, que la gente cambia y que las segundas oportunidades existen, pienso que quizás sea cierto, que todo eso que me dice lo sea, que en realidad me quiere de verdad, y que como bien se dice, no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde.

Fran siempre me ha dado estabilidad, me ha aportado todo lo que necesito. Es mi media naranja.

—Quiero creerte Fran, pero entiende que necesito tiempo —le explico.

—Tendrás todo el tiempo que necesites.

Se acerca para intentar abrazarme y yo me dejo hacer porque durante mucho tiempo he sentido la necesidad de sus abrazos, como necesito el aire para respirar.

—Necesito descansar —mi voz suena a ruego, lo sé, pero es real. Necesito dormir y olvidar el día de hoy.

Se tumba en la cama conmigo, me he puesto un pijama y él sigue vestido con el mismo traje azul que traía puesto. No intenta nada, y aunque así fuese, no lo conseguiría.

Con el paso de los minutos, su respiración se hace más profunda. ¡Qué capacidad tiene para dormir a pesar de todo lo sucedido! Doy vueltas y vueltas, pero no logro descansar.

Me levanto y lo dejo ahí tumbado, su imagen no me dice nada, no me muestra nada, ni me hace temblar como la de Marc.

Marc.

Saco el teléfono y veo que tengo muchas llamadas perdidas: de Leo, de Mel, de mi padre y un mensaje de voz de Marc.

Bajo y me meto en el baño, como si ese ahora mismo fuese mi único refugio en esta vida. Le doy al play y lo escucho.

«Vega, te fuiste, no me quisiste escuchar, no quisiste saber qué

sucedía y yo...yo ¡joder! ¡te quiero! ¡Maldita sea, te quiero! —grita—. Te quiero —termina susurrando—». Y el audio termina.

No me he dado cuenta, pero he comenzado a llorar mientras lo escuchaba. Dice que me quiere, pero quizás no sea cierto y confunda los sentimientos porque lo he dejado plantado, porque normalmente es él quien deja a las chicas y no al revés, puede que sea su ego. Puede que ni siquiera sea capaz de querer. Me dijo en muchas ocasiones que esto es lo que es, que no está hecho para el amor y que no me enamorara. Yo he cumplido, ¿no? ¡Porque he cumplido! ¿verdad? Mierda, estoy desesperada.

Cojo las llaves de mi apartamento y me dirijo al suyo. Llamo a su puerta en repetidas ocasiones, pero no oigo nada, silencio.

Apoyo la espalda en la pared me deslizo por ella, dejándome caer hasta que mi culo toca el suelo.

Lo último que sé es que las horas pasan ahí, apoyada en esa pared y sentada en ese rellano. Hasta que el sol sale y me da los buenos días y entonces, me levanto y vuelvo a mi apartamento.

El domingo pasa con mucha lentitud, Fran se vuelve al hotel, quiere traer sus cosas e instalarse aquí conmigo. A mí me da igual.

Me tumbo en el sofá y me quedo ahí, mirando por la ventana, en silencio. No tengo fuerzas ni para pensar, no me siento capaz de nada.

De repente, la puerta se abre y por un momento creo que es Marc quien va a entrar en tromba, para abrazarme y susurrarme que todo va a salir bien, para llamarme nena, para volver a decirme que me quiere.

Mel y Leo se sitúan delante mía y comienzan a observar mi pequeño piso, buscándolo, lo sé.

—No está —lo formulo para que dejen de ojear como espías chivatorios.

—Mejor. ¿Qué cojones te ha pasado? —ese es Leo, que, aunque no lo crean, tiene su carácter por muy gay que sea, no son niñas de tres años, son bombas de relojería ehh, y mi amigo no se queda atrás.

—Nada —murmullo.

—¿Por qué te has ido con él? —pregunta Mel con voz más conciliadora.

—Porque teníamos que hablar.

—Perfecto. Ya habéis hablado, ya se ha ido, ¿verdad?

—Fue al hotel a recoger sus cosas, en un rato volverá.

—¿Qué? —gritan ambos al unísono.

—A ti se te ha caído un martillo en la cabeza porque no tienes otra explicación —sentencia Leo tirándose del pelo.

—Quizás es lo mejor, nadie me quiere como él —finalizo abatida, poniéndole nombre a todos mis miedos.

—¡Pero tú estás escuchando lo que dices loca!

—Relájate, Mel, no debes coger nervios innecesarios.

—Nervios los que me haces coger tú —me taladra con la mirada esperando a que conteste algo, pero como no lo hago continúa fuera de sí—. ¿Tu recuerda lo que te hizo? ¿Lo que sufriste?

Agacho la cabeza, contra eso no tengo nada que decir. Sí lo recuerdo, pero prefiero no hacerlo.

—¡Ni siquiera quisiste escuchar a Marc! —añade Leo.

Al oír su nombre alzo la cabeza.

—¿Cómo está?

—¿Cómo crees que está? —inquire Mel—. Destrozado, roto, hundido...Jordi dice que jamás lo había visto así.

Sus palabras me hacen sentir mal, me rompen un poco más porque, en el fondo, no quiero que sufra, no quiero que lo pase mal, ni por mí ni por nadie.

—Se le pasará —finalizo.

Sobre todo cuando comience a tirarse a esta chica tan mona y tan sensual. Si es que no lo hizo anoche mismo.

—Vega, tienes que reaccionar. Puede que estés ciega, que ahora mismo no veas las cosas con claridad porque ha sido un shock para todos, pero Marc te quiere de verdad, la única que no lo has visto has sido tú. Hasta tu padre se dio cuenta, ¡todos nos dimos cuenta, maldita sea! ¡Todos! Pero está claro que no hay más ciego que el que no quiere ver y no podemos obligarte a nada —Mel intenta hacerme entrar en razón, pero la imagen de

Marc abrazando a esa chica lo ocupa todo.

—Tómame unos días. Yo me tengo que ir hoy. No puedo dejar a mi hermana más días a cargo de la cafetería y Tony tiene que trabajar mañana — se le ilumina la mirada cuando pronuncia su nombre—. Si necesitas hablar, no dudes en llamarme, sea la hora que sea.

Llaman a la puerta y me incorporo y voy rápidamente, siempre que oigo la puerta mi subconsciente me falla y quiero creer que es él quien está al otro lado. Con su camisa blanca, sus pantalones de deporte, esperándome tan sexy como siempre.

Pero no, es Fran quien está al otro lado.

Entra con su amplia sonrisa y su maleta de mano y observa a mis dos amigos al fondo.

—Vaya, reunión de pastores... Ya estáis intentando que Vega cambie de opinión. Sabéis que no tenéis nada que hacer porque ella me quiere — sentencia rotundo.

Cruzo la mirada con mis amigos que esperan una respuesta, pero no soy capaz de darla. Permanezco en silencio.

Avanzan hasta donde estoy yo y me abrazan.

—Ya sabes lo que te hemos dicho —murmulla Mel.

—A cualquier hora —susurra Leo.

—Felicidades por tu embarazo —se mofa Fran—, de penalti. Qué bien lo has hecho, si eres la más lista de los tres —se burla.

Mel le hace una peineta, pero no sonrío. Leo le da un empujón con el hombro al pasar por su lado.

Salen del piso, no sin antes cruzar una mirada conmigo. Yo me limito a evitarla, no quiero que lean nada en mí. Necesito descansar.

Tengo demasiado peso en mi mochila.

Me giro y subo las escaleras.

—¿A dónde vas? —pregunta Fran.

—A acostarme.

—¿Otra vez? Duermes demasiado —inquire.

Ni le contesto, me meto en la cama. Sé que no voy a poder dormir

pero por lo menos, tendré excusa para no estar a su lado.

CAPÍTULO 22

TENGO UN PRESENTIMIENTO

El lunes llega de nuevo, sin ganas y sin ánimo. He mirado el teléfono en repetidas ocasiones, pero no hay novedades. Al final, hablé con mi padre y le pedí disculpas por haberme ido. Intentó soltarme una de sus charlas sobre Fran pero yo no atendía a razones, por lo que al final cambió de tema y me habló de Carmen.

Hoy tengo cita con Val. He tenido que hacer uso de todo mi arsenal de maquillaje porque parezco una zombi. Fran sigue en el piso, me comentó que se había pedido unos días de vacaciones, que quería estar conmigo.

Ni por un momento se me ocurre cancelar mis citas con lo que me ha costado y lo que me distrae. Debo reconocer que en el fondo también lo hago porque no quiero estar mucho tiempo a su lado, aún tengo que hacerme a la idea.

Saludo a Anna con la mano cuando me dispongo a abrir la consulta. En breve llegará Valeria que últimamente coge la primera hora de la mañana, y más ahora, que tiene clases por las tardes y debe compaginarlo con su horario de trabajo.

Entro y enciendo las luces, me voy directa al office para prepararme un café con leche, salí tan rápido de casa que hasta eso quise posponerlo.

—Buenos días, ¿se puede?

—Pasa, estoy en el office —grito.

Ya hemos llegado a ese nivel de confianza. No me creo peor profesional por ser natural con mis pacientes y comportarme como una persona más, al fin y al cabo, lo importante son los resultados, ¿no?

Valeria entra sonriente por primera vez en semanas.

—¿Quieres uno? —le pregunto mientras me giro para verla—. Estás muy guapa.

—Gracias. Me gustaría decir lo mismo de ti, pero das pena —se

mofa.

¡Si ella supiera!

—He tenido un fin de semana de mierda —confieso—. ¿Qué tal el tuyo?

—Bien, me siento mejor. Esto de hacer cosas nuevas y distraerme me hace sentir más calmada.

—Porque te distraes y tu mente comienza a pensar en otras cosas, le abres puertas a otros sentimientos, no solo la angustia o la pena.

¡Pena sí que doy yo!

Le tiendo la taza de café con leche y nos sentamos a beberla allí mismo.

—He estado pensando mucho este fin de semana —me cuenta Val—. Le he estado dando vueltas a lo que me dijiste en las primeras sesiones sobre las relaciones tóxicas.

—¿Y qué has pensado?

—Me he dado cuenta de que cuando caemos en una relación de ese tipo, primero culpamos a la otra persona. Y no somos conscientes de que la culpa es nuestra, por no querernos lo suficiente para saberlo parar a tiempo, por no darnos cuenta de que primero está el amor propio y a uno mismo, antes que al prójimo. Resulta, que lo fácil es cambiar de actor, pero lo cierto, es que somos nosotros y nuestro interior el que hay que sanar porque caer en una relación insana tras otra, es motivo más que suficiente para plantearse dónde está el problema y está mucho más cerca de lo que creemos. El problema, en este caso, soy yo y no el resto.

—¿Crees que te has conformado? —titubeo a la hora de formular la pregunta porque me doy cuenta de que me veo reflejada.

—Creo que me he resignado. Es más, creo que he intentado luchar por algo que no vale la pena, por miedo.

—¿Miedo a qué?

—Miedo a no ser suficiente para nadie. Y lo más importante, es que debo ser suficiente para mí. Sin excusas y sin justificaciones.

—El miedo es un sentimiento tan potente como cualquier otro —le explico—. El miedo nos hace retroceder, nos hace plantarnos y nos carga la

mochila de piedras.

—Pues debemos dejar de tener miedo porque con miedo no se vive, se sufre. Me he dado cuenta —prosigue—, que al final, esa relación tóxica terminó porque debía terminar, porque no pudo ser, y lo mejor de todo, es que puede que ahí fuera haya alguien hecho a mi medida, pero si no lo hay... si no lo hay, soy yo misma la que está hecha a mi medida y soy más que suficiente.

Y así es como Val, me da terapia a mí, y no al revés.

Marc.

—Val, te llamo en estos días para vernos. Me he acordado de que debo hacer algo.

Ella asiente, sigue sonriendo, en realidad, está en paz con ella misma.

Salimos corriendo de la consulta. Yo más que ella, debo reconocerlo. La veo irse mientras balancea el bolso como en esas películas, cuando termina todo bien que alzas la cabeza y paseas con ganas de comerte el mundo, ¡pues así!

Saco el teléfono y marco el número de Mel.

—Hola, Vega, ¿todo bien?

—¿Dónde está Marc?

—¿Qué? —pregunta asombrada.

—Ya me has oído, ¿Dónde está Marc?

—No lo sé, no sabemos nada desde el sábado por la noche.

Una idea comienza a rondar por mi cabeza.

—No te preocupes. Gracias.

—Vega, ¿qué...?

No le doy tiempo a responder porque corto la comunicación.

Me voy corriendo a casa, necesito cambiarme de ropa urgentemente y resolver varios asuntos.

Fran se asombra cuando me ve entrar.

—¿Ya has vuelto?

—Sí. Haz tu maleta —le pido.

—¿Dónde vamos? —inquire asombrado.

—Tú a Madrid.

—¿Vienes conmigo?

Saco un pequeño bolso de mano y meto varias prendas dentro. Compruebo que tengo el carnet de conducir en la cartera y efectivo en el monedero.

—No —respondo decidida—, te vas tú solo.

—¿Y tú cuando vienes?

—Creo que no lo has entendido, Fran —paro de hacer la maleta y lo miro fijamente, con actitud chulesca—. Tú te vas. Solo. Sin mí. Para no volver —específico.

Abre los ojos como platos antes esta última frase, la más reveladora de todas.

—Se acabó —sentencio.

—¿Y qué es lo que se supone que vas a hacer tú? ¿Aún no te das cuenta de que no eres nadie sin mí?

Una risa de lo más irónica y fría sale de mi boca.

—¡Ay chato! Que el que no se da cuenta eres tú. Yo, sin ti —le digo mientras le doy con el dedo índice en su pecho— soy mucho más.

Ahora es él quien ríe.

—Al final, esos amigos tuyos te convencieron. Esa rubia que se deja preñar para cazar a alguien y ese marica que no es más que un ridículo. Si ya lo decía Yéssica, no eres más que una estúpida niñaata.

Un ardor como nunca he sentido se apodera de mi cuerpo, rabia, fuego, ira, furia...todo junto se arremolina y estallo. Exploto de tal manera que mi puño impacta contra su nariz.

Veo cómo Fran retrocede por el impacto y se lleva la mano a la zona golpeada y un pequeño rastro de sangre hace acto de presencia.

—Gilipollas, a Mel no la tocas y aquí la única que puede llamar marica a Leo soy yo, ¿te queda claro? ¡Ahora fuera, pedazo de basura!

¡Auuuuuuuuu! Los nudillos me duelen horrores, aúllo moviendo la mano, pero el latido no cesa del todo.

Lo de Yéssica, en realidad, ni me molesta. Pero que me hable de Mel y Leo...ufff, por ahí sí que no paso.

Coge sus cosas y se larga, sin mirar atrás.

Me siento como nueva.

Me duele mucho la mano pero me siento genial, es como si ahora hubiese quitado veinte piedras a la vez de mi mochila personal.

Ahora sí. Siguiendo paso: alquilar un coche y que sea lo que Dios quiera. Pero primero debo meter la mano en hielo.

Busco en Google la dirección de un *rent a car*. Si no me engaña mi instinto, creo que Marc estará en Tossa de Mar. Puede que no esté solo, pero espero que sí, que así sea y que al final todo salga bien. Debo dejar mis miedos a un lado y enfrentarme a ello porque sí, porque sé lo que quiero, probablemente lo sepa hace mucho, solo que no he querido reconocerlo.

Me he puesto un poco de pomada en la mano y la he envuelto en una venda, con un gel frío, a ver si me alivia algo.

Cojo un coche pequeño, tampoco me hace falta más. Lo he pedido con GPS, no se me olvida que puedo acabar en Ceuta y ya me han explicado que es un coche ¡no un submarino! Introduzco la dirección y de nuevo me manda por la C-32. Hay otra opción, pero la descarto porque prefiero coger la misma ruta que utilizó Marc en su día.

Podía haber bajado al garaje y comprobar si su coche estaba allí, pero salí con tanta prisa, que obvié ese pequeño detalle. Si resulta que me falla el instinto por lo menos habré cogido de nuevo un coche y tendré algo menos de dinero en mi cuenta.

Me incorporo a la carretera, el coche se me cala un par de veces y me tocan la pita en reiteradas ocasiones, pero a mi ¡plin!, yo prefiero llegar viva y sin daños que no llegar.

Delante llevo un coche que debe por lo menos tener unos trescientos años, y no exagero. Imagino que irá ocupado por octogenarios porque esto no es ni medio normal. Yo conduzco lenta, pero es que lo de ellos es pasarse. Varios coches se aventuran a adelantar en uno de esos momentos en los que no viene nadie por el carril contrario. Y pienso para mí, «pues yo también», pero claro estoy tan verde en esto de la conducción que no bajo ningún cambio y termino adelantando en una raya continua. Que vale, no viene

nadie, pero es una raya continua, como un castillo, además.

Y una sirena me asusta, pienso en los bomberos y sus mangueras, y babeo un poco, lo normal, vamos. Pero no, no son los bomberos, es un policía que me hace señas para que me pare en el arcén.

Pongo el intermitente y me paro. El coche del agente, aparca detrás de mí y se baja. Me siento cada vez más pequeña.

—Buenos días, señorita, sabe que acaba de adelantar cuando había una raya continua.

—¿En serio? —pretendo hacerme la inocente, que conste.

—Sí, los papeles y el permiso de conducir.

¡Mierda! El coche de la primera guerra mundial con los dos octogenarios dentro, pasa por mi lado y juro que los veo reír, incluso veo sus malditas dentaduras postizas. Ojalá se les caiga y tengan que comer papilla de cereales durante mucho tiempo y se escupan intentando hablar. ¡Sin rencor, ehh!

Le tiendo los papeles al agente mientras continuo con mi mejor cara de no haber roto un plato.

—Veo que el coche es alquilado pero la multa se la debo poner igual.

—No me multe, señor agente —«*hare lo que usted me pida*», piensa mi puñetera conciencia, que está un poco salida, según parece. Ejem, ejem.

—Ha cometido una infracción, señorita —mira mi carnet de conducir antes de pronunciar mi apellido— Sanz.

—Esto tiene una explicación lógica —le digo—. Resulta que el sábado se presentó en una fiesta que daba mi amiga Melissa, mi ex, y yo me trastorné porque vi al chico del que estoy enamorada —sí, enamorada— abrazando a otra, y ¡claro! Yo me había bebido un par de Martinis y no razonaba y pensé que solo me quería por el sexo, porque a ver, seguro que follo muy bien, no hay duda —la estoy cagando—, bueno, pues eso, que me volví loca y me fui con mi ex y hoy, con una paciente, me he dado cuenta de que no quiero a mi ex, sino a Marc, y tengo que ir a buscarlo para decírselo, porque él me confesó sus sentimientos el sábado en un último intento desesperado porque no me fuera con Fran, pero no le creí porque tenía miedo.

—¿Es usted médico? —¿en serio? ¿De todo lo que le he soltado me

pregunta eso?

—Psicóloga —le corrijo.

—Pues para ser usted psicóloga está un poco tarada, ¿no cree?

—Pues para ser usted un agente de la policía está bastante calvo, ¿no cree? En las series los policías siempre tienen un pelazo impresionante.

Lo veo cumplimentar la multa y tendérmela con cara de mala leche. Sí, me lo merecía seguro.

Reanudo la marcha, jurando y perjurando que no volveré a abrir la boca hasta llegar a Tossa de Mar. Ya no solo he perdido la dignidad delante del policía y los euros al alquilar el coche, sino que, además, tengo que pagar una multa. Pues estoy que lo bordo, ¡sí, señor!

Tras casi dos horas de trayecto, vislumbro al fondo la muralla, las torres y torreones. Comienzo a adentrarme en las calles. Respiro porque por lo menos no estoy en Ceuta.

Aparco en una de las calles, que, dicho sea, me cuesta horrores. ¿Por qué no hay aparcamientos en batería? Con lo fácil que es así.

Cojo la pequeña bolsa con mi ropa y me dirijo a la calle donde se encuentra la casa de Marc. Paso por delante de la tienda de mi «amiga Vinila» —nótese la ironía— y allí sigue, cortando el jamón tras haberse rascado el culo. Pues sí, lo que no mata, engorda. Está claro.

Me voy fijando en todos los detalles que me rodean, las casas todas con ventanas de madera, cuidadas y con flores en los balcones. Es un pueblo con encanto.

Al llegar a la casa de Marc percibo que las ventanas están abiertas, así que por lo menos, mi instinto no se ha equivocado. Está aquí.

Llamo a la puerta y espero impaciente a que abra, con esos nervios tan característicos del reencuentro, ¿qué le digo? ¿qué me dirá? ¿estará enfadado? Llamo y llamo, pero no me contesta nadie por lo que, de nuevo, como hice el sábado por la noche en su piso en Barcelona, apoyo la espalda en la pared y me dejo caer por ella, hasta que mi culo toca el suelo.

Puede que no me quiera abrir o que no esté solo. Este último pensamiento me provoca arcadas, no quiero dejar entrar de nuevo al miedo. Me niego.

No sé cuánto tiempo pasa, pero sí soy consciente, de que unas manos me tocan con suavidad, me mueven y que me llaman por mi nombre suavemente.

Abro los ojos confundida y lo veo ahí, frente a mí, con esa mirada suya que me vuelve loca. Me he dormido.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendido.

—He venido.

—¿Sola?

—Sola —afirmo rotunda.

Me ayuda a levantarme y me quejo un poco porque me duele la mano aún. Abre la puerta y entra sin más. Está dolido, lo noto. Recuerden que suelo ser muy empática.

—¿Puedo pasar? —pregunto tímidamente.

—Sí —responde sin siquiera mirarme.

Está evitando el contacto visual, de la misma forma que lo hice yo el sábado.

Dejo mi bolsa en ese sillón terciopelo que tanto me gusta y me siento a su lado.

—Tú dirás —su voz es fría e impersonal.

—He venido porque quiero decirte algo —le explico.

No responde, se cruza de brazos y espera a que continúe. Es lo justo después de todo.

—El sábado no sé qué sucedió, bueno, en realidad sí sé lo que sucedió y es que te vi con ella y el miedo se apoderó de mí y no pude razonar y creí que el camino más fácil era irme con él en vez de afrontar mis temores y hablar contigo.

Continúa en silencio. Y yo cada vez me pongo más nerviosa. Pero decido proseguir.

—Y luego, me fui con él y quise pensar que todo podía ser como antes, que seguía enamorada de Fran y que las personas cambian, porque es verdad que cambian, pero, aunque cambien ya el cambio llega tarde, porque la que ha cambiado soy yo —digo atropelladamente.

Esto es como un trabalenguas, hay que explicarlo varias veces para que se entienda.

—Lo que quiero decir —le explico con calma— es que no quiero nada con Fran, no quiero a Fran, solo te quiero a ti —confieso.

Quiero con todo mi corazón leer su mirada y saber lo que piensa pero ha levantado una barrera entre los dos, lo veo perfectamente y a veces, cuando eso sucede, es mejor dejar que la otra persona tenga su espacio y reflexione.

Me incorporo y cojo mi bolsa, algún hotel debe haber en esta zona seguro.

Salgo y oigo sus pasos acercarse pero no me detengo.

—¿Dónde vas? —me pregunta cuando ya he comenzado a caminar por la calle en busca de mi coche.

—Voy a buscar un hotel, estoy agotada —me sincero.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —debe haber reparado en la venda que tengo puesta y que no me he quitado.

—Le di un puñetazo a Fran.

La cara de sorpresa de Marc me hace sonreír.

—¿Le diste un puñetazo?

Asiento.

—Dijo cosas muy feas de Mel y de Leo. A Leo nadie lo llama marica, salvo yo. Ya te he dicho que se me da bien patear culos.

Marc me devuelve la sonrisa y se acerca a mí.

—Ven, anda, mi pequeña karateca —se mofa.

—Yo karateca, tu caractecla —me río con mi propia gracia.

Marc alza una ceja y me observa detenidamente.

—Caratecla, ya sabes, por eso de que eres informático —le explico.

—Analista programador —pongo los ojos en blanco por su corrección, pero sin dejar de sonreír.

Me lleva al baño donde me quita la venda y me pone un poco de hielo.

—Me dejaste hecho polvo, Vega. Te confesé lo que sentía y aun así te fuiste con él.

—Tenía miedo, Marc. Estaba aterrada, no quería sufrir y tú me habías dicho por activa y por pasiva que no querías nada serio, que no me enamorara, que esto era solo sexo, ¿cómo pretendes que reaccione?

—¿Miedo? ¿tú me hablas a mí de miedo?

—Claro —respondo directa.

—¡Yo también tengo miedo! O es que crees que para mí todo esto es como hacer la compra; mecánico y fácil. No te das cuenta, ¿verdad?

—¿Cuenta de qué? —pregunto.

—De que tú has sido la única, ¡maldita sea! ¡Tú has sido la única desde el principio! No ha habido nadie más que tú.

—¡Mentira! Te vi con una chica cuando fui a pedirte la dirección para hacer la compra *on line*. Y luego otra...

—Sí, es cierto —me corta—, pero después de probarte a ti, de estar contigo, de haberte echo el amor, no he podido estar con nadie que no seas tú.

Y es cierto, que el día que fui a pedirle que me dejara la dirección para hacer la compra *on line*, hacía escasos días que nos conocíamos, no habíamos compartido nada, salvo nuestros típicos coqueteos. Pero la siguiente vez, que hablaba con mi padre por teléfono y me besó en mitad de la calle, me dijo que no pudo, que anoche... pero no terminó la frase.

—No pudiste... —murmullo.

—No pude ¡joder! No pude porque no te sacaba de mi maldita cabeza. Lo intenté, juro que lo intenté y fracasé estrepitosamente. Porque no dejo de repetirme que no sé querer a nadie, que no estoy listo para eso, pero luego... luego noto cómo me bombea el corazón con fuerza cuando te veo, cuando te escucho o cuando lanzas algunas de tus ironías, cuando te tengo cerca y me observas leyendo dentro de mí, cuando me abrazas tanto y tan fuerte que impides que el aire nos separe, dándome motivos para no rendirme jamás, para luchar por ti, por mí, por nosotros. Porque te quiero Vega, como jamás he querido a nadie. Te quiero tanto que el amor se impone al miedo y a las dudas. Porque eres tú y solo tu desde el principio.

Las lágrimas brotan sin control. Ya no me duele la mano, ni siquiera

la multa que me ha puesto, que el dinero es dinero, y en eso ya me estoy volviendo medio catalana. La pela es la pela.

Pero por encima de todo, vuelvo a pensar que sí, que hay finales felices, que no todas las personas pueden tenerlos, pero si luchamos podemos ser felices, a nuestra manera, quizás con nosotros mismos. Porque primero tenemos que sentirnos en paz nosotros y reconstruirnos para poder empezar de cero.

Puede que Fran fuese un día mi media naranja pero Marc es mi medio limón y eso me gusta más, al fin y al cabo, los limones acompañan muchas bebidas y eso nos da ¡alegría en el cuerpo!

Y dicho esto, me levanto y me lanzo a sus brazos y lo beso. Lo beso por todos esos días que no lo hemos hecho, lo beso porque es mi futuro, porque le quiero y porque no hay miedo. ¡Quién dijo miedo habiendo hospitales!

EPÍLOGO

Hace varios días que Melissa me llamó para decirme que su amiga venía a Barcelona, que si sabía de algún piso que pudiese estar libre. Me llevo genial con ella y supe que los vecinos que vivían enfrente de mi loft se habían ido y se llevaban a su pequeño diablo con él, y desde entonces, estaba libre.

Así que, decidí hacerle el favor y hablar con el casero para saber si podíamos contar con ese piso. No hubo mucho problema, siempre y cuando cumplamos las normas de convivencia: pagar puntualmente, no molestar a los vecinos —mucho menos a la del tercero, que es una cotilla de mucho cuidado— y no romper nada. Lo que se rompe, se paga.

Asimismo, Melissa también me pidió que le llevara el contrato, ella tenía una de esas reuniones con un bufete de abogados que daba una fiesta el fin de semana siguiente y en el que yo, sería su fotógrafo oficial. No me dio más detalles, con saber que el sábado tengo la noche ocupada me es suficiente.

Debo confesar que estaba un poco expectante, esperando saber qué me encontraría. Imagínate cuando te dicen que una chica, amiga de una loca de mucho cuidado, se viene de Madrid a comenzar de cero porque algo ha sucedido en su vida.

Dicho sea de paso, a mí, todo lo que sean mujeres me gusta, cuantas más, mejor.

Llevo una vida de lo más tranquila, soy analista programador y trabajo en un lugar que me permite entrar en el horario que me plazca, siempre y cuando cumpla con mis tareas. Tengo una vida sexual de lo más activa y yo decido cómo y cuándo, sin ataduras y sin líos de faldas, solo sexo. El perfectamente legítimo, pues conmigo tampoco hay trampa ni cartón.

Me dirijo a mi edificio con los papeles que me ha dejado Casimiro, el casero y observo una melena morena entrar en el ascensor. Las puertas se cierran muy rápido como para poder hacer un análisis en profundidad. Espero de nuevo que el ascensor llegue y subo a mi planta, la última. Primero pasaré

por mi loft a ducharme y cambiarme de ropa y después iré por el apartamento de Vega —que así se llama, según pone el contrato.

Llamo a su puerta y en realidad, creo que no estaba preparado para lo que me iba a encontrar. Es una preciosa chica morena, con unos ojos profundos que me cautivan desde el primer momento. No es muy alta, pero tiene buena estatura y, además, es guapa, muy, muy guapa. Está vestida de una forma sencilla, pero, aun así, llama la atención.

«Céntrate, Marc».

Pone cara de sorpresa al verme, y me encanta. Le gusta lo que ve, como a mí me gusta lo que veo. Va a ser interesante esto de tener una nueva vecina.

Observo un triste bocadillo en la mesa, que debe ser su cena, así que, muy amablemente me ofrezco a prepararle algo, en mi casa, para ser más exactos. Me siento como uno de esos encantadores de serpientes que sacan su *pungi*, intentando hipnotizar a su presa para que se contonee al sonido de la música.

En un principio se muestra reticente pero luego acepta y me muestra un de esas maravillosas sonrisas que mucho se asemejan al efecto de su mirada. Me gusta. Es guapa y psicóloga, según me cuenta. Debe estar tan chiflada como Melissa, ya sabes lo que dicen, «Dios las cría y ellas se juntan», pero, en fin, a mí eso me da exactamente igual...para lo que yo la quiero —sí, ya sé que piensas que soy un capullo pero sigue siendo lícito—.

El caso es que comienza a despertar curiosidad en mí, le gusta el deporte y es mucho más divertida de lo que esperaba. Decidimos quedar a la mañana siguiente para salir a correr y me muero de ganas por saber si es una de esas que fardan de que pueden y luego no llegan a cruzar la calle y necesitan reanimación. Bien visto, no me importaría reanimar a esta chica. Repito, es guapa, tiene buenas curvas y una lengua afilada. Mmmm, lengua... ¿cómo será besarla?

Me cuenta que ha venido huyendo del desamor, que raro...por eso mismo soy el hombre que soy. El amor es una mierda.

Tal y como habíamos previsto, me levanto, pero me doy cuenta de que no está en el rellano esperándome, así que toco en su casa, y me abre despeinada, sin maquillar y con los ojos medo pegados.

—Buenos días dormilona... dime, ¿te has dejado dormir o es que no quieres salir a correr...conmigo?

Dejo ese «conmigo» en el aire, para ver su reacción.

—Si tú supieras lo que haría yo contigo... —me responde sin más.

Vaya, vaya, si es una cajita de sorpresas.

—¡Joder! Dime que no lo he dicho en voz alta, por favor —me ruega.

—¿Te miento o te digo la verdad? —pregunto burlón.

Total, que esa chica, Vega, rompió un mito en todos los sentidos que se puede romper un mito.

Corría como una verdadera atleta, era alegre, simpática, divertida, sarcástica y dejó de ser guapa para ser preciosa. Simplemente preciosa.

Ese día, dio paso a muchos más y me sorprendí a mí mismo pensando en ella, recordando las cosas que me cuenta o burlándome porque se tenía en muy alta estima y presumía de ser buena karateca o patear culos como ella sola. Muchas noches, me tumbaba en la cama y su cara aparecía ante mí, tomando el control, y en ocasiones tocaba su puerta para dormir a su lado porque me daba una paz que ni yo mismo entendía, pero eso es más adelante, que me estoy saltando trozos de historia.

Me hacía sentir bien.

La noche del evento en el Hotel Royal Passeig de Gràcia, o más bien la mañana siguiente, nos acostamos. Cuando la vi en esa terraza, supe que estaba perdido. Miraba todo con pasión, empapándose de la noche y de lo que la rodeaba.

Intenté no sucumbir a sus encantos, por más que hubiésemos estado coqueteando constantemente. Creo que a ella le pasó lo mismo porque se fue a su apartamento en uno de sus momentos de lucidez. Pero regresó, entró en tromba y terminamos cayendo en las redes del otro. Por lo menos, yo en las suyas.

Tras este episodio, marqué distancias, muy a mi estilo —para los que no me conocéis—y llamé a Alba, una morena con la que he follado en ocasiones y que me da lo que necesito. Y, ¿a qué no sabéis qué me sucedió? ¡Un gatillazo en toda regla! ¡Yo! ¡Marc Agramunt Balaguer!

No pude consumir, y a partir de ahí, solo podía pensar en Vega. En

Vega desnuda. En Vega entre mis brazos. En los labios de Vega.

La invité a pasar la Semana Santa conmigo, y esa fue la primera vez que fui consciente de que la quería. Se lo dije, le susurré al oído un «te quiero» pero ya estaba sumida en un sueño y no se enteró.

No supe manejar bien la situación, probablemente debería habérselo repetido a la mañana siguiente, cuando abrió los ojos y me miró, así, como ella solo sabe hacerlo, enseñándome que hay posibilidades, que el mundo no termina cuando una relación acaba, que sí se puede confiar en las personas, que se puede volver a querer.

Ella fue la culpable de que me diese cuenta de que nunca he estado tan enamorado como lo estoy de ella. Porque es ella quien me calma y a quien necesito.

Volvimos a la realidad y a nuestras vidas y yo solo pensaba en los días pasados en Tossa de Mar, en su pelo al viento cuando navegábamos en el velero o cuando nos comíamos a besos en mi casa. Cuando hacíamos el amor sin control alguno donde surgiera, porque queríamos sentirnos, queríamos sentir que estábamos vivos, porque me sentía vivo con ella.

Lástima que el siguiente sábado no fuese nuestro día.

Estaba preciosa como siempre, está guapa hasta con un saco de patatas. Pero ese día irradiaba felicidad. Estaba dispuesto a confesarle lo que sentía, una vez terminara el evento. Además, estaba allí su padre y sus amigos, por lo tanto, era el momento perfecto para que se diese cuenta de que iba en serio, que esta vez no había trampa ni cartón.

Y resulta que sí, que le dije que la quería, pero no como lo había planeado.

Mi mirada se cruzó con la de Raquel. Mi Raquel, la mujer con la que estuve casado, a la que dejé embarazada siendo unos adolescentes, y me sentí en paz. Me disculpé del grupo y me acerqué a ella. Pude ver la sorpresa en su semblante al verme.

—Ahora eres famosa —le dije guasón.

—Un poco —me respondió tímida.

Me contó un poco por encima su vida, me dijo que era feliz, que estaba casada y que su hijo, Adriá, estaba en casa con su abuela. Su marido estaba por allí, luego me lo presentaría. Yo le mostré a la chica que me había

robado el alma y la vida entera, tan perfecta ella, tan radiante como un día despejado. Porque así es como me hace sentir.

Mi mirada cruzó con la suya y la vi. Pálida, triste, atormentada y lo vi a él, a su lado.

No me preguntéis el motivo, pero supe que era ese tal Fran que tanto daño le había hecho. Le pregunté quién era, más por compromiso y por corroborar mi intuición, que por educación. Y efectivamente, era él. Ahí estaba el muy cabrón, intentando alejarme de ella.

Intenté conectar nuestras miradas, pero no me lo permitió. ¡Le dije que la quería! Vaya si se lo dije, pero no me creyó. Y es normal, teniendo en cuenta que hasta ahora no había sido capaz de hacerlo, ¿por qué creerme cuando estamos ante una situación como esta?

Se fue con él.

Me fui al baño, rompí una puerta y volví a mi loft, el tiempo justo para coger mis llaves y marcharme a Tossa de Mar. El lunes llamaría y diría que estaba enfermo, quizás cogiese unas vacaciones. En realidad, las quería reservar para llevar a Vega a un sitio chulo, pero visto lo visto, ya no había planes de ningún tipo.

Y me fui, a ahogar mis penas en alcohol y pasear por esas calles que tanta paz me dan.

La mañana del lunes me levanté sin casi haber pegado ojo, me fui con el velero a navegar. Esperaba que el mar me ayudase a calmar mi pena, lástima que no fuese así. Regresé a mi casa y me la encontré allí tumbada, con la cabeza apoyada en el hueco de la puerta y las piernas estiradas, durmiendo.

Sentí pena, pero a la vez, tuve esperanza.

La desperté y se incorporó un tanto temerosa y desubicada.

Entramos en casa y me explicó que tenía miedo, que había estado asustada y me sentí feliz pero no quise mostrarlo, quería que entendiera el dolor por el que había pasado. Intentó irse, pero la seguí. Ni de coña iba a dejar que se fuese de mi lado, antes tendrían que cortarme los brazos y ¡ojo! Que yo vivo de estas preciosas manos, que programar con los pies aún no se me da.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—Le di un puñetazo a Fran.

Pongo cara de sorpresa, pero más que de sorpresa, de orgullo.

—¿Le diste un puñetazo?

Asiente.

—Dijo cosas muy feas de Mel y de Leo. A Leo nadie lo llama marica, salvo yo. Ya te he dicho que se me da bien patear culos —me responde altanera.

Me acerco a ella, sonriendo, el corazón se me va a salir del pecho.

—Ven, anda, mi pequeña karateca —me mofo.

—Yo karateca, tu caractecla —se parte de risa.

Me limito a alzar una ceja y sonreír.

—Caratecla, ya sabes, por eso de que eres informático —me explica como si no entendiera nada.

—Analista programador —la corrijo y ella pone los ojos en blanco sin perder esa sonrisa que tanto me gusta.

Al final, quiero que entienda que la necesito por encima de todo, que sin ella no soy nada. Que fue ella desde siempre.

—Tengo un presentimiento, Vega —le digo mientras estamos abrazados en la cama de mi loft.

Desde que volvimos de Tossa de Mar, nos separamos lo justo.

Mañana es la boda de mi hermano Jordi y Melissa, se quiere casar antes de que se ponga como un barco mercantil —palabras de ella—.

—¿Cuál? Mira que si hay que montar un gabinete de esos en los que te leo la mano y te escucho las locuras, está pedido, lo dije yo primero —me responde.

¡Está loca! ¡Y más loco estoy yo por ella!

—Presiento que nací para compartir mi vida contigo —murmullo en su oído haciéndola estremecer.

Si es que la tengo donde quiero. No se puede resistir a mí y a mis encantos. «*Ni tu a los suyos*» apunta mi conciencia. ¡Cuánta razón tiene!

La boda de Jordi y Melissa es preciosa. Vega me dijo una vez que no

se quiere casar, que estuvo muchos años esperando a que aquel tipo se lo pidiera pero no le creo nada de nada.

El cura no hizo más que da la bienvenida y ya se puso a llorar. Toda la boda igual, a lágrima tendida.

—¿Tú no decías que no te quieres casar?

—Y no quiero —me responde mientras se limpia los ojos con sumo cuidado, para no parecer un panda.

Eso dice ella, pero lo cierto es que espero que llegue el próximo catorce de febrero, porque pienso pedirselo. Pienso cumplir su deseo, este y cualquier otro que me pida.

—Cuando termine la boda, necesito pasar un momento por la consulta, me he dejado allí un informe de una paciente y quiero echarle un vistazo mañana. Parece que tiene problemas con sus hijos, es un caso nuevo —me explica emocionada.

Yo la miro embelesado, porque así es como ella me hace sentir.

Mi hermano y Melissa se van de luna de miel a la playa, a Cancún, quieren estar tumbados al sol, bebiendo cocteles sin alcohol y disfrutando de su vida de casados.

Cuando me case con Vega —porque me casaré con Vega—, me la llevaré a Las Vegas —sí, ya sé que suena raro—, y allí le pediré matrimonio de nuevo y nos casaremos, yo vestido de Elvis y ella de Marilyn, al más puro estilo de ciencia ficción.

—Parece que la noche ha aguantado —me dice cuando llegamos a su gabinete.

—Estamos cada vez más cerca del verano, es normal —susurro mientras le beso el pelo.

Entramos y nos dirigimos a su consulta. Está impoluta. La pared azul me encanta, desde el primer día que la vi supe que era muy «ella».

—Así que esta es tu guarida. Como Batman —murmullo recorriendo con los dedos el diván.

—Sí —me responde con la vista fija en mis manos y una amplia sonrisa en la cara.

¡Es una picarona! ¡Cómo me gusta!

—Resulta, que aquí es donde resuelvo todas las crisis —me explica coqueta mientras se suelta el pelo.

¡Dios! ¡Qué dura me la pone!

—¿Crees que tendremos muchos gabinetes?

—¿Nosotros? —inquire mientras se atusa el pelo—. Seguramente.

—¿De crisis? —le digo mientras la estrecho entre mis brazos y aspiro su olor que me vuelve loco.

—No —me dice.

—Tendremos gabinete de piel, que resolveremos con nuestros dedos. Tendremos gabinete de palabras, que resolveremos con nuestra boca. Tendremos gabinete de sexo, que resolveremos en la cama. Y por encima de todo, tendremos gabinete de amor, que solucionaremos con besos y abrazos mágicos.

—Te olvidas del más importante —me rebate.

—¡Ah, sí! ¿cuál?

—Tendremos gabinete de tiempo.

—No, Vega. No habrá gabinete de tiempo, porque nosotros seremos eternos, tan eternos como nuestras almas decidan existir.

Y así será porque así lo sentimos. Pero por lo pronto, esté diván tiene que estrenarse como manda la ley, y tenemos que resolver en él, uno de nuestros primeros gabinetes.

NOTA DE LA AUTORA

Confieso que este libro surgió de una manera un tanto peculiar. Iba conduciendo a casa de mi madre con la moral baja porque no lograba sacar adelante otro manuscrito. Me había quedado totalmente bloqueada y le daba vueltas al tema. Primero, llegó la profesión de la protagonista, después un vecino que tenía que encajar en la historia y, por último, un título que tuve claro en cuanto la palabra «psicóloga» tomó fuerza en el puzle. Sentí una emoción increíble, me comenzaron a «picar» los dedos por empezar a tocar teclas y más teclas y darle forma. Melissa y Leo surgieron de la nada, como unos secundarios maravillosos que tenían mucho que aportar a esta historia.

Admito que Vega es un personaje que me encanta, tiene muchas cosas en común conmigo misma, pero también tiene mucho que creo que quiero tener. Es luchadora, fuerte, muy amiga de sus amigos, cariñosa y cercana y tiene, en determinadas ocasiones, un puntito feminista que me hace sentir satisfecha.

Fue un reto escribir esta historia porque mi andadura profesional como escritora, estaba marcada por esas tres chicas tan distintas que conforman la serie «Las señales existen», por lo que crear a unos personajes nuevos con historias nuevas y formas de ser nuevas, supuso para mí un desafío.

Me encantaría decir —o gritar—, que todo fue precioso y maravilloso, que no tuve dudas y que fue un camino fácil, pero mentiría. Llevaba doscientas páginas escritas y comencé a sentir miedo, dudas...a punto estuve de dejarlo, tal y como meses atrás había hecho con otro proyecto. No sabía si sería un buen libro o simplemente una basurilla que no merecía la pena continuar. Y diréis, ¿qué hiciste? Pues pedir ayuda. Pedí ayuda a una buena amiga y le dije «necesito tu opinión sincera» y ella no lo leyó; lo bebió, lo engulló y me pidió más. Y decidí que seguiría adelante, que terminaría la historia por mí, por ella, por Vega y por Marc, por Mel, por Leo, por Emma, Val y todos los personajes que tanto me han dado en tan solo unos meses. Y...este es el resultado.

Espero que os haga reír tanto, tanto como a mí, que os fascinen las

locuras de todos y cada uno de los personajes y sobre todo, que saquéis muchos mensajes de esfuerzo, de lucha, de perder los miedos, de arriesgarse, de vivir, de amar... todos esos sentimientos que plasmo en estas páginas. Si es así... para mí, habrá valido la pena.

Gracias. Simplemente, gracias.

[1]Creo que aquí pega mejor “estuvo”

[Y2]No me suena bien con estuvo. ¿Puedo dejarlo con “fue” o es un error grave?

[3]Coma innecesaria

[4]Coma innecesaria

[5]Coma innecesaria

[6]Coma innecesaria